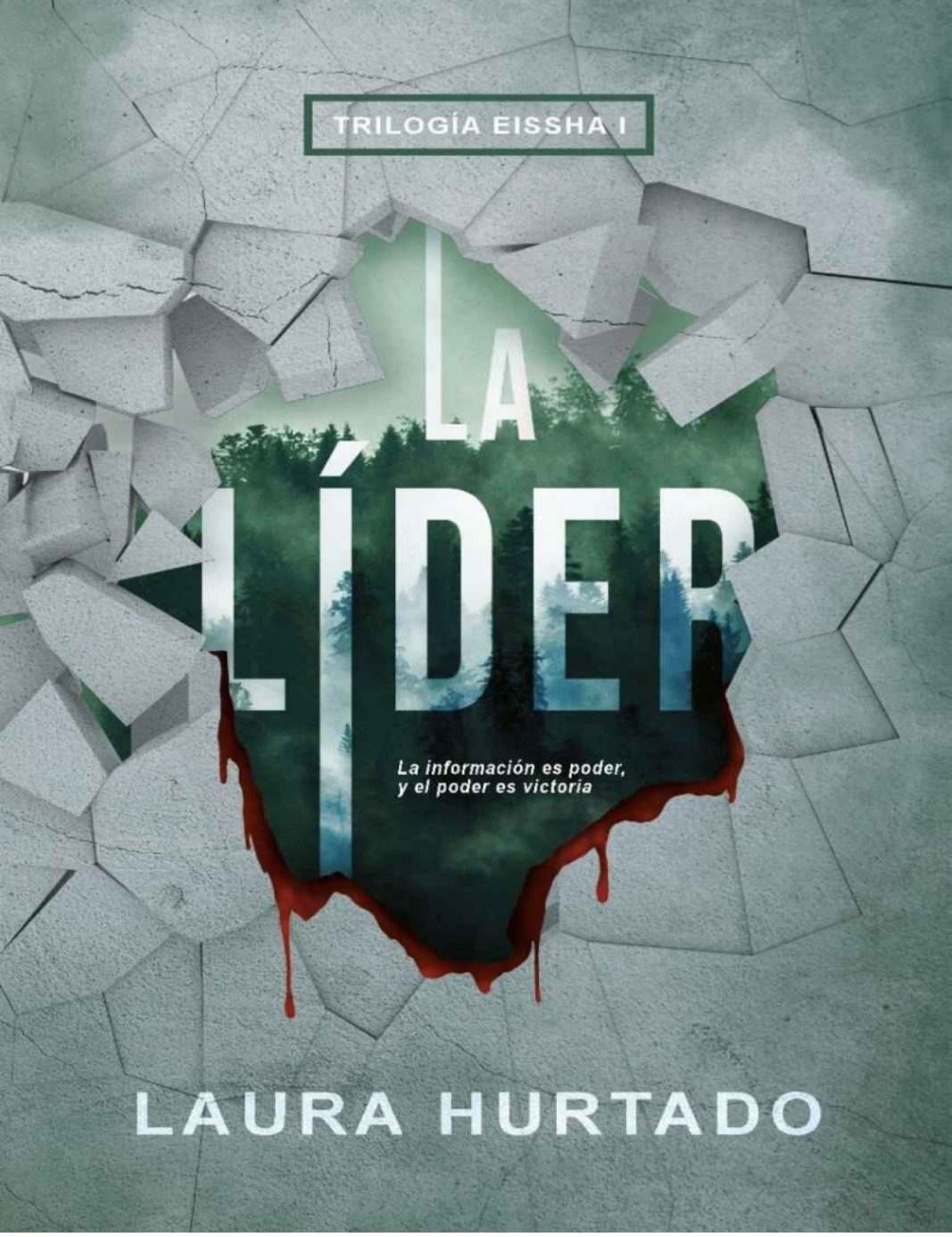
TRILOGÍA EISSHA I
LA LÍDER
La información es poder,
y el poder es victoria
LAURA HURTADO

La Líder

Trilogía Eissha

Laura Hurtado

Derechos de autor © 2023 Laura Hurtado Colsa

Título: La Líder
© 2023, Laura Hurtado Colsa
© De la edición, corrección y maquetación: 2023, © Laura Hurtado Colsa
Del diseño de la cubierta: 2023, © Mireya Murillo Menéndez (@wristofink)
Segunda Edición,
ISBN: 9798393226718
Banco de imágenes: Shutterstock y Pixabay
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del escritor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

A todo aquel que alguna vez me dijo: hostia, pues qué chulo; cuando se enteró de que iba a escribir un libro.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Prólogo
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
Epílogo
Agradecimientos

Prólogo

Cuando las puertas se cerraron a su espalda, la calma que le había acompañado desde su lecho se transformó en perlas de sudor que le pegaron el pelo a la frente y la ropa a la espalda. No había tenido tiempo de cambiarse, por lo que aún llevaba la fina camisa de seda sin abotonar; los pantalones seguirían en algún rincón de sus aposentos.

A esas horas no había nadie por los pasillos, y los guardias no eran tan estúpidos como para dirigirle la mirada. Él tenía el poder de sacarles los ojos por su atrevimiento, y nadie se quejaría ni intervendría.

Se quitó la camisa y la tiró de mala manera al suelo mientras se dirigía a la vitrina que había junto a la puerta. Hecha de madera de roble y tallada a mano dejaba ver a través del cristal su traje de combate, con el sello real bordado en el corazón: un ojo de pupila blanca e iris negro con el nombre de la dinastía escrito en el dialecto de sus antepasados. Solo con pensar en lo que estaba a punto de hacer se le revolvieron las tripas y sintió que se le iba el color de la cara, pero no podía permitirse flaquear. No cuando había llegado tan lejos.

Apartó la vista de la vitrina y se encaminó al enorme escritorio en el centro de la sala. Tenía una pantalla táctil, que emitía un tenue brillo intermitente, indicando que le había llegado un nuevo mensaje. Mientras se acercaba al sillón acomodado detrás de la estructura de madera entrevió por el rabillo del ojo las marcas de colmillos que había en los bordes del escritorio, así como los pequeños surcos de diminutas zarpas que arañaban la madera. Llevaban allí años, décadas, y nunca habían significado nada para él; ahora, cada vez que las veía, no podía evitar pensar en la atrocidad que iba a cometer: la gente que iba a morir. La gente que iba a matar.

Se sentó y tocó la pantalla con la yema de los dedos, encendiéndola y provocando que, frente a él, se proyectase el mensaje recibido que, minutos antes, lo había despertado. Sabía de antemano lo que ponía, así que no se molestó en leerlo; tecleó una respuesta rápida y concisa y presionó la tecla de enviar.

Apagó el monitor y, solo entonces, permitió que la locura se apoderara de su mente mientras se levantaba y lanzaba el escritorio por los aires, estrellándolo contra la vitrina. El traje cayó con el escudo real a la vista, y él se derrumbó en el suelo a llorar. No supo si eran lágrimas de agonía o simple demencia, pero en mitad de su llanto

le pareció escuchar cómo su creadora soltaba lágrimas de suplicio y amargura en forma de gotas de lluvia.

CAPÍTULO 1

El olor de su propia sangre le estaba abriendo el apetito.

Esa fue la única señal que necesitó para saber que la pelea se había alargado demasiado. No fueron los huesos rotos, los mordiscos que arrancaron trozos de carne, ni los desgarros después de cuatro horas de combate sin descanso. Fue la sangre. La suya y la de su contrincante, que la miraba con hambre y mal disimulado cansancio, aún dando vueltas a su alrededor, intentando encontrar un punto ciego que atacar.

Diora dudaba mucho de que fuera a encontrar alguno, y no solo porque se creyera superior a su oponente, que también, sino porque si ella ya había comenzado a ver doble, él no tenía que estar en mucho mejor estado. Puede que incluso estuviera viendo triple, o cuádruple, porque los tres cabezazos que le había asestado no más de una hora antes no habían sido suaves; hasta ella se había mareado en su momento.

Un paso en falso la hizo tropezar, y por un momento le costó procesar que ella también estaba andando, en sentido contrario al del otro luchador, sin una verdadera estrategia preparada. ¿Cuándo había comenzado a moverse? Puede que hubiera sido cuando su contrincante decidió dejarse de rodeos, literalmente, y comenzó a acercarse a ella en un intento fallido de línea recta. Por un momento le pareció verlo trastabillar, y al intentar corregirse tuvo que dar varios pasos a la derecha para evitar una caída muy vergonzosa. Diora tuvo que luchar contra sí misma por no soltar una carcajada muy impropia de ella.

Por un momento se sintió avergonzada; ella nunca perdía la compostura de esa manera, pero lo atribuyó al cansancio que le taladraba la cabeza y le aplastaba los hombros como si quisiera hundirla. Y al hambre, sobre todo al hambre.

Unos pasos, torpes y apresurados, la hicieron alzar la mirada, solo para toparse con unas grandes manos que se abalanzaban sobre su cuello y, demasiado cansada como para esquivarlas, decidió encontrarlas a medio camino. Si quería comer, primero iba a tener que ganar.

Reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban se lanzó contra su atacante, que no pudo esquivar el encontronazo a tiempo, y los envió a los dos a rodar por la pista, cubriéndose de sangre y albero hasta que su pelo verdoso y su piel blanca quedaron teñidos de un marrón

muy poco favorecedor. Unas manos la agarraron del pescuezo y la lanzaron por los aires, lo que provocó que sus garras, hundidas en los costados descubiertos de su futura víctima, desgarraran por completo la piel. Escuchó el rugido de dolor al aterrizar, con la coordinación de un nalim recién nacido, y se giró a tiempo para volver a lanzarse sobre su presa, intentando hincarle los colmillos en el cuello y morder hasta que dejara de retorcerse.

Un rodillazo en el costado la hizo gritar de agonía, y los dedos que intentaron clavarse entre sus costillas para romperlas le presionaron en los huesos rotos que, desde hacía tiempo, le bailaban por la caja torácica. Con otro chillido de dolor consiguió agarrar las manos ajenas y retorcerlas hasta que la soltaron, e incorporándose con la agilidad de un borracho, dio un pisotón en lo que a sus ojos parecía una pierna. El crujido del hueso al romperse fue suficiente para ella, por lo que dio otra patada, esta vez intentando apuntar a la cabeza, y puso distancia entre ambos con un salto muy mal calculado. Aterrizó a unos metro, lejos de los muros de piedra y cerca del centro, casi resbalando con los restos de sangre que manchaban la tierra.

Le tomó un par de segundos controlar su respiración, pues las punzadas de dolor eran tan intensas que le nublaban la vista, y mantenerse erguida le estaba resultando excepcionalmente complicado, pero le pareció entrever una figura incorporarse en la lejanía. El estómago le rugió por tercera vez consecutiva, y con brazos temblorosos se colocó en posición defensiva, solo para ver la figura borrosa agitar algo en el aire. Un brazo.

Por fin.

Intentó poner cara de superioridad, o por lo menos algo que se le pareciese, e imitó al borrón de colores marrones y rojos, levantando su brazo izquierdo al aire.

La pelea había terminado.

Los vítores resonaron como una tormenta en pleno apogeo, sacudiendo las gradas de piedra y reventándole los tímpanos. Los pisotones, al unísono, de todos y cada uno de los espectadores, marcaron los pasos de la figura borrosa, cada vez más nítida, que procedía a acercarse a ella. Las manchas marrones pasaron a ser brazos y piernas, algunos torcidos y otros con las marcas de sus colmillos, y el punto rojo se convirtió en una cabellera, color rojo bermellón, que goteaba sudor y sangre a partes iguales. Finalmente dos pies, descalzos como los suyos, se posaron frente a ella, y Diora tuvo que alzar la mirada para encontrarse con aquellos ojos tan enigmáticos como encantadores.

Ella nunca lo admitiría en voz alta, pero aquellos iris negros con pupila blanca siempre le habían parecido muy atractivos.

Una pena que estuvieran unidos a semejante imbécil.

—Diora —Su voz, grave y estúpidamente varonil, salió ronca y ahogada, como si pronunciar su nombre le estuviera costando sus últimas energías.

El hombre se relamió los labios, y si fue para limpiarse la sangre que le caía de la boca o para saborear su nombre, no sabría decirlo. El mundo aún le daba vueltas, y el hambre seguía retorciéndole las entrañas, por lo que la mirada tan intensa y cargada de tantas emociones que la montaña de músculo frente a ella le estaba dirigiendo fue olímpicamente ignorada.

Estaba agotada, el pelo le olía a muerte, estaba segura de que se había mordido la lengua en algún momento de la pelea y, lo más importante, aún seguía enfadada.

—Talor —Su tono, por el contrario, denotaba tanto veneno que, por un momento, temió que se le cayera la lengua.

La cabellera pelirroja, aún ligeramente borrosa a pesar de su cercanía, soltó una carcajada, en su opinión, innecesariamente ruidosa, y una mano callosa le rozó la barbilla. Con una sonrisa estúpidamente deslumbrante, Talor le pasó el pulgar por los labios para luego llevárselo a la boca, mirándola con una intensidad que Diora quiso borrarle de una bofetada. Tenía razón, sí que se había mordido la lengua.

Ella gruñó, con la nariz arrugada y los colmillos manchados de su propia sangre a plena vista, en clara señal de amenaza, y Talor, como pidiendo que le destrozaran la cara a mordiscos, frotó la punta de su nariz con la de ella para luego rodearla y marcharse sin decir ni una sola palabra.

Diora le dio un par de segundos de ventaja para luego dar media vuelta y seguirle, con cuidado de no agitarse demasiado, en dirección a la salida de la pista.

El público ya había comenzado a dispersarse, descendiendo desde las gradas hacia los pasadizos que conectaban con las salidas que daban al exterior del Coliseo. El edificio, que había visto días mejores, crujía bajo los pasos de los miles de azores que abandonaban sus asientos y se retiraban, aparentemente satisfechos con el combate. No había visto ningún tumulto perdido entre la multitud, por lo que suponía que aquel día no había habido ninguna apuesta. Una pena, la verdad; se podían ganar verdaderas riquezas con un buen ojo para las peleas.

Adentrándose en los túneles que recorrían el interior de aquella montaña de ladrillos como una madriguera de ritios, tratando de ignorar las punzadas que sentía en el pecho a cada paso que daba, Diora dio un último vistazo a la espalda ensangrentada del que hasta hacía un par de minutos había sido su enemigo mortal, para luego desviarse hacia la izquierda, donde podía escuchar los murmullos de

la enfermera que la esperaba con impaciencia.

Cuando Talor finalmente desapareció entre los túneles que llevaban hacia la salida, Diora se permitió fruncir los labios y lanzar un escupitajo que se perdió entre las tantas grietas que minaban el suelo de piedra, ignorando el diminuto objeto blanquecino que rebotó contra el muro para luego quedar olvidado en el suelo. Pasándose la lengua por el nuevo hueco en sus encías, frunció el ceño y trató de contenerse para no dar media vuelta; ya había perdido su oportunidad.

La próxima vez que lo tuviera delante, Diora se aseguraría de escupirle en la cara.

***

La enfermería podía olerse metros antes de llegar a ella, incluso con la puerta de hierro cerrada. La sangre seca y podrida, y otros fluidos que cubrían las paredes y el techo, llevaba tiñendo la estancia de rojo y marrón desde hacía años, y a pesar del olor tan nauseabundo que desprendía esta nunca se había limpiado.

Su padre una vez le había susurrado al oído, como contándole un secreto que no debía compartir, que aquello ayudaba a que los pacientes se curaran más rápido y así pudieran marcharse de aquel lugar lo antes posible, pero ahora de mayor comprendía que la falta de cuidado era un mensaje en mayúsculas que decía en voz alta: si no eres lo bastante fuerte, es que no vales la pena.

Era un aviso en letras rojas y brillantes que te respiraba en la nuca, esperando a ver si saldrías de aquella sala con vida o si te convertirías en una anécdota en forma de mancha roja en la pared.

Si quitabas el olor, a Diora la enfermería no le parecía un lugar tan horrible, y es que cada una de las veces que se había visto obligada a visitarla había salido andando sobre sus propias piernas.

La estancia en sí tampoco era muy impresionante. Era más bien pequeña y estrecha, con dos hileras de quince camillas en cada lado de la habitación separadas por unas cortinillas que hacía mucho habían empezado a deshilacharse, y una mesilla portátil para cada cama con un balde de agua y una toalla.

Al final de la habitación había una puerta que daba a un pequeño armario lleno de material médico que, a Diora le gustaba pensar, era desinfectado antes de usarse.

La puerta de hierro, medio oxidada, golpeó la pared al abrirse, e ignorando el estruendo que resonó en los pasillos volvió a cerrarla sin cuidado, apretando los dientes ante el chirrido tan desagradable que salió de sus goznes.

Hizo una mueca de disgusto cuando sus pies descalzos hicieron

contacto con el suelo cubierto de manchas, algunas resecas y otras viscosas, y se fijó en el pequeño espejo que había en el muro cerca de la entrada. Estaba sucio, algo quebrado en las esquinas, y colgaba torcido, pero era suficiente para mostrarle la imagen de una joven con el pelo sudoroso y desaliñado, cubierto de sangre y tierra. La cara llena de cortes y de albero pegado al sudor que se deslizaba por su piel como si le estuviera lloviendo encima.

El espejo, le había dicho su madre, era para que uno pudiera arreglarse antes de salir por esa puerta, pues estar al borde de la muerte no era excusa para ir indecente por la vida, pero Diora tenía la ligera sospecha de que aquello no era del todo correcto.

Ella estaba segura de que estaba ahí como una advertencia. Para que miraras tu reflejo y te preguntaras si valía la pena o no hacer a los enfermeros perder el tiempo contigo.

Gracias a Eissha, a Diora nunca le había parecido muy importante la disponibilidad ajena.

Avanzó por la sala hasta una camilla de las del final, las que normalmente solían estar más limpias, y se tumbó en la que tenía el colchón más blancuzco. De la puerta del pequeño almacén salió una mujer de edad avanzada con una bandeja de aluminio y una serie de instrumentos quirúrgicos que habían visto mejores días. Saludó a Diora con un gesto de la cabeza.

—Niña, no digo que tus visitas no me agraden, pero he apostado mucho dinero a que alcanzarías la mayoría de edad. Solo te quedan tres años, ¿no podrías bajar un poco el ritmo? —La enfermera tenía un brillo divertido en sus ojos fucsia.

—Lo dices como si no ganaras tres sacos de nish por cada pelea que gano —Alzando la cabeza de la cabecera de la camilla consiguió atisbar una bolsa de mediano tamaño atada a la cintura de la enfermera. Esta tintineaba con cada movimiento, y la mujer tiró de su camisa blanca para cubrirla.

—Y yo no he dicho que dejes de ganarme dinero, solo que elijas a oponentes que no te pongan contra las cuerdas —Humedeciendo la toalla en el agua casi limpia del balde a su costado, la enfermera le subió el chaleco de cuero blanco que llevaba puesto y limpio la zona de las costillas. Diora se tragó las ganas de gritarle que fuera más cuidadosa—. De todos modos te lo perdono porque es la primera vez que habéis llevado la pelea al Coliseo. Dime, niña, ¿qué ha pasado?

Diora apretó los labios hasta formar una fina línea y arrugó la nariz. Durante un misericordioso momento el enfado había pasado a segundo plano, pero ahora podía sentir la ira recorrerla de pies a cabeza como un parásito. Soran, la enfermera, tenía la costumbre de hacer preguntas en el peor momento. Diora supuso que era culpa suya por siempre contestarlas.

—Ha dicho algo que me ha cabreado, le he dado un puñetazo en la cara, y luego nos hemos peleado —Soran le dio un toque en el brazo y ella hizo todo lo posible por destensar los músculos. El enfado era tal que no había sentido el dolor de sus costillas al moverse en su pecho.

—¿Y solo por eso os habéis molido a golpes delante del Sector entero? ¿Porque te ha dicho algo que te ha molestado y tú le has pegado en la nariz? Vamos, niña, ya son muchos años conociéndonos, no me tomes por tonta —Soran frunció los labios y se volvió a la bandeja, de donde cogió un aparato cilíndrico y largo, con un regulador en uno de los extremos—. Ahora no te muevas.

Colocó el aparato a lo ancho del pecho de Diora y, poco a poco, una luz violácea fue emanando del mismo. Pasándolo por su pecho a cierta distancia, la luz atravesó la piel y el músculo y le mostró la estructura ósea del paciente, donde se podían apreciar varias costillas fracturadas y dos fragmentos desplazados peligrosamente cerca de los pulmones.

Manteniendo la luz en su sitio, se hizo de una vara larga y fina de la bandeja, con un mango en uno de los extremos provisto de un único botón. Al pulsarlo, el cuerpo de la varilla comenzó a girar como si de un taladro se tratase.

Apuntó al primer fragmento desplazado y le hizo a Diora una señal con la mirada. Ella tomó tanto aire como pudo y agarró el colchón de la camilla con fuerza. Soran hundió la varilla en su pecho, atravesando piel y músculo, hasta alcanzar el hueso roto, que recolocó con cuidado en su sitio.

Repitió el proceso una segunda vez, y para cuando la varilla abandonó su pecho el sudor cubría por completo la frente de Diora. Sentía el pelo pegarse su frente y sienes, y se sintió aún más asquerosa todavía.

Soran dejó a un lado la varilla cubierta de sangre y con la toalla húmeda limpió los dos orificios en el pecho de su paciente. Dejando la toalla ensangrentada en el balde de agua, ahora enrojecida, la enfermera retiró la mesilla portátil y se alejó de la camilla. Diora se apartó con cuidado el pelo pegado a la cara y miró a la mujer.

Soran le dio un último vistazo y asintió.

Con una respiración profunda, y un chillido de dolor atascado en la garganta, los ojos de Diora brillaron y los agujeros en su pecho desaparecieron.

Respirar ya no le dolía.

***

Talor no había dado ni dos pasos dentro de Palacio cuando un grupo de criados se lanzó a sus pies. Arrodillados a sus costados, con

cubos llenos de un líquido que escocía con solo mirar en su dirección, frotaban la moqueta dorada a sus pies, la que había llenado de huellas sangrientas en su camino.

En otra ocasión habría dicho algo al respecto. Los habría espantado, molesto, por el poco honor que tenían; arrastrándose como insectos a limpiar el suelo de un Rey que en su vida había pisado aquellos pasillos, y los habría hecho dejar las manchas de sangre en la tela hasta que apestaran, pero aquel día no tenía fuerzas ni para enfadarse.

Las piernas le dolían como si una montaña se hubiera venido abajo sobre ellas, y la cabeza le daba vueltas como si se hubiera despeñado desde un acantilado. Veía doble, y andar en línea recta se había vuelto todo un reto. Uno de los criados pareció notar sus pasos inestables, porque se levantó de donde había estado arrodillado y ofreció su brazo al príncipe. Talor intentó poner cara de enfado, pero estaba tan mareado que ni siquiera sabía si estaba moviendo los músculos de la cara o de los brazos, así que le dio un manotazo al brazo ofrecido y trató de seguir caminando.

Cuando se notó al borde de desplomarse contra la pared del pasillo, con el orgullo olvidado en un rincón, le hizo una seña al chico, probablemente un par de años menos que él, y dejó que este lo acompañara de cerca, vigilando que consiguiera llegar a su destino.

La enfermería del palacio nunca le había parecido tan inalcanzable.

Recorrió los amplios pasillos como si el alma le pesara, caminando cerca de la pared e intentando no poner demasiado peso en su pierna herida, cuya rodilla parecía querer salir de su cárcel de piel para saludarle, y con el joven criado a su lado, preparado para atraparle en caso de que cayera.

Ni para sentirse patético tenía fuerzas.

Un par de metros delante atisbó las puertas de la enfermería, de metal liso y brillante, tanto que pudo verse reflejado en él antes de abrirlas. No le gustó lo que vio, menos aún cuando intentó de nuevo fruncir el ceño y, de nuevo, no pudo sentir si lo había conseguido, así que de una torpe patada con la pierna buena —que le dolió más de lo que nunca admitiría— abrió las puertas.

En apenas un par de segundos se encontró rodeado de azores de trajes blancos y de manos que temblaban a su alrededor, dudando si tocarle. No sería la primera vez que Talor mordía primero y preguntaba después, por lo que el príncipe no se lo tuvo en cuenta.

—Alteza… —Una doctora de aspecto joven que había dejado olvidada en el suelo una libreta de notas hizo una seña hacia las hileras de camillas al fondo de la sala, pero Talor sacudió el brazo y la mandó a callar.

Los médicos a su alrededor dieron un paso atrás. Si fue para evitar tocarle, o simplemente para que su brazo no les diera, Talor estaba demasiado ocupado como para preocuparse. Mantenerse erguido cada vez era más difícil.

Con pasos temblorosos, y con el criado aún pisándole los talones, se tambaleó hacia la última camilla de la sala de paredes y suelos estériles y luces blancas. Era la decimocuarta, separada de las demás de un biombo blanco con ruedas, y tan grande que tres azores podrían tumbarse en ella sin tocarse. Él siempre había pensado que era una exageración innecesaria, pero en aquel momento poder estirarse a lo largo y ancho lo sentía como una bendición. Sintió sus músculos agarrotados comenzar a relajarse una vez consiguió subirse al colchón, y fingió que no notaba cómo el chico le ayudaba a tumbarse boca arriba cuando a él le pesaron mucho los brazos.

Los médicos corrieron a rodear la camilla, hablando de cosas de medicina que en aquel momento le importaban muy poco, y mientas revoloteaban a su alrededor se permitió cerrar los ojos. Sentía que todo le daba vueltas, y la cabeza le palpitaba como si tuviera vida propia.

—Alteza, necesitamos recolocarle la rodilla. Necesito su permiso para tocarle —La doctora de antes se acercó a su camilla, con unos guantes en las manos y un grupo de varios doctores y enfermeros tras de sí. Debió de tardar demasiado en contestar, porque la médica sacó una pequeña linterna del bolsillo de su traje blanco y apuntó a sus ojos con ella—. Sus pupilas reaccionan con normalidad, no es una contusión, solo un mareo leve —Una enfermera escribió algo en una libreta con prisas y desapareció para volver con un vaso de agua que le tendió a Talor.

La doctora pulsó un botón cerca de la camilla y el cabecero de esta comenzó a moverse. Cuando el príncipe estuvo sentado con la espalda contra la almohada, la enfermera le tendió el vaso.

—Alteza, tiene un esguince grave en la rodilla —La mujer hablaba más lenta que antes, y Talor se habría sentido ofendido si no le temblara tanto la mano de sostener un mero vaso de agua. El criado parecía haberse marchado ya, por lo que gruñó para sus adentros e intentó fingir que no había derramado un par de gotas de agua al intentar llevársela a los labios—. Si no la devolvemos a su posición original cuanto antes podría terminar con secuelas —Talor se la quedó mirando y la doctora se lo tomó como su permiso para que siguiera hablando—. Necesito su permiso para tocarle, Alteza.

Cansado de tener que sostener el vaso se lo lanzó a uno de los enfermeros, que lo atrapó antes de estrellarse contra el suelo, y con un ademán de cabeza que empeoró aún más su mareo le indicó a la doctora que hiciese su trabajo. Esta hizo una escueta reverencia y se

remangó las mangas de la camisa. Otro médico, si su vista no le engañaba al leer la placa en su camisa, se acercó con una aguja rellena de un líquido transparente, posicionándose junto a la doctora y apuntando hacia el bulto amoratado que sobresalía de su rodilla.

Talor, esperando que su ceño fruncido fuera tan amenazante como él lo imaginaba, clavó sus ojos en el médico, que le devolvió la mirada como un animal a punto de ser cazado.

—Ni se te ocurra.

El hombre, ya mayor por su pelo ennegrecido, soltó la aguja en una mesilla llena de utensilios quirúrgicos e hizo una reverencia tan profunda que Talor estaba seguro le había dejado lesiones en la espalda.

Talor se negaba a utilizar anestesia sabiendo que Diora, donde fuera que estuviese, no había podido disfrutar de ella.

Aún perdido en su cabeza sintió las manos desnudas de la doctora posarse en su pierna, y el chasquido de su hueso volviendo a su posición original le dolió más que los músculos resentidos por el movimiento brusco. En cuanto pudo sentirse la rodilla apartó a los médicos que aún seguían a su alrededor, se incorporó en la cama hasta que su espalda dejó de tocar la almohada de la camilla y respiró hondo. Con los pulmones a punto de reventar, y los párpados pesándole una tonelada, Talor apretó los puños y soltó el aire.

La presión en su cabeza disminuyó hasta desaparecer, y el dolor punzante en su pierna pasó un pinchazo desagradable que podía empujar a un rincón de su mente. Los varios cortes, que hasta entonces habían pasado desapercibidos, a lo largo de su pecho y espalda dejaron de sangrar y el mordisco en su brazo izquierdo cicatrizó.

Ahora sí podía fruncir el ceño con total confianza.

—Alteza, le recomiendo que…

—Que envíen a alguien a mis aposentos en una hora a recoger mi traje —Ignoró las palabras de la médica y saltó de la camilla, haciendo un esfuerzo consciente por no poner mucho peso en su rodilla recién curada.

Uno de los enfermeros se adelantó a él para salir de la enfermería, probablemente en busca de algún criado al que más tarde enviar a sus aposentos, y él le siguió pocos pasos por detrás. Las puertas de la enfermería se cerraron a sus espaldas antes de que nadie pudiera detenerlas, y el estruendo rebotó por los pasillos como si hubiera explotado un cartucho de pólvora.

A paso apresurado, ahora más seguro de sí mismo y sin que su alrededor diera vueltas ante sus ojos, sorteó los corredores repletos de columnas de granito rojo y adornos dorados hasta alcanzar las grandes escaleras de mármol tan blanco como el de los muros, que llevaban a

la tercera planta del palacio, donde se encontraban los dormitorios reales.

La habitación principal, de puertas dobles de madera oscura y tallados florales a mano, tenía el escudo de la familia real, un ojo de pupila blanca e iris negro con el nombre de la dinastía escrito en el dialecto de sus antepasados, grabado en los pomos dorados, brillando con tanta intensidad que pudo verse reflejado en ellos. Por unos segundos se detuvo frente a la habitación, en completo silencio y con la mirada fija en el frente. No pudo percibir sonido alguno en el interior del dormitorio. Ningún corazón latiente, ningún par de pulmones respirando.

La Reina pasaba mucho tiempo en los jardines últimamente.

Talor continuó su camino, pasando frente a seis puertas de madera oscura sin grabados hasta plantarse frente a la última. Los aposentos de los príncipes eran todos iguales, desde el color de las paredes hasta el de las sábanas. Lo único que los diferenciaba, además del olor, era el número grabado en el pomo dorado que indicaba cuál de los príncipes dormía en los aposentos. La puerta de Talor era la catorce.

Se adentró en la habitación, importándole poco que la puerta se cerrara a sus espaldas con un estruendo que hizo eco en los pasillos, y a medida que se iba acercando a una puerta corrediza de cristal opaco en el final de la estancia fue arrancándose los restos del traje de cuero que llevaba puesto. Era uno de los que solía usar para entrenar, y que llevaba siempre como si fueran su segunda piel. De color marrón oscuro, flexible y resistente. Donde antes el sello de la familia real había estado cosido sobre el pectoral izquierdo ahora había un trozo de tela del mismo color que lo reemplazaba, haciendo juego con las correas y la pechera que lo adornaban. En su momento, de más joven, había pensado que aquellos adornos sin utilidad ninguna solo entorpecían en el combate pero, en el momento en el que vio a Diora llevar un traje parecido, sus sastres estaban cosiendo los adornos en cada uno de los atuendos que poseía, con colores oscuros y hebillas de plata brillantes.

Abriendo la puerta corrediza, ahora desnudo, lanzó los harapos sangrientos y sudados al suelo y se adentró en la bañera de porcelana del baño, donde agua templada y sales de baño le esperaban ya preparadas. A pesar del olor dulzón de las sales pudo atisbar trazos de un aroma perfumado, tanto en el pomo de la puerta como en las toallas que lo esperaban dobladas sobre el lavabo.

Su madre había visto la pelea.

Talor se metió en la bañera, sumergiéndose bajo el agua tibia y recostándose contra el fondo de porcelana, con los ojos cerrados y la mente en calma. Dejó que los acontecimientos de aquella tarde desfilaran ante sus ojos cerrados con un puño apretándole las entrañas

y las manos apretadas en los bordes de la bañera. Se vio a sí mismo entrando a la pista del Coliseo, ignorando por completo los pasos de los azores que se movían entre las gradas, a la espera del espectáculo que se les estaba prometiendo, con los ojos fijos en la otra figura en la pista. Diora también le miraba, tensa como una soga y con las garras de los pies clavadas en la tierra. Estaba tan nerviosa como él, pero era demasiado orgullosa como para echarse atrás.

Cuando sus pulmones empezaron a arder sacó la cabeza del agua, tomando una bocanada de aire y abrió sus ojos invertidos para clavarlos en el techo. Una sonrisa llena de colmillos, tan grande que le cruzaba la cara de extremo a extremo, se abrió paso en su rostro.

Talor no pudo evitar reírse a carcajadas.

CAPÍTULO 2

El silencio era asfixiante.

No se oía el canto de las aves, el murmullo del agua o el susurro del viento. Todo estaba en calma, como si los elementos supieran que ante el peligro inminente lo mejor era guardar silencio.

Un solitario dinmen se aventuró fuera de su madriguera, vencido por el hambre. Al principio, el animalillo de cuatro ojos y largas orejas se mostraba indeciso, esforzándose por percibir el más mínimo signo de peligro a su alrededor. Una vez que hubo comprobado que no había depredadores a la vista, bajó sus orejas y se acercó a un arbusto de bayas silvestres. Ajeno al peligro se dispuso a comer, ajeno a la forma en la que el resto de su familia le observaba, con temor grabado en los cuatro ojos, desde el interior de la madriguera. A pocos metros un soplo de viento meció ligeramente las hojas de un arbusto y, poco más allá, las hojas secas que cubrían el suelo como una gran alfombra crujieron. Aquello alertó al roedor, que interrumpió su almuerzo para escrutar los alrededores, alzando sus peludas y largas orejas para volver a captar ese sonido que desentonaba con el silencio general. Sus compañeros se agazaparon dentro del agujero entre las raíces del tronco mohoso, como si intentaran mimetizarse con el marrón de la tierra. Ellos ya sabían lo que se avecinaba, pero parecía que su compañero ignoraba que desde el mismo momento en que había abandonado su agujero a los pies del árbol, se había convertido en presa.

Para cuando se percató de lo que ocurría ya era tarde.

—¿Vuelves a descargar tu ira en animalillos inocentes? —En lo alto de la copa de un árbol de aspecto endeble apareció un joven rubio de ojos naranjas que sonreía divertido.

Estaba agazapado sobre una rama desnuda, oculto entre las hojas en forma de aguja, balanceando una pierna y recostado sobre el tronco.

—¿Prefieres que me desahogue en el bicho o en ti? —Diora lo apuntó con el cadáver del dinmen, que con el cuello torcido de forma antinatural goleaba de sus garras. El muchacho levantó los brazos en señal de rendición—. A callar, entonces.

—¿Te lo vas a comer tú sola o se acepta compañía? —Diora no contestó. Aunque se negara, Bázil no la escucharía.

El chico saltó del árbol, y con una pomposa e innecesaria voltereta aterrizó junto a ella.

—Bueno, ¿qué ha sido esta vez? Cada que te das un festín como este no estás en el mejor de tus días —Se habían sentado a los pies de un árbol cercano a donde había muerto el dinmen, acomodados entre sus raíces e ignorando la tierra húmeda que les manchaba la ropa y, a Diora, el pelo—. ¿Has vuelto a discutir con Cattrina? ¿Con tu madre?

—No, no han sido ellas —Diora agarró al roedor por las patas traseras y con sus garras comenzó a despellejarlo, separando la piel de la carne con cuidado de no dañarla. Bázil la ayudó con las patas y la cabeza, cortando las orejas y la cola peluda, y dejó la piel estirada sobre una raíz especialmente gruesa para evitar que se manchara de tierra.

Diora agarró al roedor con ambas manos de la cabeza y las patas y, de un fuerte tirón, la partió por la mitad.

—Entonces ¿qué te pasa? —Bázil le dio un mordisco a su mitad, manchándose las manos y la boca de sangre y tripas, y Diora le dio un manotazo por hablar con la boca llena.

Ella también comenzó a comer, inmune a la textura blanda y resbalosa de la carne y al sabor metálico de la sangre, y solo al tragar y limpiarse la boca con la mano habló.

Sabía de sobra que la conversación acabaría en pelea, que Bázil era la última persona con la que debería hablar de estos temas, pero estaba tan cansada que en aquel momento le dio igual. Necesitaba poner orden a sus pensamientos, y hacerlo en voz alta siempre la ayudaba.

—Me he peleado con Talor.

—Qué novedad —Bázil bufó, apoyándose contra el tronco del árbol y estirando las piernas, y dio otro mordisco. El crujido de huesos al romperse y ser masticados la hizo estremecerse.

—En el Coliseo.

Bázil dejó de comer, con la vista fija en el frente, y por un segundo pareció haber dejado de respirar. Se llenó los pulmones de aire de una profunda respiración y tragó.

—Dime por favor que…

—No he ganado.

El silencio se hizo entre ellos, y el hambre que hasta entonces había amenazado con digerirla desde dentro desapareció. Diora dejó su porción de la caza en el suelo frente a ella, y Bázil tiró la suya de malos modos, salpicando de sangre la tierra a sus pies. El cuerpo medio devorado aterrizó a un par de metros después de estrellarse contra una roca.

—Pero tampoco has perdido, ¿no? —Bázil la agarró de los hombros y la obligó a mirarle. Estaba ligeramente pálido, y le notaba las manos sudorosas.

—Por supuesto que no.

—Entonces aún tienes posibilidades, aún puedes… —Bázil la miraba con la desesperación escrita en la mirada, apretándole los hombros hasta el punto de dejar moretones. Diora le agarró las muñecas y lo obligó a separarse.

—He apostado todas mis cartas y he perdido, Bázil. No hay nada más que hacer.

Bázil se levantó con hastío, dejando marcas de garras en el tronco contra el que estaban apoyados, y se puso a dar vueltas en círculo como una bestia enjaulada, maldiciendo su suerte, la vida, el destino, y la familia real. Incluido Talor.

Diora se mantuvo en su sitio, sentada entre las gruesas raíces con el mentón apoyado en su rodilla y la vista perdida en el bosque, que ahora se mecía con una suave brisa que le revolvía el pelo y le acariciaba la piel.

Los acontecimientos de aquella tarde se repetían en su mente como una grabación donde ella era la protagonista, y entre sus recuerdos atisbó al detonante de sus desgracias: un comunicado de Palacio con el sello de la familia real y una guadaña a la espera para rebanar cabezas.

El Alènac había llegado.

Recordaba aquella mañana, no hacía más de cuatro días, cuando su madre los reunió a todos en su despacho y encendió el monitor de su escritorio. La pantalla había mostrado el rostro del Rey, tenso hasta tal punto que pestañear parecía todo un reto, y la Reina, cuyo rostro se había vuelto tan blanco como la cal. Recordaba ver las caras de los catorce príncipes, apostados detrás de sus padres, con las manos cruzadas a la espalda y la muerte pintada en sus ojos.

Talor Ereder-Darselar, soberano de Àzar y cabeza de la familia real del Hemisferio Este, con la voz tan ronca que costaba entenderle, había, por fin, puesto día a una de las celebraciones más sagradas y temidas de su raza; había puesto fecha a la ejecución de su prole.

En menos de cuarenta y ocho horas, los catorce príncipes se enfrentarían en el Coliseo en una de las masacres más esperadas de cada generación, y solo uno de ellos se alzaría con el título de Heredero al trono y una segunda oportunidad para vivir.

Y entre esos catorce, siendo el menor de todos ellos, se encontraba Talor.

—¿Y ahora qué? —Bázil había dejado de escupir improperios y de caminar en círculos, y se había parado frente a ella, mirándola como si esperara que de su boca saliera un milagro divino.

Eissha no dará solución a algo que ha creado ella.

—Ahora lo dejo todo en manos de Eissha —*Mentira*, le susurró su mente.

—En manos de Eissha… ¿Te vas a rendir así sin más? No puedes

ser tan…

Diora se levantó con brusquedad del suelo y agarró a Bázil del cuello de su camisa, levantándolo del suelo y estrellándolo contra un árbol. La madera crujió y se quebró.

—Cuida tu tono, Bázil. No sabes de lo que hablas —Bázil le agarró la muñeca y la apartó de él de un empujón.

—¿Y por qué no me lo explicas tú misma?

Porque si lo digo en voz alta será real.

Los azores eran una raza nacida para la violencia, y se criaban en una sociedad donde la ley del más fuerte estaba por encima de todos, incluida la familia real. Eran una raza nacida de las estrellas y moldeadas en sangre, con características físicas que los hacían únicos y especiales, y una fuerza y resistencia heredades de la tierra que pisaban. Eran regalos divinos que se les habían otorgado con la condición de que se los ganaran.

El Alènac era una práctica tan antigua que su origen se había perdido en el tiempo, cuya finalidad era asegurar que el liderazgo de su pueblo solo recayera en el más fuerte. Cada soberano de la dinastía Darselar se había alzado como vencedor de entre todos los vástagos con los que había compartido techo, siendo nombrado como Heredero al trono bañado en la sangre de sus hermanos caídos y como Rey sobre el cadáver de su padre.

Era una tradición cruel y arraigada en lo más profundo de sus creencias que dejaba a su paso un rastro de sangre y lágrimas, y que había transformado el apellido Darselar en una muerte con latido.

Y Diora tenía todas las papeletas para formar parte de ella.

—Quedarse de brazos cruzados es como estrecharle la mano a la muerte, Diora. Pero tú eso ya lo sabes, ¿verdad? —Bázil intentó encontrar sus ojos, pero Diora se apartó de él para volver a sentarse, esta vez sobre una roca musgosa. Podía sentir la humedad de la piedra mancharle los pantalones de cuero blanco.

Claro que lo sé.

La monarquía era un tema complicado entre su gente, principalmente porque nadie quería tener nada que ver con ella, especialmente si nacías mujer.

El Alènac se llevaba a cabo una vez que el más joven de los príncipes estaba, a ojos del Rey, preparado para luchar, y una vez que solo quedaba un superviviente al que nombrar Heredero, llegaba el momento que sumía a su pueblo en agonía.

La Ak-Suben; la elección de la futura Reina.

Días después de la masacre, cuando los cuerpos de los caídos habían sido devueltos a la tierra de la que venían, aquellas mujeres, *niñas*, que habían alcanzado la mayoría de edad sexual y estaban en edad legal de contraer matrimonio, se reunían en los terrenos de

Palacio para que una de ellas, un alma desgraciada, fuera elegida como legítima Ketanic y fuera nombrada Heredera.

Una pobre criatura que sería condenada a traer al mundo a una camada de niños condenados a morir a manos de uno de ellos. Asesinados por su propia sangre.

La monarquía era una enfermedad que contagiaba a todo aquel que mantuviese contacto con ella, y Diora había sido tan descuidada, tan estúpida, que había permitido que aquel joven de cabellos rojos y ojos invertidos que tanto la hechizaban la atrapara con su mirada. Con sus roces, y su voz, con aquella sonrisa tan estúpida y tan brillante que parecía eliminar por completo todo rastro del peligro que lo rodeaba.

Ella había permitido que la cortejara, que la colmara de regalos que demostraban lo bien que la conocía, que le acariciara las mejillas cuando nadie más los veía y la hiciera sonrojarse al sonreírle como si ella fuera todo lo que él necesitaba en esta vida y en la siguiente. Solo cuando la realidad la golpeó en la cara con aquel comunicado, recordándole que no había rechazado los avances de uno de los príncipes, del que todos sabían iba a ganar, comprendió lo que realmente le esperaba.

Las Reinas de su pueblo nunca habían sido muy longevas.

—Aún tienes una oportunidad —Bázil interrumpió el camino tan oscuro que estaban tomando sus pensamientos y se arrodilló frente a ella. Diora sabía perfectamente lo que venía ahora; palabras que le habían sido repetidas en cientos de ocasiones y a las que ella no había correspondido nunca—. Yo puedo hacerte feliz. Puedo darte una vida larga, hijos sanos y fuertes —La agarró de las manos, llevándoselas a la boca para rozarlas con sus labios, y ella tensó la espalda.

Se vio a sí misma, un par de siglos mayor, en lo más alto una de las torres del palacio, al filo de una ventana. Cubierta de sangre, con la vista perdida, y un espejo detrás de ella que mostraba el reflejo de una Diora con el cabello ennegrecido y las manos de un niño acariciándole las mejillas.

La Diora de la ventana dio un paso al frente, y sesenta metros más abajo su cuerpo se unió al de las otras miles antes que ella, que no pudiendo vivir con su dolor pusieron fin a su miseria de la misma forma. Se preguntó si Talor, asolado por la pérdida, en la Àc-rasub, donde el Heredero lucharía contra el Rey por su lugar en el trono, seguiría los pasos de aquellos antes que él, que consumidos por el dolor bajarían la cabeza y se entregarían a la muerte sin resistencia y con los brazos abiertos.

Bázil la miraba con la esperanza pintada en los ojos, y sin importar cuántas veces hubiera rechazado sus propuestas, este siempre volvía a insistir con la esperanza de que, algún día. Ella dijera que sí. A Diora le encantaría poder aceptar. Un compromiso era algo que ni la realeza

podía romper; si le decía que sí sabía que Bázil haría de todo en su mano por hacerla feliz, por darle una vida plena e hijos supervivientes, y aún así…

Él no es Talor.

Bázil le soltó las manos y se alejó de ella.

Su falta de respuesta ya le había contestado.

***

Para cuando se percató de la hora ya había anochecido.

La sangre y el sudor que le manchaban el pelo se habían resecado y se lo notaba pegajoso y seco al mismo tiempo, y a la luz de la luna su típico color verde agua se había vuelto un verde apagado y sucio. Los rizos estaban tan llenos de enredos que no podía pasarse los dedos entre ellos sin arriesgarse a arrancarse la cabellera, y el olor a muerte que la rodeaba empezaba a ser asfixiante.

Se notaba la vista cansada, y dio gracias a que aquella noche había luna llena que alumbrara las calles. Caminaba por las calles del Sector Dos sumida en la penumbra. Todas las casas a su alrededor, grandes estructuras elegantes de madera y piedra, carecían de luces encendidas, y no escuchó ningún otro par de pisadas por las calles de piedra. Las calles de su Ciudad Capital eran amplias, llenas de verde en las aceras y guardaban el calor del medio día para las noches de frío. Se sentía los pies desnudos cálidos, y la piedra lisa aliviaba la molestia que sentía en ellos.

Siempre le había fascinado que los Tres Sectores, también conocidos como las Tres Ciudades Capital, fueran tan distintos. El Sector Tres, el hogar de los Llanos, era frío, lleno de calles angostas y de explanadas llenas de cultivo y casas de oficios. El Sector Uno, Palacio, era una fortaleza con una pequeña ciudad dentro, donde residían en el palacio la familia real, llena de institutos de investigación, los cuarteles de la Guardia y el Ejército, y las residencias de los criados. Su Sector, por su parte, era el corazón del del comercio, de calles amplias, casas grandes y hogar de los altos cargos de su Hemisferio.

El bosque de Kamonna, uno de los más grandes del territorio, y terreno de caza principal, ayudaba a dividir y marcar los límites de cada Sector.

De los tres, la Tercera Ciudad Capital era su favorita.

Los bares y las peleas de borrachos eran la atracción principal.

Tan distraída estaba, intentando despejarse la mente y dejar de pensar en todo lo que había acontecido durante el día, que no se percató de que había llegado a su casa. Su padre, al ser General del Ejército, poseía una de las viviendas de las calles principales, cerca del

centro de la ciudad. Una construcción de madera y piedra con amplios ventanales y un jardín repleto de flores silvestres.

Se coló por el jardín trasero, no queriendo despertar a nadie, y sorteando los setos de su madre abrió la puerta trasera que daba a la cocina. Sus padres, aunque recluidos en su dormitorio, no acostumbraban a irse a dormir hasta que todos los integrantes de la casa estuvieran en sus camas.

Cerró la puerta, con las manos tensas y la respiración atascada en la garganta, intentando no hacer ruido, y se deslizó por la cocina y el comedor hacia las escaleras.

Dentro de la casa la luz de la luna no alcanzaba a alumbrar, y tuvo que esforzarse en enfocar la vista para no chocarse con las paredes o la baranda de las escaleras. Estaba tan cansada, había sido un día tan largo, que solo mantener los ojos abiertos parecía una condena.

Con cuidado de que la madera no crujiese se subió a la barandilla de madera de las escaleras, y con las garras desenvainadas cogió impulso y saltó. Consiguió alcanzar la baranda superior, clavando las garras en la madera para no perder el equilibrio, y de un impulso contra la pared saltó por encima de la misma y aterrizó en el suelo del pasillo del segundo piso.

Caminó con pies de plomo hasta su puerta, orgullosa de no haber despertado a nadie, y justo cuando fue a abrirla escuchó una voz a sus espaldas.

—¿Qué has estado haciendo? —Un niño asomó la cabeza por la puerta del final del pasillo, de voz aguda y soñolienta. Tenía el pelo verde oliva y unos ojos de un morado intenso.

Aquel niño sin nombre era conocido como el hijo menor de los Saford y, por consiguiente, el hermano menor de Diora.

—Nada de tu incumbencia. Ahora duerme, es muy tarde.

—No puedo dormir —El niño miró a Diora con ojos cansados y expresivos, que en pocos años aprenderían a ocultar cualquier sentimiento o emoción, y se frotó la mejilla.

Diora abrió la puerta de su cuarto y el chico se apresuró a entrar en él. Diora cerró la puerta a sus espaldas, con el mismo cuidado que la de la cocina, e ignoró cómo su hermano se metía en su cama sin preguntar.

Pasándose las manos por el pelo y rascándose la cabeza, que empezaba a picarle por la tierra que no había conseguido sacudirse, se encaminó hacia el baño, cerrando la puerta para que el ruido de la ducha y la luz no despertaran a nadie.

Se quitó la camiseta de cuero blanco, la pechera oscura y los pantalones, que tendría que llevar a un sastre a que le remendara los agujeros y desgarros que habían sufrido durante la pelea. En la parte de atrás de la camiseta encontró cuatro surcos en forma de garras y,

de mala gana, la lanzó al suelo junto con el pantalón. Era el tercer traje de entrenamiento que destrozaba en las últimas semanas.

Tardó cerca de una hora en limpiarse toda la sangre y la tierra del pelo, pasándose los dedos entre los rizos para deshacerse de los enredos, y frotándose el cuerpo con una toalla humedecida con agua y jabón para deshacerse de toda la mugre que la cubría.

Estuvo tentada de quedarse en la ducha y dejar que el agua templada le calmase los dolores musculares, pero al día siguiente tenía muchas cosas que hacer y muy pocas horas para dormir.

Salió de la ducha después de escurrirse los rizos, e hizo todo lo posible por secarlos lo suficiente como para que no empaparan la cama. Se puso una crema de olor dulce en sus cicatrices, principalmente las que le cubrían el torso y la cara, y se colocó un camisón blanco de seda que su madre le había comprado hacía un par de años. A pesar de lo desgastada que se veía la tela por el uso, nunca había podido intercambiarlo por uno nuevo. El olor y la textura de la tela la confortaban de una forma que no sabría explicar.

Salió del baño con cuidado de no hacer ruido; el niño estaba dormido, envuelto en las finas sábanas de su cama, en el centro de la cama. Diora se acercó con cuidado, a pasos apresurados y ligeros, y antes de poder tumbarse sobre el colchón se vio reflejada en el espejo de cuerpo entero colgado en una de las puertas de su armario, de bordes bañados en plata y con su nombre grabado. Se llevó la mano al rostro, y con dedos temblorosos se rozó una nueva cicatriz que le adornaba la sien, algo desviada hacia la frente, que había aparecido después de romperle la ceja a Talor de un cabezazo.

Volvió a pensar en la pelea, y de nuevo el veredicto le aplastó el pecho como si una montaña se le hubiera venido encima.

No he ganado.

Los cortejos entre azores eran tan complicados como hermosos.

Eran hermosos porque cuando un azor estaba interesado en ser pareja de alguien, tenía que seguir una serie de normas y pasos para que su cortejo fuera reconocido ante el pueblo y los ojos de Eissha. Se debía escoger un presente, un objeto que entregar como muestra de interés, y si la posible pareja aceptaba, debían esperar doce meses antes de formalizar su relación y, así, poder contraer matrimonio.

Las bodas entre su gente eran celebraciones sencillas, donde los novios vestían prendas del color del cabello del otro y buscaban un nuevo presente que simbolizaba el cierre de un ciclo. Uno para comenzar el cortejo y otro para sellar el matrimonio.

Se decía que, de esa forma, Eissha los bendecía con felicidad y prosperidad, e hijos fuertes que vivirían muchos años.

Pero también eran mortales.

Había ocasiones en las que el cortejo era rechazado. El presente no

había sido el adecuado, el azor no era deseado por la pareja; no importaba, realmente, porque un simple no cambiaba las tornas de forma vertiginosa. El azor rechazado tenía derecho a retar a un combate cuerpo a cuerpo a la pareja deseada. Y en caso de ganar, también de obligarla a aceptar su propuesta de cortejo.

Los azores se apareaban de por vida, y la familia real no era una excepción.

Así que días atrás, tras aquel comunicado que le había drenado la sangre del cuerpo y hecho sudar como un herrero, Diora se había puesto a pensar.

Si Talor llegaba a pedirle matrimonio, si de verdad pensaba elegirla como futura ketanic, Diora tenía que saberlo. Tenía que estar segura de si tenía alguna oportunidad de ganar.

No he ganado.

Apartó las manos de su cara al sentirse las garras arañándole la piel, y apretó y cerró los dedos intentando que estas volvieran a retraerse.

Apartó las sábanas de la cama y a su hermano, con cuidado de no despertarle, para poder tumbarse de espaldas a la puerta. La cabeza le palpitaba y si no intentaba coger el sueño su madre le reclamaría por la mañana tener ojeras.

La belleza es un signo de poder y seguridad, Diora. No dejes que nadie te quite eso.

Le esperaba una mañana muy larga.

***

Lo que la despertó fue el silencio.

Uno tan ruidoso y resonante que hizo que le vibraran los párpados y le temblaran los labios. La despertó su pesadez, que la envolvía y atrapaba como una red de pescador, al mismo tiempo que la liberaba y protegía del vacío. Se sentía flotar y caer, libre y apresada, despierta y… dormida.

¿Estaba dormida?

No, pero tampoco despierta, ni flotando o cayendo, libre o atrapada. Simplemente estaba ahí, rodeada de nada y todo al mismo tiempo, con una única constante que se repetía en los únicos resquicios de consciencia que le quedaban; estaba sola.

Había estado siempre tan sola…

Entonces el silencio cambió. Fue poco a poco, instante a instante: primero el ruido, que dejó de estar en todos lados y en ninguna parte al mismo tiempo y la envolvió como una manta; luego fue el vació, que la constriñó hasta el punto de obligarla a encogerse sobre sí misma, como una criatura aún por llegar al mundo.

Y el sueño… seguía sin estar ni despierta ni dormida, pero más que consciente de la sensibilidad en su cuerpo: uno cambiante y único al mismo tiempo, que reposaba rodeado de tierra que se colaba por sus oídos y nariz, y rocas que se le clavaban en la piel. Sentía dolor y placer, la sangre saliendo de los cortes en su carne acariciaba su espalda y, por un momento, estuvo a punto de dejarse llevar por la calma a su alrededor. Había hecho aquello tantas veces como ninguna, un patrón seguido durante tantos milenios como segundos llevaba existiendo, y lo recordaba tanto como desconocía.

Estaba tan cansada…

Por eso, cuando escuchó la tierra y las rocas a su alrededor temblar, con una vibración y eco lejanas, pero próximas al mismo tiempo, sus párpados temblaron con el vago intento de un parpadeo perezoso.

Hacía tanto y tan poco que no veía nada…

El sonido se hizo más intenso, y lo que antes era un eco perdido ahora era el inconfundible crujido de uñas contra piedra y tierra, intentando abrirse camino.

De repente ya no se sentía tan soñolienta; la bruma que hasta entonces le recorría el cuerpo de pies a cabeza, un cuerpo que ni era consciente de que tenía, comenzó a disiparse. Las piedras clavadas en su piel ya no eran placenteras, y cuando trató de oler el líquido que salía de sus heridas, el polvo se coló en su nariz y la hizo atragantarse. La calma que mantenía en descanso sus músculos se convirtió en un doloroso hormigueo que la hizo, por fin, ser consciente de sus alrededores.

Estaba enterrada viva.

CAPÍTULO 3

Las llamas de las antorchas crepitaban con destellos rojos, naranjas y amarillos, en una danza que producía sombras de formas tambaleantes, dando un aspecto misterioso y un tanto lúgubre a la cueva.

Las paredes de piedra formaban un túnel oscuro y angosto que aislaba los sonidos de la noche, sumiéndolo todo en un silencio agobiante, únicamente perturbado por contadas goteras que se abrían paso a través del oscuro techo de roca.

Un grupo de cinco hombres lo cruzaba a paso apresurado, cuatro de ellos a varios metros por detrás del cabecilla. El que claramente ostentaba el puesto de Líder vestía con caros ropajes de cuero, y una capa ondeaba a sus espaldas con reflejos anaranjados sobre tela blanca, resaltando así el tono bronceado de su piel y su larga cabellera roja sangre que descansaba poco más allá de sus anchos hombros. El resto del traje estaba complementado con una armadura de combate color negro con adornos en rojo. Los cuatro guardias que lo escoltaban vestían la característica armadura de combate negra y blanca de la guardia real.

La mente del cabecilla trabajaba a paso acelerado, sus ojos fijos en el final del túnel y goterones de sudor deslizándosele por las sienes, analizando la situación; tenía que medir bien sus palabras si quería tener la más mínima oportunidad. Llevaba semanas planeando aquella reunión, mentalizándose para controlar su temperamento y no echarlo todo a perder. Había practicado y repetido sus palabras en su cabeza decenas de veces, recorriendo su despacho como una bestia enjaulada, rehaciendo su discurso tantas veces que este parecía estar grabado en su mente con un clavo ardiendo.

Apretando los párpados y flexionando los dedos volvió a concentrarse en el camino. Debía mostrarse firme, sereno; en el momento en que se dejara llevar por la ira habría tirado sus esfuerzos por tierra y todo habría sido para nada. Tenía que ser astuto.

Pocos minutos después llegaron a una sección del túnel que se ensanchaba hasta desembocar en una cueva circular que, fácilmente, alcanzaría los veinte metros de diámetro y otros quince de alto. Las paredes y el techo estaban cubiertos de esculturas talladas en la piedra, de aspecto tan vívido que parecían escrutar su alma con aquellos ojos de roca que les seguían allá donde pisaran. La Creadora

podía ser tan bondadosa como mortífera.

Ereder retuvo un bufido y se acomodó la capa sobre los hombros. Tantos años en el trono le habían hecho darse cuenta de que la fe no iba a salvarle de morir a manos de su propia sangre. Su nombre estaba maldito y ninguna deidad había hecho nada por cambiarlo.

De las paredes, en huecos libres de tallados, colgaban antorchas iluminándolo todo con sus cálidas luces, y en el centro se apreciaban trece estrados de madera de roble irguiéndose en semicírculo.

Doce hombres ocupaban doce de aquellos privilegiados puestos, reservando el estrado del centro para la venerable sacerdotisa Chaira Damasen, la anciana y sabia del Hemisferio Este. Las leyendas especulaban que había estado presente en la primera Här-Ahdir, Gran Conquista. La anciana portaba un camisón de manto grueso bordado con hilo dorado sobre tela celeste, y su larga cabellera se recogía en un moño alto. Dos largos mechones de su pelo negro, señal de su avanzada edad, caían sobre su pecho enmarcando su fino rostro.

A pesar de los años seguía conservando retazos de su antigua belleza, ahora parcialmente enmascarada por la vejez.

El resto de los hombres vestían ropajes elegantes, todos de color blanco para mostrar supuesta imparcialidad ante los asuntos tratados en aquella sala. Cada uno de los azores, miembros del Consejo, presentaba rasgos similares: pelo ennegrecido por la edad, mirada cansada y mente envenenada por la codicia y la fe ciega en que ellos, como emisarios de Eissha, eran los únicos que merecían el poder.

Ereder se llenó de aire los pulmones, y sintió sus colmillos volver a su tamaño original. Tenía que mantener la calma.

Los cuatro guardias se detuvieron ante la mirada del Rey mientras este se colocaba en el centro del semicírculo de estrados, preparándose mentalmente para la charla que se avecinaba. *Mantén la calma*.

—Su majestad, Rey Talor Ereder-Darselar, ¿a qué se debe su visita? —Las palabras procedían de uno de los azores del extremo izquierdo. Ojos añil con tintes plateados escrutaron al Rey desde las alturas con desprecio, acompañado por el veneno escupido en cada palabra.

Los conflictos entre el Consejo y la familia Real eran un secreto a voces entre el pueblo. El odio que rezumaban entre ellos remontándose a milenios en el pasado, cuando las relaciones entre los acólitos y el Gobierno se distanciaron hasta quedar enfrentados. Ahora, el poder quedaba dividido entre la Monarquía de los Darselar y la congregación de acólitos que representaban a Eissha en el plano mortal.

A Ereder le palpitaban las sienes solo de pensarlo.

—Hacía mucho que no nos visitaba, Su Majestad —la suave voz de Chaira Damasen interrumpió aquella mirada llena de desprecio que Con-Aday, el azor de ojos añil, le dirigía al Rey.

El acólito se acomodó en su asiento y apartó la mirada de Ereder.

Tragándose su orgullo y tratando de controlar la ira que le palpitaba en las sienes, Ereder hizo una escueta reverencia ante la sacerdotisa, que bajó la barbilla aceptando su muestra de respeto y le cedió la palabra.

Era ahora o nunca.

—Hace ya tres semanas recibimos una señal dirigida al monitor principal de Palacio. Nuestros técnicos afirman que ha sido enviada desde otro monitor —Ereder apretó los dientes hasta que le chirriaron —. En el Sector Cero —Exclamaciones de sorpresa y gritos ahogados rebotaron en las paredes de la cueva, y Ereder supo que ya había perdido.

La selva de Amon-Käh era territorio prohibido, un tabú que se ignoraba y repelía como a las plagas que devoraban las cosechas o las enfermedades que se llevaban a los más débiles. Era una sombra perdida en la memoria a plena vista, al alcance de todos y al mismo tiempo tan lejos de ser descubierta.

Era el cementerio donde generaciones de los suyos descansaban en polvo y ceniza.

Nadie había dado señales de vida en dicho Sector desde la segunda Här-Ahdir, el día en que el antiguo Rey de Àzar, antepasado de Ereder, había mandado a construir el Muro: una muralla de mármol pulido de cincuenta metros de alto y treinta de ancho con una única puerta controlada desde Palacio como vía de comunicación entre los dos hemisferios del planeta. De eso hacía ya decenas de miles de años, cuando Talor Yam-Darselar salvó a los suyos de la amenaza Sibalek. No quedaba constancia de que alguien pudiera haber sobrevivido en el territorio de aquellas bestias y, en tal caso, la tecnología no habría podido alcanzar niveles tan avanzados como para poder desarrollar un monitor de tanto alcance.

—Eso es imposible. ¡Todos sabemos que los Sibalek infestan el Hemisferio Oeste! No hay recursos, no hay vida. Menos aún posibilidades de enviar una señal —Uno de los azores más ancianos tomó la palabra, Con-Sater, que con la cabeza rapada y los ojos hundidos señalaba a Ereder como un juez a un condenado—. Y en caso de ser una posibilidad, ¿cómo han podido hacerse con las coordinadas exactas para enviar un mensaje a los monitores de Palacio de los cientos que hay distribuidos por las Tres Capitales? —El acólito apoyó su peso en su estrado, con las garras dejando surcos en la madera tallada. Ereder le mantuvo la mirada con la sensación de estar ahogándose.

—Con-Sater, tome asiento y modere su tono —El sonido de sus ropajes rozar la madera de su asiento acompañó a Chaira Damasen mientras se enderezaba y entrelazaba los dedos frente a su pecho, con

los codos apoyados en su estrado y la mirada fija en el Rey. Ereder volvió a respirar—. Estás hablando con tu Rey en terreno sagrado.

Con-Sater soltó su estrado como si la madera le quemara y volvió a acomodarse en su asiento, con la mirada nerviosa y la espalda tensa.

—Sacerdotisa, le ruego que me disculpe…

—No es a mí a quien has faltado el respeto, acólito —Los ojos blanquecinos de la mujer, que hacía siglos habían comenzado a perder la capacidad de ver el mundo, continuaron fijos en la figura del centro, a la que apenas era capaz de percibir gracias a la poca luz que aportaban las antorchas.

Con-Sater se aclaró la garganta y acomodó sus ropajes marrones, símbolo de la tierra que pisaban y a la que algún día volverían a formar parte.

—Por supuesto, sacerdotisa —El acólito hizo una profunda reverencia hacia la anciana para luego volverse a Ereder, que con la paciencia escapándosele de entre los dedos esperaba en el centro del semicírculo con las sienes a punto de reventar—. Le ofrezco mis más sinceras disculpas, Majestad —Con aquellos ojos hundidos y rodeados de piel arrugada y paliducha, Con-Sater bajó la barbilla y apoyó las manos en su estrado, mirándolo con repudio y satisfacción rezumando en oleadas de su piel.

Ereder no mencionó que, según el protocolo, el acólito le debía una reverencia como a la sacerdotisa, y la sonrisa de Con-Sater se hizo más grande.

El Rey clavó las garras de los pies en el suelo, arañando la tierra en un intento de dejar escapar algo de su ira por los pies.

—El mensaje tenía como único contenido coordenadas cartográficas y las iniciales del que creemos es el emisor. Las hemos rastreado y coinciden con unas cordilleras en Beta, el segundo continente —El resto de los ancianos continuó en silencio, como se habían mantenido mientras observaban con hambre y excitación a Ereder retorcerse de rabia como una bestia enjaulada. Se revolvían en sus asientos y lo devoraban con la mirada como Sibalek—. Propongo enviar una partida de reconocimiento. Nuestra tecnología es avanzada y llevamos milenios preparándonos para sobrevivir en terreno hostil; el éxito está garantizado.

Con-Asid, el más joven de los acólitos del Consejo, se alzó de su asiento y golpeó el estrado con fuerza. La madera se quebró y el resto de los acólitos se unieron a su indignación.

—¡Esto es absurdo! Está claro que Eissha nos está dando un aviso. Nos recuerda que la muralla que nos protege de esas bestias es un regalo divino que no podemos cuestionar. ¡Enviar una partida ahí fuera sería ir en contra de los deseos de la Gran Proveedora!

Con-Aday acomodó su túnica y señaló los tallados en las paredes

de la cueva.

—¿A caso ha olvidado, Majestad, dónde reside su lealtad? —En el punto más alto del techo, justo encima de su cabeza, entre las sombras y la oscura piedra podía discernirse la silueta del busto de una mujer, desnuda, con los brazos abiertos y la mirada de roca clavada en sus ojos, como si estuviera preparada para juzgar cada palabra que saliera de su boca.

Ereder rugió.

—¿Y qué proponen? ¿Que nos quedemos de brazos cruzados? ¡Podríamos estar ante un descubrimiento revolucionario, una nueva oportunidad para expandirnos, para eliminar a esas alimañas que nos empujaron a escondernos como presas! —El Rey clavó los ojos en el acólito de cabeza rapada—. Como comida —Con-Sater clavó las garras en la madera hasta que esta crujió bajo sus dedos—. Es nuestro momento de recuperar lo que nos pertenece; Eissha…

—¡Herejía!

Los guardias, que hasta entonces habían permanecido en silencio, abrieron paso a su soberano, que salió de la cueva con el cabello erizado y la saliva goteando de sus colmillos como a un monstruo de pesadilla; los ojos inyectados en sangre habían perdido todo su color, antes de un dorado ardiente, para volverse ciegos y hambrientos. En lo más profundo de su mente, donde su sed de sangre no había dominado a su raciocinio, se repetía el mensaje que había mantenido en secreto a toda la corte. Aquel mensaje que podría cambiarlo todo.

Desde lo alto de su estrado, la anciana fue capaz de percibir aquella aura de demencia y desesperación en el Rey. La sacerdotisa alzó la vista hacia donde sabía se encontraba el tallado de su Diosa y rezó.

Si sintió la piedra moverse y los ojos de roca seguir el camino que el Rey había tomado, los acólitos a su alrededor no tenían por qué saberlo.

CAPÍTULO 4

Apenas era un murmullo de fondo, un susurro, un sonido agudo y cantarín, una risa. Agazapada en el marco de la puerta de la habitación se preparó para el asalto, con las rodillas flexionadas y las garras arañando la madera. Dio un par de pasos hacia la figura en la cama, dándole la espalda y sin dar indicios de haberla escuchado, y maldijo entre dientes cuando una de las tablas de madera crujió bajo su peso.

Con una sonrisa confiada y una última risita se lanzó sobre la figura tendida en la cama.

Un destello azulado, un gruñido y un golpe sordo.

Diora tenía a la joven agarrada del cuello, colgando a varios centímetros del suelo y con las garras desenvainadas, amenazando con cortarle el cuello. La chica sonrió.

—Parece que alguien se ha levantado con el pie izquierdo —La miró con la sonrisa comenzando a temblarle, y le dio unas palmaditas en el brazo haciéndole saber que empezaba a quedarse sin aire—. ¿Te importa? Como mínimo me gustaría llegar a la mayoría de edad.

Diora dio un último gruñido y la soltó de mala manera. La habitación estaba a oscuras, lo que significaba que aún quedaban un par de minutos para el amanecer. Notó que estaban las dos solas.

El niño debió despertarse antes que ella.

Volvió a dirigir su mirada a la joven azor que se frotaba el cuello mientras se incorporaba. Su cabello color oro rosa caía como una cascada sobre sus ojos azul marino, que parpadeaban intentando deshacerse del escozor por la falta de aire. Diora hizo una mueca de fastidio y se dirigió al armario empotrado en la pared frente a su cama para cambiar su camisón por un traje de entrenamiento idéntico al del día anterior.

—¿Quién te ha dejado entrar, Rina? Y lo más importante: ¿qué haces aquí? —Mientras tanto, la intrusa se había tumbado en la cama y veía cómo su Líder de escuadrón se ponía su traje de entrenamiento.

—He entrado sola, y estoy aquí porque Catt está abajo asolando la despensa. Así que acaba ya, que tengo hambre —Diora le lanzó una mirada envenenada y terminó de colocarse las cintas en los brazos—. Además, la que debería de estar enfadada soy yo, y bueno, también las demás. ¡Ayer te largaste del entrenamiento sin explicarnos nada!

Por un momento volvió a verse en las Arenas, Talor parado delante de ella con esa sonrisa que nunca admitiría le gustaba tanto,

susurrándole al oído cómo ya había planeado escogerla de entre todas las azores que se presentaran a la Ak-Suben.

De cierta forma se avergonzaba de su reacción. Le estrelló el puño en la cara al príncipe, tan fuerte que lo lanzó al suelo a varios metros de distancia y la nariz comenzó a sangrarle a chorros. Talor se había reído, tan feliz como un niño recién nombrado, y la siguió sin queja alguna cuando ella marchó hacia el Coliseo.

No era algo de lo que se sintiera orgullosa, pero había sido un mal necesario.

Ahora sabía que, de rechazar al príncipe y ser retada por él, sus posibilidades de victoria eran cercanas a cero.

—Vamos, a este paso Catt acabará con la comida y yo también tengo hambre —Rina pudo haber protestado, pero comprendió que a su compañera no le apetecía hablar del tema, así que la siguió en dirección a la puerta en silencio. Las dos salieron de la habitación y saltaron por el hueco de las escaleras, aterrizando en la planta baja.

Entraron en la cocina y se encontraron con una chica de cabellos morados recogidos en una trenza lateral. Su traje de entrenamiento consistía en un mono de cuero verde y brazaletes de hierro que le permitía libertad de movimiento, y este complementaba con el de Rina, que consistía en un traje de cuerpo entero de color rosado adornado con una pechera y brazaletes de hierro.

La chica de pelo morado estaba sentada en una encimera de mármol blanco devorando con ansias lo que en su momento debió ser una cría de nalim. El animal era fácil de reconocer debido a la señal de que, cuando estaba vivo, en su cabeza se irguieron tres pequeños cuernos.

—Catherina, estás perdiendo tu toque, ¿es que ya ni siquiera puedes asaltar a alguien dormido sin que te cojan? —La joven de cabello lila señaló con la mirada las leves marcas de dedos en el cuello de Rina, que la miró con hastío mientras tomaba asiento junto a ella.

—Es que esta no es una persona cualquiera, Cattrina.

Diora se sentó frente a ella en uno de los bancos de madera libres y arrancó una de las patas del nalim. Cattrina gruñó y trató de quitársela, pero Rina le dio un manotazo y la obligó a compartir el motín.

—Bueno, dejémonos de estupideces; tú, ¿es que no vas a explicarnos nada? Llevo esperando desde ayer a que me aclares qué demonios fue ese puñetazo que le metiste a Talor. Es un milagro que no le destrozaras la nariz —Cattrina la apuntó con un trozo de carne ensangrentada que se llevó a la boca.

—No tengo por qué daros explicaciones, y ¿dónde está Vett? —Diora le dio un mordisco a la a su parte de la caza y se limpió la sangre de los labios con los dedos. Normalmente la que la despertaba

por las mañanas era su compañera de escuadrón, Olvett, que llevaba años colándose por su ventana y tirándola de la cama, todo mientras se reía de su incapacidad de despertar por su cuenta al amanecer.

El escuadrón era como una hermandad; solo los azores más compenetrados los formaban entre sí, y Diora era la Líder del suyo: Catherina, Cattrina, Diora y Olvett. Después de tantos años de entrenar juntas, su relación había evolucionado lo suficiente como para considerarse amigas entre ellas. Bázil, que había decidido no pertenecer a ningún escuadrón en su momento, disfrutaba de mantenerse en solitario, pero en muchas ocasiones lo contaban como parte del suyo. Eran muchos años de relación y entrenar juntos.

—Nos está esperando en las Arenas, vamos —Cattrina agarró del brazo a sus dos compañeras, una vez reducido al cadáver en la mesa en un montón de huesos, y las arrastró al aseo más cercano para limpiarse la sangre.

Para cuando salieron de la casa ya había amanecido, y los propietarios del resto de viviendas abandonaban sus casas en dirección a sus puestos de trabajo. Todos ellos de gran importancia.

Al igual que Diora, Rina y Cattrina también eran hijas de azores habitantes del Sector Dos. Los padres de Cattrina eran uno de los cuatro instructores de las Arenas comunes de entrenamiento y la jefa de cocinas del palacio. Los de Rina eran el Subcomandante del Ejército, compañero del padre de Diora, y la encargada de la preservación de la fauna y flora del Hemisferio, que a su vez trabajaba en las oficinas de Palacio.

Diora conocía a todos los habitantes de su Sector, sus nombres y sus puestos. De hecho, fue su padre el que la obligó a estudiarse a conciencia sus perfiles de identidad. Para ella eran enemigos, le había dicho, y como toda estratega debía conocer sus puntos fuertes y débiles.

Nunca bajes la guardia, la información es poder, y el poder es victoria, hija mía, le había dicho su padre hacía tantos años, con ella sentada en su regazo frente a un monitor encendido y lleno de letras que, en su momento, no había entendido.

Y a Diora le encantaba ser poderosa.

Un par de minutos después, cuando hubieron salido de las calles de la Segunda Ciudad Capital, alcanzaron una gran explanada libre de vegetación en la que, desde lejos, podían apreciarse grandes grupos de personas reunidos.

Las Arenas eran unas pistas de albero y piedras que se dividían en cuatro terrenos, cada uno reservado según la edad. Los más pequeños, aún sin nombre, tenían la más cercana a la enfermería comunitaria de las lindes de la ciudad, con mejor equipamiento que la lona apostada en uno de los extremos de la explanada que usaban los mayores.

Luego seguían aquellos que habían conseguido llegar a la edad de nombramiento y, en las dos pistas restantes, se situaban aquellos que habían alcanzado la adolescencia y adultez respectivamente.

La instrucción en grupo solo era obligatoria hasta la tierna edad de ciento cincuenta, cuando se declaraba la madurez sexual y, por lo tanto, el derecho a elegir tu camino. Aquellos azores que perseguían un puesto entre las filas del Ejército o la Guardia, las fuerzas especiales del Rey, estaban obligados por ley a continuar la instrucción hasta la mayoría de edad legal.

Las tres se encaminaron a la tercera Arena ante la atenta mirada de los instructores, uno por cada grupo de edad. En aquella explanada reservada para aquellos que se aproximaban a la adultez, rodeada de un corro de jóvenes azores, se encontraba la que tradicionalmente hacía de su despertador todas las mañanas.

Su pelo color añil y sus ojos plateados refulgían bajo el sol mientras esquivaba los zarpazos de una novata a la que, probablemente, le habían ordenado iniciar.

Así que para esto la convocaron.

No era inusual que cuando un azor alcanzaba la edad límite de su Arena le asignaran a modo de bienvenida a uno de los más avanzados para iniciarlos, para mostrarles cómo las cosas iban a cambiar. A Olvett la habían convocado el día anterior en medio de su instrucción y, desde entonces, no habían vuelto a verla. Normalmente, cuando se organizaba una convocatoria solo podían ser dos cosas: castigo por insubordinación o asignación a un iniciado.

Por suerte había sido la segunda.

Una patada en la cabeza mandó a la iniciada fuera del corro de mirones que las veían luchar. Se levantó tambaleante, con una mano cubriéndose la frente y la otra intentando limpiarse la sangre de los ojos. Olvett rodó los hombros con expresión de molestia y se sacudió la sangre que manchaba su pie desnudo.

—Tú y yo hemos acabado por ahora, pero más te vale mejorar la defensa. Ve a que te curen eso, mañana empezarás a entrenar en serio —La chica, de pelo verde y media cabeza rapada, asintió con los labios apretados y marchó hacia la tienda de lona que hacía de enfermería.

Vett se echó el flequillo a un lado, se sacudió los pantalones de cuero negro mientras se colocaba las hombreras en su sitio, y se dirigió hacia sus compañeras, a las que había visto por el rabillo del ojo mientras peleaba con la chica.

Diora fue la primera en hablar.

—Yo que tu vigilaba las espaldas, no creo que le haya gustado que la humilles en su primer día —Se cruzó de brazos y señaló con la cabeza a la iniciada, que desde la tienda de lona y madera parecía

querer matar a Olvett con la mirada.

—No eres la más indicada para hablar, Majestad —Olvett la miró con una sonrisa llena de dientes e hizo una reverencia que la puso roja. Cattrina a sus espaldas soltó una carcajada que le quitó el aire y se lanzó sobre ella, abrazándose a su espalda y rodeándole los hombros para apoyar todo su peso en ella.

Diora le clavó las uñas en los brazos y Cattrina la soltó como si quemara. Olvett la miró aún sonriendo, y al ver que tenía las mejillas sonrosadas se acercó a ella para pasarle el brazo por los hombros.

—Vamos, no te enfades, solo era una broma —Olvett les hizo un gesto con la mano para que se acercaran y las cuatro se dirigieron a la zona de calentamiento, que no era más que una esquina alejada del resto de la formación—. Bueno, ¿qué me he perdido? Esos carcamales me tuvieron toda la tarde ocupada con esa mocosa, y para colmo he tenido que levantarme más temprano de lo habitual —Cattrina le dio un manotazo en el brazo, y Olvett le lanzó un beso con un guiño picaresco—. Sin ánimo de ofender.

—No mucho, después de que Talor llegara como todas las mañanas Diora le dio un puñetazo y, seis horas después, los dos acabaron en la enfermería —Cattrina apoyó las manos en sus hombros y la detuvo antes de que pudiera salir corriendo de la vergüenza.

—Correcto —Rina corrió a cortarle el paso mientras Olvett y Cattrina se apostaban a sus costados y la señaló con un dedo acusador —. Además, se rumorea que vieron a Bázil dirigirse al bosque poco después de que tú lo hicieras. Es atractivo, no lo niego, pero todos sabemos que tú solo tienes ojitos para uno.

—Ya os he dicho que no tengo por qué daros explicaciones. Y ya sois demasiado mayores como para creeros todo lo que se dice por ahí —Las apartó de un empujón, cansada de que la atosigaran como si fuera la culpable de un delito, y se sentó en el suelo para estirar las piernas.

Para su desgracia, había pasado una noche horrible; llena de vueltas incómodas y una opresión en el pecho que parecía querer quitarle el aire. No recordaba exactamente qué la había perseguido en sueños, pero no le extrañaría que tuviera algo que ver con el Alènac que tendría lugar al día siguiente.

O con la Ak-Suben que vendría después.

Se sentía las entrañas ardiendo, como si alguien la hubiera obligado a tragar hierro fundido. Hacía menos de una semana que el Rey había anunciado públicamente, junto con los catorce príncipes y la Reina a su lado, que el Alènac por fin se llevaría acabo, y el Hemisferio entero parecía un nido de insectos desde entonces, incluida su relación con Talor. Lo que antes habían sido quedadas en grupo, miradas furtivas, comentarios mordaces y sonrisas compartidas

cuando nadie miraba había pasado a conversaciones tensas que acaban en silencios incómodos. La relación que ambos tenían, Diora sabía, no era como la que ella tenía con sus compañeras de escuadrón. Era más profunda, más intensa, y aunque ella nunca hubiera aceptado, o rechazado, sus propuestas de cortejo de forma oficial, ambos sabían que había algo entre ellos. Algo que hasta hacía cinco días, en aquella transmisión por monitor en su casa, no se había sentido real.

Ahora, con el Alènac a menos de veinticuatro horas de distancia y la realidad golpeándola en la cara, Diora se sentía estúpida. Cualquiera que mantuviera cualquier tipo de relación con un príncipe, especialmente si se era mujer y en su mismo rango de edad, se estaba condenando a muerte.

Ella se había colgado a sí misma, distraída por sus sonrisas y su mirada, y ni siquiera se había dado cuenta.

Y lo peor… lo peor es que no consigo arrepentirme. No del todo.

—Venga, vamos, no te enfades —Olvett se sentó a su lado, fingiendo que ella también estiraba, y le dio un toque para que la mirase—. Sé que tienes que estar hecha un lío ahora mismo, pero mira el lado bueno; si Talor no sobrevive podrás elegir libremente con quién casarte.

—Qué suerte la mía, porque eso no va a pasar.

Una voz profunda se hizo escuchar por encima del murmullo general de la Arena, y Talor no tardó en aparecer entre el gentío. Su melena roja brillaba al sol, recogida en un moño torpe que le dejaba varios mechones sueltos, y sus ojos negros de pupila blanca la miraban con tanta intensidad que le pareció sentirlos acariciarle la piel.

—¿Cómo has dicho? —Diora se levantó de un salto y acortó la distancia que los esperaba en un par de zancadas. No se detuvo hasta tenerlo a meros centímetros de que sus pechos se tocaran.

—¿Así es como recibes a tu futuro esposo, mujer? —Talor agachó la cabeza hasta que sus narices se rozaron, con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

El resto de los azores de la formación los rodeaba mientras cuchicheaban, algunos mirándolos divertidos y señalando en su dirección, y algunas jóvenes la miraban con pena.

—Me temo que no lo veo por ninguna parte, pero no te preocupes, cuando lo encuentre serás el primero en saberlo —Diora acortó la distancia, acercándose peligrosamente a sus labios para luego retirarse y verlo suspirar.

—En ese caso no te importará que hagamos una pequeña apuesta. Tú y yo. Si consigo hacerte salir del círculo… —Sus labios rozaron su oído, y con su mano le colocó un mechón de pelo tras la oreja—… aceptarás.

Tal vez, de no haber pasado de estar enfadada a confusa y exaltada

en apenas una fracción de segundo, se habría percatado de la trampa en su reto. Pero su repentina cercanía, su sensual voz y el casto, casi inapreciable beso con el que había acariciado su cuello antes de alejarse la habían dejado con ganas de más. Como si algo se hubiera encendido dentro de ella, algo placentero que, empezaba a reconocer, no tenía ganas de seguir reteniendo.

No era el nerviosismo normal que sentía ante sus típicos atrevimientos; sus roces cuando caminaban el uno al lado del otro, las caricias en la mejilla cuando le apartaba el pelo del rostro, e incluso las veces que, cuando niños, habían compartido una presa. Este era diferente, era necesidad.

La necesidad de que, a pesar de todas sus negativas, él continuara cortejándola en público para que todos supieran que ella era la única que él quería. Sintió algo oprimirle el pecho ante el cesar de su toque. Se humedeció los labios para evitar que se le resecaran y contestó sin dudar.

—Hecho.

CAPÍTULO 5

La llegada del instructor disolvió los cuchicheos y mandó a los jóvenes a comenzar con el calentamiento. El viejo azor, con algunos mechones oscurecidos ya asomándose entre su cabello blanquecino y la mirada cansada, se dedicó a pasear entre los jóvenes mientras estos calentaban y se preparaban para las siguientes ocho horas de instrucción. Cada una de las Arenas de entrenamiento contaba con un arsenal a disposición de la formación, además de una tienda hecha de lona y madera donde se encontraba el escaso material médico del que se disponía para tratar a los heridos.

Arumin pensaba que su trabajo era innecesario. Sus pupilos ya eran lo suficientemente mayores como para poder arreglárselas solos sin necesidad de un adulto, y él ya no era tan joven como para poder interponerse entre dos azores cuatro siglos sus menores con los nervios crispados y ganas de derramar sangre. Aun así, pensó, aquella formación en concreto era bastante interesante.

Por muy modernas y completas que fueran las instalaciones de Palacio, el más joven de los integrantes de la familia real insistía en presentarse allí cada mañana con una sonrisa altiva y el mentón en alto, y los ojos fijos en una joven azor de cabellos verde agua y ojos diamante en bruto. El príncipe entonces se acercaría a la chica, ofreciéndole algún regalo que la joven rechazaría sin siquiera mirar, y entonces el príncipe se dedicaría a acompañarla durante las próximas ocho horas, como si el rechazo público nunca hubiera ocurrido.

De hecho, cuando llegó a la explanada, el ritual matutino acababa de terminar.

Cuando quiso darse cuenta, los jóvenes a su alrededor habían dejado sus quehaceres para sentarse frente al gran círculo dibujado en la tierra que se usaba como zona de combate. Y, cómo no, volvía a tratarse de la misma azor de ojos diamante y del mismo príncipe de cabello bermellón.

Con suerte, aquella vez la pelea no se llevaría a cabo en el Coliseo.

***

Ignorando por completo el corro de azores sentados a su alrededor, ambos se adentraron en el círculo trazado en la tierra en uno de los extremos de su Arena de entrenamiento.

Se colocaron en el centro, el uno frente al otro, y se estrecharon la mano; Diora con el ceño fruncido y Talor con una sonrisa enorme en la cara. Con un vistazo rápido pudo comprobar que apenas habían quedado señales de la pelea del día anterior. Talor llevaba un chaleco sin mangas de cuero negro aquel día, bastante alejado de sus repetitivos trajes de manga larga marrones, que ella nunca admitiría que le gustaban, y cuando buscó señales de que alguno de sus mordiscos había conseguido cicatrizar solo vio piel morena intacta; las únicas cicatrices visibles eran antiguas, algunas incluso desde antes de tener nombre, y tampoco presentaba ninguna cojera. De cierta forma se alegró de no haberle dejado secuelas graves; en menos de veinticuatro horas iba a enfrentarse al desafío de su vida. Iba a necesitar todas las fuerzas que le quedaran.

Talor pareció entender el camino que estaban tomando sus pensamientos, porque torció la cabeza, buscando sus ojos, y se lamió los colmillos. Diora dio un pisotón que resquebrajó la tierra bajo sus pies, y el príncipe dio un paso atrás, aún sonriente. Ambos hicieron una leve reverencia antes de dar diez pasos hacia atrás, hasta que sus talones rozaron los bordes del círculo, y empuñaron las armas que habían elegido para el duelo.

Diora alzó los puños hasta cubrir su rostro y abrió las piernas a la altura de los hombros; en sus manos dos puñales de hoja curva y oscura, con mango dorado bañado en polvo de plata. La obsidiana era una piedra preciosa muy codiciada; su madre, el día en que le regaló su primer cuchillo, más pequeño y hecho para ser usado por un niño, le contó que Eissha había subido al firmamento en busca de sabiduría, y que había quedado maravillada al ver que, a pesar de los miles de millones de estrellas que plagaban el cielo nocturno, ninguna era igual al anterior. Eretríz solía decirle que la Diosa había querido que sus hijos vagaran por el mundo siendo únicos, como estrellas en el cielo iluminadas por la luna. Para que recordaran su regalo había bajado un trocito de cielo nocturno, y con él, en las minas del bosque de Kamonna, nació la obsidiana. Una piedra preciosa de color tan oscuro como la noche que los protegería y guiaría en los tiempos más oscuros.

A Diora siempre le habían proporcionado seguridad. Le gustaba lo ligeros que eran, lo sencillo que era manejarlos entre sus dedos y cómo estos le permitían mover ambas manos de forma independiente.

Con ellos se sentía libre.

Talor, a pocos metros de ella, balanceaba en el aire una larga y fina espada de brillos verdosos y mango de plata, cortando el aire con movimientos certeros. Quiso bufar, pero se tragó su descontento y se mantuvo en posición de defensa, sabiendo que el príncipe sería el primero en atacar. La espada de aleación de acero y malaquita

desprendía destellos verdosos a la luz del sol, y años atrás, cuando Talor decidió formalizar su cortejo, este le había revelado que el único motivo que había necesitado para elegirla era porque se asemejaba al color de su pelo. En su momento ella se había puesto tan colorada como el rojo de su cabello, joven y estúpida como había sido, pero ahora la vista de aquella hoja brillante solo le provocaba un calor agradable en el pecho.

A Talor le gustaba el color de su pelo.

Tal y como había predicho, Talor atacó primero. Con el mango de la espada entre sus manos y un impulso que dejó un agujero en el suelo se lanzó contra ella, sonriendo como un niño con un nombre nuevo y los ojos brillando de la expectación. Diora mantuvo su posición, hundió los pies en la tierra, y *saltó*.

Talor frenó en seco, clavando la espada en el suelo apenas a un par de centímetros del borde trazado en la arena, y se impulsó sobre ella. Diora aterrizó a un par de metros, con la vista clavada en la espada, y alzó los brazos hasta cubrirse la cara. Caminaron en círculos con la vista fija en el otro. La adrenalina empezó a recorrerla de pies a cabeza, haciendo que sus pasos aumentaran de ritmo y que la emoción la embargara.

Pelear la hacía sentirse viva.

Talor volvió a atacar, corriendo hacia ella con la espada sujeta por ambas manos y una mirada hambrienta.

Las tres hojas chocaron.

Los puñales de Diora desviaron la espada desde abajo, cruzados entre sí y manteniendo la hoja sobre su cabeza. Dio un pisotón, y el príncipe dio un paso atrás. Con los puñales aún bajo la espada abrió los brazos, apartando la hoja de su camino y saltando sobre Talor. Le hincó la rodilla en el estómago y le agarró la cabeza para estrellarla contra el suelo, pero una mano le agarró la pierna y tiró. Talor la alzó por los aires y la estrelló contra el suelo, aún sujetándola de la pierna. Diora sintió el aire abandonarle los pulmones, y Talor pateó sus costillas hasta lanzarla al otro lado del círculo, corriendo tras ella para no darle oportunidad de levantarse.

Diora dio una bocanada de aire y lanzó uno de los puñales hacia sus pies. Talor saltó para esquivarlo, y ella levantó las piernas y le clavó los pies en el estómago. El impulso lo lanzó por encima de su cabeza, y ella se lanzó a por el cuchillo clavado en la tierra para volver a bloquear la espada que había estado a punto de partirla por la mitad.

Es estruendo de las hojas al chocar la hizo rechinar los dientes, y en un momento de suerte consiguió liberar una de sus manos y clavar uno de los puñales en el hombro del príncipe. Talor rugió y sacudió el brazo, agarrándola de la muñeca y lanzándola por los aires. El puñal

dejó un corte profundo en la unión entre la espalda y el hombro, y Talor lo lanzó fuera del círculo.

El príncipe volvió a lamerse los colmillos; su sonrisa era cada vez más grande.

Diora se retiró varios pasos, con la nariz fruncida y un brillo peligroso en los colmillos, y volvió a alzar los brazos.

Esta vez atacó ella; con su mano libre agarró la hoja de la espada con los dedos desnudos, ignorando cómo esta se clavaba en su piel, y bajó el puñal que le quedaba con todas sus fuerzas sobre el brazo bueno del príncipe. Talor rugió, pero en lugar de recular se lanzó contra ella, clavó los colmillos en la carne de su mano y tiró.

Antes de poder recuperar el equilibrio Diora se vio por los aires.

Aterrizó sobre sus pies sin el puñal, y cuando fue a girarse para volver al centro del círculo Talor le clavó la rodilla en la espalda.

Se vio caer hacia adelante, con las manos preparadas para detener la caída y su cabeza intentando asimilar que había perdido, cuando una mano la agarró de la cintura y el filo de una espada le rozó el cuello.

Estaba suspendida en el aire, a un soplo de viendo de caer de bruces y con las garras de los pies arañando la tierra en un intento de tirar de ella y devolverla al círculo. De darle una oportunidad de esquivar la derrota.

Buscó con sus manos el brazo que la sostenía, agarrándose a él como si su vida dependiera de ello, y sintió a Talor descansar la barbilla en su hombro. Los azores sentados a su alrededor se habían retirado varios metros, viéndolos desde lejos con la respiración atrapada en el pecho y la expectación pintada en la mirada.

Aún en aquella posición, y delante del resto de la formación, Talor acortó la poca distancia que había entre ellos y pegó sus mejillas.

—Solo tienes que aceptar. Solo decir esa simple palabra y ellos no tendrán que verte perder. Acepta ser mi Reina, Diora —Los vellos de la nuca se le pusieron de punta al sentir la respiración del príncipe en su piel. La espada le rozaba el cuello con cada respiración, el agarre de Talor cada vez se volvía más intenso. Tenía la espalda pegada contra su pecho, y podía sentir los pies del príncipe junto a los suyos.

—No me gustan los chantajes, Talor —Clavó las uñas en el brazo que la sujetaba de la cintura, y Talor enterró la cara en su hombro. Podía sentirle sonreír a través del cuero blanco.

—No es un chantaje —La espada bajó hasta su pecho y el príncipe cambió su agarre a su cuello. Sus dedos callosos acariciaron su garganta y el pulgar se posó sobre su mandíbula, acariciando el hueso como si estuviera intentando apaciguar a una bestia—. Es un ruego.

Fue un momento de debilidad del que se arrepentiría más tarde. Diora alzó una mano, con las puntas de los dedos enrojecidas de

donde los había clavado en la carne de Talor, y la posó en el hombro herido, que seguía sangrando y cubriendo la tierra de rojo. Rozó con los dedos la herida, como si quisiera eliminar el dolor con su tacto, y Talor dejó que la espada cayera al suelo para poder girarla y mirarla a los ojos.

Se mantuvieron el uno frente al otro, sosteniéndose la mirada sin importar que decenas de azores a su alrededor los estuvieran observando. Talor alzó una mano y envolvió uno de sus dedos en un rizo verde agua, acariciándolo para luego dejarlo caer a un costado y posar su mano en la mejilla ajena. Diora agarró su muñeca, pero dejó que siguiera acariciándola hasta que los ojos escrutándoles a su alrededor se volvieron demasiado intensos.

El brazo izquierdo en el aire dio por terminado el duelo.

***

El olor a desecho era intenso.

Se le metía por la nariz, la boca y los ojos a pesar de llevar una tela húmeda cubriéndole la cara. Se notaba la vista borrosa, y no solo por el trapo que le tapaba los ojos, sino por los lagrimones que se los irritaban. Daba igual cuántas veces parpadeara, el olor era tan fuerte, tan denso, que parecía arañarle los ojos y treparle por la nariz y la garganta.

Ni siquiera había terminado de bajar por el hoyo y ya se sentía a punto de desfallecer.

Agarrando con fuerza las asas de hierro, ya oxidado y áspero al tacto, continuó el descenso, a paso lento pero seguro, intentando discernir entre la oscuridad dónde estaba poniendo los pies. La caída debía de ser de unos quince metros, y aunque estaba seguro de que sobrevivir a ella no sería un problema, volver a subir iba a convertirse en todo un reto.

Si sus posibilidades de huir ya eran escasas, no quería ni pensar en añadir una pierna rota a la ecuación. Prefería sufrir aquel hedor nauseabundo un par de minutos más a convertirse en parte de él.

Ignorando el sonido de sus botas contra la escalera de hierro podía apreciar el correr del agua. Era lento y suave, casi espeso, y un escalofrío le recorrió la columna y le hizo agarrarse más fuerte a las asas de hierro.

Las alcantarillas eran aún más asquerosas de lo que uno podía llegar a imaginarse.

Cuando bajó uno de sus pies buscando un nuevo apoyo, en su lugar se topó con piedra húmeda. Perdió el equilibrio, no esperándose haber tocado fondo tan pronto, y de no ser por su agarre en la escalerilla oxidada habría caído a las aguas residuales que seguían túnel abajo. El

trapo que le cubría la cara se soltó, y con desespero intentó incorporarse y clavar los pies en la piedra para poder atraparlo. Lo sacudió con fuerza, lejos de la escalera y del canal, aliviado de que no se hubiera ensuciado, y volvió a colocárselo. Las arcadas eran tan intensas que por un momento temió tener que agacharse sobre el pútrido suelo a vomitar. El solo hecho de estar caminando sobre él ya le revolvía el estómago.

De la pequeña mochila que llevaba colgada en la espalda sacó un objeto cilíndrico y alargado, de material resistente, y le dio un par de toques contra su pierna. Uno de los extremos se encendió, como una antorcha desprovista de llamas, y alumbró el lugar.

La alcantarilla estaba hecha de ladrillos de roca gruesos, formando túneles cilíndricos de techo alto que se alargaban quién sabía cuántos kilómetros. Se encontraba en una intersección, donde dos túneles se cortaban en el centro y se transformaban en cuatro. Todos los canales de agua podrida y deshechos fluían en la misma dirección.

Se apretó el paño contra la cara, y dio un rebote en su sitio cuando escuchó movimiento sobre su cabeza. Podía apreciar el hoyo en lo alto de la escalera gracias a la tenue luz del ocaso, y un par de siluetas oscuras asomadas al mismo le recordaron su misión.

Con el aparato de luz en la mano se giró hacia uno de los túneles, el que tenía a sus espaldas, y alumbró. En el suelo de piedra, de apenas metro y medio de ancho, había una enorme caja de acero. Estaba abollada, y las placas que formaban las seis paredes no estaban rectas ni eran iguales en tamaño, pero se mantenían fuertes y selladas.

Con cuidado de no resbalar avanzó hacia la caja, alzando la mano hacia la parte superior de su mochila, de donde salía una palanca de acero. Se detuvo a meros pasos del armatoste, y con manos temblorosas colocó el aparato brillante sobre la misma, con cuidado de no hacer el más mínimo ruido.

Agarró la palanca con ambas manos, con la luz alumbrando el suelo y las paredes del túnel, y rezando a cualquiera que pudiera escucharle, levantó la palanca.

CAPÍTULO 6

Horas después, el cansancio comenzó a marearla.

Las enormes rocas, redondas y lisas con asas esculpidas en ellas, parecían pesar el doble y se notaba la boca seca y pastosa.

Por suerte para ella, el entrenamiento acababa de terminar.

Dejó que las enormes bolas de mármol golpearan el suelo, dejando a su paso la tierra agrietada y levantando polvo, bajó la barbilla en señal de respeto hacia su instructor, y se marchó del lugar a paso apresurado con su escuadrón pisándole los talones.

Tenía prisa por llegar a su casa.

La Ceremonia de Nombramiento se llevaría a cabo en pocas horas y debía estar presentable para la ocasión. En aquellas celebraciones, los niños que cumplían cincuenta años se reunían alrededor del tronco del haya más grande del planeta para recibir su nombre. La Gran Proveedora, Eissha, tenía su núcleo de poder y vida en el tronco de un haya, su árbol sagrado. Como madre de su raza, esta aguardaba el momento en que sus hijos se labraban su sitio en el mundo para concederles aquello que marcaba a cada ser vivo como único: un nombre.

En el tronco del árbol sagrado se grababan los nombres de todos los azores que sobrevivían hasta su cincuenta cumpleaños. Todos ellos diferentes y únicos, como los azores que los recibían.

Al festejo asistían los familiares y allegados a la familia del nombrado para luego pasar el resto de la velada en el Salón de Celebraciones, presumiendo de que sus hijos habían conseguido sobrevivir y ser nombrados por la Diosa; que por fin se les reconocía como como personas que vivirían en el recuerdo de todos aún después de su muerte. El nombramiento de su hermano sería en pocas horas, antes de la puesta de sol. No sabía con exactitud quién asistiría, aunque tampoco le importaba. Seguramente vendrían compañeros de sus padres, probablemente su propio escuadrón se dejaría caer por allí, y tal vez también se dignaran a aparecer sus hermanos mayores.

Porque Diora y su hermano pequeño no eran los únicos hijos de los Saford. Sabek Nerian-Saford, General del Ejército de Palacio, y Eretríz Sabel-Saford, miembro de la Guardia personal de la Reina, habían tenido cuatro hijos nombrados antes de Diora: las mellizas Adina y Aina, con el cabello verde lima y ojos azul cielo; Nil, la viva imagen de su padre con cabello largo y blanco y ojos rosas; y Yannick, con cabello azul abismo y ojos ocre.

Los cuatro, al ser mayores de edad, habían perdido todo contacto con sus padres al independizarse.

Diora supuso que se presentarían en la ceremonia como signo de respeto al hermano que nunca habían visto.

—Yo me desvío aquí —La voz de Olvett la trajo de vuelta al presente—. Luego nos vemos.

Se habían desviado levemente de su ruta de vuelta a la Segunda Ciudad Capital hasta llegar a un cruce con dos desviaciones. Una llevaba a un camino de pizarra que conducía a la Plaza Central, la otra conducía a un sencillo pero elegante puente que brillaba con destellos esmeralda a las luces del ocaso. El puente Elif comunicaba los Sectores Dos y Tres atravesando el río Siamus, el más grande del Hemisferio Este.

Olvett era la única del escuadrón de Diora que pertenecía a los Llanos, cuyo Sector ocupaba las extensas explanadas de terreno donde se aprovechaba la falta de elevación para la cosecha y la ganadería.

La vieron marcharse a paso rápido camino al puente, y una vez que la perdieron de vista continuaron su camino por el sendero de pizarra hacia la Plaza Central. Las palabras de Olvett le habían confirmado sus sospechas; su escuadrón se presentaría a la Ceremonia de su hermano. Cattrina, con una sonrisa excesivamente amplia en la cara, la agarró del brazo, y Rina le plantó ambas manos en los hombros.

—Tienes que contarnos qué demonios ha sido eso.

—¿Que nos hemos despedido de Vett? —Diora le pegó un pellizco a Rina en un costado, y la chica dio un salto lejos de ella mientras chillaba. Cattrina soltó su brazo antes de que pudiera hacerle lo mismo, pero volvió a colgarse de su espalda. Diora siguió caminando como si su peso muerto no hubiera estado apunto de tirarla de espaldas.

—Hacerte la tonta no te pega. ¿Qué ha sido eso entre tú y Talor ahí detrás? Parecíais a punto de poneros a fornicar —Aún colgada de su espalda, Cattrina apretó los brazos alrededor de su cuello y enrolló las piernas en su cintura—. Que a mí no me hubiera importado, ¿eh? Pero con lo mojigata que eres hubiera sido toda una sorpresa.

—¡Catt! —Intentó cubrirse las mejillas, que se notaba arder como si se las hubiera quemado al sol, pero Rina le agarró los brazos y pegó sus frentes.

—¡Se ha puesto roja! ¡Diora se ha puesto roja!

—¡Callaos de una vez! —Se soltó del agarre de Rina y, sujetándola de la camisa, se lanzó hacia atrás.

Calló de espaldas sobre Cattrina, que boqueó en busca de aire por el golpe, y lanzó a Rina sobre su cabeza de una patada en el estómago. Cattrina la empujó y Diora aprovechó para ponerse en pie y salir corriendo.

—¡No huyas, sabemos dónde vives y tu madre nos dio permiso para entrar a tu casa sin llamar! —Rina agarró a Cattrina del brazo y, tirando de ella para levantarla, corrieron detrás de su Líder, que ya les sacaba varios metros de ventaja.

Aún con las mejillas ardiendo Diora continuó camino abajo, arañando la pizarra con sus uñas cada vez que derrapaba en unas de las curvas del sendero. El lenguaje tan vulgar de Cattrina siempre conseguía espantarla.

Continuaron persiguiéndola el resto del camino, hasta que la pizarra fue desapareciendo hasta ser completamente reemplazada por grandes ladrillos marrones y anaranjados. Habían llegado a la Plaza Central. El enorme terreno, desprovisto de maleza, se encontraba a las afueras de su Sector, donde habitantes de las Tres Ciudades Capital se encontraban en terreno neutral. Era muy común que los padres trajeran a sus hijos a ella para que se relacionaran entre sí, y los azores más ancianos pasaban el tiempo bajo la sombra de los trece árboles, símbolo de los doce acólitos y la sacerdotisa, plantados en círculo alrededor del espacio.

En el centro, hecha de piedra blancuzca, se erigía una enorme fuente de base redonda decorada con tallados florales. En el centro, a varios metros del suelo y con agua cayendo de sus ojos se encontraba la única estatua de Eissha en las Tres Ciudades. Una mujer de rasgos feroces pero delicados, adornada únicamente con una daga labrada en cristal y una tiara de oro y jade. La estatua miraba al cielo, con una mano alzada sobre su cabeza y la otra, con la daga, sobre su estómago.

Diora había visitado en muchas ocasiones aquella fuente en busca de consejo. Acerca de su destino, sus emociones, Talor… y por mucho que hubiera intentado atisbar la más mínima señal de que su creadora la había escuchado, siempre era recibida con silencio. En aquellos momentos siempre había intentado convencerse de que no necesitaba respuesta, de que ella podía resolver sus propios problemas sin ayuda de un milagro, pero con el tiempo las dudas habían comenzado a comérsela desde dentro.

Estar viva nunca le había parecido tan complicado.

No se percató de que se había quedado mirando fijamente la estatua hasta que sintió una mano en cada hombro.

—Eres muy testaruda, pero por suerte para ti ya nos hemos acostumbrado. Deja de planear estrategias y déjate llevar por una vez, ¿quieres? —Cattrina la abrazó por detrás, meciéndola de un lado a otro sobre sus talones, y Rina a su vez las abrazó a las dos—. Las tres sabemos que esta noche no seremos las únicas en aparecer en la Ceremonia.

Fue a replicar cuando Rina la cortó con un tirón de pelo,

mirándola con el ceño fruncido.

—Ninguna sabemos por lo que estás pasando, y creo que hablo por todas cuando digo que rezamos para nunca saberlo. No es una decisión que se deba tomar a la ligera, pero sabemos que hay algo entre vosotros dos desde hace mucho —Rina le puso ambas manos en los hombros y Diora se giró a mirarla—. Anda, solo por esta vez haznos caso. A lo mejor hasta te sorprendes.

Diora apartó la mirada de los ojos de Rina y volvió a dirigirla hacia la fuente. El atardecer hacía brillar la estatua en tonos cálidos, y por un momento le pareció sentir que los ojos de piedra la miraban.

***

—Madre, ya te lo he dicho, no pienso ponerme ese vestido.

—Y yo te he dicho que lo usarás. A no ser que prefieras usar el rosa con volantes. Tú decides.

La tela era horrenda. El color era demasiado brillante, los volantes demasiado aparatosos y al ser de una tela tan pesada entorpecía el caminar. Diora prefería ir desnuda a llevar aquello puesto.

Con la cara roja por la frustración y ganas de arrancarle la sonrisa de superioridad a su madre de un zarpazo, Diora le quitó el vestido de las manos y se adentró en su baño.

Escuchó de fondo cómo su cama se hundía levemente, señal de que su madre la esperaba para darle su aprobación. Ahora más que nunca se arrepentía de haber entrado por la puerta principal en lugar de usar la ventana de su dormitorio.

Pocos minutos después de despedirse de Rina y Catt llegó a su casa. Desde fuera, en el patio delantero, cubierto de flores silvestres que su padre se había dedicado a plantar desde el nacimiento de las mellizas, podía percibir el estrés y el ajetreo dentro de la casa. Su primer pensamiento fue entrar por la ventana de su cuarto, pero pensando que su madre la encontraría de igual forma desechó la posibilidad y entró por la puerta principal.

Nada más poner un pie en el recibidor su madre la arrastró a su alcoba para comenzar a sacar todos los vestidos de fiesta que su padre y ella le habían ido comprando a lo largo de los años, a pesar de que la mayoría seguían en su funda sin estrenar.

Eretríz era una mujer orgullosa y presumida a la que le gustaba demostrar que seguía tan hermosa y en forma como antes de ser madre. Le gustaban las cosas extravagantes y de colores fuertes para que resaltaran su piel y cabello y, sobre todo, que marcaran su figura. Era una mujer esbelta pero musculosa, y es que para formar parte de la Guardia Personal de la Reina tenías que ser un guerrero excepcional. A Eretríz le gustaba restregarle su puesto a la gente por la

cara.

Diora en muchas ocasiones se quejaba abiertamente de la personalidad de su madre; tan ruidosa y llamativa que era notada hasta por aquellos que no la veían, pero para su desgracia, no solo los rasgos físicos de Eretríz le habían sido entregados en herencia. Diora pecaba de orgullo tanto, o más que su madre, y era egocéntrica. Por desgracia para ella, Eretríz sabía cómo usarlo en su contra.

El vestido que tenía en las manos era cuanto menos precioso, y solo por ello ya lo odiaba.

Era de color rojo.

Un vestido rojo caoba, con apertura frontal en la falda que descansaba en una pequeña cola. De tela ligera y suave, brillante a la luz y con la espalda descubierta.

Era un traje de noche precioso, deslumbrante, *perfecto*, y lo odiaba.

La puerta del baño se abrió justo cuando terminaba de ajustárselo, y su madre se colocó junto a ella frente al espejo. Había veces en las que se le olvidaba lo parecidas que eran. Compartían la piel blanca y la complexión delgada, y el cabello de Eretríz, menos rizado, era un par de tonalidades más azul que el suyo, acercándose a un suave tono turquesa; y sus ojos, contrarios a los diamante en bruto de su hija, eran zafiros de un brillo intenso.

Su madre le acarició leve y brevemente la mejilla con la punta de los dedos, y por unos segundos ella se permitió cerrar los ojos ante la caricia. Eran pocos los momentos, en las últimas décadas, que habían compartido ambas a solas. Diora era cada vez más independiente y Eretríz tenía a otro hijo que criar.

El momento terminó sin comentarios por parte de ninguna. Eretríz indicó a su hija que saliera del baño y la hizo sentarse en su cama. Se colocó junto a ella, a sus espaldas, y con manos expertas comenzó a trenzar su melena.

Diora podía sentir a su madre moverse inquieta en su sitio, como si quisiera decirle algo pero no encontrara las palabras para hacerlo, y aquello estaba empezando a ponerla a ella nerviosa. Pocas veces en su vida había visto a su madre inquieta, y la mayoría implicaban a alguno de sus hermanos, o a ella misma, heridos de alguna manera.

Eretríz terminó su trenza, tan larga que se alzaba a pocos centímetros del suelo, y fingiendo ajustar algunos mechones se acercó hasta que sus piernas se rozaron.

—Eres una chica lista, hija mía —Eretríz le tocó la barbilla con los dedos para que alzara la mirada, y Diora se topó con los mismos ojos que la miraron con angustia aquella vez que, años antes de recibir su nombre, al adentrarse al bosque más allá de lo permitido, había llegado tarde a casa. Su madre la había recibido en las lindes del bosque, temiendo que la partida de búsqueda volviera con un cadáver

y no con una niña, y antes de verla en los brazos de su padre Eretríz había mirado a su marido como si Eissha le hubiera quitado el alma—. Estoy segura de que, pase lo que pase, encontrarás una forma de salirte con la tuya.

Ver a su madre tan perdida, tan desamparada, tan cerca pero a la vez tan lejos de ella y sin poder hacer nada, le apretó el pecho hasta cortarle la respiración.

Casi podía escucharla en su cabeza, casi podía verla en el patio de Palacio, arrodillada y agarrando sus faldas, pidiéndole piedad a la tierra para que no se la llevara. Como la madre de la Reina, hacía ya más de dos siglos, habría hecho al ver a su hija ser elegida de entre tantas.

Diora pegó sus frentes, con los ojos clavados en los de su madre, y trató de respirar con normalidad. Intentó decir algo; una palabra de aliento, cualquier cosa para calmarla, pero a Diora no se le daba bien mentir.

Eretríz soltó un suspiro tembloroso, con los ojos entrecerrados y las manos apretadas sobre las de su hija, y frotó sus narices como en su tiempo lo había hecho con su bebé recién nacida.

El momento terminó tan rápido como comenzó. Eretríz se acomodó el cabello, se hinchó los pulmones de aire y salió de la habitación.

Diora se tomó un par de segundos para recomponerse, alisándose las arrugas invisibles del vestido, y poniéndose un mechón de pelo tras la oreja.

Aquella noche celebrarían. Los pensamientos negativos podían esperar.

—¡Tenéis tres segundos para bajar a la puerta antes de que vaya a buscaros, y eso incluye a todos los integrantes de esta casa!

Salió de su habitación tras colocarse sus sandalias de cuero rojo. Estaban formadas por un anillo de plata para el pulgar atado a una cinta roja que ascendía enrollada en sus piernas.

Al cruzar el pasillo y bajar las escaleras se encontró con su familia en el recibidor. Su padre, Sabek, vestía su uniforme militar verde musgo con hombreras de plata, y llevaba colgadas tantas medallas como méritos militares le habían sido concedidos.

Eretríz se había vestido con un elegante traje de gala azul eléctrico que marcaba muy bien sus curvas y definía su suave contorno. Recibió una sonrisa burlona por su escrutinio y, por fin, dirigió su mirada al protagonista de aquella noche.

Su hermano llevaba un traje de entrenamiento de cuero, flexible y ligero de un color morado intenso. Diora recordaba, cuando el niño era aún un recién nacido, haber acompañado a su padre a comprarlo. Un regalo que lucir puesto el día del Nombramiento.

Podría notar su nerviosismo a kilómetros de distancia, tanto por el

fuerte olor como por la inquieta mirada del niño, que no paraba de viajar entre sus padres, seguramente con ganas de que la noche acabara pronto.

—¿No te dije que se acabaría poniendo el rojo? Me debes un vestido nuevo y un par de pendientes.

Debería de haberle extrañado que sus padres hicieran aquel tipo de apuestas sobre ella, pero estaba tan acostumbrada que al final había optado por sacarles provecho.

—Añadid al pago un par de puñales para vuestra hija y vámonos. Es su noche, dejad de hacerle sufrir.

—Solo porque me has hecho ganar la apuesta —Eretríz desvió la mirada a su hijo—. Vámonos, ya verás como la Ceremonia es más rápida de lo que crees. En cuanto te den tu nombre nos iremos a tu fiesta.

—¿Tengo que recordaros que vuestra madre también gana un sueldo?

—Ya lo sabemos, querido.

—Y ¿por qué tenéis que usar el mío para vuestros caprichos?

—Porque eres tú el que pierde siempre. Aún no entiendo por qué sigues apostando contra madre. Tú mismo te buscas la ruina.

—Da gusto saber que cuento con el apoyo de mis hijos.

—Da gusto saber que tendré puñales nuevos.

CAPÍTULO 7

Ya había anochecido cuando terminaron de atravesar la periferia de la ciudad. Ahora, a pocas calles del mismísimo Centro, se podían escuchar los murmullos de las familias que venían a celebrar el Nombramiento de sus hijos.

A medida que avanzaban, Diora podía percibir cómo los latidos del corazón de su hermano se aceleraban cuanto más se reducía la distancia entre ellos y el Haya. A pesar de su nerviosismo, el niño intentaba ocultar su inquietud fijando la mirada en un punto en la lejanía mientras procuraba calmar su respiración y evitar que las manos le temblasen. En parte le entendía; recibir un nombre era uno de los honores más grandes para un azor. Había que sobrevivir a tus primeros cincuenta años en el mundo para ser merecedor de tal privilegio y, ahora que había llegado el momento, los nervios eran casi incontrolables.

Recordó el día en que recibió su propio nombre. Estaba tan o más nerviosa que él, y solo cuando su padre le colocó una mano en el hombro y su madre le dedicó una mirada reconfortante fue capaz de respirar hondo y recorrer los pocos metros que la separaban del enorme árbol.

A veces olvidaba lo que se sentía no tener identidad.

Continuaron caminando un par de calles, con el niño firmemente agarrado a las faldas de su madre con una mano y al pantalón de su padre con la otra, hasta que por fin llegó el momento de girar la última esquina.

El corazón del niño comenzó a latir a un ritmo desbocado, casi vertiginoso. Las manos comenzaron a temblarle. Sabek sintió la ansiedad de su hijo y enterró su mano entre sus rizos, rascando tras sus orejas. Eretríz le agarró la mano que aún se aferraba a su falda y se la apretó. Los latidos, que parecían golpes de maza hacía unos instantes, se ralentizaron hasta que el corazón dejó de querer salírsele del pecho. Sabek le limpió el sudor que se le había formado en la frente con un pañuelo y le agarró la otra mano, pasándole el pulgar por los nudillos.

El niño asintió para sí con los ojos cerrados, como si se estuviera dando ánimos, y fijó la vista en ella, que junto a su padre había permanecido en silencio. Diora inclinó la cabeza y señaló delante de ellos. Solo faltaba una esquina que girar.

Ahora todo quedaba en manos de la Diosa.

***

Lo primero que los recibió fue una luz, suave y blanca, que bañaba todo el claro. Las velas encendidas en los candelabros que bordeaban el terreno llano y cubierto de césped daban al lugar un toque cálido y familiar.

Un considerable grupo de personas estaba reunido más adelante, a los pies del árbol más grande que ningún azor había visto nunca.

Un haya con un tronco tan ancho que ni veinte azores serían capaces de abarcar con brazos extendidos, de raíces gruesas e intrincadas, y una frondosa copa cuyas ramas, se decía, arañaban el mismísimo cielo.

No importaba cuántas veces lo hubiera visto, aquel árbol siempre conseguía removerla por dentro. Era como ver el rostro de sus padres la noche de su Nombramiento, cuando ambos, al acostarla, se habían mirado entre ellos, cogidos de la mano, como si después de mucho tiempo hubieran conseguido volver a respirar. Porque otro hijo suyo vería el amanecer siendo persona y no una cara que olvidar con el paso del tiempo.

Su mirada sorteó a los azores alrededor del tronco y se posó en el mismo. Decenas de miles de grabados en Lengua Antigua que, traducidos al dialecto actual, daban los nombres de todos los azores que habían pisado el Hemisferio.

Sus ojos se pasearon por los grabados junto a las raíces, y justo junto a un nudo en la madera, encontró el suyo.

DáneTra.

Rodeado de los nombres de sus hermanos mayores y sus padres, junto a él, había un pequeño espacio reservado para su hermano.

Se acercaron al resto de los presentes para dar comienzo a la Ceremonia. Las familias se colocaron en círculo frente a sus nombres, y los niños que aquella noche recibirían los suyos se acercaron al tronco hasta que pudieron acariciar con los dedos el hueco donde estos aparecerían.

Eran diecisiete.

Durante un par de segundos no ocurrió nada, todo se sumió en el más absoluto silencio, hasta que el crujido de la madera se abrió paso en el claro.

Pudo ver cómo, poco a poco, el tronco se retorcía y amoldaba, y las hojas comenzaron a mecerse sin la ayuda del viento mientras la hierba les acariciaba los pies. Junto a su nombre, bajo el de su madre, una nueva escritura había aparecido en el tronco.

AmerToba.

—Endor —Con la voz rebosando emoción y entusiasmo, *Endor* se giró a mirarles con los ojos brillantes.

Ahora era un azor de pleno derecho.

Ahora tenía nombre.

Sus padres y ella misma se pararon ante él, y con una escueta reverencia se llevaron una mano al pecho.

—Enhorabuena, Endor Banon-Saford, miembro de pleno derecho de nuestra familia.

Con la emoción latente en sus ojos, Endor copió el gesto con la cabeza bien alta y el pecho henchido de orgullo.

—La fiesta no puede comenzar sin el anfitrión. Los invitados esperan con ansias —Eretríz le dedicó una breve mirada a su hijo, más dulce que de costumbre, y colgada del brazo de su marido lideró la caminata hasta la fiesta.

Pero Diora sabía que no todos los invitados esperaban en el salón. Por el rabillo del ojo había captado durante la Ceremonia un grupo de cuatro azores observándoles desde lejos.

No es que estuviera sorprendida; la paciencia no era el mayor fuerte de sus compañeras de escuadrón.

***

Cuando llegaron al gran salón aún faltaban invitados por llegar. La gran estancia estaba decorada con tonos blancos, negros y grises, signos del nacimiento, la muerte y la vida. Aunque la celebración fuera para los diecisiete niños, los invitados y anfitriones se ignoraban deliberadamente, únicamente centrados en su propio anfitrión.

Nada más entrar todos los invitados de los Saford guardaron silencio y rodearon a la familia con los ojos fijos en el recién Nombrado. Diora pudo reconocer a muchos como compañeros de trabajo de sus padres, y algún que otro hermano de estos.

Endor dio un paso adelante con la cabeza bien alta y recitó su nombre de corrida, como si lo hubiera ensayado de antemano.

—*AmerToba*.

—Enhorabuena, Endor Banon-Saford —El público recitó su nombre con orgullo, con una mano en el corazón y la cabeza levemente inclinada en signo de respeto.

Después de aquello, Sabek y Eretríz guiaron a su hijo entre la multitud para presentarle oficialmente ante los presentes, como dictaba la tradición, y su madre, si repetía lo mismo que con ella en su tiempo, lo pasearía como un trofeo en busca de envidia y celos.

Diora casi sentía pena por el niño.

Casi.

—A no ser que a nuestros padres les dé por hacernos otro hermano, esta será la última vez que nos veamos todos juntos.

La voz provenía de un grupo de jóvenes a su espalda. Dos mujeres

de gran parecido y con el cabello verde lima y dos hombres, uno con el cabello blanco y el otro de un color azul abismal. El más joven, de cabello azul, era el que había hablado.

—Pensaba que ya no os interesaba saber de nosotros, incluso creía que no sabíais siquiera que existía.

—Las cosas cambian, hermana, pero no por ello ignoraremos que uno más de la familia es digno de llevar nuestro apellido —Adina, la mayor, llevaba como siempre su expresión relajada y su tono calmado, heredados de su padre.

—Aunque por un lado llevas razón; no sabíamos de su existencia hasta hace unos días —El tono burlesco de su melliza, Aina, activó las defensas de Diora.

—¿Desde cuándo admites que otros tienen razón, Aina? —Acomodándose la trenza sobre su hombro y un mechón de pelo tras la oreja, Diora se acercó hasta encararse contra su hermana mayor. La satisfacción que sintió al ver que seguía siendo más alta que ella casi le puso una sonrisa en la boca.

La melliza más joven apretó los dientes, y su hermana le agarró la mano para evitar una pelea.

—Vamos a calmarnos, hemos venido a festejar, no a matarnos entre nosotros. Eso ya quedó atrás —Nil, de cabello blanco, le puso una mano en el hombro a ambas hermanas. Diora clavó la mirada en su mano y su hermano mayor la apartó con prisas. Aina le dio un manotazo y se acomodó el vestido amarillo que llevaba—. Nosotros aún tenemos que felicitar a Endor, así que será mejor que nos vayamos.

La tensión en el aire podía cortarse de un zarpazo, y tanto Yannick como Adina parecían disfrutar del concurso de miradas. Diora y Aina nunca se había llevado bien, y la rivalidad no había hecho más que aumentar con el paso de las décadas. Muchas de las cicatrices que ambas tenían eran de haberse peleado entre ellas.

Yannick, que había permanecido en silencio, se acercó a Diora y le puso una mano en la espalda.

—Dale recuerdos a los chicos de mi parte, y sobre todo a quien tú ya sabes. Les diré a nuestros padres que estarás ocupada.

Tan rápido como habían llegado se fueron en busca del hermano al que aún no conocían.

Diora frunció los labios y se crujió los nudillos.

A pesar de todo, le había gustado volver a verlos.

Se dirigió a una de las esquinas menos abarrotadas, donde la esperaban sus tres compañeras y Bázil. Estos no habían parado de hacerle señas por encima del hombro de Aina, agitando los brazos y señalando las copas que habían conseguido.

—Yannick te manda saludos —Acercándose a Rina le quitó la copa

de las manos, importándole poco que ya hubiera bebido de ella, y la apuró de un trago.

Rina se puso colorada, y encogiendo los hombros en un intento en vano de esconder sus mejillas le arrebató la copa vacía.

—No hacía falta ser tan directa.

El hermano mayor de Diora siempre había tenido debilidad por su amiga de pelo liso y mirada resuelta, y que la diferencia de edad fuera de apenas trece años mejoraba aún más las cosas. Rina nunca había confirmado sentirse atraída por Yannick, pero tampoco lo había negado nunca. Cattrina había comenzado una apuesta hacía un par de años con ella y Olvett, convencida de que su mejor amiga recibiría una propuesta de cortejo apenas alcanzara la mayoría de edad.

—Cambiando de tema, ¿qué hacíais antes en el Centro? —Bázil le tendió una copa llena e intentó pasarle una mano por la cintura, pero Diora le agarró los dedos y apretó.

Maldiciendo entre siseos de dolor y sacudiendo la mano, Olvett agarró a Bázil de la camisa blanca que llevaba puesta y lo empujó hasta sentarlo en una silla cercana. Ya habían perdido la cuenta de cuántas copas llevaba.

—¿Cuánto ha bebido? —Diora le tendió la copa a Rina, a la que ya se le había bajado la rojez en las mejillas, e hizo un gesto hacia Bázil con la mano, que parecía estar batallando contra el sueño, el mareo y las náuseas al mismo tiempo.

—Cuantas copas puedas beberte en el espacio de treinta minutos —Cattrina se agachó a su lado y le empujó la cabeza con el dedo. Bázil intentó morderla—. Nunca me acostumbraré a lo raro que se pone al beber. Es como si estuviera ido —Cattrina le dio un manotazo en la mano que intentó quitarle su copa y Bázil le gruñó.

—No estoy ido —Intentó levantarse de la silla, pero las fuerzas lo abandonaron y cayó de nuevo sobre ella, apunto de acabar en el suelo —. Estoy perfectamente.

—Que no se acerque a un vaso en lo que queda de noche, lo último que queremos es un espectáculo, ¿queda claro?

—Lo que tú digas, Ora —Rina se terminó la copa y se la dio a Bázil, que intentó beber de ella como si estuviera llena.

—Vuelve a llamarme Ora y saldrás de aquí a rastras.

—Parece que estás de buen humor, jefa —Cattrina le pasó un brazo por los hombros y esquivó un codazo que iba directo a sus costillas. Le dio una palmada en el pecho y bebió de su copa—. Respecto a la Ceremonia, sabes perfectamente que nosotros tenemos más privilegios que cualquiera; somos tu escuadrón, después de todo. Si alguien debía verlo en persona, esos éramos nosotros —Apartándose de Diora, Rina le quitó la copa y se bebió lo que quedaba en ella. Cattrina gruñó, pero dejó que su compañera le pasara un brazo por la cintura.

—Y, volviendo a cambiar de tema, tienes visita. Anda, saluda —Olvett la agarró de los hombros y la hizo mirar hacia una de las puertas traseras del salón.

Buscó con la mirada entre los invitados hasta que, fuera del salón, junto a las puertas dobles, entrevió en la oscuridad una figura corpulenta. El cabello corto brillaba bajo bajo la tenue luz de la luna con reflejos grises.

Kódiak.

Su primer instinto fue gruñir, queriendo lanzarse contra él y alejarlo del salón de la cabellera, arrastrándole por la tierra hasta que le sangrara la piel, pero Olvett le dio un tirón de pelo y negó muy seria.

—Te recomiendo que te lo tomes con calma. Que reacciones así es lo que quiere —Su compañera hizo un gesto con la cabeza hacia él, y Diora pudo ver su postura relajada contra el marco de la puerta, con una sonrisa que le envió escalofríos de la cabeza a los pies—. Ve a hablar con él. Si intenta algo nosotras te oiremos y saldremos a buscarte.

Diora se tragó las ganas de gritar un improperio y agarró a Olvett del brazo.

—No dejéis que haga ninguna tontería —Señaló a Bázil con la mirada, demasiado mareado como para prestar atención a lo que se estaba hablando a su alrededor, y luego al cúmulo de personas entre las que se encontraban sus padres, con Endor junto a ellos—. Y que ellos no se acerquen. No quiero interrupciones.

—A sus órdenes, jefa.

Diora frunció los labios, se llenó los pulmones de aire hasta que le dolieron, y marchó hacia la salida trasera. Se sentía el corazón a mil, y sus ojos bailaban entre los invitados a su paso y la figura sonriente en la oscuridad, que la miraba de tal forma que la hacía sentirse sucia. Hacía varios años que no veía a Kódiak, no desde aquel día en que, en público, rechazó abiertamente su propuesta de cortejo y *ganó*.

Podía verse a sí misma, quince años más joven y con menos cicatrices, en la zona comercial de su Sector. Había salido con su padre en busca de una nueva hacha de combate para el General cuando Kódiak había aparecido. Hasta ese momento ella nunca le había prestado mucha atención; él había abandonado las Arenas de entrenamiento al cumplir los ciento cincuenta años, y nunca habían intercambiado palabra alguna.

Por eso cuando lo oyó llamarla, el collar que llevaba en la mano le pasó desapercibido.

Kódiak ya había abandonado su postura contra la puerta para guiarla a un lugar apartado, y Diora consiguió apreciar por encima del hombro cómo su escuadrón se acercaba a paso lento hasta sentarse en

una de las mesas cercanas a la salida.

Era media noche, y la luna estaba en lo más alto del cielo, alumbrando con luz tenue los alrededores.

Diora se llevó una mano al costado, introduciendo los dedos bajo la tela, y palpó la larga cicatriz que recorría su costado izquierdo desde la espalda baja hasta sus costillas, rozando su pecho.

Recordaba cómo Kódiak había lanzado el collar al suelo, destrozando los diamantes de un pisotón después de que ella hubiera rechazado su petición de cortejo, y gritado frente todo el mundo que la retaba a un combate singular por el derecho de pedirle su mano. La pelea comenzó al medio día, en medio de los puestos ambulantes de los Llanos, y para el atardecer Sabek la llevaba a una enfermería intentando que las tripas no se le salieran del cuerpo. Kódiak no recuperó la consciencia hasta el día siguiente, donde se topó de lleno con una derrota pública y una oreja y varios trozos de carne menos.

Desde entonces lo único que había oído de él eran los múltiples azores a los que había cortejado y mutilado en varios combates forzados para luego rechazarles. Su reputación se había hecho muy conocida entre los de su generación y, aunque nada de lo que había hecho era considerado un crimen, los jóvenes en edad de casarse solían mantener las distancias con él.

La última víctima de la que había oído había sido un chico varios años más joven que ella. Llevaba meses sin aparecer por las Arenas, y se rumoreaba que seguiría sin hacerlo hasta comienzos del próximo año.

—Creí haber dejado claro que no me interesa ni me interesará contraer matrimonio contigo —se cruzó de brazos y se araño con sus uñas.

Kódiak sonrió y se ajustó las mangas de la camisa. Diora enterró los dedos de los pies en la tierra.

—Mientras no pise el salón ninguna ley dice que no pueda estar aquí, y ¿qué le ha pasado a saludar a viejos amigos?

—Cuando los vea lo sabré. ¿Qué haces aquí? Gané de forma justa.

—Estaba de paseo, es una noche preciosa, y ganaste aquella vez, sí —Dio un par de pasos hacia ella y Diora se esforzó por no moverse—. Admito que te subestimé, y eso fue un fallo que pagué con creces.

—Uno pensaría que perder una oreja habría sido suficiente.

—Y lo fue durante un tiempo —Kódiak se plantó delante de ella, narices apenas a un par de centímetros de rozarse, y se inclinó para susurrarle al oído—, pero ya han pasado más de diez años, preciosa; sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Que podía volver a retarla si rechazaba su cortejo.

Kódiak podía volver a retarla por su mano porque había transcurrido más de una década.

Me está amenazando.

Diora apretó tanto los dientes que temió que se le quebraran. Se sentía el corazón en la garganta, y tuvo que tensar los dedos para no clavarse las uñas en los brazos. Diora solía ser una mujer estratégica, o al menos le gustaba considerarse así, pero iba en contra de su naturaleza quedarse de brazos cruzados ante un ataque a su persona.

Kódiak estaba intentando provocarla, y si ella mostraba la más mínima reacción perdería.

A Diora no le gustaba perder.

Nunca.

—Me he tomado mi tiempo, lo admito —Se apartó de ella para poder mirarla a los ojos, y Diora tuvo que contenerse para no arrancarle la oreja que le quedaba de un mordisco—, pero necesitaba tiempo para practicar, ¿sabes? Hasta aquella vez nunca había perdido una sola pelea.

—Dicen que para todo hay una primera vez —Diora se descruzó de brazos y dio un paso adelante. Kódiak dio dos hacia atrás, y ella estuvo a punto de soltar un suspiro de alivio. Las secuelas de su pelea aún le perseguían; Kódiak intentaba enmascarar con cautela su miedo —. Lárgate. Aquí no tienes nada que hacer.

Diora podía sentir el sudor pegarle el pelo a la nuca, y sus ojos bailaron por los alrededores en busca de una solución, de algo que pudiera distraerle. Podía sentir su frustración. Sus intentos de intimidarla no estaban funcionando y Kódiak llevaba varios años recibiendo nada más que victoria tras victoria en un juego enfermizo de cazador y presa. Todos esos azores a los que había intentado cortejar no habían sido más que preparación para volver a enfrentarse a ella, eran un aviso de sangre y huesos rotos al que ella no le había prestado atención ninguna. Había sido descuidada; se había entregado en bandeja de plata ella misma.

Su anterior pelea había sido para demostrar superioridad; su objetivo había sido dejarlo inconsciente y no volver a verlo nunca.

Si volvían a luchar, solo uno de ellos podía salir con vida.

—Que yo sepa aún no estás comprometida y sigues en edad de casarte, además de que no has aceptado ningún cortejo de forma oficial —Kódiak intentó tocarle la cara y Diora le apartó la mano de un manotazo—. Tengo tanto derecho a pedir tu mano como cualquier otro azor en esta tierra.

—Perdiste ese derecho cuando demostraste ser débil y patético —Diora avanzó contra él y Kódiak dio varios pasos hacia atrás, con los ojos viajando entre sus manos y su boca, tenso como una soga y con los puños apretados—. Traer hijos tuyos al mundo sería una vergüenza para mi familia.

—Vigila lo que dices, mujer.

—Y tú conoce tu lugar, insecto.

Unos pasos se escucharon a sus espaldas, y Diora sintió unos brazos rodearle los hombros.

—Parece que he llegado justo a tiempo, así que responde, ¿quién te crees que eres para exigirle nada a mi futura esposa?

CAPÍTULO 8

A Talor no le caían bien sus hermanos.

Si había alguien a quien le deseara la muerte más que al Rey, ese a era todo aquel que hubiera pasado cinco meses antes que él en el útero de su madre; y es que sus hermanos tampoco le tenían mucho aprecio. Talor lo sabía y disfrutaba de ello como un porco en un lodazal; se retorcía de placer solo con saber que su mera existencia era una amenaza para ellos. Un par de manos extra capaces de estrangular, una boca más para morder, para *comer*…

No había mayor placer que manchar los suelos de piedra de la cámara de entrenamiento real con la sangre de sus trece hermanos mayores, que mirarles a los ojos y verles entender que él siempre estaría por encima, que no iba a haber salvación.

Su miedo era vigorizante.

Aquella mañana, después de volver de las Arenas de combate de la Segunda Ciudad Capital, y de disfrutar de su encuentro con Diora como un muerto de hambre en un banquete, había cruzado la zona sur del palacio hasta llegar a la cámara de entrenamiento reservada para los príncipes.

La estancia olía a sudor y a sangre, y por mucho que los criados se esforzaran por eliminar el olor este se pegaba a las paredes y al suelo como pintura. Colgadas en las paredes había cientos de armas, desde el diminuto puñal hasta la inmensa hacha, con las hojas torcidas y cubiertas de arañazos, manchadas de un líquido espeso que les daba un aspecto oxidado. Los mangos astillados, y algunos faltantes, las hacían inservibles, un despojo de acero templado que sería reemplazado horas después, cuando la estancia se cerrase y los criados acudieran para limpiar los restos. A la mañana siguiente sería como si nada hubiera ocurrido.

Nada más poner un pie en el suelo de piedra se hizo el silencio. Trece pares de ojos lo escrutaron como si intentaran despellejarlo con la mirada mientras se encaminaba a una zona alejada rodeada de bloquees de granito unidos por gruesas barras de acero. Fingiendo ignorancia se crujió los nudillos y agarró con ambas manos la barra más cercana. En los bloques apostados a cada extremo podía leerse un número grabado en la piedra, y Talor dejó que el pelo le cubriera la sonrisa que amenazaba con estropearle la faceta de hombre serio. *Algún día*, se dijo, *conseguiré levantar más peso que ella*.

Con una profunda respiración y un apretón de dedos levantó la

barra de hierro y la alzó hasta quedar por encima de su cabeza, amenazando con destrozarle las muñecas y los codos. Aguantó un par de segundos, intentando encontrarle explicación alguna al hecho de que Diora, siendo menos corpulenta, era capaz de soportar el peso sin echar las tripas por la boca, y la dejó caer como un peso muerto frente a sus pies. El estruendo, que dejó a su paso un hoyo agrietado que los criados arreglarían más tarde, no hizo nada por cubrir los suspiros de alivio que se escucharon a su alrededor.

Sacudiendo las manos para eliminar el entumecimiento de las muñecas y los dedos volvió a ponerse en posición. Flexionó las rodillas, clavó los dedos de los pies en el suelo, y volvió a levantar las rocas de mármol sobre su cabeza. El ruido de fondo pasó a segundo plano mientras contaba.

Uno.

Un par de puños golpeando piedra. La arenilla que caía al suelo y las grietas que debían de estar formándose en la pared se escuchaban a su izquierda.

Dos.

El sonido del filo de una espada cortando el aire y el resonar de dos hojas entrechocar unas con otras venía justo desde atrás, en el centro de la habitación.

Tres.

Las cuerdas del círculo de combate, apostado al final donde los ventanales abiertos intentaban deshacerse del podrido olor a sudor, vibraron cuando alguien se coló entre las mismas y se subió a la tarima de madera. Cuando ningún otro par de pies hizo crujir los tablones de nogal la habitación volvió a quedar en silencio.

Talor dejó que la barra se estrellase contra el suelo y volvió a flexionar las muñecas. Escuchó las puertas de la entrada cerrarse y las cortinas de los ventanales ahogaron hasta el último vestigio de luz.

El príncipe se limpió la saliva de la barbilla con disimulo y chasqueó la lengua como si quisiera probar el aire.

Tenía tanta hambre…

***

Rosseler clavó las uñas de los pies en la tarima de madera y apretó los puños hasta que las garras se le hundieron en la palma de las manos. La sangre se escurrió entre sus nudillos, blancos de la fuerza con la que los apretaba, y goteó sobre la madera a sus pies.

Tal y como esperaba, los ojos del más joven se desviaron hasta aterrizar sobre el líquido rojizo que goteaba, sin prisa pero sin pausa, contra la tarima. Los labios le brillaban, manchados con la saliva que intentaba tragarse, y las manos le temblaban a los costados, como si

estuviera haciendo un esfuerzo consciente para no lanzarse a lamer los goterones espesos que ahora manchaban el suelo.

Al mayor de los hermanos le recorrió un escalofrío de pies a cabeza que le dejó los pelos de punta y, desde su sitio, encaminándose a la tarima con andares desesperados pero seguros, la bestia le miraba como un Sibalek a un azor.

Con hambre.

Rosseler tomó aire por la nariz con una confianza que se le estaba escapando por momentos y abrió un poco las piernas, poniéndose en posición defensiva. Levantó las manos, abriendo los puños con cuidado de no destrozarse la piel de las palmas y colocó los brazos frente a su rostro.

El decimocuarto príncipe puso los pies en el círculo.

***

A pesar de ser el primer hijo en nacer, Rosseler nunca había gozado de mucho intelecto.

Ser el primero indicaba más tiempo. Más tiempo para estudiar, más tiempo para entrenar, y más tiempo para *vivir*. Uno pensaría que aquel lujo sería aprovechado hasta la saciedad para asegurarse la supervivencia a todos los bastardos que llegaran después de él; esas alimañas que en poco tiempo aprenderían a morder, a correr y a matar.

Y durante un tiempo había sido así. Durante veintiocho años Rosseler había disfrutado de ir a la cabeza de la camada, de ir siempre un paso por delante, de ser el mejor. No es que recordara mucho de aquellos años, pues apenas tenía un par de décadas de nacido, pero algo que era incapaz de olvidar era esa sensación de paz que por entonces llenaba sus días. Era la sensación de alguien que no le tiene miedo a vivir.

Y entonces, una tarde helada a mediados de año, vino al mundo la aberración que, en el presente, portaba la guadaña que acabaría con todos; él incluido. Un bebé pequeño, de piel paliducha que con los años acabaría por oscurecerse a un marrón intenso y unos ojos que te perseguían como los de un muerto. Un bebé que, con su primer llanto, los había sentenciado a todos.

Lo veía en su madre, cuyos ojos se oscurecieron mientras sostenía al recién nacido contra su pecho desnudo.

En la matrona, que les dirigió una mirada fúnebre antes de volver la cabeza y agacharla con pena y resignación.

En el Rey, que apenas posó la vista en su último vástago apretó tanto los dientes que Rosseler temió por un momento que estos se le hubieran torcido.

Rosseler no era el más inteligente, pero tampoco el más estúpido. Algo había cambiado en aquel momento. Algo habían visto sus padres, *su madre*, en aquel instante en que aquella alimaña sin pelo había berreado por primera vez que, desde entonces, su nombre había estado condenado.

La familia real no era más que una condena con ropajes caros y joyas brillantes, un ataúd dorado en una tumba de flores, y aquello se ondeaba ante las narices del pueblo como un chuletón frente a las narices de una bestia hambrienta. De eso se encargaban los nombres.

Talor era un título. Un premio, un lujo, una compensación. Algo que obtenías en el momento en que te convertías en el último superviviente de un baño de sangre real y de sueños rotos. Era algo que se ganaba. Eissha, alabada fuera su misericordia, concedía a cada miembro de la familia real una oportunidad de merecerse ese nombre, de cambiar el orden de esas dos míseras palabras que marcaban la diferencia entre la vida y la muerte.

Rosseler Talor-Darselar era el primogénito de la casa Darselar. Primer hijo de Talor Ereder-Darselar y Venaria Sufhí-Darselar.

Así que allí tumbado, en la tarima de madera rota, con su sangre manchando el suelo de piedra y la vista borrosa, por un instante antes de perder el conocimiento, Rosseler creyó entender aquello que todo el mundo veía. Creyó discernir una sombra en aquellos ojos de muerto que parecían despellejarlo con la mirada, y unos labios manchados de rojo.

Rosseler Talor-Darselar era un cadáver andante a la espera de una segunda oportunidad para vivir.

Talor Aken-Darselar era una condena con nombre y apellido.

***

Remangándose la camisa verde agua y ajustándose la cinturilla de los pantalones de vestir se adentró en el salón de baile. La ceremonia había terminado hacía no mucho tiempo y los invitados aún se encontraban felicitando al recién nombrado. El niño de cabello rizado se encontraba con sus padres, con la cabeza alta y el pecho henchido de orgullo, mientras una pareja, probablemente compañeros de trabajo de alguno de los padres, le felicitaban por su nuevo nombre.

Recordándose preguntar más tarde por el nombre del celebrado, Talor se adentró entre los invitados en busca un grupo de azores en concreto.

—Ya pensábamos que no aparecerías nunca, pero vas tarde, se te han adelantado —Rina tuvo que darle un codazo a Bázil para que este se contuviera de soltar un comentario del que no se arrepentiría. Por fin había accedido a sentarse en una de las mesas desocupadas y a

cambiar el alcohol por un vaso de agua.

—Es todo un detalle que me esperarais —Talor hizo una reverencia pomposa y Cattrina fingió sonrojarse para luego darle una palmada en el pecho. El príncipe le lanzó un beso y un guiño picaresco—. Ya de paso reservadnos a mi prometida y a mí una copa de vitar y una mesa para dos.

—Que no se te suba a la cabeza, principito. ¿Quién sabe? A lo mejor ya te han quitado el puesto —Con un movimiento de cabeza, Olvett señaló una figura corpulenta de pelo gris que se acerca peligrosamente a Diora, que seguía de espaldas a ellos.

—Entonces no debería seguir perdiendo el tiempo. Si me disculpáis, tengo cosas que hacer —Se ajustó el cuello de la camisa y se encaminó hacia la salida trasera del salón, donde a unos metros podían apreciarse dos figuras con actitud amenazante encararse la una a la otra.

—¿No nos dices nada de nuestros vestidos? Qué poco caballero — la pregunta de Rina, que seguía intentado que Bázil permaneciera sentado y no vomitara en medio del salón, le sacó una sonrisa.

—Os quedan de maravilla, eso ni se discute. Y, Bázil, si te pusieras un traje rojo estarías invitado a mi boda —Continuando su camino podía sentir su mirada quemándole en la nuca y oír sus insultos entre murmullos borrachos y sin sentido.

Antes de salir del salón logró escucharle discutir con Rina, Cattrina y Olvett sobre no poder arrancarle la yugular de un mordisco, pero no le tomó mucha importancia al asunto y clavó su mirada en el frente.

Aquella noche se encontraba más hermosa que nunca. El vestido le realzaba las caderas y los brazos, estilizaba sus largas piernas y le daba un aire regio y feroz; se atrevería a decir divino. Y la trenza, ¡qué trenza! Ya se imaginaba desbaratándosela mientras la miraba intensamente a esos ojos que tanto le gustaban, susurrándole al oído lo hechizado que lo tenía, la de noches que había soñado con ella…

Aprovechando que estaba distraída, Talor se posicionó a sus espaldas y la envolvió en sus brazos. Diora le clavó las uñas en las muñecas, como si tuviera la intención de lanzarlo por los aires, pero al momento de escuchar su voz la sintió relajarse contra su pecho.

—Parece que he llegado justo a tiempo, así que responde, ¿quién te crees que eres para exigirle nada a mi futura esposa?

CAPÍTULO 9

En cuanto escuchó aquella frase, supo que la noche iba a ser mucho más interesante de lo que había esperado en un inicio. Kódiak desvió la mirada a sus espaldas, apretando la mandíbula al ver cómo el príncipe se abrazaba a ella con total confianza y apoyaba la barbilla en su hombro.

Diora le miró por el rabillo del ojo y, al ver el color de su camisa, le entraron ganas de arrancarse el vestido rojo y meterle la tela por la garganta. De todos los colores que podría haber elegido, de todos los estampados existentes, tenía que haber elegido un vestido rojo. *Parecían una pareja de recién casados.*

Sí, desde luego, iba a ser una noche muy interesante.

—Talor —El príncipe le dio un apretón en los hombros, pegó sus mejillas, y sonrió como un niño ante su primera caza en solitario. Diora frunció los labios y apretó el agarre que tenía en sus muñecas, pero no hizo amago de separarse.

—¿Futura esposa? —Kódiak dio un paso adelante y la sonrisa de Talor se volvió más afilada. Los colmillos le crecieron un par de milímetros y las pupilas se contrajeron hasta casi desaparecer por completo.

—Tú lo has dicho, futura esposa. ¿No ves lo unidos que estamos?

—Que yo sepa nadie ha anunciado ningún compromiso, *alteza* —La burla en su tono le sacó un gruñido al príncipe, cuya sonrisa se había vuelto una mueca de ira mal contenida. Diora le volvió a apretar las manos y clavó los pies con fuerza en el suelo cubierto de hierba. No podía permitirse hacer un escándalo en una noche como aquella, donde la atención debía de estar centrada en su hermano. Además, lo último que quería era que medio hemisferio se enterara de sus problemas de cortejo—. Por lo tanto, estoy en mi derecho de cortejarla, ¿o me equivoco, *Aken*?

Mierda.

A Talor no era fácil cabrearlo. El príncipe, siendo el menor de catorce hermanos que venderían a su madre por eliminarle del mapa, había desarrollado un temple envidiable con los años. Tenía una paciencia flexible, un humor que le permitía tomarse a broma cuanto insulto le viniera de frente y una capacidad envidiable para restarle a todo importancia. Pocas cosas lograban realmente sacarlo de sus casillas, pero ninguna otra como la aberración que Kódiak acababa de cometer.

El nombre de un príncipe era un presagio de muerte, de alguien que solo ocuparía un dormitorio en Palacio hasta perder la vida en las pistas del Coliseo a manos de aquel que se mereciera llevar el título de Heredero. Talor era el pase divino a una segunda oportunidad en este mundo, y solo aquellos dignos eran capaces de portarlo.

Al integrante más joven de la casa real se le había coronado con ese nombre desde antes de cumplir los cincuenta años. *Ese niño ha nacido bendecido*, recordaba Diora que susurraban los adultos, como si todos compartieran un secreto a voces entre ellos. Talor había sido Talor desde su primer llanto en el mundo de los vivos una fría tarde a mediados de año.

Talor había nacido *vivo*.

Pronunciar su nombre, aquel que lo señalaba como un dedo acusador, un mal augurio allá donde fuera, era el equivalente a un insulto capital. Una condena a muerte.

A un Talor nunca debía llamársele por su nombre.

Diora echó todo su peso sobre Talor y subió su agarre de las muñecas hasta los hombros, apretándolo contra ella. Los colmillos del príncipe habían crecido tanto que se veía forzado a mantener la boca abierta, y el cabello rojo estaba tan erizado que parecía flotar alrededor de su cabeza.

Kódiak dio un paso adelante, con una sonrisa llena de dientes, y dejó que sus garras crecieran hasta no poder cerrar los puños. Se lamió los colmillos con parsimonia, como si estuviera disfrutando del caos que estaba a punto de desatarse, y Diora decidió que tenía que ponerle fin al asunto.

Dio un pisotón en el suelo que le hundió a Talor los pies en la tierra, y mientras este chillaba de la sorpresa y el dolor, agarró a Kódiak de la camisa de vestir que llevaba puesta y le hundió la rodilla en el estómago. Mientras Talor seguía sacudiendo la pierna e intentando comprobar si tenía algún dedo roto, Diora lo asió de un mechón de pelo y tiró hasta tenerlo encorvado y cojeando a su lado y lejos de Kódiak, que intentaba recuperar el aire que el rodillazo le había sacado del pecho.

—¡Basta! No quiero volver a escuchar una palabra más —Dio un fuerte tirón del mechón de pelo que tenía en la mano y Talor retuvo un chillido mientras le agarraba la muñeca.

—Está bien, está bien, pero suéltame ya, mujer. Si me lo arrancas no volverá a crecer —Con la cabeza inclinada hacia un lado y la espalda encorvada, el príncipe intentó aflojar el agarre en su pelo, pero Diora volvió a tirar de él y Talor volvió a callar. Aunque intentaba sonreír, tenía los ojos rojizos del escozor tan desagradable en su cabellera.

Diora dirigió su mirada a Kódiak, que la miraba desde el suelo con

una rabia ponzoñosa y podrida. Esta parecía llegarle a oleadas, casi en un intento de abofetearla de lo intensas que eran. Solo podía imaginarse por lo que habrían pasado los azores cortejados antes que ella.

—¿Entendido?

—Cristalino —Diora soltó el mechón de pelo rojo y Talor aprovechó para alejarse de ella y frotarse la zona afectada. Kódiak se puso en pie, con la cabeza alta y un brazo aún acunando su estómago, y decidió retirarse.

Varios invitados se habían asomado sin disimulo y un pequeño grupo había empezado a cuchichear. No era el momento de armar un escándalo.

Sin ganas de volver a la fiesta, Diora agarró a Talor del brazo y lo arrastró lejos del salón de baile, hacia una arboleda alejada de las luces y sumida en la oscuridad. Para cuando se detuvieron, Talor había deslizado sus manos hasta que ambas, algo tímidas, se habían encontrado. Diora no le soltó hasta que quedaron cubiertos por los árboles y las luces dejaron de apreciarse.

—Llegas tarde a la Ceremonia de Nombramiento de mi hermano y casi montas un numerito en la fiesta de celebración.

—Con tus habilidades para la narración serías una escritora estupenda.

—¿Podrías intentar, por favor, tomarte algo en serio?

—Si me lo pides así no puedo decirte que no.

—Talor, ¿qué es lo que quieres ahora?

—¿No es evidente? Te quiero a ti.

—Vete a la mierda —Dio un suspiro, con los ojos cansados y la resignación pintada en la cara ante la sonrisa que seguía portando Talor, tan altiva y libre de preocupaciones como siempre. Como si el encontronazo de hacía apenas unos minutos nunca hubiera ocurrido.

El príncipe mantuvo su sonrisa un par de segundos más antes de suspirar. Se llevó la mano a la cabeza, frotando la zona aún resentida por los tirones de pelo, y la miró a los ojos. A él nunca le había costado sostenerle la mirada, no cuando con solo un vistazo a aquellos diamantes en bruto podía perderse en su cabeza durante horas, pero últimamente estos brillaban mucho menos. Estaban más apagados, más cansados, decaídos. Talor odiaba verla así, más aún sabiendo que él era en parte, si no enteramente, el culpable.

Palacio era un matadero con columnas bonitas y objetos brillantes que no hacían nada por esconder el castigo que significaba formar parte de la familia real; todo aquel que formaba parte de ella sufría una muerte segura. Una ejecución con títulos enriquecidos.

Querer hacerla pasar por todo aquello era cruel y sádico. Como si él mismo sostuviera el hacha que le rebanaría el cuello y dejaría rodar

su cabeza sobre las moquetas del palacio junto a los cadáveres de sus propios hijos y, más adelante, el suyo propio. Era egoísta, porque Talor no quería a ninguna otra y ahora Diora debía cargar con las consecuencias.

Frotándose el cuello y cambiando el peso de un pie a otro, uno de ellos aún palpitando por el pisotón, Talor le sujetó las manos y frotó sus nudillos con sus pulgares callosos. Diora hizo amago de retirarse, pero él buscó sus ojos hasta que estos volvieron a encontrarse.

—Cuando estoy contigo me siento diferente, y sé que tú también. Me atraes desde que éramos niños, antes incluso de convertirte en mujer ya eras hermosa a mis ojos.

Diora fue a abrir la boca para cortarle, incómoda ante la dirección que estaba tomando la conversación, pero Talor colocó una de sus grandes y callosas manos en su mejilla para colocar su pulgar sobre el puente de su nariz.

—Me encantan tus comentarios mordaces, que no me respetes y que me trates como a uno más del montón, que me llames Talor por propia voluntad y no por respeto o miedo. Me encanta esa sensación de cosquilleo que provocas en mis tripas cada vez que me miras de esa forma, como si me estuvieras estudiando, buscando el mejor momento para atacar y matarme.

—A eso se le llama masoquismo.

—A mí me gusta pensar que es adoración.

—¿Tienes idea de lo que significaría para mí aceptar? ¿De lo que estaría obligada a sufrir? ¿A soportar? Si acepto y me uno a ti, será como estrecharle la mano a la muerte. No habrá vuelta atrás —Talor nunca la había escuchado hablar con tanta intensidad, ni mirarlo como si solo él tuviera el poder de arreglar el mundo en sus manos.

—Nadie mejor que yo sabe lo que es eso. Llevo viviéndolo desde que nací, viendo la mirada de la Reina oscurecerse durante décadas sin oportunidad de cambiar el curso de las cosas. Sé lo que significaría, no solo para ti, sino también para mí.

—¿A qué te refieres? —Talor la sintió apretarle la mano que aún sujetaba.

—Diora, me han criado para ser implacable, para mirar a mis futuros hijos como a mis asesinos. Me han enseñado a no tenerles piedad —Talor le acunó ambas mejillas y pegó sus frentes, aún sin apartar la mirada. Necesitaba que ella lo entendiera—. Yo jamás podría repudiar a una criatura que hubieses llevado en tu vientre, una criatura fruto de nuestra unión.

La respiración se le quedó atascada en el pecho y se le secó la boca. Las manos comenzaron a sudarle y los dedos de los pies comenzaron a escarbar en la tierra, nerviosos.

—Mi hermosa guerrera diamante en bruto, océano de aguas

cristalinas. Mi nombre… —Acercó su rostro hasta que sus narices se rozaron y sus respiraciones se volvieron una sola—… es solo tuyo.

Diora lo agarró de la camisa y le besó. Con desespero, con prisa, como si aquella fuera su última oportunidad de estar juntos, de sentirse el uno al otro. Enterró las manos en su cabello rojo y tiró de él, ahogando los gemidos de placer de Talor con sus besos. Rodeando sus caderas con sus poderosas manos la alzó al vuelo y la estampó contra un árbol cercano, levantando sus piernas para que rodearan su cintura y auparla hasta que sus pechos se encontraron.

Pronto, las caricias se convirtieron en una desenfrenada lucha por el control.

Los besos aumentaron de ritmo, se volvieron más bestiales, más salvajes. Los colmillos de ambos adquirieron un aire peligroso y depredador, llenos de necesidad, de acción. No tardaron mucho tiempo en trasladar los mimos al cuello y las caderas, donde las garras de Talor crearon feroces surcos sangrantes que mancharon sus largas piernas como ríos carmesí. Los colmillos de Diora desgarraron el hombro y clavícula derechos del príncipe cubriendo de sangre su camisa y chaqueta, que pronto desaparecieron.

Si las raíces de los árboles a su alrededor cambiaron de posición y brillaron con un apagado color aguamarina, solo fue testigo la noche.

CAPÍTULO 10

Serían las tres de la mañana cuando abandonó la taberna. Llevaba ya más de cinco horas encerrado entre aquellas cuatro paredes, rodeado de borrachos apestando a safin y de mujeres fieras y con poca paciencia. Una de ellas, en concreto la hermana de su esposa, le había echado a patadas antes de que pudiera reventarle la nariz de un puñetazo al tabernero. El viejo azor se había negado a servirle la decimotercera jarra de vitar y, antes de poder saltarse la barra, su cuñada le había cogido por el pescuezo y lo había arrastrado por las roídas tablas de madera podrida hasta lanzarlo de cabeza a la calle. Había estado tentado de volver a entrar, exigir su derecho de beber hasta caer redondo en la mesa coja en la que siempre se sentaba, y soltar algún que otro comentario referente a la reputación de su adorada parienta. Sin embargo, el efecto envalentonado que traía el alcohol consigo comenzaba a evaporarse, y sabía que si seguía gastando dinero en copas Ademis no se pondría muy contenta al verlo llegar a casa. Tal vez ni siquiera le dejase entrar.

Con la vaga promesa de reclamar sus derechos como consumidor al día siguiente, aun sabiendo que por la mañana no recordaría ni la mitad de lo que había pasado la noche anterior, recogió el poco orgullo que le quedaba y trató de marcharse de allí lo más dignamente posible.

A esas horas de la madrugada no solía haber mucha gente en la calle a no ser que estuvieran borrachos o peleados con sus cónyuges, por lo que no tenía que preocuparse de que alguien recordara sus andares de nalim recién nacido, sus cabeceos o sus vómitos esporádicos antes de llegar a su casa.

En una de las esquinas, a un par de calles de la vivienda, tuvo que detenerse para aligerar la carga de su estómago, abandonando a los pies de una farola medio litro de vitar y algo parecido a la pata trasera medio digerida de un dinmen. *¿Cuándo demonios he comido yo dinmen?*

El estruendo de un cubo de basura estrellándose contra el suelo le hizo incorporarse entre tropiezos. Los músculos entumecidos de la espalda y el movimiento brusco le hicieron perder el equilibrio y tuvo que buscar apoyo en la pared más cercana. Con la oscuridad de la noche y los efectos del alcohol nublándole la vista sentía el mundo bailarle ante los ojos.

Escudriñó los alrededores con la vista ida, intentando apartar el

vaivén provocado por una tarde de beber sin filtros. Algo andaba mal. Podía sentirlo en los huesos y en los dedos de los pies, que no podía evitar flexionar cada vez que escuchaba el más mínimo ruido en la quietud de la noche.

Todo estaba demasiado tranquilo.

El candelabro de la farola cayó a sus pies, provocando que saltaran chispas de los cables seccionados que sobresalían del amasijo de metal que antes alumbraba la calle. Poniéndose en posición de combate, y protegiéndose estratégicamente las zonas vulnerables como el cuello y el pecho, intentó concentrarse para forzar a su visión a avanzar entre la negrura aplastante que cubría los alrededores. Los vellos se le habían puesto de punta y tuvo que retener otra oleada de náuseas ante los nervios que se habían instalado en su estómago. El pánico estaba empezando a asfixiarle.

Como si el ser que lo estuviera acechando le hubiese leído la mente, un gruñido bajo, desafinado y constante le hizo encogerse en su sitio. Sintió unos pasos, pesados y perezosos, dirigirse hacia él; escuchó el inconfundible sonido de unas garras arrastrarse por el granito del suelo, olió su putrefacto aliento a carne podrida y en descomposición… y vio sus ojos blancos e inyectados en sangre, antes de que la bestia le saltara al cuello.

El amanecer encontraría la calle limpia, desprovista de marcas de garras o sangre, y a una mujer sin marido.

***

—Así que… ¿dónde estuviste toda la noche?

—Así que… —chasqueó la lengua—… ¿por qué crees que voy a responderte?

—Porque soy tu mejor amiga. Tengo ciertos privilegios.

—Para mí eso es no tener aprecio por la vida, y solo hay una, ¿sabes?

—Yo prefiero pensar que soy temeraria. Suena mucho mejor, ¿no crees?

Olvett había llegado a la casa de los Saford antes del amanecer, como de costumbre, con la intención de colarse en el cuarto de Diora a través de la ventana y despertarla. A Diora la caracterizaba su incapacidad para despertar con las primeras luces del alba, y es que acostumbraba a pasarse las noches en vela, por lo que lo único que se interponía entre ella y un castigo por retrasarse en su entrenamiento era que su mejor amiga le quitara las sábanas y le abriera las cortinas. Era algo que llevaban más de un siglo haciendo, y a ambas la rutina era algo que las calmaba.

—Me encantaría continuar con esta conversación sin sentido pero,

si no te importa, tengo que terminar de prepararme. Tenemos que estar en el Coliseo en una hora.

—Querrás decir que tú tendrás que estar en el Coliseo en una hora, porque la ceremonia no comienza hasta dentro de hora y media. Aunque claro, si a mí me esperase un bombón como Talor, yo también tendría prisa.

Diora tropezó con los últimos peldaños de las escaleras y Olvett y sus reflejos evitaron su caída. Con la mano agarrándola del brazo, tan fuerte que estaba segura de que dejaría marca, Olvett tiró de ella hacia atrás para que pudiera volver a plantar los pies sobre el escalón desde donde casi se había precipitado. Diora clavó las uñas en la baranda de madera a su izquierda e inspiró hasta sentir que los pulmones iban a reventarle de la presión. Olvett sonrió con picardía, su colmillo astillado por una caída cuando era pequeña clavándosele en el labio inferior hasta cortar la carne. Diora echó el codo hacia atrás, golpeándola en el estómago, y ella la agarró de los rizos para tirar hasta torcerle el cuello.

Era cierto que Diora quería estar allí antes de tiempo para poder ver a Talor antes de que comenzaran los duelos, pero por mucho que había intentado encontrar una razón para ese tirón que sentía en las tripas, ese que le decía que tenía que ir a verle sí o sí antes de que Ereder diera comienzo oficialmente al Alènac, había fracasado. Era como si su cuerpo supiera algo que ella desconocía, y a Diora andar a oscuras le daba dolor de cabeza. Que Olvett se lo restregara por la cara no hacía sino ponerla de peor humor.

Continuó subiendo las escaleras hasta llegar a su habitación mientras escuchaba a sus padres discutir sobre ropa interior mientras vestían a Endor. *Endor*… aun sabiendo que su hermano ya había sido nombrado le resultaba extraño no referirse a él como *niño*, sentía como si se le trabara la lengua cada vez que tenía que pronunciar su nuevo nombre. Al menos era un nombre poderoso, con fuerza; se atrevería a decir que le sentaba bien.

Una vez en la privacidad de su alcoba abrió su enorme armario empotrado de madera tallada para decidir qué ponerse. No era una celebración en sí, por lo que los vestidos estaban descartados, tampoco era un acto cualquiera, así que el traje de entrenamiento tampoco era una opción. Fue entonces que recordó una prenda guardada —y para nada escondida— en el fondo de su armario. Llevaba allí, si no le fallaba la memoria, cerca de seis años, cogiendo polvo envuelta en una tela de cuero de la que no la había sacado desde que la recibió. Con la cabeza bien alta, como si alguien estuviera allí presente para juzgar su postura, retiró algunas cajas de vendajes y cintas para revelar el paquete de cuero cubierto de polvo. Si no supiera que era imposible, habría jurado que podía sentir ojos materializarse en la tela

marrón y juzgarla con la mirada. *Estás a punto de tomar una decisión muy importante, Diora, después de esto ya no habrá vuelta atrás.*

Con cuidado de que Olvett, tirada en la cama como si fuera suya, no viera el contenido del paquete, Diora agarró un par de pantalones de cuero y una blusa blanca y se se metió en el baño para prepararse. Se ajustó los pantalones con un cinturón de piel negra, se colocó la blusa blanca que le permitía moverse sin restricciones y, por fin, abrió el paquete de cuero.

La estola era preciosa. Hecha con piel de bismut blanco, acompañada con un simple broche de plata con sus iniciales grabadas en el frente, y las letras TAD en el reverso. Talor siempre había tenido muy buen gusto a la hora de escoger sus regalos. Sujetando la estola entre sus manos miró su reflejo en el espejo. Si seguía adelante y decidía llevar en público la estola de Talor, estaría admitiendo ante toda la población que ella había aceptado el cortejo de un pretendiente; y no uno cualquiera, sino el más joven de los príncipes. Una vez que pusiera un pie fuera de su casa su suerte estaría echada. No había vuelta atrás.

Se miró de nuevo en el espejo, apenas consciente de que la estola había abandonado sus manos y ahora se encontraba descansando sobre sus hombros. Tenía que admitir que no le quedaba mal.

Para terminar de arreglarse decidió recogerse su abundante melena en una cola alta con una cinta a juego con la blusa. Cuando se miró en el espejo no pudo evitar pensar en si a Talor le gustaría su apariencia, en si reconocería su regalo de cortejo después de tanto tiempo olvidado en el fondo de un armario, a la espera de ver la luz.

—Me gustaría decir que estás preciosa, pero saber el motivo de tu vestimenta me provoca migraña —La poderosa voz de su padre la sacó de sus pensamientos, haciéndola girarse para mirarle. Sabek llevaba puesto uno de los trajes que usaba para asustar a los novatos recién alistados en el ejército; la camisa de cuero dejaba al aire dos brazos cubiertos de cicatrices y unas manos que sumaban nueve dedos preparadas para triturar cráneos insubordinados. Si solo se supiera que el dedo faltante se lo había arrancado su esposa por haber perdido de vista al tercero de sus hijos, Nil, en pleno bosque de Kamonna, cuando su hermano apenas tenía treinta años de nacido, la reputación de mercenario de su padre duraría un suspiro. Si Sabek la había sobornado para que guardara su pequeño secreto, de ese detalle nadie tenía que enterarse.

—¿Quién ha ganado la discusión? —Lo último que quería hacer era hablar con su padre sobre sus problemas de cortejo. Lo mejor era cambiar de tema.

—Tu madre, por supuesto. Por lo visto su camisa blanca no combinaba con ninguno de sus sostenes, cosa difícil de creer teniendo

en cuenta que tiene medio armario lleno de ropa interior —Sabek se adentró en el baño para colocarse junto a su hija frente al espejo. A pesar de que Diora era la viva imagen de su madre, su padre y ella compartían su expresión seria y la misma forma de arrugar la nariz. Sabek solía hacerlo aposta cuando era pequeña solo para verla intentando imitarle—. Y ahora, ¿hay algo que deba saber? Porque no me haré responsable de mis actos ante sorpresas… inesperadas.

—No incluyes a madre.

—Si por ella fuera, ya te habría mandado a hacer un vestido representativo hace mucho, como intentó hacer con tus hermanas antes que tú. Y eso que por entonces no levantabais ni un palmo del suelo.

—¿De veras quieres que te conteste?

—En circunstancias normales habría hecho la vista gorda, pero me parece que esto es algo más complicado que cuando tu madre y yo nos apareamos.

—¡Padre! —A Diora se le pusieron los pelos de punta y sus pálidas mejillas adquirieron un tinte colorado.

—¿Qué? Es algo natural, ¿cómo crees que vinisteis tú y tus hermanos al mundo? —El toque de burla en su voz, y las arrugas que se le formaron en torno a los ojos al retener una sonrisa, le indicó que su padre estaba disfrutando enormemente de su vergüenza—. A tu edad tu madre ya estaba embarazada de las mellizas; no hay nada de lo que avergonzarse —Como si fuera a contarle algo en confianza, se cubrió la boca con la mano de cuatro dedos y la miró con picardía—. O por lo menos eso es lo que dice ella; yo por mi parte me alegro de que tengas la cabeza mejor asentada sobre los hombros.

Diora tuvo que morderse los labios para no reír, y optó por echar a su padre de su baño bajo la amenaza de contarle a su madre la poca estima que este le tenía. Sabek arrugó la nariz y abandonó el baño de su hija, con la nariz en alto y un portazo que dejó grietas en la pared.

El dramatismo de su madre, después de casi tres siglos de matrimonio, empezaba a contagiársele.

***

Olvett la esperaba en el salón comedor de la casa, una estancia amplia, rústica y elegante con un conjunto de sofás y sillones de cuero curtido blanco, una larga mesa de comedor de cristal y acero y algunos cuadros al óleo colgados en la pared. Si fuera por ella, ya los habría tirado; eran raros, deformes y, en algunos casos, siniestros.

—Vaya, vaya, vaya…mejor larguémonos antes de que tu madre te vea, no queremos que te condenen por homicidio antes de tu boda. Es capaz de obligarte a hacer un desfile por las Tres Capitales —Olvett,

sentada en uno de los sillones con los pies sobre la mesa, la miró con los ojos entrecerrados y una sonrisa socarrona que Diora tanto detestaba. Le bajó los pies de la mesa de una patada en la rodilla, y amenazó con levantarla de un tirón de pelo.

—Cierra el pico, nadie ha dicho nada de boda. Además, antes tiene que sobrevivir a trece imbéciles con la adrenalina por las nubes y muy mala leche.

—Creo que la coleta te está estrujando la cabeza. ¿Hola? Estamos hablando de Talor, ¡Talor! ¿De verdad crees que tendrán alguna oportunidad? —Apartó de un manotazo la mano de Olvett, que había intentado quitarle la cinta del pelo, y salió de la casa con ella pisándole los talones.

—Di lo que quieras, pero ten en cuenta que no son del todo estúpidos. Seguro que más de uno hace trampas y lleva armas al combate.

—¿Entonces estás diciendo que probablemente muera?

—No, estoy diciendo que va a ser un combate muy entretenido.

***

—Tus hermanos están preparados.

—Bien.

—Tu padre ya está en el palco, en treinta minutos… —Venaria tuvo que aclararse la garganta para mantener la poca fuerza que le quedaba—… en treinta minutos empezará la ceremonia.

—Ve con mis hermanos, madre, yo tengo un par de cosas que hacer.

La Reina miró por última vez al menor de sus hijos para dirigirse a la salida de sus aposentos. Con la mirada perdida y el alma hecha pedazos, Venaria se dirigió por última vez a su hijo menor.

—Se rápido, por favor.

Abandonó la habitación para dirigirse al salón principal con la intención de pasar los pocos minutos que le quedaban en compañía de sus hijos mayores. Para el atardecer solo le quedaría el más pequeño.

***

Si a Talor le dieran un nish por cada ocasión en la que habían intentado atacarle por detrás y habían fallado, en aquel momento su récord habría llegado a su fin. Estaba acostumbrado a que sus hermanos le acechasen. Cuando era pequeño solían intentar tirarle por las escaleras o los balcones, que se le cayese encima el equipamiento de la sala de entrenamiento, o intentaban ahogarlo cuando las criadas

lo bañaban —cosa que solo ocurría cuando su madre estaba ocupada con otro de los hermanos, así que había que planear muy bien la estrategia—. En cada ocasión, eran ellos los que acababan con la pierna rota, la conmoción cerebral, o la cabeza metida bajo el agua. Aquella vez, sin embargo, no se lo esperaba. No la vio venir.

Con la cara estrujada contra el suelo y un brazo retorcido a sus espaldas, Talor consiguió entrever por encima de su hombro una larga cabellera rizada de un color aguamarina intenso.

—Al final voy a tener razón y no durarás más de cinco minutos. Supongo que tendré que ir buscándome a otro que me dé hijos.

—Eso ni en broma.

Retorciéndose contra ella como si hubiera recibido una descarga eléctrica consiguió empujarla hasta lanzarla por encima de su cabeza. Agarrándola de las piernas se arrastró sobre ella hasta quedar cara a cara. Diora no lo apartó.

—Aun así sigue siendo tarde, a estas alturas ya estarías muerto.

—Si fuera por mí, a estas alturas estaríamos haciendo algo muy diferente —El príncipe intentó acercar el rostro para besarla con una sonrisilla de suficiencia y las cejas alzadas, pero se topó de lleno con unos colmillos que se cerraron en torno a su nariz y apretaron. Con un chillido de sorpresa y dolor el príncipe intentó retirarse y dar marcha atrás, pero Diora se negó a soltarle—. ¡Por Eissha, mujer!

Apretando la mandíbula Diora comenzó a levantarse, arrastrando con ella al príncipe. Una vez en pie, con Talor encorvado para evitar destrozarse la nariz y lloriqueando como un animal apaleado, le agarró del chaleco de cuero negro que llevaba puesto y lo estampó contra el muro del pasillo. En un acto de misericordia, Diora liberó su nariz.

—Imbécil, ¿te crees que esto es un juego?

—De pequeños mis hermanos jugaban a lanzarse unos a otros por los balcones del palacio, así que realmente no está muy lejos de serlo.

—¿Es que eres incapaz de tomarte nada en serio? —Diora lo soltó de la pechera y le dio la espalda, lanzando un suspiro que denotaba irritación por los cuatro costados—. Aquí no habrá nadie que detenga el combate. Una vez que pises esa pista estarás solo.

—Llevo preparándome para esto desde que nací, uno pensaría que a estas alturas ya conocería las reglas —Separándose de la pared y abriendo los brazos, gesticulando al edificio en el que se encontraban, Talor se acercó a ella por la espalda hasta estrecharla contra su pecho. Diora no hizo amago de separarse—. Fuera bromas, lo tengo todo controlado. Llevo desde antes de poder correr preparándome para este día, sé lo que me espera en cuanto salga ahí fuera—Giró a Diora hasta tenerla de frente, sujetándola de los hombros e intentando encontrar sus ojos.

—Que no se te suba a la cabeza, no eres inmortal.

—Y ellos tampoco —En un intento de que la guerrera lo mirara a los ojos, el príncipe le sujetó el mentón, y por fin Diora apartó la vista del muro a sus espaldas y la fijó en aquellos ojos invertidos que la escrutaban con tanta intensidad.

Talor desplazó la mano hasta su mejilla y le acarició con el pulgar el puente de la nariz, cerca de los ojos. En ellos había incertidumbre, temor. Acunándole ambas mejillas con sus manos, por un momento maldijo los callos que le dejaban las palmas resecas e incapaces de sentir la suavidad de su piel. Perfiló con los dedos una de las cicatrices que marcaba su rostro, una fina línea que recorría su mandíbula desde la oreja hasta el cuello, y pegó su frente con la de ella. En ningún momento dejaron de mirarse a los ojos. Este sería uno de los pocos momentos vulnerables que podrían permitirse juntos, en los que ella dejaría que aquellos ojos que parecían brillar como estrellas en el firmamento mostraran realmente lo que sentía por dentro, y Talor no podía permitirse desaprovecharlos.

—Ellos no son nada. Terminaré con esto en un abrir y cerrar de ojos y entonces…—se acercó a su oído mientras deslizaba las manos por sus brazos hasta entrelazar sus dedos y pegar sus cuerpos—… solo seremos tú y yo contra el mundo.

Diora bajó la mirada a sus labios y, en un arranque de valentía, se alzó de puntillas para cubrir los centímetros que los separaban y juntarlos con los suyos. Fue apenas un roce, y terminó tan rápido como comenzó, pero pudo sentir por un momento a Talor atragantarse con su propia saliva y mover la nariz en un intento de esconder su estupor.

—Entonces gana —*Y vuelve conmigo.*

—Eso tenlo por seguro, guerrera. En cuanto esto termine, hasta un sordo sabrá que eres mía —Con una última caricia en la mejilla se alejó de ella para entrar a la pista del Coliseo.

Dándole la espalda, y a unos meros pasos de adentrarse en la pista de tierra, Talor se detuvo para mirarla sobre su hombro, recorriéndola con la mirada hasta que sus ojos se posaron en la estola de piel que llevaba sobre sus hombros. Diora frotó el broche de plata con sus iniciales grabadas y le sostuvo la mirada.

Talor cruzó el umbral del túnel y su pueblo lo recibió con cientos de miles de rugidos de respeto y emoción.

La lucha estaba por comenzar.

***

Diora había llegado al Coliseo hacía menos de veinte minutos, aún sin entender la sensación en el estómago que la empujaba a

encontrarse con el príncipe, y antes de poder introducirse en los pasajes que conducían a la enfermería y a la pista de combate se había encontrado con la única persona a la que no le apetecía ver en aquel momento.

—Para cuando te arrepientas será demasiado tarde.

Diora retuvo un suspiro de pesadez.

—Bázil, ya te lo he dicho, no voy a casarme contigo.

—Ni siquiera me has dado la oportunidad de demostrarte que soy un buen partido. Tal vez no pueda darte un reino, pero sí puedo asegurarte que ninguno de nuestros hijos morirá a mis manos —Bázil le puso una mano en el hombro e intentó hacer que lo mirase, pero Diora se sacudió de su agarre y continuó su camino. En otro momento la conversación habría acabado en una discusión a gritos y un posible intercambio de golpes, para luego al día siguiente fingir que nada había ocurrido, pero aquel día, y en aquel momento, no era capaz de encontrar una onza de su ser a la que le importase. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y la extraña sensación en la boca del estómago aún no había desaparecido.

—No es tan difícil de entender, Bázil. No es no. No hay más que hablar.

—¿Qué demonios tiene él que no tenga yo? Sé muy bien que no se trata de su título, nunca lo ha sido. Así que dime, ¿por qué él y no yo?

Diora era consciente de que no tenía por qué contestar. No soportaba que le diesen órdenes, y ella era la Líder del escuadrón, él era solo su subordinado, no tenía poder para exigirle nada, menos aún algo tan personal y privado como lo era la elección de una pareja. Pero le conocía desde hacía más de un siglo y sabía perfectamente que, hasta que no obtuviera una respuesta lo suficientemente satisfactoria, no dejaría de insistir. Teniendo en cuenta con quién pensaba prometerse, lo mejor era dejar zanjado el asunto lo antes posible.

—Porque tú no eres él —lo dijo mirándole a los ojos, clavándole la mirada como si de sus puñales se tratase, bajando el tono de voz para demostrar que esa era la respuesta definitiva y que no había más razones.

La mirada iracunda de Bázil perdió fuerza y acabó por transformarse en una de forzada aceptación. Eso era todo. Tantos años de cortejo rechazado para que ella acabase por elegir al príncipe que acabaría por llevarla a la locura, y lo peor de todo: ella no se daba cuenta. O no quería verlo.

Después de aquella incómoda conversación, Bázil desapareció por donde vino y ella se internó en los pasillos del Coliseo para buscar al príncipe. *Un príncipe que en menos de tres días te pedirá matrimonio*. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza y se instaló en su estómago,

empeorando aún más la incómoda sensación que la obligaba a seguir caminando.

Apenas unos minutos más tarde, después de haber recorrido los pasillos de piedra que se extendían bajo las gradas como una madriguera de dinmen, Diora salió a un cruce de caminos.

El túnel de la izquierda olía a alcohol y sangre.

El de la derecha olía a Talor.

***

Sin darse cuenta había cruzado los pasillos internos hasta llegar a unas escaleras de granito y mármol negro que llevaban a las gradas. Estas tenían capacidad suficiente como para albergar al Hemisferio Este al completo y, aun así, parecía pequeño ante la enorme cantidad de azores que desfilaban para ocupar sus asientos.

—Te estábamos esperando —Olvett señaló con un gesto de la mano el asiento vacío junto a ella.

—Tenía cosas que hacer.

—¿Qué clase de cosas? —Cattrina, sentada en el extremo derecho, intentó asomarse por delante de Rina para interrogar a su Líder de escuadrón, pero fue sentada de nuevo en su sitio de un empujón en el pecho.

—Como si fuera a contároslo.

Se encontraban en las filas situadas hacia la mitad de las gradas, lo suficientemente altas como para ver la pista entera, pero lo bastante bajas como para poder apreciar hasta el más mínimo detalle.

Cuando cada asiento disponible fue ocupado por un azor, las cortinas del palco real fueron descorridas por dos guardias. En su interior, acomodados en dos suntuosos tronos de oro y cuero blanco, se encontraban los Reyes. Venaria llevaba un hermoso traje de combate color lila con parches metálicos; el pelo largo y liso recogido en tres voluminosas trenzas. Ereder llevaba su traje de combate real de color marrón y su capa blanca y anaranjada.

El semblante de ambos era estoico, imponente… lo único que los diferenciaba era la sombra de amargura que cubría la mirada de la Reina, que parecía aumentar a cada segundo que transcurría.

Eso solo significaba una cosa.

—Ha llegado la hora —El Rey se aproximó a la baranda de piedra del palco para hacerse oír, a pesar de que su ronca y profunda voz rebotaba en las paredes del edificio sin dificultad alguna—. Hoy mis hijos lucharán por el derecho que les corresponde desde su nacimiento y demostrarán cuál de ellos es merecedor de hacerse llamar mi Heredero. *Sob-ie qiten-i o*.

Con un estruendoso crujido, las puestas que daban a la pista se

cerraron, dejando atrapados en su interior a los catorce príncipes aspirantes a Heredero del trono de Àzar. De aquellos catorce que habían entrado, sólo uno de ellos saldría con vida.

Diora le rogó a Eissha que ese fuera Talor.

CAPÍTULO 11

El silencio se extendió por las gradas del edificio como las redes de un pescador, atrapando y asfixiando entre ellas a los espectadores, sumiéndolos en un profundo silencio. La tensión los mantenía rígidos, con los músculos contraídos y la respiración atascada en la garganta, a la espera de que comenzara el espectáculo.

Entre el público Diora miraba la pista con ojos fríos y la mente trabajando sin descanso, observando a los catorce príncipes en ella que aún no se habían movido.

De sus labios salió un susurro que hizo que las integrantes de su escuadrón, sentadas a su lado, apretaran los puños:

—Que empiece el juego.

Como si la hubieran escuchado, los príncipes desenvainaron las garras y enseñaron los colmillos mientras hacían aquello para lo que habían sido entrenados desde su nacimiento: matarse entre ellos.

No les importó quién fuese, mayor o menor, simplemente saltaron sobre el que tenían más cerca con la única intención de acabar pronto con su sufrimiento e ir a por el siguiente. Los rugidos, gruñidos y golpes rebotaron en las paredes de piedra, y la desesperación en ellos no hizo sino agitar a las multitudes. El público admiraba con cinismo y expectación cada uno de los enfrentamientos como si no hubiesen visto nunca nada igual. El éxtasis del resultado los mantenía encorvados en sus asientos, preparados para levantarse a rugir por el ganador como las marionetas de un titiritero.

Sin embargo, el espectáculo principal allí era Talor.

Dos de sus hermanos se habían aliado en su contra, probablemente con la intención de librarse de él para luego matarse entre ellos.

Itan, el quinto, junto con Suten, el tercero, desenvainaron sus garras y se prepararon para el impacto después de saltar sobre su hermano menor, no solo para matarlo a él, sino también para alejarse del resto. La estrategia era simple: alejarlos, acorralarlos y matarlos; pero no sencilla. Todos habían sido entrenados por instructores distintos para asegurarse de que ninguno de los príncipes tuviera ventaja sobre el resto, de que ninguno era favorecido sobre los demás.

Talor estaba a punto de demostrar lo inútiles que habían sido esos esfuerzos.

No esperó a que ellos llegaran, él fue a buscarlos.

Itan lo alcanzó antes; con las garras por delante y un gran impulso. Talor se lanzó contra él esquivando las zarpas y consiguiendo

derribarlo contra el albero para luego hundirle la nuez de un puñetazo. Suten saltó sobre su espalda para intentar agarrarle la cabeza o partirle el cuello, pero el príncipe le apartó las manos y mordió, arrancando un par de dedos y un chillido agonizante. Mientras, Itan intentó quitárselo de encima clavándole las garras en el esternón mientras boqueaba en busca de aire.

Suten apartó las manos e intentó rodear el cuello de Talor con los brazos, desesperado por quitárselo a Itan de encima y que este asestase el golpe final. Talor echó la cabeza hacia atrás, dándole un cabezazo al tercero de los hermanos y lanzándolo sobre su cabeza. Ìnâr, el decimotercero, atrapó en el aire a Suten y de un salvaje rodillazo le partió la columna vertebral. Soltó el cadáver con sorprendente delicadeza para acercarse a los otros dos hermanos.

Cansado de los estúpidos forcejeos de Itan, Talor lo agarró del cuello y le arrancó la nuez, arrojando el trozo de carne con desprecio e incorporándose, dejando atrás el moribundo cuerpo de su hermano mayor, que acabó por ahogarse en su propia sangre.

Limpiándose la barbilla se lamió con cuidado los dedos cubiertos de sangre, y tuvo que retener un gemido de placer que quiso escaparse de su garganta. Hacía rato que había empezado a salivar, pero el olor de la sangre de sus hermanos no había hecho sino empeorar las cosas.

Tengo hambre.

Por el rabillo del ojo se percató de que, de los catorce, ya solo quedaban diez. En el palco real, el rostro de la reina adquiría matices pálidos y enfermizos por momentos.

—Hazlo por ella, Talor. Acaba cuanto antes por madre —De entre todos los hermanos, Ìnâr era al que más iba a echar de menos.

Ìnâr había aceptado hacía décadas su destino y se había encargado de emparejarse con antelación y de dejar encinta a su compañera para que su legado sobreviviese. Después de allanarle el camino a Talor, ya no habría por qué seguir luchando.

—Solo por ella —se miraron a los ojos, idénticos debido a su origen común, para luego dirigirlos brevemente a la mujer que los había traído al mundo—. Seré rápido, lo prometo.

—Sé que lo serás —Le dio la espalda, vigilando que el resto estuviera demasiado entretenido como para notar su conversación—. Solo te pido que cuides de ellos, desde allí yo no podré hacerlo, y quiero que mi cría conozca mi nombre.

—Lo prometo —Para cuando la última sílaba abandonó sus labios, Talor ya había agarrado con una mano los brazos de su hermano para, de una patada que le dislocó la cadera, sacarlos de sus cuencas y rematarlo al arrancarle la mandíbula de cuajo.

Ìnâr no tuvo tiempo de sentir dolor, fue una muerte rápida y discreta. Nadie se percató del significativo intercambio entre ambos

hermanos, ni de la momentánea mueca de dolor y angustia que ensombreció la mirada de Talor cuando el lazo entre ambos se rompió. Cuando aquella sensación de complementariedad con su hermano mellizo terminó por desvanecerse.

—Hasta más ver, hermano.

***

—Por lo que se ve, ya solo quedan cuatro.

—Qué observadora —sus ojos diamante refulgían al sol del mediodía con un brillo opaco, casi apagado.

Aunque una parte de ella era indiferente a las muertes recibidas con rugidos de emoción, otra le creaba un extraño malestar en la boca del estómago que la hacía inquietarse cada vez que alguno de los príncipes ponía en un aprieto a Talor. Pronto se encontró deseando que el príncipe acabase con los que aún quedaban en pie y saliera de la zona de peligro.

Sus compañeras debieron notar su inquietud, porque apartaron por un momento la mirada de los combates para fijarla en ella.

—En apenas cinco horas han muerto diez, van a buen ritmo, incluso rápido. En una o dos horas, tal vez menos, tendrás a tu bombón de dos metros para ti solita —Cattrina le regaló una sonrisa pícara y le dio un codazo en el costado.

—Parece que alguien ha perdido las ganas de vivir, ¿no, Cattrina?

—Tú a callar, Olvett, sabes que tengo razón —Cattrina se sacudió el pelo lila con un movimiento de muñeca y la apuntó con el dedo índice de forma acusadora. Sentada en el extremo contrario tuvo que asomarse por delante Diora para ver a la de cabello color añil, que la miraba por encima del hombro con desinterés. Rina tuvo que tirarle de la trenza para evitar que Diora le estampara la cara en el suelo.

—Si seguís así la cifra ascenderá de trece a quince —Rina le dio un último tirón de pelo a Cattrina y esta, frotándose la cabeza con el ceño fruncido, volvió a sentarse derecha.

—Silencio, imbéciles. Os recuerdo que esto aún no ha acabado —Diora entrecerró los ojos y se cruzó de brazos—. Más le vale no morir, hay mucho que hablar todavía.

Olvett desvió la mirada del combate para mirarla con detenimiento. Se podían apreciar un par de gotas de sudor comenzar a formarse en la frente y el cuello, así como la tensión que la mantenía recta como un tablón de madera. La estola de piel clara que llevaba sobre los hombros no hacía sino atraer el calor del medio día, pero ni Olvett ni sus otras dos compañeras dirían nada al respecto.

Reconocían un regalo de cortejo cuando lo veían.

***

Con un certero movimiento de muñeca desencajó el brazo izquierdo del onceavo de sus hermanos, Sodhan, para seguir despedazando a mordiscos la pierna de este, que ahora era un grotesco cúmulo de sangre, músculo y hueso astillado. Con un par de espasmos y un intento fallido de sacarle los ojos con las tres escasas garras que le quedaban en la mano, Sodhan calló inerte, con el brazo izquierdo colgando de forma antinatural y la pierna derecha pendiendo de un hilo de tendón y músculo sangrante.

Talor se incorporó, limpiándose el sudor mezclado con sangre de la frente, mientras intentaba controlar su respiración. Ya habían pasado siete horas desde el comienzo de la matanza y las tres últimas habían sido las más difíciles. Los pocos que quedaban habían puesto toda la resistencia posible, y aquellos que habían aceptado su final lo habían dado todo para cansarle y conseguir que alguno de los que quedase con vida le arrancara algún órgano vital de un mordisco.

Saltaba a la vista que no había funcionado.

Solo uno más, uno más y podrás volver con ella. Así que mátalo.

Y entonces sus peculiares ojos negros se encontraron con aquellos ojos diamante que tanto le enloquecían.

Ella lo miraba con su típica expresión de seriedad, cruzada de brazos y de piernas en el centro de las gradas. *Para verte a ti*, se dijo, y su casi imperceptible gesto con los ojos terminó de confirmar sus sospechas: para vigilarlos a ellos.

Nada más girarse captó un extraño reflejo proveniente de los antebrazos de su último adversario. Volvió la vista a Diora y esta asintió con disimulo.

Rosseler llevaba armas.

***

Por mucho que le alegrase haber tenido razón, la presencia de armas en el Alènac era un asunto extremadamente preocupante. Había sospechado que alguno de los trece haría algo parecido, sobre todo porque a su instinto de supervivencia parecía no importarle el honor y el orgullo. Talor estaba cansado y herido y había bañado con su sangre una gran parte de la tierra que pisaban, por lo que si había algún momento para hacer uso de un as en la manga, era aquel. Con suerte estaría lo bastante lúcido como para defenderse de un último rival. Además, Rosseler estaba igual o peor que él.

—¿Por qué no dice nada? Romper las reglas le da vía libre para ejecutarlo sin que el lerdo oponga resistencia —Tanto Rina como las demás captaron el intercambio de miradas entre la extraña pareja.

Diora tenía razón, había armas de por medio en la pelea.

—Rina tiene razón, todo acabaría en cinco minutos si dejara ese estúpido orgullo de lado.

—Os equivocáis las dos —Olvett se acomodó en su asiento, con los brazos cruzados y los ojos fijos en el frente.

—Si Talor lo delata no se fijarán en que Rosseler haya hecho trampas, sino en que ha elegido la vía fácil para ganar. Lo tomarán como una muestra de debilidad y los ejecutarán a los dos; al final la reina tendrá que dar a luz a un hijo único al que coronarán inmediatamente como Heredero.

—En resumen, que las reglas están de adorno.

—Gracias por la aclaración, Catt. Recemos a Eissha para que Talor esté menos machacado de lo que parece. No quiero ni imaginarme lo que sería soportar a Diora si su maridito se le muriese.

Rina retuvo un chillido cuando una mano le tiró del pelo con saña.

***

Una costilla rota, un par de dedos partidos y más de una docena de mordiscos y zarpados. Los primeros se habían llevado carne de por medio, eso seguro. Probablemente contaría con más heridas, pero estas debían de haberse cerrado. Él, por el contrario, se sentía el cráneo lleno de helio, así que el golpe que le había dado Tamur, el séptimo, en la cabeza contra el suelo iba a tardar en curarse más de lo previsto. *Culpa del cansancio*, se dijo. Se notaba las costillas doloridas pero en su sitio, las marcas de garras en su pecho se habían cerrado y el creciente escozor en su gemelo derecho indicaba que el mordisco de Halor estaba cicatrizando. Aun así sabía que el dolor de cabeza sería un gran impedimento a la hora de luchar, porque los movimientos bruscos le nublaban la vista y de vez en cuando le pitaban los oídos.

El hambre era cada vez más intenso.

Tragó con dificultad al tener la lengua pastosa e intentó ignorar la rigidez de su columna, que le pedía a gritos un descanso y un buen trozo de carne tibia, para centrarse en el único hermano que le quedaba, que se acercaba poco a poco intentando disimular el tambaleo provocado por sus múltiples heridas. Hacía más o menos una hora que lo había visto curarse, cerrando heridas abiertas y reparando huesos rotos, cosa que no había servido de mucho teniendo en cuenta que Halor había usado sus últimas fuerzas para destrozarle a mordiscos antes de caer.

No podría volver a hacerlo hasta haber comido y descansado un par de horas, puede que incluso días, por lo que tendría que ingeniárselas en ese estado tan deplorable para luchar. *Solo hay que esperar al momento oportuno.*

—Creí que tenías más honor, Ross. Ya veo que estaba equivocado.

—El honor no sirve de nada si no estás vivo, *Aken*. Considéralo un pequeño favor, te cortaré el cuello antes de que puedas darte cuenta —Se frotó disimuladamente el antebrazo izquierdo—. Una muerte rápida e indolora, *hermano*.

—Una pena que yo no sea tan condescendiente.

Rosseler rugió con los ojos inyectados en sangre y saltó.

El impacto los tiró a ambos al suelo, haciéndolos rodar por la arena mientras lanzaban dentelladas y golpes al aire con la esperanza de que alguno diese en el blanco. Un puñetazo en las costillas y un mordisco en la mano, que estuvo a punto de arrancarle varios dedos, fueron detonante suficiente para que Rosseler usase sus cuchillas. Con un movimiento seco y disimulado de su brazo, una de las hojas se desenvainó lo suficiente como para hacer un largo corte en el pecho de Talor, demasiado ocupado evitando mordiscos y pisotones como para esquivarla.

Nada más sentir el escozor de la cuchilla abrirle la piel, el príncipe soltó un alarido de dolor y apartó el brazo de su hermano de un manotazo para alejarse entre tropiezos. La sangre comenzó a salir a borbotones de la herida y con cada movimiento brusco el corte se hacía más grande.

Rosseler desenvainó la otra cuchilla y, mientras intentaba controlar su agitada respiración, intentó erguirse y mantener a raya el temblor de sus rodillas, resentidas por las patadas recibidas durante las últimas seis horas y media de pelea. No podía permitir que el combate se alargara y darle tiempo a Talor de recuperarse; los últimos resquicios de energía que le quedaban se le estaban escapando entre los dedos.

Ambos aspirantes a Heredero dejaron escapar un último rugido, recibiendo una ovación que hizo temblar el Coliseo en sus cimientos, y se lanzaron a la yugular del contrario.

Cada puñetazo, patada, zarpazo o mordisco lo recibieron con ira y cansancio, demasiado desesperados por hacer tropezar al otro como para preocuparse de esquivar los golpes; lo único que tenía cabida era atacar y resistir hasta que el otro dejara de moverse. En un intento desesperado por detener las manos que intentaban sacarle los ojos, Rosseler se lanzó hacia el frente desviando los brazos de Talor y pegándose a su pecho con la esperanza de alcanzar su cuello. Aquello fue suficiente.

Te tengo, bastardo. Talor echó la cabeza hacia atrás y la bajó con fuerza suficiente como para partirle la ceja, tirándolo al suelo para marcar distancia entre ellos. Se le erizó el cabello, le crecieron los colmillos y sus ojos adquirieron un brillo sombrío y salvaje. Los cortes comenzaron a cerrarse, los moretones desaparecieron y la presión en su cabeza disminuyó hasta permitirle moverla sin marease.

Rosseler ya no tenía nada que hacer.

—Saluda a nuestros hermanos de mi parte.

Apenas dos segundos más tarde, el cuerpo del mayor de los príncipes caía como plomo sobre el albero, con un enorme agujero en el pecho que había destrozado costillas y músculos hasta alcanzar su objetivo: el latiente y sangrante corazón que descansaba en la palma de Talor.

Una ola de silencio asoló las gradas del Coliseo.

Talor había ganado.

Dio un mordisco al órgano en su mano, mirando con expresión estoica a sus progenitores en el palco real, lo lanzó junto a su propietario, y se limpió las comisuras de la boca mientras se giraba hacia las gradas a su espalda.

—Te escojo a ti, Diora Adara-Saford, como legítima Ketanic.

El hambre había desaparecido.

CAPÍTULO 12

Las palabras llegaron a sus oídos, rebotando en su cabeza y silenciando a la gente a su alrededor. Se le secó la garganta, empezaron a sudarle las manos y creyó sentir cómo se le revolvían las tripas. Intento convencerse de que había escuchado mal, de que en realidad su cabeza le estaba jugando malas pasadas y que la voz que había roto el silencio en el Coliseo había sido fruto de su imaginación. Ella, por desgracia, nunca había tenido tanta suerte. Sintió cómo se le taponaban los oídos y la voz de sus compañeras, que le pedían que se pusiera en pie, pasó a segundo plano.

Ahora lo único que podía oír eran los rugidos y gritos del público, que aclamaban al joven y nuevo Heredero al trono de Àzar, que se erguía orgulloso en el centro de la Arena de combate, cubierto de sangre, sudor y tierra, pero vivo y sonriente. Esa sonrisilla de superioridad y orgullo que tanto solía hipnotizarla no hizo más que ensancharse en cuanto vio su reacción. Aún no se había puesto en pie y podía sentir el poco color que cubría sus mejillas empalidecer aún más.

Ahora ambos recibían la atención de todo el Hemisferio, que había dejado de gritar para ponerse a cuchichear sobre la inesperada Ak-Suben del príncipe y sobre la muchacha elegida, que aún no se había pronunciado.

Tenía que hacerlo ahora, tenía que levantarse y afrontar los hechos, porque su familia, sus compañeros estaban ahí, esperando por ella.

Y no solo había cientos de miles de ojos perforándolos con la mirada, sino también el dedo acusador de aquel estúpido príncipe que la había señalado, pronunciando aquellas endemoniadas palabras cuando no tocaba.

—Te escojo a ti, Diora Adara-Saford, como legítima ketanic.

Talor, eres príncipe muerto.

***

La vio levantarse de su asiento, ignorar las miradas expectantes del público y dirigirse con la cabeza alta y los hombros cuadrados hacia la valla que separaba las gradas de una caída de seis metros hasta la pista. Sintió que se le atoraba la respiración cuando saltó la baranda y

vio cómo se le marcaban los abdominales, y de nuevo dejó que las hormonas se le descontrolasen ante el pensamiento de que aquella mujer, letal como el filo de una espada, lo estaba escogiendo a él.

Ahora avanzaba a paso firme hacia él, que seguía en el centro de la Arena esperándola con una estúpida sonrisa victoriosa que dejaba entrever la sangre que aún le manchaba los dientes. Pasándose la lengua por los colmillos y frotándose la barbilla con los dedos intentó adecentarse; no quería que la sangre de ninguno de sus hermanos, y menos aún la de Rosseler, se interpusiera entre ellos.

Ese momento le pertenecía únicamente a ambos.

Antes de poder asimilarlo, Diora ya estaba plantada frente a él, mirándole fijamente a sus peculiares pupilas blancas. Tocó la estola que llevaba sobre sus hombros, sintiendo la suave piel entre sus dedos en un intento de apaciguar los nervios que la recorrían de pies a cabeza como si algo los estuviera persiguiendo. Aquella mañana había tomado la decisión de llevarla en público en un arranque de valentía, de quitarse los vendajes sucios de un tirón y aceptar su destino con la cabeza bien alta y el porte erguido y orgulloso. Y durante un par de horas lo había conseguido; había hecho frente al príncipe y dejado que la piel sobre sus hombros, un regalo de cortejo que llevaba años cogiendo polvo en su armario, hablara por ellos. Ella había aceptado los avances del príncipe y, por consiguiente, aceptado una propuesta de matrimonio.

Sin embargo, en su cabeza, Talor y ella se habrían reunido a solas después del Alènac, cuando el príncipe se hubiera recuperado del todo, y habrían hablado largo y tendido sobre su futuro juntos antes de que se celebrara la Ak-Suben. Se suponía que habrían tenido más tiempo.

Los nervios eran tan intensos que por un momento temió haber contraído parásitos, pues podía sentir las manos temblarle a los costados y la respiración acelerársele en el pecho, como si sus pulmones hubieran olvidado cómo funcionar. Talor, en silencio y frente a ella, no estaba en mejores condiciones: el dolor de cabeza se había vuelto aún más intenso, palpitándole en las sienes, empezaron a sudarle las manos y su pie izquierdo amenazaba con comenzar a golpear arrítmicamente el suelo para expresar su expectación.

Para la sorpresa de ambos, fue ella la que dio el primer paso.

Con una mano temblorosa acarició el pecho del príncipe, justo sobre su corazón, sobre lo que quedaba de traje. Le latía rápido, frenético incluso. Quiso darse el gusto de pensar que era por ella y no por los cientos de miles de personas que los miraban, a la espera de que terminasen el ritual de emparejamiento. A la espera de la nueva Ketanic.

Talor cubrió cubrió su mano y posó la otra sobre el corazón de la

joven, regalándole una brillante sonrisa de colmillos blancos, ahora limpios y faltos de sangre.

Pareció ensayado; con una compenetración envidiable ambos azores permitieron que sus colmillos centellearan en busca de sangre, echaron la cabeza hacia atrás, y los hundieron en el cuerpo del otro.

Diora decidió hacerlo en el cuello, justo donde la garganta y el esternón se unían. Quería que la cicatriz fuera visible, herir un poco el ego del Heredero y marcarlo como si fuera ganado.

Talor, por el contrario, apartó la blusa del pecho de la azor para hincar los dientes en la tierna zona que ocultaba su latiente corazón, provocando un gemido de dolor que fue ahogado en la carne ajena al dañar de forma tan salvaje su pecho izquierdo. Como disculpa por su salvajismo dio un beso disimulado a la zona afectada, pero el daño ya estaba hecho.

Ambos miraron sus respectivas marcas aún sangrantes. Talor no podía estar más contento: su hermosa pareja lo había marcado en una zona visible para todos, declarando así que el Heredero solo le pertenecía a ella y a nadie más. Él, sin embargo, había decidido dejar claro con su marca que el corazón de Diora era solo para él, y que seguiría siéndolo hasta que ambos pasaran a ser un con la tierra por la que algún día habían caminado.

Ahora se pertenecerían para el resto de sus días.

El público rugió de júbilo.

CAPÍTULO 13

El nuevo Heredero despidió a todo el mundo con un gesto de la mano y dirigió su mirada hacia el palco real, donde el Rey trataba de levantar a su esposa lo más gentilmente posible mientras esta fijaba su petrificado rostro en los restos de lo que antes habían sido sus hijos.

A Diora le recorrió la columna un desagradable escalofrío. Solo con pensar que esa podría ser ella le entraban ganas de coger un puñal y cortarse el trozo de carne marcada, pero ya era tarde. Talor y ella se acababan de prometer en matrimonio y, por mucho que los nervios amenazaran con robarle la fuerza a sus rodillas, podía sentir una extraña pasividad arrastrarse sobre sus hombros en un torpe intento de consuelo. La espera ya había terminado, se dijo. *Ya está hecho.*

Sintió una mano cerrarse en torno a la suya y darle un apretón. Con esa sonrisa que tanto le gustaba —cosa que nunca admitiría—, Talor la miraba con un nuevo brillo en los ojos, como si ella se hubiera quitado un velo que ahora le permitía verla con claridad, y tan intensa era su mirada que Diora sintió calentarse sus mejillas.

Abrió la boca con intención de romper el silencio, desesperada por evitar que el calor se le extendiese por toda la cara y darle a su ahora prometido más motivos para reírse de ella en un futuro, cuando el Heredero le agarró las mejillas con su mano libre y le plantó un sonoro beso en los labios.

En público.

Talor corrió.

Salió como alma que lleva un Sibalek del Coliseo mientras su ahora futura esposa le pisaba los talones, con la cara tan roja como su cabello, ya fuera por la vergüenza o por la indignación, y con un guiño picaresco se adentró en las calles que llevaban al Sector Dos. Corrió como si la mismísima muerte le estuviera persiguiendo, incluso saltó un par de transeúntes que se le cruzaron, recibiendo miradas de reproche o de diversión. En cierta ocasión, le pareció ver a Diora correr a cuatro patas para ganarle terreno. El estrés de la repentina Ak-Suben había desaparecido.

Cuando llegaron a la Plaza Central del Sector Talor usó los puestos ambulantes de los habitantes de la Tercera Ciudad Capital para intentar retrasarla; saltando sobre ellos como si fueran dinmens en campo abierto. Con el viento en la cara y la adrenalina de la persecución el Heredero soltó una carcajada al aire. Se sentía vivo, eufórico, *feliz*, como si un peso que no era consciente de cargar

hubiera desaparecido de sus hombros y ahora fuera capaz de estirar los músculos y respirar libremente. Puede que fuera porque el Alènac ya había acabado, porque la amenaza de muerte que se había cernido sobre su cabeza desde antes de nacer había caído y, por fin, había conseguido demostrar que él era digno de ser el próximo Rey. Puede, también, que se debiera a que la mujer de la que había estado prendado desde que tenía uso de razón le había aceptado como su pareja, a pesar de todas las consecuencias que eso conllevaba. Talor era un hombre avaricioso; tal vez se debiera a las dos cosas.

Después de casi veinte minutos de carrera en la que se lanzaron al suelo como niños, dándose manotazos con las garras retraídas y llenándose la ropa de arena, consiguieron llegar al portón de la muralla de Palacio. Gritándole a todo pulmón a los guardias que la custodiaban que abriesen las puertas, Talor se giró para comprobar que su prometida seguía a sus espaldas, con los rizos revueltos y una sonrisa hambrienta y malvada en la cara. Los guardias siguieron sus órdenes, abriendo el enorme portón de hierro blindado a empujones entre cuatro hombres hasta que la apertura fue suficiente como para que su príncipe y su perseguidora cupieran por ella. También abrieron las puertas del palacio, apartándose a tiempo para que el príncipe atravesara el patio delantero como una exhalación y saltara los escalones de la entrada de tres en tres. Diora, apenas unos metros detrás de él, podía sentir la adrenalina recorrerla de pies a cabeza. Podía sentir recuerdos de su niñez asaltarle la mente; de cuando ella y Talor eran pequeños y corrían libremente por los patios de Palacio, persiguiéndose entre ellos, derribando a todo adulto que se cruzara en su camino y arañando las paredes y las rocas del suelo para afilarse las garras.

Lo siguió a través de la entrada del palacio, donde casi arrollaron a una guardia camino a las cocinas, y dieron un rodeo por el ala oeste. Subieron unas enormes escaleras de caracol, intentando contener la risa, y trataron de no estamparse con alguna de las columnas cuando a Talor se le ocurrió cruzarse entre dos de ellas para intentar retrasarla y obtener ventaja. Diora estaba segura de que, en alguna de esas columnas, aún había una grieta de cuando Talor y ella empujaron a una de las guardias que había intentado separarlos en medio de una pelea cuando niños.

Cruzaron un par de pasillos donde los criados tuvieron que apartarse a tropiezos para evitar ser embestidos y, por fin, Talor divisó sus aposentos.

Para su suerte la puerta estaba abierta, señal de que un limpiador estaba adecentando su alcoba, así que entró de un salto y estampó la puerta en la pared. Diora entró tras él y no esperó para lanzársele y placarlo contra el suelo cubierto de moqueta de piel, rodando y

gruñendo como animales mientras el criado intentaba salir de la estancia sin sufrir daños colaterales.

—¡Cierre la puerta, rápido! —Un puñetazo directo a la mandíbula lo azuzó a levantarse e intentar inmovilizar a su agresora, que le había clavado las garras en los hombros e intentaba morderle la cara. Sacudiendo los brazos en un intento de recobrar el equilibrio, Talor agarró a Diora de las mejillas y le dio otro beso en los labios.

Podía sentir la adrenalina que hasta entonces los había impulsado comenzar a desaparecer, dando paso al agotamiento. Entre suspiros y con los párpados pesados Talor enterró los dedos en aquellos rizos interminables y pegó su frente a la de su prometida, que jadeaba en busca de aire igual que él. Aun cuando Diora volvió a abrir los ojos para clavarlos en los suyos, ambos permanecieron en silencio, mirándose fijamente como si temieran que, de moverse, la calma en la que estaban sumergidos fuera a desaparecer.

Talor sabía que podría haber hecho mejor las cosas. Podría haber esperado un par de días, a recuperarse, y entonces celebrar una Ak-Suben como dictaba la tradición, con todos los pretendientes en edad de contraer matrimonio reunidos en los jardines de Palacio y, entonces, declararse a ella. Así era como se había hecho durante generaciones, como sus padres lo habían hecho.

Podría haberles ahorrado a ambos el estrés, y tal vez incluso haberle otorgado a Diora un par de días más para meditar si realmente estaba preparada para unirse a él o no, pero en el fondo no se arrepentía.

El príncipe llevaba planeando su cortejo desde hacía un par de años, cuando se dio cuenta de que la única a la que podía imaginarse reinando a su lado era a su adorada guerrera de ojos tan brillantes que podía pasarse horas admirando. Había memorizado cada gesto —la forma en la que movía las orejas cuando algo le llamaba la atención, como flexionaba los dedos de los pies ante cualquier amenaza de conflicto, la manera en la que se le arrugaban la frente y la barbilla al intentar retener una sonrisa cuando él o alguna de sus amigas decía algo divertido—, cada gusto y disgusto; había modificado su horario para poder ir a verla cada semana —y para demostrar frente a todos los posibles interesados que nunca estarían a su altura— y le había llevado tantas pieles y trofeos de caza como había podido.

Y cuando por fin, durante el Alènac, la había visto llevar una de sus pieles de estola, supo que sus trece años de esfuerzos habían funcionado: Diora había aceptado su cortejo y, por consiguiente, aceptaba convertirse en su esposa.

Puede que fuera la euforia que lo había embargado al verla en los túneles del Coliseo, con aquella estola de piel clara que tanto hacía resaltar su piel, la que lo había empujado a pedirle matrimonio de

forma tan arriesgada; en una pista llena de cadáveres y rodeados de ojos extraños que los escrutaban sin miramientos.

Pero ahora que la tenía junto a él, en la intimidad de sus aposentos, y sin nada ni nadie que se interpusiera entre ellos, podía sentir todas la preocupaciones que en algún momento habían tomado control de sus pensamientos evaporarse y dejar lugar al contento. Guiándola hacia la cama en el fondo de la habitación, y deshaciéndose de los harapos sangrientos que lo cubrían, Talor se tumbó en el mullido colchón y tiró de su mano hasta que Diora se acomodó sobre su pecho; era consciente de la conversación que iban a tener una vez se despertaran, pero por el momento disfrutaría de la tregua que le había concedido su prometida para recuperarse.

Ahora tenían todo el tiempo del mundo.

***

El resonar de unos furiosos pasos sobre el impoluto suelo de metal hizo eco en los pasillos de acero. Su ritmo, acelerado y ansioso, hacía juego con la expresión de furia mal disimulada que adornaba el rostro de Ereder al que, a pesar de ser aún joven, empezaban a notársele los efectos secundarios de cargar con el peso de un reino sobre los hombros.

El suceso del que le habían informado sus guardias no había mejorado las cosas.

Continuó caminando por los interminables corredores del ala sur del palacio: una imitación barata de un laberinto conectada al alcantarillado de las Tres Ciudades Capital, y cuya entrada daba a una puerta de mantenimiento. Era la única forma de asegurarse de que ningún miembro de la familia real se tomase las molestias de investigar en aquellos pasillos.

Aquellas paredes escondían demasiados secretos.

Por fin, y después de veinte minutos de caminata, encontró la puerta que tanto estaba buscando y la única que le daría respuestas.

—Quiero un informe completo ahora —A él no le hacía falta gritar, su voz era lo bastante grave como para que resonara amplificada en aquella habitación llena de monitores, visores y pantallas.

Qué irónica resultaba la falta de eco en aquel momento, porque a todos los presentes les había resonado en los oídos como si tuviese un altavoz pegado a la boca.

Uno de los presentes, o muy valiente o muy estúpido, se atrevió a alzar la voz para contestar. Suerte que había otros tres cuerpos entre él y el Rey.

—Señor, ayer a las tres y diecisiete de la madrugada, tres de nuestros guardias encontraron un cuerpo a escasas calles de una

taberna del Sector Tres, *La Daga de Cristal*.

—Así que es cierto… ¿Qué aspecto presentaba el cuerpo? —Si era lo que se temía, el plan sería puesto en marcha pronto. Se acababa el tiempo.

Uno de los técnicos de pantalla pulsó un par de teclas y abrió una ventana nueva. Lo único que pudieron mostrarle fue lo que antes había sido una cabeza acompañada de un par de huesos.

—Señor… Se lo han comido.

***

Hacía media hora que se habían sentado, apoyados en la cabecera de la cama, con la intención de hablar largo y tendido sobre los cambios que su unión traería consigo. Treinta minutos que habían pasado en absoluto silencio, con los ojos clavados en el frente y los labios firmemente sellados, con la esperanza de que fuera el otro el que diese el primer paso. A Talor lo había abandonado todo rastro de cansancio, y el hambre que antes había sentido había sido reemplazada por una presión en el estómago que le hacía querer doblarse sobre sus rodillas y escupirlo en la cama. Diora, a su lado, estaba tan tensa como una soga, con el vello de los brazos erizado y un temblor notorio en las manos. Ella estaba tan o más nerviosa que él, y por un momento aquello le hizo sentirse culpable. Había ocasiones en las que deseaba haber nacido entre los Llanos; entonces algo tan cotidiano como un cortejo solo traería una larga vida en el campo con un par de niños que traer al mundo, no una promesa de muerte prematura rodeada de sangre y sueños rotos. Decidió que, lo mínimo que le debía a estas alturas, era comenzar la conversación.

—Sé lo que estás pensando.

—Ilumíname.

—Crees que soy un imbécil impaciente que te ha puesto en un compromiso público.

—¿Leer mentes es algo que comparten todos bastardos del Rey, o es algo solo tuyo?

—Para tu información nacimos después de que mi madre y Ereder hicieran oficial su matrimonio, así que de bastardos tenemos lo que tú de morena.

—¿Ahora les defiendes?

—Soy un hombre nuevo, Ora, esto de ser Heredero me lo estoy tomando muy enserio.

—¿Tan enserio que te saltas no sé cuántos milenios de tradición y me pides matrimonio frente a todo el Hemisferio? Y no me llames Ora.

—Creí que te gustaban atrevidos —Enterró su nariz en aquellos interminables rizos verde agua e inspiró hondo. Diora le apartó la cara

de un manotazo, aún sin dirigirle la mirada.

—Aparta, que apestas a muerto —Arrugando la nariz y agitando una mano frente a la misma con cara de asco, Diora le volvió la cara y soltó un chillido impropio de ella cuando Talor le lamió la mano.

Intentó pegarle y apartarse, pero él le agarró los brazos y se lanzó sobre ella, apretándola contra su pecho y mordiéndole la nariz.

—No te escuché quejarte cuando te echaste a dormir conmigo —No se apartó cuando ella le devolvió el mordisco en la barbilla, y en cambio se acomodó sobre ella para poder mirarla a los ojos. Diora dejó aparentar resistirse bajo su peso y dejó que la abrazara mientras le devolvía la mirada.

—¿Tienes idea de la magnitud del sacrificio que acabo de asumir? —Se la notaba tan decaída, tan apática, que Talor tuvo que retener el gimoteo, agudo y lastimero, que intentó salir de su garganta—. Acabas de exterminar a tu propia camada de hermanos y tu madre apenas podía mantenerse en pie —Ella tenía la vista perdida en el techo, con los ojos desprovistos de su brillo usual y la voz apática y sin brío.

—Lo sé —Apoyando la barbilla en su pecho y respirando hondo, Talor desvió la mirada hacia una de las paredes se la habitación—. Para ser sincero, no entiendo cómo ser elegida como Ketanic es considerado un honor. Es una sentencia de muerte —Sintió a Diora tensarse bajo su pecho y le acarició los brazos, aún con la mirada perdida en el frente—. Sé que he adelantado las cosas más de lo esperado, pero ambos sabemos que si realmente quisieras negarte lo habrías hecho, con público delante o sin él. Supongo que una parte de mí quería saber que realmente querías esto; nunca habrías desaprovechado semejante oportunidad para humillarme, después de todo.

Diora desvió la mirada del techo para fijarla en él, y por un segundo ese brillo malvado que tanto la caracterizaba volvió. Talor sonrió divertido y usando los codos para incorporarse se arrastró hasta juntar sus narices.

—Una parte de mí es consciente de que realmente no importa el momento. Hoy o en tres días o una década, el resultado habría sido el mismo —Talor dejó escapar un ronroneo, satisfecho de que su ahora prometida no dudara de su futuro juntos—. Es solo… —Sintió los ojos ardiendo, y Diora trató de convencerse de que era por haber olvidado pestañear y no por el camino que estaba tomando la conversación. Sintió una mano invisible apretarle los intestinos y empezar a retorcerlos, y por un momento se vio a sí misma, arrodillada ante una pista bañada en sangre, rodeada de cadáveres de cabellos rojos y azules; de manos pequeñas y mejillas suaves que la miraban con ojos invertidos vacíos y acusadores. Ojos que la culpaban por haber sido egoísta.

Un tortuoso silencio se extendió sobre la habitación como si de un pesado manto se tratara. Diora comenzaba a sentirse agobiada, asfixiada, como si le hubieran cubierto la cabeza con un paño mojado a la espera de que expirara su último aliento. Talor soltó un suspiro y dejó caer todo su peso sobre ella; por primera vez en sus ciento noventa y siete, casi noventa y ocho, años de vida, había visto a Diora en un estado tan vulnerable. Sin barreras, sin fingir valentía, sin pretender tener el control. Había expuesto aquel recóndito resquicio de debilidad que la carcomía por dentro como un parásito; devorando, destrozando y astillándolo todo por dentro con el único fin de arrasar con su fortaleza y convicción.

A las azores que nacían en un lapso de tiempo cercano o igualitario a un príncipe se las educaba desde pequeñas para que contemplaran lo que, durante milenios, había torturado a las que fueron elegidas: la posibilidad. La posibilidad de ser escogidas como compañeras de los aspirantes; de que el ganador eligiera a una como la indicada… de que Eissha la condenara a dar a luz a una segunda criatura.

Aunque era común que los apareamientos se dieran en la entrada a la pubertad, cuando se declaraba la mayoría de edad sexual, siempre había veces en las que la elección de Ketanic fuese completamente inesperada. Ese, en concreto, había sido el caso de Venaria, la madre de Talor, que con tan solo un siglo y medio fue elegida y coronada como tal sin haber tenido apenas contacto con Ereder, el por entonces mediano de sus siete hermanos.

Si bien era cierto que la elección de Talor se veía venir, nadie se esperaba que fuese en aquel instante y con ausencia de negación; y es que la mayoría de las elegidas solían dar guerra antes de rendirse ante su destino. Pero no. Diora no había luchado. Pero tampoco se había rendido, o por lo menos eso quería pensar ella. Una voz en su cabeza le decía que había hecho bien, que Talor era tan víctima del destino como ella y que luchar contra él no iba a solucionar nada, pero otra, más retorcida y ponzoñosa, le gritaba que había sido débil; que había condenado a toda su prole antes de que existieran sin siquiera mover un dedo al respecto, que había demostrado ante su pueblo que era complaciente y blanda.

—Lo que te dije aquella noche no era broma.

La voz de Talor, calmada y suave, la sacó de sus ensoñaciones y la trajo al presente, donde reconoció las manos de su prometido aferrarse a sus brazos y su mentón apoyarse en su hombro. En algún momento se habían vuelto a sentar en la cama, ahora con Talor a sus espaldas y rodeándola con sus brazos. Podía sentir su respiración y los latidos de su corazón a través de su piel.

—Y ¿qué es lo que me dijiste? —Echó la cabeza hacia atrás, permitiendo que ambos se acomodaran y apoyaran el uno sobre el

otro, compartiendo el peso de la responsabilidad como iguales. Como pareja.

—Que jamás podría odiar —Talor desplazó lentamente sus manos hacia el marcado vientre de la guerrera, dejándolas reposar sobre él— el fruto de nuestra unión.

No volvieron a dirigirse la palabra hasta esa misma noche, donde aún enredados entre las sábanas de su cama, Talor le rogó pasar la noche juntos para *hablar* de los preparativos de la boda.

CAPÍTULO 14

Algo olía mal, y no eran las tripas del bita que sus padres habían traído para alimentarla a ella y sus hermanas. Ya habían pasado un par de días desde que Talor y Diora realizaron el ritual de emparejamiento frente a toda la población y las Tres Capitales esperaban con ansias la boda real que tendría lugar en el patio de Palacio en apenas veinticuatro horas.

La verdad era que incluso ella estaba emocionada, pues no por nada era la mejor amiga de la novia. Olvett y Diora se conocían desde apenas un par de años después de nacer, cuando la de cabello añil apenas aprendía a erguirse y abandonar las caminatas a cuatro patas y su líder se mostraba orgullosa de poder mantener el equilibrio en sus piernecitas regordetas.

Al principio, a decir verdad, se habían llevado como azor y Sibalek, peleándose e intentando sacarse los ojos y arrancarse la lengua a cada segundo que pasaban juntas. Fue con el tiempo que el odio se trasformó en egoísmo, pues Diora detestaba que Olvett peleara con otros niños antes que con ella.

Antes de cumplir los cuarenta años, ambas niñas formaban un dúo infalible, y es que sus dispares personalidades se complementaban a la perfección. Diora era posesiva; no soportaba que tocaran lo que consideraba suyo, y eso incluía a Olvett. También era arisca, así que dependía casi enteramente de su compañera, apenas unos minutos mayor que ella, para entablar conversaciones que no acabaran en pelea.

Olvett, por el contrario, era algo más pasiva; mientras no se cruzaran sus límites, no le importaba que la gente se le acercara o hablara, calmando así los aires asesinos de la menor. Además, su temple solía apaciguar a su compañera, que parecía no soportar al noventa por ciento de los miembros de su especie, incluidos sus hermanos mayores.

También conocía a Talor, y porque lo conocía sabía que algo estaba pasando.

El príncipe y ella, aprendiz de arquitecta, solían mantener largas charlas sobre posibles reformas en el Sector Tres para aumentar la capacidad de almacenamiento para los duros inviernos, así como para mantener la economía a flote y poder subvencionar las expediciones a las islas circundantes, donde mantenían plantaciones de reserva.

Y por esas charlas en las que estudiaban los planos de los Sectores,

sabía que, en aquella calle, faltaba una farola.

No había lugar a dudas de que en aquella esquina, la que daba al cruce que llevaba al centro del Sector Tres, en la zona comercial, faltaba una farola. Lo había comprobado más de una docena de veces, pero allí donde debía de estar el decorativo e inservible objeto de metal no había más que… nada.

Había revisado los planos de cabo a rabo, incluso solicitó la copia de los más recientes, de apenas un par de meses de antigüedad, y la farola estaba ahí. ¿Por qué ahora no? A parte del misterio de la farola desaparecida, había otro que la tenía intrigada. Sabía de una familia cerca de una de las tabernas más concurridas de la zona, *La Daga de Cristal*, donde colgada de una de las paredes reposaba una réplica exacta del arma de la primera Reina de la dinastía Darselar tras las toneladas de granito que formaban el muro; aquella con la que decapitó al último Sibalek visto por su raza en milenios. Su madre solía llevarla allí; decía que aprender a pelear con borrachos era una buena forma desarrollar un buen sentido del equilibrio y afinar sus sentidos ante ataques inesperados, y ese sitio estaba a rebosar de ellos.

Una de las camareras era hermana de una joven de la zona, Ademis, si la memoria no le fallaba. Y a ella no le fallaba nunca, por eso sabía que esa mujer tenía marido; o por lo menos lo había tenido hasta la noche antes del Alènac, justo cuando desapareció el poste de luz decorativo.

Así que allí estaba ella, frente a la puerta de una modesta casa en una de las calles más concurridas de la zona comercial de su Sector, esperando no tener que pelearse con una mujer aparentemente viuda y embarazada. Podía oler al feto a metros a la redonda.

Llamó a la puerta, aunque sabía que Ademis ya la había olido, probablemente comprobando que no se tratara de ninguna posible amenaza para la criatura que se desarrollaba en su vientre.

Comprobando que no era su marido.

—¿Qué haces aquí, niña? —La puerta de metal frente a ella se abrió mostrando a una mujer joven, de no más de trescientos años, con la piel descubierta del abdomen endurecida y ligeramente reseca, prueba de que había un azor formándose en su interior.

Tenía que estar cerca de dar a luz, rondando los cuatro meses y medio de gestación, pues los abdominales se veían exageradamente marcados debido a la tensión ejercida para marcar distancia entre el mundo y el ser que sostenía con el objetivo de protegerlo. La melena rosa con mechones blancos, recogida en una trenza suelta, descansaba en el suelo, entre sus pies, resaltando con su piel negra y sus ojos salmón.

Por un momento sintió pena por la mujer, porque el tono con el que habló dejaba entrever que sabía a lo que venía: a hacer preguntas

y a no dar la respuesta que tanto estaba esperando; dónde estaba su marido.

—Las dos sabemos a lo que vengo, así que creo que lo mejor es pasar dentro —La mujer la miró unos instantes sin expresión alguna, únicamente preguntándose si valía la pena callar o contar.

Finalmente se hizo a un lado, dispuesta a confesar lo que realmente ocurrió aquella noche, lo que *ellos* no le dejaron contar.

Lo que pasó con la farola.

***

No era la melancolía de la Reina, que parecía haberse convertido en un espectro andante sin expresión facial mientras recorría las que habían sido las habitaciones de sus trece hijos mayores, ahora vacías y solitarias, a la espera de ser otorgadas de una nueva utilidad; no era el silencio, pesado y asfixiante, que se había asentado en Palacio ante la repentina Ak-Suben del príncipe; ni siquiera era el silencioso alboroto por los preparativos de la boda del nuevo Heredero al trono y la hija del General.

Era *él*.

Ese estúpido monarca preparado para el arrastre lo tenía de los nervios.

Hacía apenas cinco días, un par de horas después de que Diora y él hablaran sobre los preparativos de la boda: *nada de rituales estúpidos, los presentes de compromiso y ya. Demasiado que llevaré un estúpido vestido representativo.* O, más bien, de que ella lo hablara, vio el primer indicio de que algo no andaba bien.

Su boda se celebraba al día siguiente y todavía no había escogido el presente de compromiso que le entregaría cuando ambos estuvieran frente a Chaira Damasen para celebrar su unión de forma legal, pero es que aquello simplemente lo dejó descolocado y con los nervios alerta.

En sus ciento noventa y siete, casi noventa y ocho, años de vida jamás había visto a ningún miembro de la familia real pisar el ala sur de palacio, la de los criados, y menos aún adentrarse por una puerta de mantenimiento que hacía apenas un par de meses no estaba allí. Y, añadiéndole más leña al fuego, tenía que ser él: el Rey. Su padre.

¿Qué demonios hacía ese ahí?

Llevaba así desde entonces, dándole vueltas al asunto como un poseso, olvidándose de que seguía teniendo que encontrar aquel estúpido presente de compromiso para su prometida y prontamente esposa, esperando que fuese lo bastante original como para que no se lo estampase en la cara nada más verlo; la pedrería estaba más que descartada.

Fue entonces que empezó a darse cuenta de pequeños cambios en el ambiente: las patrullas habían cambiado de horarios sin razón alguna, dejando breves pero peligrosos huecos entre los cambios de posición y los relevos de los guardias. Había intentado que volvieran a los turnos de siempre, pero la única contestación recibida había sido que eran órdenes de *su majestad*. La sala de comunicaciones permanecía bloqueada al paso, cosa que no se había visto desde antes de que él llegara a este mundo, cuando el Consejo aún se alojaba en Palacio. Los criados ahora no se acercaban a aquella puerta de mantenimiento, que permanecía cerrada con llave las veinticuatro horas del día excepto cuando el Rey necesitaba entrar. El despacho el monarca permanecía cerrado a cal y canto, algo que nunca había sido necesario, pues nadie era tan estúpido como para entrar o irrumpir en él. Y *él* olía a desesperación.

Apestaba tanto a ella que a veces sentía que esta se esparcía por todo el edificio, asfixiando a todo aquel que tuviese la desgracia de poner un pie en el recinto; constriñendo sus pulmones como una quima de dos colas, enrollándose en su pecho y moliendo huesos y músculos hasta llegar a los órganos.

Talor estaba cada vez más inquieto.

Aquello lo mantenía en vela por las noches y alerta por el día, deseando poder derribar aquella puerta y ver qué estaba tramando el Rey.

Nada que tenga que ver con él es bueno.

Por si fuera poco, estaba esa visita al Consejo de la que había vuelto hecho un basilisco no más de una semana atrás.

Las visitas al Consejo de ancianos eran casi nulas, y si se hacían era por obligación, por lo que aquella vez tanto la Reina como sus hermanos habían estado pendientes del resultado de su voluntaria reunión con aquella panda de religiosos con demasiado tiempo libre. A la vuelta parecía que lo hubiesen castrado, y es que entró despotricando y blasfemando en todos los dialectos posibles mientras se encerraba en su despacho.

Desde entonces había estado más distante que de costumbre, abandonando a la soberana a su suerte en su desesperanza y aislándose, tramando quién sabía qué, porque Talor estaba seguro de que Ereder no se traía nada bueno entre manos.

Pero por el momento lo dejaría a un lado; después de todo, tenía un presente de compromiso que comprar.

CAPÍTULO 15

Plieb, Akir, Talequ, Sicab… podría pasarse años recitando los nombres de todas las reinas que habían pisado el trono de la dinastía Darselar y solo mencionaría un cuarto de todas.

Aprenderse el nombre de las monarcas era una forma de hacer tributo a su memoria, celebrando el sacrificio que todas realizaban con el fin de continuar con el linaje real. Todas ellas murieron jóvenes, dejando tras ellas una estela de cadáveres con su misma sangre y marcando el punto de partida de la condena del Rey.

A Diora siempre le había parecido una visión triste y grisácea sobre la realeza. Cuando apenas tenía un par de años de nacida solía pensar que, siendo Reina, podría pasarse el resto de sus días peleando y entrenando hasta convertirse en la mejor guerrera de todo el Hemisferio; y solía bromear con Talor, cuando su padre la llevaba a sus reuniones en Palacio y ella y el príncipe se pasaban el día luchando, sobre que ella algún día sería Reina para así poder convertirse en la azor más poderosa de, incluso, el planeta entero.

Ahora podría decirse que las cosas eran un poquito diferentes.

Ahora, la casi interminable lista de nombres pertenecientes a esas poderosas mujeres que acabaron siendo un saco de carne sin vida iba a alargarse otro poquito más, esta vez, con su propio nombre: *DáneTra*; Diora Adara-Saford. ¿Debía estar feliz? ¿Deprimida? ¿Orgullosa? Porque desde hacía horas, concretamente desde el amanecer, no era capaz de sentir nada. ¿Nada? No, tenía que sentir algo. ¿Pero el qué? No era una máquina, no podía simplemente anular sus emociones como por arte de magia, así que tenía que sentir algo. ¿Sería miedo? No, no, por supuesto que no; ella no podía asustarse de una estúpida boda, ella era la futura General del ejército, el orgullo de la familia, la prometida del nuevo Heredero, ¿a qué tenía que temer?

Al genocidio que sufrirá tu descendencia, por ejemplo.

Su madre, despierta desde el amanecer junto a ella, le había permitido tomarse una infusión para calmar los aparentes nervios que toda persona sufría el día de su boda. Después, ambas se dispusieron a encargarse de arreglar a la novia.

Lo primero fue un baño exfoliante al que Eretríz la obligó a someterse. En él, la orgullosa madre trató los interminables rizos de la hija hasta dejarlos tan suaves y flexibles como los pétalos de una flor. Masajeó sus viejas cicatrices con varios ungüentos que las hicieron resaltar gracias al brillo natural que estos le otorgaron a su pálida piel

y, por último, limó sus garras hasta dejarlas tan afiladas como los dientes de un tarbo de cola blanca.

Después llegó lo difícil: el maquillaje.

A Diora no le gustaba el maquillaje, pues ella ya se consideraba hermosa al natural y su textura le daba escalofríos, pero la palidez de su piel sería aún más intensa con un vestido de un color tan oscuro, y Eretríz se negaba a dejar que pareciese un cadáver el día de su boda. Estuvieron una buena media hora discutiendo sobre cómo proceder, hasta que, por gracia divina, tres jóvenes azores entraron por la puerta de su habitación cargadas de materiales de peinado y polvos de colores, sabiendo que Diora no se negaría a ser salvada de las garras de su madre.

—¡La caballería ha llegado, princesa! —Cattrina, con su desparpajo usual, se lanzó contra ella con un con un chillido mal contenido para estrecharla entre sus brazos como una repta de cola verde, y Rina y Olvett descargaron la mercancía en la cama de la novia. Las tres llevaban idénticos vestidos de color aguamarina sin mangas y de falda larga. Eran muy similares al que iba a llevar Diora. Vestidos de damas de honor.

—Como siempre, justo a tiempo, y hemos traído todo lo necesario para dejarte impoluta. Talor necesitará pantalones anchos para disimular en la ceremonia —Rina sacó un conjunto de peines y cepillos de un maletín de cuero negro y se colocó en el borde de la cama, palpando el lugar a su lado para que Diora se sentara de espaldas a ella.

—Tranquila, Eretríz, nosotras nos encargamos. Cuando terminemos te llamamos y nos das el veredicto —Olvett procedió a sacar a la madre de la anfitriona de la habitación ante las protestas de la mujer.

—Bien, ¡pero haced algo con su cara o los pantalones extra anchos no serán necesarios! —Con ese último comentario, Eretríz abandonó la habitación.

Diora se quitó a Cattrina de encima de un manotazo, tirándola al suelo, y se sentó frente a Rina, que procedió a peinarla aprovechando que sus rizos seguían húmedos. Habían tardado menos de lo que esperó en llegar.

—¿A qué ha venido el deshaceros de mi madre? —Cattrina se incorporó como un resorte, se acomodó la ropa y, como si no hubiera pasado nada, cogió un pequeño estuche de tela con utensilios de maquillaje y se sentó frente a ella, comenzando con su labor.

Olvett cogió la silla de su escritorio, la arrastró hasta ponerla frente a la cama, y se sentó a horcajadas sobre ella mientras sacaba unos papeles de una de las bolsas que habían traído.

—Esto que tengo aquí —Le entregó uno de los folios a Diora, que intentaba no moverse para no entorpecer a sus estilistas— es el

certificado de matrimonio entre Katir Lenan-Quit y Ademis Gerla-Quit. Hace noventa y seis años, tres meses y cuatro días.

—Y esto es importante porque… —Mientras le echaba un vistazo a los papeles, Rina le dio un tirón de uno de sus rizos para que le prestara atención a su compañera, ganándose un gruñido de advertencia.

—Porque aquí pone que Ademis Gerla-Quit nunca se ha casado.

—¿Cómo?

—Como lo oyes, en este documento de empadronamiento pone que Ademis Gerla-Quit, ahora Sat, por su apellido de soltera, nunca se ha casado —Señaló un epígrafe concreto a mitad de página—. Encima pone que sus hijos fueron adoptados y que este último del que está embarazada es de padre desconocido. Y lo peor no es eso, sino que este documento fue impreso nueve horas después de que acabasen el Alènac y la Ak-Suben —Marcó la fecha de impresión en la esquina inferior derecha.

—¿Cómo demonios es eso posible?

Esta vez contestó Rina.

—Enséñale los planos.

Olvett sacó un conjunto de papeles de la misma bolsa y los desdobló hasta mostrar dos planos urbanísticos del Sector Tres, donde en ambos había una zona rodeada con tinta.

—Este de aquí es de hace apenas unos meses —Le tendió el primero, en el que se podía apreciar la palabra *farola* escrita con prisas —. Quiero que mires bien esta zona y la compares con la del segundo plano —Señaló el mismo punto rodeado por tinta.

Diora no tuvo que mirarlo dos veces para entender de qué se trataba.

—¿De cuándo es? —En todo momento mantuvo la mirada fija en los planos, intentando mentalizarse de lo que estaba viendo.

—De nueve horas después del Alènac y la Ak-Suben —Los ojos de Cattrina tomaron un aire depredador y se oscurecieron, mostrando la disconformidad y sospecha que le provocaba la coincidencia de las fechas.

El ambiente se volvió tenso y asfixiante, y a Diora se le constriñó el estómago. Olvett tragó antes de continuar.

—No he sido la única en notar la falta del palo de metal inservible, así que me tomé la molestia de revisar los planos y asegurarme de que no me estaba volviendo loca, pero ya ves el resultado —Se acomodó inquieta en la silla—. Cuando vi que en los planos sí aparecía volví al lugar y fue entonces que me enteré del caso de Ademis. Dicen que pocas horas antes del amanecer vieron a soldados de la guardia merodeando por el lugar. La gente no es tonta y sabe que algo extraño ha pasado.

Rina tomó la palabra.

—Y porque no es tonta la mentira no durará mucho. Estos planos tienen el código de las oficinas de urbanismo que conectan con Palacio, además de que los documentos de empadronamiento se imprimen y registran en…

—Palacio —Diora no terminó de pronunciar la palabra cuando salió disparada hacia su baño privado, donde descargó el contenido de su estómago en el inodoro con las uñas clavadas en la taza de porcelana.

Cattrina y Rina le sujetaron los rizos, ahora perfectamente peinados por la de ojos azules, y decorados por finas cintas plateadas, para que no se mancharan de los restos de tila y carne aún ensangrentada y medio digerida que abandonaban su estómago.

—Tranquila, solo son los nervios. Tal vez no debimos contarte esto hasta después de la boda —Catt le pasó una toalla de una de las estanterías sobre el lavabo para que se limpiase la boca.

—Esto no tiene sentido —Aún tenía la respiración entrecortada por la fatiga repentina—. ¿Por qué iba Palacio a encubrir la desaparición de un azor hasta el punto de falsificar un acta de empadronamiento?

Se enjuagó la cara y la boca para eliminar la pequeña ola de calor que la había azotado, así como para eliminar el sabor a bilis y restos orgánicos que se le habían quedado en el paladar. ¿En serio? ¿No había otro momento para sacar trapos sucios, tenía que ser antes de su boda, cuando más inestable estaba?

Aquello simplemente no tenía sentido ninguno. ¿Una desaparición encubierta? ¿Qué ganaban con eso? Tenía entendido que por aquella zona eran comunes las peleas de borrachos, así que los accidentes ocurrían de forma regular. Pero encubrir una desaparición… no, nadie se tomaría tantas molestias por la desaparición de un azor cualquiera, así que ese tipo estaría de todo menos vivo. Si era así, ¿por qué borrarlo del mapa?

—No tiene sentido. Las peleas de taberna son pan de cada día, no tiene lógica encubrir la desaparición de un tipo cualquiera hasta el punto de borrarlo del sistema.

—A no ser que no haya sido una simple pelea de taberna —Rina la guió de vuelta a la cama para que Cattrina terminase de maquillarla.

Diora suspiró con la mirada cansada y los hombros caídos.

—¿A dónde queréis llegar con todo esto? ¿Desde cuándo nos importa lo que le pase a la gente o lo que se haga en Palacio?

Cattrina le dio un último repaso a sus labios con un fino pincel bañado en una mezcla de pintura de color rojo sangre y tinta, haciendo que el mejunje al secarse resultara en un color rojo intenso y brillante.

—Desde que tú vas a casarte con el Heredero al trono, que por si

no te has dado cuenta, aún no es Rey. No hemos estudiado historia de la Antigüedad para nada, Diora. Todos los conflictos empiezan siempre con cosas como esta y acaban con una masacre para recordar.

—Y encima hay rumores de que el Rey le hizo una visita voluntaria al Consejo hace apenas una semana. Hay Llanos que afirman haberlo visto con algunos guardias cruzando la frontera con el bosque en dirección a la cueva del Consejo.

—¿Voluntariamente? —Aquello iba de mal en peor. El Consejo y la monarquía se llevaban como azor y Sibalek; que Ereder les hiciera una visita no auguraba nada bueno. *Algo está tramando*—. Y supongo que no solo me lo contáis por amor al arte, ¿no?

—Te lo contamos para que hables con Talor. Si ya el pueblo empieza a notar que algo no va bien, las cosas en Palacio no pueden estar mejor. Si Talor sabe algo, o peor, no sabe lo que está ocurriendo, lo mejor será informarlo cuanto antes —Cattrina guardó los utensilios de maquillaje y Rina recogió los cepillos y cintas sobrantes—. Así que vamos a vestirte, que nos quedan dos horas antes de salir.

***

Derecha, izquierda, derecha, izquierda…

Habían dado ya mil ciento quince pasos, dos giros a la derecha y uno a la izquierda. Los contaba no por capricho, sino por tranquilidad, y es que parecía una cría de ochenta años a la espera de convertirse en mujer. Le sudaban las manos, sentía la lengua pastosa, los pies pesados, las rodillas endebles y, para más remate, el estómago volvía a amenazar con vaciarse donde mejor le pillara.

Diora odiaba sentirse tan débil, y por eso procuraba no dejar que sus emociones se salieran demasiado de control. Por un momento, y con tantas nauseas, temió haberse quedado embarazada; por suerte, el sangrado había llegado puntual como todos los años, lo que significaba que la época de cría todavía no había llegado; eso era bueno.

Hacía apenas media hora que habían salido camino al puente Cazût, al otro extremo del Sector Dos y, para agravar su estado, todo azor que encontraban por el camino quedaba hechizado por su aspecto bajo aquel día nublado.

Llevaba los rizos perfectamente peinados, rodeando su figura en toda su largura y volumen, adornados con cintas plateadas que la hacían ver más blanca aún. Rina sabía cómo hacer que su belleza natural destacase aún más. Apenas estaba maquillada, pues Cattrina conocía los gustos de su Líder y únicamente había acentuado sus ojos diamante y sus finos labios, que brillaban, rojos y suaves, como pétalos bañados en sangre fresca.

Y, por último, el vestido. Olvett se había encargado de resaltar su figura y sus músculos, con un una pieza vaporosa compuesta por distintos trozos de tela que se ajustaban en su cintura y volaban en sus brazos y piernas, y tan roja que podría igualar a la melena de Talor. Estaba lista para casarse. *En teoría*.

Una mano en su hombro la sacó de sus pensamientos. Era su padre.

—Demuestra de quién eres hija y hónranos. Eres nuestro mayor orgullo, así que haz lo que tengas que hacer —Apartó la mano de su hombro, no sin antes darle un leve apretón de aliento.

Ella simplemente asintió, comprendiendo el mensaje de su padre. Sus progenitores no la abandonarían si daba un paso atrás.

—Sonríe un poco, hija mía —Eretríz se adelantó a su costado con Endor aferrado a sus faldas—. Has atrapado un buen partido, ahora solo falta que lo amarres y vivas orgullosa de ello —Se colgó del brazo de su marido y lo miró con ojos entrecerrados y una sonrisa coqueta —. Como yo con tu padre.

Sabek suspiró, intentando esconder su propia sonrisa, y acomodó el brazo alrededor de la cintura de su esposa.

—Eso, chica, sonríe, que menudo partidazo has conseguido —Rina, Olvett y Cattrina se adelantaron a su altura y se agarraron a sus brazos intentando darle ánimos a la joven, que aún seguía luchando para no doblarse sobre sus rodillas y manchar los bajos del vestido y estropearse el maquillaje.

—Cerrad el pico y seguid andando.

Un estruendo les hizo detenerse y ver, atónitos, cómo los edificios temblaban en sus cimientos y el suelo se agrietaba como las agujas de un pino negro. Todo azor en los alrededores se volvió para mirar a un único punto.

Al oeste.

Una nueva figura apareció en la escena junto a ella.

—Talor —Sintió que le faltaba el aire—, el Muro…

—Se está abriendo.

CAPÍTULO 16

El Muro nació en la Generación de la Sequía. No faltó la lluvia, no se secaron los ríos, no desaparecieron los lagos ni escaseó el fresco rocío de cada mañana; tampoco faltó la comida.

En la Generación de la Sequía faltaron cuerpos.

Cada noche, el irse a dormir se convertía en la mayor prueba de fortaleza jamás afrontada. Niños, adultos, ancianos… los Sibalek no discriminaban. Uno, dos, tres o cuatro. Cinco incluso; tampoco es que fueran muy exigentes.

Por eso, Talor Yam-Darselar, decimoquinto soberano de la dinastía Darselar, después de ver cómo devoraban vivos a sus cinco hijos en la misma noche, hizo un par de cambios en cuanto a arquitectura.

La idea inicial era una enorme cerca de troncos de ébano acabados en punta, para empalarlos si se atrevían a escalar.

No funcionó, pues la piel de las bestias era lo bastante gruesa como para que las heridas no los mataran a corto plazo. Luego evolucionó a zanjas con trampas para parquias, lo bastante grandes como para atrapar a tres de ellos; aquellas alimañas las saltaban como si de charcos de barro se tratasen.

Y así, después de miles de muertes, mutilaciones e infecciones, y enfermedades transmitidas por aquellas bestias, nació el Muro.

Tardaron mil doscientos días y mil doscientas noches en crearlo, trabajando sin descanso de sol a sol. Murieron muchos durante su construcción, tanto de inanición como por ataques de las bestias, o simplemente aplastados por gigantescos bloques de mármol y granito, tan grandes como cabañas.

Al anochecer del último día, las compuertas movidas por un intrincado sistema de poleas se cerraron, y por primera vez desde los orígenes de su raza, dormir dejó de ser el enemigo mortal de vivir. Aquella noche hasta el último azor del reino se reunió a las puertas de la enorme construcción, a la espera de que llegara el amanecer, con la esperanza de que ninguno consiguiera escalar.

Cuando a la mañana siguiente ninguna familia sufrió pérdidas, se decretó la primera ley que no sería infringida en mucho tiempo: el Muro permanece cerrado *siempre*. Así que cuando Talor pronunció aquellas tres simples palabras, la mente de Diora empezó a funcionar mal.

El Muro se está abriendo. El Muro se está abriendo. El Muro se está abriendo. El Muro se está…

—¡Diora! —Un tirón del brazo la hizo volver a la realidad y mirarle. El pánico en su mirada la hizo estremecerse; nunca le había visto mostrar semejante nivel de histeria. *¿Qué hace él aquí?*—. ¡Tenemos que movernos, están entrando!

—¿Entrando? —Intentó con todas sus fuerzas concentrarse, eliminar la bruma que le había enturbiado la mente y que le impedía pensar. ¿Quién estaba entrando? ¿*Qué* estaba entrando?

—Sibalek.

Aquello fue como recibir un puñetazo en el estómago. Se le cortó la respiración y los ojos empezaron a escocerle cuando le llegó el olor: putrefacción.

—Tenemos que movernos, *amû*, ¡tenemos que movernos ya! —Talor le agarró la mano e intentó obligarla a moverse, tirando en dirección contraria al mar de azores que en apenas unos segundos los había rodeado. Aquello era un caos.

Diora reaccionó a entrelazar sus dedos con los de Talor y echó a correr. Sentía el aire retenido en los pulmones y le palpitaba la cabeza como un tambor. A su alrededor solo era capaz de apreciar borrones de lo que debían de ser azores corriendo de un lado a otro. ¿Dónde estaban sus padres? *Protegiendo a Endor. Protegiendo a Endor*. ¿Y sus compañeras? *Luchando, lo más probable.* ¿Y ella? Ella… ¿Dónde estaba ella? ¿Hacia dónde iba? Había echado a correr como alma que lleva el viento sin pensar ni planear nada, y eso no era propio de ella. Ella era calculadora, con nervios de acero —casi siempre—; ella pensaba las cosas antes de hacerlas. ¿Hacia dónde iba? ¿Hacia dónde…? Casa. El sótano.

—Las arcas estarán abarrotadas —Un codazo de un hombre que pasó a su lado la hizo trastabillar. Talor tiró de ella antes de que fuera arrastrada por la muchedumbre—. En nuestro sótano tenemos un pequeño arsenal de emergencia, lo bastante como para ver qué demonios está pasando sin morir en el intento.

—Si es que la casa no se ha venido abajo antes con el temblor.

—Más vale que no.

Entonces lo vio.

Diora había experimentado el verdadero miedo en contadas ocasiones, la primera cuando con cuarenta y tres años cayó de lo alto de la copa de un árbol y, por un par de segundos que se le hicieron eternos, no pudo mover las piernas; la segunda cuando, ya más mayor pero no menos estúpida, creyó inteligente asomar la cabeza al río Siamus, plagado de camias a la espera de que alguna pobre alma desgraciada cayera al agua para no volver a salir, y su madre tuvo que consolarla mientras le cosían los dos dedos de la mano izquierda que casi había perdido. La última instancia hasta la fecha fue cuando, mientras veía al Rey llevarse a Venaria casi a rastras del palco en el

día del Alènac, ella se vio sentada en ese mismo trono, viendo los restos mutilados de sus hijos mientras Talor intentaba consolarla.

Ahora, sin embargo, no podía sentir el miedo tirar de sus intestinos como si quisiera destriparla, ni recorrerle la espalda como una arécula de doble aguijón. Lo que sentía era un vacío tan intenso que, por un momento, temió haberse quedado hueca por dentro.

Era la primera vez que veía un Sibalek.

Apenas podía apreciarse entre las ruinas de la casa en la que se escondía, pero si esforzaba la mirada podía entrever una criatura blanquecina, de aspecto enfermizo y famélico, que le recordaba a los cadáveres de mineros que extrajeron de las profundidades del volcán semanas después de haberse derribado una de las secciones de la mina principal de vetas de diamantino. El polvo del derrumbe, todavía cubriendo el aire, entorpecía su visión, pero un par de ojos inyectados en sangre le devolvieron la mirada perdidos. La criatura escrutaba los alrededores con una inocencia y curiosidad inquietantes, sin ningún rastro de inquietud o temor; como si fuera consciente de que su papel en la cadena alimenticia estaba igual, o por encima del suyo.

A Diora se le trabó la saliva en la garganta, y cuando fue a tomar una bocanada de aire para intentar recuperar la compostura tuvo que cubrirse la nariz con la falda de su vestido y refugiarse en el traje de Talor: el olor a descomposición era tan intenso que, de tener algo en el estómago, ya se habría hincado de rodillas para vomitar. El olor a muerte era demasiado intenso.

—Diora, de prisa, ¡entran por la avenida! —Talor la cogió de los hombros y la obligó a separarse de él, aún manteniendo los dedos entrelazados.

—¿Cómo?

—¡Mira! —De una de las calles que llevaban a las fronteras occidentales del Sector Dos les llegó un coro de extraños bramidos y chillidos que les clavaron los pies el suelo y les revolvieron las entrañas. *Debían de ser cientos.*

Diora clavó sus garras en la mano de Talor con nerviosismo. No llegarían a la casa a tiempo, había demasiada gente, demasiado estrés, demasiada distancia… demasiado miedo.

—Se acabó —Se giró hacia él, le cogió de las manos y fijó sus ojos diamante en aquellas pupilas blancas que de pequeña tanto le habían intrigado. La muchedumbre a su alrededor había empezado a dispersarse, y todos se dirigían al mismo punto: el Muro. No serviría de nada retrasar lo inevitable—. Nos han criado para esto, ¿no? —Intentó cubrir su nerviosismo con falsa determinación—. Vamos a luchar.

—Cuando esto acabe, nada te salvará de casarte conmigo —le plantó un beso en los labios y, tras regalarle una sonrisa menos

confiada de lo común, se dejaron llevar por las masas que aún se estaban disipando.

—¿Tienes idea de cómo demonios se han abierto las puertas? —Corriendo por las calles de piedra, arañando con las uñas la roca y levantando tierra y escombros a su paso, siguieron el coro de chillidos estridentes que provenían de las afueras de la Segunda Ciudad Capital. La gente que corría junto a ellos a penas les echó una mirada, probablemente no esperando ver al Heredero acudir al combate en primera fila.

—Me temo que estaba demasiado ocupado esperando a mi prometida en el altar, además, lo que debería preocuparte ahora es dónde demonios está la Guardia —Esta vez fue Talor el que recibió un codazo que estuvo a punto de tirarlo al suelo. Diora tiró de ellos hasta el muro de una casa medio derrumbada por la fuerza del temblor.

—No podremos cruzar entre todo este jaleo, hay que subir.

Clavó las uñas en el muro de madera y piedra y comenzó a escalar, siendo seguida de cerca por Talor.

—A estas alturas la Guardia tendría que haber aparecido por aquí para repeler a esas alimañas, ¿dónde demonios están? —Desde el tejado, a más de diez metros del suelo, podían alcanzar a ver la apertura de la que salían los depredadores sin ningún tipo de opresión —. ¿Por qué demonios no han cerrado ya las compuertas?

—Ojalá pudiera contestarte.

Por sorprendente que pudiera llegar a ser, las bestias aún no habían derramado ni una sola gota de sangre. Nada más cruzar a territorio azor se apostaban alrededor de las puertas del Muro y escalaban los edificios cercanos, pero no atacaban. Los azores, de igual manera, formaron una especie de trinchera rodeando los terrenos circundantes para impedir que se adentraran demasiado en las lindes del Sector Dos.

Habían reaccionado con prontitud, y habitantes del Sector Tres ya habían llegado al futuro campo de batalla con armas a la espera de que el enemigo diese el primer paso. Hacía miles de años que ningún azor se enfrentaba a un Sibalek, nadie sabía cómo iba a acabar aquel encuentro.

—Siguen sin aparecer, Talor —No importó lo mucho que escrutaron los alrededores, no atisbaron ningún uniforme con el escudo real entre la multitud.

—No tiene sentido, esos temblores deben de haber llegado hasta la otra punta del Hemisferio, el bastión de Palacio no será la excepción —Diora lo miró con el ceño fruncido y la frente cubierta de sudor—. Tiene que haber pasado algo.

—Me temo que eso ahora no importa —Señaló las decenas de Sibalek reunidos—. No se mueven, Talor —Inspiró hondo, llenándose

los pulmones de aire cargado de putrefacción—. ¿Por qué no atacan?

—No lo sé, *amû*, no lo sé. Pero creo que lo mejor que podemos hacer ahora, es bajar ahí a esperar y luchar.

—Cómo odio que me repitas y encima tengas razón.

Volvieron a cogerse de la mano, retrocedieron los pocos pasos que el tejado medio derruido les permitió, y saltaron. Aterrizaron en el tejado de la casa vecina.

Salto a salto, edificio a edificio, atravesaron las calles que los separaban de la aglomeración de azores, esperando con ansias a ver el desenlace de aquella futura carnicería.

Con un último impulso aterrizaron en el suelo, justo tras las filas de los miles de azores reunidos a la espera de que algo pasara, de que alguno se moviera.

Nada más ver a su príncipe Heredero y a su prometida, el mar de personas se abrió lo suficiente como para permitirles el paso hasta el frente.

—¡Diora! —La mencionada se giró a tiempo para atrapar dos objetos voladores dirigidos a su cabeza—. Ya sé cuánto te gustan —En sus manos ahora descansaban dos puñales de obsidiana, brillantes y pulidos—. Los he robado de una tienda, espero que tu prometido no me lo eche en cara.

—Conque te has dignado a aparecer… —Bázil se colocó a su lado con una sonrisa burlona en la cara a pesar de que tenía la frente perlada de sudor y la piel más blanca de lo normal—. Dale ya la espada.

A regañadientes le lanzó la espada de diamantino al Heredero, que la agarró de la cintura con un siseo burlón, pero no menos agradecido. Diora le clavó el codo en el costado y Talor, lejos de apartarse de ella, la apretó contra él y enterró la nariz en su pelo.

—No hay tiempo para vuestras estupideces de macho alfa, callaos y poneos en posición —Las filas enemigas parecían empezar a impacientarse—. No creo que tarden mucho en empezar a atacar.

Tenía razón. Un Sibalek demasiado impaciente para su propio bien saltó sobre un grupo de azores cercano a las filas enemigas y murió empalado por varias lanzas y espadas que terminaron por despedazarle. Eso fue la señal que todos necesitaron para atacar. El infierno se les vino encima.

Los Sibalek se abalanzaron contra ellos como un manto con intenciones de asfixiar, de extinguir. Los azores no se quedaron atrás e hincaron las garras en el suelo, dispuestos a luchar hasta el final.

—¡Preparaos!

Azores y Sibalek se lanzaron unos contra otros, deseosos de bañar sus garras y colmillos de rojo y de decorar su territorio con los cuerpos de sus enemigos caídos. Ansiosos de dejar a la bestia que llevaban

dentro saciarse con la muerte de sus enemigos mortales y alzarse victoriosa. Hombres y mujeres, jóvenes y adultos; aquel día ninguno perdió la oportunidad de defender aquello que les pertenecía por derecho: su Hemisferio.

Talor y Diora no fueron diferentes. Lucharon como salvajes, cortando gargantas y miembros a todo aquello que tuviera ojos ciegos y hambrientos. Los Sibalek, sin un solo pensamiento tras esa mirada enrojecida que no pedía más que muerte, atacaron como los animales que eran; arrancaron piel y huesos a mordiscos y zarpazos, destrozaron músculos y devoraron a los caídos como caníbales.

Aquel día mataron a muchos, cientos de bestias cayeron en combate bajo el filo de las armas y garras de la raza guerrera, pero el número de sus filas no menguó. Por cada Sibalek que caía llegaban diez. La puerta seguía abierta a pesar de los esfuerzos de muchos que intentaron cerrarlas con sus propias manos y que cayeron en el intento. No paraban de salir, tropezándose unos con otros, como si de las puertas del Averno se tratase. Si la situación se alargaba, los azores tendrían que replegarse y adentrarse en las calles del Sector.

En el fragor de la batalla, una agotada Diora sintió algo chocar con su espalda.

—¡No me mates, soy yo! —De no haber sido por su aguda audición, la cabeza de Rina habría acabado empalada por uno de sus cuchillos.

—¡¿Dónde diablos estabais?! —Apartó de un rodillazo a una de las bestias, que se había abalanzado sobre ella para sujetarle del cuello y arrancarle la cabeza de un mordisco en la yugular.

—Nos separamos para buscar armas, pero la multitud nos arrastró. Las demás deben de estar por aquí cerca. A pesar de la sangre puedo olerlas —La de cabellos dorados atravesó las fauces del enemigo con sus garras y le arrancó la mandíbula para finalmente girarse hacia su Líder.

—Si no cerramos la puerta esto no servirá de nada. Llevamos horas luchando y por cada uno que matamos aparecen diez —Diora alejó de una patada a otro que se acercaba tras Rina y dirigió su mirada hacia la enorme construcción. Cada vez la tenían más cerca—. Hay que encontrar la forma de cerrarla.

—Es imposible, el centro de mandos está en Palacio, si no lo cierran desde allí no tenemos nada que hacer. Además, ¡¿dónde demonios está la Guardia?! ¡Tendrían que estar aquí para ayudarnos a repelerlos!

Diora apartó a Rina de un empujón y hundió la punta de uno de sus puñales en el ojo de otro Sibalek hasta alcanzar el cerebro. Olvett apareció tras él, con un enorme desgarro en el hombro que la bañaba a borbotones en su propia sangre.

—Esto es inútil, empezaremos a cansarnos y estas bestias son inagotables. Apenas registran el dolor y las heridas no les impiden seguir.

—¿Entonces qué sugieres? —Olvett se dejó caer sobre la espalda de su Líder mientras sujetaba su brazo izquierdo con desesperación. No le faltaba mucho para caérsele.

—Sugiero que aguantéis lo suficiente como para encontrar a Talor. Lo perdí hace media hora y solo él sabe lo que pasa entre las paredes de ese endemoniado castillo.

—Entonces nosotras te cubrimos, ve a buscarle y encuentra algo que pueda salvarnos —Rina cubrió el flanco herido de Olvett y ambas la rodearon, preparadas para abrirle camino.

—No muráis —Fue su forma de despedirse porque sabía que, aunque quisiera, no era seguro que pudieran cumplir esa orden.

Diora se abrió paso a empujones entre el océano de cadáveres, guerreros y bestias sedientas de sangre. Talor llevaba sin asomar la cabeza desde que se separaron por culpa de un grupo de Sibalek que los rodearon, y recordaba perfectamente que el Heredero sangraba de un costado antes de perderse entre el gentío.

Como haya muerto lo revivo para volver a matarlo yo.

Empezó a pensar que de verdad había caído cuando, después de matar a más de quince alimañas, por fin entrevió aquella inconfundible melena pelirroja más cerca del Muro de lo que le habría gustado. Allí era donde había más Sibalek reunidos.

Su nombre se quedó atascado en su garganta y fue sustituido por un grito de agonía pura cuando sintió la piel de su espalda ser arrancada sin compasión de un salvaje mordisco, haciéndola revolverse desesperada para cortarle la cabeza a la bestia que la había atrapado entre sus brazos. Justo cuando el Sibalek bajaba la cabeza para de nuevo clavarle los dientes, esta vez en el cuello, la punta de una espada le salió del entrecejo y este cayó inerte, liberándola de su abrazo estrangulador.

—He olido tu sangre —Talor la obligó a inclinarse para ver la gravedad del mordisco mientras balanceaba la espada de un extremo a otro, manteniendo a raya a todo Sibalek que intentaba atacarlos. Los azores luchando a su alrededor les servían de escudo, y la sangre que cubría el suelo los desorientaba hasta el punto de lanzarse contra este como si fuera otro enemigo—. No ha alcanzado órganos vitales, eso es bueno. Te curarás.

—No me digas —Movió el hombro con la nariz arrugada por el dolor y se volvió a mirarle, con los brazos en alto y los puñales preparados para un nuevo asalto—. Escucha, ya te habrás dado cuenta, pero si no hacemos algo para cerrar esa puerta, ya podemos rezarle a Eissha que no saldremos de esta.

—Lo sé, lo sé, pero no se me ocurre cómo cerrarla si no tenemos el maldito botón aquí.

—¿La puerta se cierra con un botón? —Diora agarró a Talor del cuello de su camisa, cubierta de sudor y sangre y llena de desgarros, y lo apartó de un empujón antes de aplastar la cabeza de un Sibalek contra el suelo de un pisotón.

—Por increíble que sea verte bromear —El príncipe cortó por la mitad a dos que se lanzaron contra ellos con un movimiento de espada —, no es el momento.

—¿Entonces qué sugieres? Porque llegará el momento en que nos cansaremos y acabaremos todos siendo pasto de Sibalek.

—Aunque no lo parezca yo también lo he pensado. Lo único que se me ocurre es rezar porque haya alguien en Palacio que se apiade y cierre esas malditas puertas.

—Entonces espera sentado. Si no han mandado a la Guardia es que o nos quieren muertos o diezmados. ¿Qué demonios tiene Ereder en la cabeza? —La situación cada vez era más preocupante. Si tenían la intención de acabar con ellos, aún sin haber una razón aparente, lo estaban consiguiendo. Cada ve había menos azores a su alrededor, pues la mayoría había empezado a retirarse en busca de la protección de las calles del la Segunda Ciudad Capital.

—¿Acabar con nosotros? —Talor miró a su alrededor, como si quisiera encontrar una razón para negarlo, desesperado por poder decir que aquello no era verdad; que algún problema, algún fallo, había causado esto y que no tenían intención de acabar con su pueblo.

No la encontró.

—Talor, no sé qué demonios tiene el Rey en mente, pero él es el único que da órdenes entre esas murallas y ahora no lo está haciendo —A Diora empezaba a pesarle la respiración después de más de tres horas de lucha sin descanso.

—Tal vez podríam…

—¡Catt!

Diora pareció verlo todo a cámara lenta. Un grupo de Sibalek arrastraba a la pelilila, que hasta entonces había permanecido perdida en el fragor de la batalla, hacia la apertura entre las puertas del Muro.

—¡Diora! —No hizo caso de los llamados, ni de las decenas de Sibalek que rodeaban la puerta, tampoco de los golpes que recibió en su carrera desesperada por llegar a su compañera de escuadrón.

Lo único a lo que prestó atención fue al estruendo que la sacudió de pies a cabeza y que agrietó el suelo por donde pisaba.

La puerta se estaba cerrando.

Estuvo a punto de caer de bruces cuando una de las bestias usó su espalda como trampolín para cruzar con rapidez la apertura que se seguía cerrando. Se estaban retirando y se llevaban a Cattrina con

ellos.

—¡Corre, maldita sea, corre! —Olvett apareció de la nada, la agarró con el brazo bueno y tiró de ella hacia la escasa apertura que aún había en el Muro—. ¡Talor! —El príncipe se mantenía cubriéndoles las espaldas y desviando a todo Sibalek que se disponía a escapar.

—¡Seguid corriendo, voy detrás vuestra!

Solo les separaban un par de metros de la puerta cuando la cabeza de Cattrina se perdió en la oscuridad que reinaba al otro lado.

—¡Saltad! —Talor las envolvió a ambas con sus brazos y, cogiendo impulso, los tres saltaron para aterrizar dando tumbos, cubriéndose de sangre y lodo.

Más adelante, entre los árboles, Cattrina se defendía con desesperación de la decena de monstruos que intentaban sacarle los miembros de las cuencas y abrirla en canal.

—¡Catt!

—¡Diora! —La desesperación y la amenaza de llanto en su voz no la hicieron sino apremiarse más a la hora de incorporarse y lanzarse contra los que amenazaban con devorar a su compañera.

Le cortó la garganta a uno y, cuando el resto fue a lanzarse sobre ella, un enorme estruendo les hizo detenerse y huir, abandonando a su presa e internándose entre los enormes árboles.

—Diora, ¡el Muro! —Cattrina parecía a punto de desfallecer, pero aun así sacó fuerzas para señalar a las espaldas de su Líder.

El Muro se había cerrado.

CAPÍTULO 17

Rina estaba segura de que había dejado de respirar.

Sentía la cabeza pesada, como si estuviera llena de helio y le hubiesen dado con un mazo repetidas veces en ella. También le escocían los ojos, pues la tierra que había en el aire la hacía lagrimear y restregarse los párpados, agravando el escozor. Algo que también era capaz de sentir era el cuerpo entumecido y ardiendo, y eso seguro que era culpa del sudor que la recorría de pies a cabeza, pasando por sus múltiples heridas abiertas y sangrantes. Seguro que más de una ya estaba infectada.

Sin embargo, había algo que no cuadraba. ¿El qué? Tal vez era el hecho de que, después de miles de años, el Muro se hubiera abierto. Corrección: alguien lo había abierto, porque las puertas no se abren solas, ¿verdad? Claro que no, eso sería imposible. Todo el mundo sabía que, para abrir una puerta, alguien tenía que hacerlo. Alguien había tenido que levantar la mano y presionar el botón mágico que accionaba los mecanismos que movían aquellas dos estructuras metálicas que los protegían del resto del mundo. Alguien había tenido la brillante idea de condenarlos a muerte. ¿Por qué? No lo sabía, y puede que no lo supiera nunca, pero de lo que sí estaba segura era de que aquella persona, fuera quien fuera, iba a pagar con su sangre la de los cuerpos de todos los caídos en combate.

Pagaría por su hermano pequeño, Sul, que yacía destripado a sus pies, aún con los ojos abiertos y la mirada perdida.

Pagaría por Ademis, cuyo feto descansaba medio devorado junto a su cadáver después de que se lo extirparan de un zarpado a traición.

Y pagaría por ellos, por los que habían cruzado la puerta en un intento desesperado de salvar a su mejor amiga. De salvar a Cattrina. Por Talor, por Olvett y por Diora.

Pagaría por ella, que había perdido aquella tarde más de lo que pensó que podría llegar a perder en su vida.

Así que ya podía ir preparándose, porque no iba a parar hasta encontrarlo.

—Rina.

—Bázil.

—Se han…se han ido —El chico miraba con incredulidad la enorme puerta, ahora cerrada, como siempre tuvo que haber permanecido, que goteaba sangre y vísceras de los Sibalek que fueron aplastados en su retirada.

—Lo sé. Créeme que lo sé.

—¿Qué haremos ahora? El Heredero… —Tuvo que inspirar hondo para recuperarse y poder decir lo que ambos ya sabían—… el Heredero no está.

—Lo sé, Bázil, lo sé.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? Te das cuenta de lo que eso significa, ¿verdad? ¡Si no hay Heredero todo se va a la mierda! La reina no aguantará dar a luz a otro príncipe, no en el estado depresivo en el que está. ¿Qué vamos a hacer?

—Bázil, te diré lo que *yo* voy a hacer —Rina se volvió a mirar a Bázil, que aún mantenía una sudorosa expresión de terror en su cara manchada de sangre—. Voy a encontrar al que ha hecho esto y voy a hacerle pagar —Se acercó a su oído y, lo último, lo susurró con un tono tan apagado, tan desprovisto de vida, que le dio escalofríos—. Por todo.

***

—Sigue presionando hasta cortar la hemorragia, tenemos que mantenerla estable hasta que pueda sanarse por sí sola —Los gritos de Cattrina eran amortiguados por la mano ensangrentada de Diora, que le daba indicaciones a Olvett sobre cómo detener la hemorragia que amenazaba con desangrar a la de cabellos lilas.

—Lo intento, pero con un brazo se me está haciendo bastante difícil, ¿sabes? —Habían conseguido fabricarle un cabestrillo improvisado con los restos de tela del vestido de dama de honor, pero aquello no lo protegería de una posible infección.

—Está bien, cambiemos. Talor, ¡ven aquí y ayúdanos! —El príncipe no tardó en responder al llamado con un rugido, avisando de que ya estaba en camino después de haber asegurado el perímetro.

Cattrina estaba sangrando mucho, demasiado, y en su estado eso no era bueno. Cuanto más se debilitara más difícil sería conseguir que recuperara las energías para curarse. Ya habían gastado muchas fuerzas en la batalla, así que tendrían que descansar antes de usar la vía rápida para cerrar las heridas.

—Aquí estoy. No hay nada a más de cien metros a la redonda, sólo árboles y vegetación —El príncipe se arrodilló junto a las tres jóvenes y procedió a relevar a Olvett.

—Esperemos que eso sea bueno. Ten —Volvió a partir otro trozo de vestido, casi quedándose en ropa interior en el proceso, y se lo tendió a Talor—. Envuélvele el estómago con esto, yo intentaré que Vett no pierda el brazo.

—Te oigo, lo sabes, ¿verdad?

—Pues espero que hayas oído bien el *intentaré*. Ahora quédate

quieta, esto va a doler —Quitó con poco cuidado y más bien rápido el cabestrillo improvisado, dejando descubierta una desagradable laceración que dejaba al descubierto la clavícula y parte del hueso del hombro.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —La voz le salió entrecortada por el dolor ante el mero roce del aire en la carne abierta.

—Por ahora concentrémonos en que no pierdas el brazo y que Catt no se desangre, seríais inútiles y un peso muerto —Alrededor del hueso descubierto podía apreciarse una espuma blancuzca y de mal olor que empezaba a cubrir partes de la herida—. Ya ha empezado a salir pus, así que mantén la respiración constante y quédate quieta. Intentaré quitártela, pero ¿crees que podrás curarte?

—No me queda de otra, así que sí, podré —Olvett hizo una bola con la tela ensangrentada que había cubierto su brazo y la mordió con fuerza, preparándose para lo que se le venía encima.

—Intentaré hacerlo rápido —Diora se acomodó a las espaldas de su compañera y acercó la cabeza a la herida—. Como me pegues me dará igual que estés lisiada —Sin decir agua va, pegó los labios a la apertura en la carne del hombro y comenzó a lamer y sorber la pus y la sangre.

Cuando empezaron a entrarle nauseas por el sabor, Diora se alejó y escupió el contenido lo más lejos que pudo. Repitió el proceso un par de veces más y, por fin, la pus desapareció.

—Vamos, antes de que se infecte aún más.

—Ya te vale, me has arañado con los colmillos —Olvett hizo una mueca de disgusto y, respirando profundamente, empleó las pocas fuerzas que le quedaban para cerrar la piel abierta y borrar todo rastro de heridas menores. En la zona de la clavícula le quedó una cicatriz de color rojizo que iba desde el omóplato hasta un par de centímetros más arriba del pecho izquierdo.

—Y yo he tenido tu pus en mi boca, estamos en paz —Escupió un par de veces más intentando quitarse el vomitivo sabor de boca y se limpió con el paño de sangre seca que le tendió Olvett—. Talor, estás muy callado, ¿qué ocurre?

El príncipe, que hasta entonces había permanecido en silencio, les hizo una señal para que se acercaran. Cattrina se había desmayado hacía rato.

—Sujétala para que pueda colocarle el hombro. Se lo han dislocado —La pelilila, al margen de estar cubierta en su propia sangre, sudaba a chorros y se había puesto blanca como la cal.

—Ese sudor no es bueno —Diora la incorporó y la apoyó contra su pecho para que Talor pudiera colocarle el hueso de vuelta en su cuenca.

Olvett, mientras tanto, retiró con cuidado el trozo de tela que le

cubría el estómago para ver que tenía el vientre surcado de zarpazos profundos y aún sangrantes. La sangre marrón, casi negra que salía de las laceraciones solo indicaba una cosa: principios de infección.

—Esto no tiene buena pinta —Gesticuló al pelirrojo y a su Líder para que vieran el mosaico de sangre y carne abierta que tenía Cattrina en el estómago.

—La infección ha avanzado rápido, si no hacemos algo pronto, o morirá ella, o nosotros tendremos que acabar con su sufrimiento.

—¿Y qué podemos hacer? Estamos atrapados aquí y a pesar de que Talor y tú golpeasteis y gritasteis, nadie ha dado señal de oírnos, menos aún de conseguir hacer mella en el Muro. No me extraña que estas alimañas no hayan podido cruzar en milenios; puede que más tiempo, incluso —Olvett volvió a acomodar las vendas de Cattrina sobre su estómago.

Diora no podía negárselo. Talor y ella se habían pasado cerca de media hora rugiendo y gritando porque alguien los escuchara, pero no había dado resultado. Habían intentado escalarlo, pero habían estado a nada de dejarse las garras clavadas en el granito blanco de la pared; al golpearlo solo consiguieron despellejarse los nudillos.

—Créeme que somos conscientes de ello —Talor comprobó que el hombro estaba correctamente recolocado y ayudó a Diora a acomodar a Cattrina en su regazo—. Lo que no podemos hacer ahora es dejarnos llevar por el pánico.

—Vale, pero controlar nuestras emociones no nos salvará de esas bestias. No creo que tarden mucho en oler nuestra sangre, sobre todo la de Catt, que aún sigue sangrando —Olvett escrutó los alrededores, como queriendo asegurarse de que mencionarlos no era suficiente como para que aparecieran.

—Entonces lo primero es deshacernos de la sangre —Diora cogió a Cattrina en volandas, con cuidado de las heridas del estómago, y Talor y Olvett se pusieron en pie, imitándola—. No van a abrir las puertas, el Muro es demasiado grueso como para trepar y está claro que no nos oyen, aunque dudo mucho que de hacerlo las abrieran —Reacomodó a Cattrina en sus brazos y miró a sus dos acompañantes—. Abrieron esas puertas a traición, y no sé quién está mejor, si nosotros aquí fuera o ellos que están dentro.

—Quien quiera que abriese la puerta sabía lo que hacía. Solo la cerraron cuando el cansancio acabó con más de un tercio de los nuestros; los cadáveres en el suelo eran más que prueba suficiente —A las palmas de Talor les faltaba poco para empezar a sangrar. Tenía los nudillos blancos de hacer fuerza con los puños.

—Eso significa que querían debilitarnos, los Sibalek nos superaban en número y eso lo vería hasta un niño sin nombre. Querían

reducirnos, pero ¿por qué?

—Quién sabe, ni siquiera estamos seguros de quién ha sido, lo único que sabemos es que el grupo de personas que tiene acceso a esos mandos incluye al Rey. Y Ereder es el único que da órdenes ahí dentro.

—¿Insinúas que ha sido mi padre? Porque no seré yo quien lo defienda, pero no se me ocurre ninguna razón por la que debería de haberlo hecho.

—Ni a mí, pero encontrar a alguien a quien echarle la culpa es más divertido. Ahora será mejor que encontremos una fuente de agua; si nos quitamos la sangre será más difícil que nos rastreen. Además, necesitamos mantenernos hidratados.

—Entonces vayamos por ahí —Talor señaló a su izquierda—. Por esa zona huele a vegetación y a humedad, si seguimos por allí —Señaló a su derecha— no creo que encontremos agua, huele demasiado a madera seca.

—Andando, cuanto antes encontremos un sitio seguro, mejor.

Se adentraron en la espesura de la selva en silencio, manteniéndose lo más juntos posible y tratando de detectar algún olor o sonido que les indicara la presencia de alguna amenaza en potencia.

Por el camino reinó el silencio. Cada uno permaneció encerrado en su cabeza, dándole vueltas a la situación e intentando por todos los medios evitar caer en la locura y la desesperación. Estaban solos, prácticamente desarmados y abandonados a su suerte en la selva de Amon-Käh, territorio desconocido para los azores desde la creación del Muro; el *Sector Cero*. Ahora, el territorio se había convertido en una frondosa selva que acobijaba, no solo al enemigo mortal de su raza, sino a quién sabía qué cantidad de peligrosos depredadores de procedencia desconocida.

Ellos estaban acostumbrados a los depredadores de su Hemisferio, que no siendo menos feroces, eran vulnerables ante el estudio al que eran sometidos para defenderse de ellos. Allí llevaban una venda en los ojos, andaban a ciegas entre la espesura de aquella agobiante selva, cuyo interior permanecía en la penumbra por culpa de las tupidas copas de los árboles que no dejaban pasar la luz del sol. Los troncos en su mayoría estaban cubiertos de denso musgo, y el suelo se encontraba bañado casi en su totalidad de hierba y hojas caídas de lo alto. A pesar de la semioscuridad que producía los árboles aún se distinguían resquicios de luz entre las ramas de sus copas. No debía de ser más del medio día cuando se cerraron las puertas.

Caminaron durante lo que supusieron horas. No tenían modo de saber la hora exacta al no poder ver la posición del sol, y ninguno quiso arriesgarse a escalar por separarse del grupo, o peor, encontrarse con algún morador de las espesuras de las ramas. Aquellos

árboles debían de medir más de veinte metros, puede que incluso treinta.

El que se atrevió a romper el silencio fue Talor.

—¿Recordáis que cuando éramos críos hablábamos sobre ser los primeros en cruzar el Muro y conquistar el Sector Cero? —El príncipe no pudo evitar mostrar una pequeña sonrisa divertida mientras recordaba, reemplazando los árboles que los rodeaban por los de su bosque, Kamonna.

Allí, Olvett, Catherina, Cattrina, Diora e incluso Bázil, junto con él, solían pasarse las horas de árbol en árbol, escalando, peleando y pretendiendo ser conquistadores que decapitarían hasta el último Sibalek existente para reconquistar el temido Sector Cero, la aterradora selva de Amon-Käh.

—Lo recuerdo —Diora se permitió sonreír—. Bázil y tú ya os llevabais mal por entonces, y eso que ninguno teníamos nombre todavía.

—Cierto, parecíais azor y Sibalek, os la pasabais peleando como imbéciles. Al final éramos nosotras las que poníamos fin y os hacíamos tragar tierra —Olvett no hizo ningún esfuerzo en retener su risa.

Diora tuvo que esforzarse por no largarse a reír ante la cara que puso su prometido.

—En mi defensa diré que teníais muy mala leche. ¡No sabéis disfrutar de lo bueno! ¿Qué mejor que reventarle la cara a un posible rival? Cuanta menos competencia tuviese para estar con mi hermosa guerrera, mucho mejor —En un arranque de valentía intentó rodear la cintura de la mencionada, teniendo cuidado con Cattrina y los puñales enganchados en uno de sus costados gracias a la tela del vestido.

Diora le dio, sin temblar, un codazo en las costillas, con cuidado de no tirar la carga que llevaba en brazos, y siguió andando, despotricando por lo bajo sobre la estupidez del Heredero. Talor hizo de tripas corazón para no poner mala cara, y es que Diora le había hincado el codo en la herida que se había hecho, luchando, horas antes.

—No intentes fingir, ambas sabemos que te ha dolido —Olvett le sonrió con sorna y se volvió a su compañera—. Anda, trae, la llevaré yo un rato.

—Ten cuidado y no la muevas mucho, o las heridas podrían abrirse aún más —Con cuidado le pasó el cuerpo inconsciente de su compañera y se volvió hacia Talor—. Ten cuidado, que estemos prometidos no significa que no puedas tener un accidente y caer por un barranco.

Talor acercó su cara hasta estar a milímetros de Diora y sonrió divertido.

—Entonces volvería del más allá solo para ahuyentar a los ineptos

que se atrevieran a cortejarte. Ya aceptaste casarte conmigo —Gesticuló hacia sí mismo con una sonrisa burlona y un brillo pícaro en la mirada—. Ahora sufre las consecuencias.

Fue lo bastante listo como para apartarse cuando Diora fue a darle un cabezazo. Ella simplemente se giró y continuó caminando hasta alcanzar a Olvett, que se había adelantado un par de metros para no interrumpir a la pareja.

—¡No dices nada porque sabes que es verdad!

—Lo que tú digas, Talor, lo que tú digas.

—¡No me des la razón como a los tontos!

—¡Callaos de una vez y mirad! —El grito de Olvett evitó una nueva discusión y les hizo dirigir la mirada hacia donde esta señalaba: frente a ellos se escuchaba correr el agua.

Echaron a correr entre los árboles sirviéndose del ruido como guía. El sonido del agua se sentía lejano, pero lo suficientemente claro como para saber que se trataba de un río. Un río grande.

Se les hizo eterno. Los tres estaban sedientos después de horas de lucha y de no haber podido recuperarse, menos aún después de tanto tiempo caminando en busca de agua para tratar las heridas de Cattrina e intentar minimizar las posibilidades de atraer a algún depredador; sorprendentemente, ninguno se había dignado a aparecer hasta la fecha.

Un par de minutos después, por fin, atravesaron una arboleda y un par arbustos hasta aterrizar a las orillas de un enorme río de aguas cristalinas.

—Agua.

CAPÍTULO 18

La velocidad de las aguas del río no les impidió limpiarse. Las garras de un azor podían partir por la mitad un árbol del grosor de dos de ellos juntos si estaban bien afiladas, así que no fue problema el usarlas como ancla a la hora de introducirse en las embravecidas aguas del inmenso río. Clavaron las garras en la orilla de piedras y tierra mojada y se sumergieron hasta que la sangre seca fue arrastrada por la corriente y el barro se unió al que descansaba en el cauce.

La primera fue Olvett, que tuvo que ser vigilada por Talor y Diora ante la presencia de resquemor en la gran y reciente cicatriz del hombro.

La siguió Talor, que se deshizo de sus prendas hasta quedar únicamente con unas calzonas de piel de ossio gris, alegando que así era más ágil y estaba más cómodo, no sin antes guiñarle el ojo a Diora. Esta, después de asestarle un puñetazo que casi le quebró la nariz, se sumergió en el río mientras Olvett y Talor limpiaban lo más delicadamente posible a su compañera, aún inconsciente.

Diora se permitió relajarse con el frescor del agua, sumergiendo la cabeza y concentrando todos sus sentidos en lo que la rodeaba.

Amon-Käh. Estamos solos y atrapados en Amon-Käh.

En un momento de debilidad estuvo a punto de dejarse llevar por la angustia, sintiendo ya los parásitos del temor recorrerle las tripas. Respiró hondo. Tenía que calmarse, dejarse llevar por el pánico solo le traería problemas; lo hecho, hecho estaba. Había cruzado las puertas del infierno para salvar a Cattrina, su compañera de escuadrón desde que apenas tenían treinta años, la mejor amiga de Rina, amiga de Olvett, *aunque no más que yo*, y conocida suya. Bueno, tal vez algo más que conocida, si no, jamás habría arriesgado el pellejo por salvarla; ni a ella ni a nadie.

En ese momento se le vino a la mente el resultado de la batalla. ¿Habría habido muchos muertos? Mientras luchaba había debido de tener cuidado de no tropezar con cadáveres y restos de brazos y tripas, por lo que más de un tercio de la población había caído. Bueno, un tercio de los que se habían dignado a luchar, porque la Guardia también eran habitantes del Hemisferio y no habían asomado el hocico. Si su padre hubiera estado al mando, aquello no habría pasado… ¡Sus padres! ¿Qué habría sido de ellos?

Por lo que sabía, deberían de haber ido a poner a Endor a resguardo con los demás niños para que luego su madre partiera a

luchar, por lo que supuso que, aunque no la hubiera visto ni olido, debería de haber estado en la batalla. ¿Habría sobrevivido? Ella siempre afirmó que, llegado el caso, morir por los hijos era el deber de los padres, así que aunque hubiese caído en combate lo habría hecho cumpliendo con su deber.

Su padre probablemente estaba vivo, ahora encargándose de cuidar de Endor mientras aquella locura avanzaba. Porque sí, aquello no había terminado. Más le valía a Palacio tener las garras afiladas y las armas a punto, porque los supervivientes no iban a quedarse de brazos cruzados; allí correría la sangre.

Estaba tan concentrada que estuvo a punto de tirar a Talor al río cuando este posó una mano sobre sus garras. El príncipe estaba serio.

—Hemos limpiado todo resto de sangre, así como sus heridas, pero la carne sigue igual —Le enseñó su mano derecha, manchada de un líquido entre rojizo y marrón—. Si sigue así lo mejor que podremos hacer será romperle el cuello. La suciedad mantiene a raya a su sistema inmunológico y la herida no se cierra.

—Aguantará, estoy segura. Si no, yo misma le daré descanso —Se apoyó de brazos cruzados en la tierra mojada de la orilla y miró a sus dos compañeras, una sentada con la otra descansando en su regazo.

—¿No te parece increíble que esto esté pasando?

Diora le miró a los ojos con seriedad para apoyar la barbilla en sus brazos.

—No eres el único al que le cuesta asimilarlo, créeme. Aún estoy intentando mentalizarme de que, básicamente, estamos condenados a muerte —Recorrió con la mirada los alrededores, como si esperara a que, en algún momento, los atacaran—. Lo que más me sorprende es que todavía no nos hayan atacado.

—Llevo todo el día con los sentidos a punto, pero nada. Ni insectos, ni aves, ni ningún depredador en ayunas. Simplemente no siento… bueno, nada.

—Esperemos que cuando el sol se vaya podamos decir lo mismo, queda poco para el anochecer.

—Lo que me recuerda a que salgas del agua, con la humedad que hay aquí refrescará por la noche —Talor le tendió una mano al levantase que Diora que aceptó sin rechistar.

Cuando fue a impulsarse para salir del agua, sin embargo, captó un extraño reflejo en la corriente por el rabillo del ojo, haciéndola detenerse y enfocar la vista en un punto fijo a varios metros de donde estaban.

—¿Qué pasa? —A Talor se le erizó el vello de los brazos y movió las orejas, intentando captar la presencia de una posible amenaza.

—No es un animal, mira —Señaló el punto que seguía mirando.

—¿Qué pasa? —Olvett alargó el cuello por encima de sus hombros,

queriendo ver lo que ambos miraban.

—Parece metal.

Talor tiró de ella para sacarla del agua y ambos siguieron la orilla del río hasta llegar a donde descansaba el objeto no identificado que centelleaba con las últimas luces del ocaso.

No estaba muy lejos de la orilla, y estaba atrapado entre unas rocas a poca profundidad, por lo que Talor solo tuvo que hincar los pies en el lodo para estirarse y sacarlo del agua sin apenas mojarse.

—¿Qué es esto? —Diora le había quitado las palabras de la boca, y es que ninguno había visto nunca un objeto tan raro en su vida.

El artefacto en cuestión era pequeño, algo menor incluso que la longitud de una mano. De forma relativamente ovalada, y tenía una especie de antena en uno de los laterales superiores.

También era ancho, tanto que, de toquetearlo, descubrieron que este se abría como la concha de un molusco, mostrando un interior aún más extraño. Parecía tener botones con extraños símbolos gravados, aunque para ellos eran ininteligibles; además, en la parte superior, tenía una especie de diminuta pantalla, parecida a las de sus propios monitores en los centros de comunicación y en Palacio, solo que esta era de un extraño color verde, no transparente como las suyas.

—¿Qué es eso? Talor, déjame verlo —El mencionado le arrojó el cachivache a Olvett después de que Diora y él lo hubiesen inspeccionado sin sacar nada en claro.

Esa cosa no la había hecho un azor.

—¿Qué crees que es?

—Ni idea —Ambos volvieron con sus dos acompañantes, que seguían en la misma posición—. Pero sea lo que sea ha venido desde río arriba.

—¿Crees que valdría la pena ir a ver? No tenemos a dónde ir, y teniendo en cuenta que no está hecho de ni piedra ni madrea, tiene que llevarnos a alguien inteligente, ¿no? A lo mejor incluso encontramos un sitio donde acampar.

—No tenemos nada que perder, así que adelante.

—Oye, ¿os habéis dado cuenta? Esta cosa se parece a nuestros monitores de comunicación, los que se usan para conectar unos edificios con otros. A lo mejor sirve para eso —Olvett volvió a mostrarles el artefacto abierto, señalándoles la pequeña y extraña pantalla.

—Tal vez, pero creo que la pregunta aquí es quién demonios lo ha hecho y cómo ha acabado en el río. Más aún dónde lo ha fabricado, aquí solo hay árboles y vegetación húmeda.

—Eso no voy a negártelo —Olvett se quedó pensativa mirando el artefacto en sus manos—. Y digamos que los Sibalek están más que

descartados.

—Eso ni se discute.

—Entonces esperemos que sea lo que sea, sea amigable, porque no se me ocurre nadie que pueda haber sobrevivido y avanzado en este Hemisferio sin ser pasto de Sibalek.

—Por ahora conformémonos en ir río arriba, a ver si encontramos el sitio de donde ha salido esto —Talor se agachó a recoger a Cattrina y lideró el camino, siendo seguido de Diora y Olvett.

***

Solo habían pasado un par de horas, doce como mucho, y el Hemisferio entero ya había levantado las armas contra Palacio. A Rina aquello le gustó, sobre todo la parte en la que algunos guardias asomaron la cara y las masas enfurecidas rugieron con más fuerza.

Ella iba a ser de las primeras en entrar y torturar a cada alma que se le cruzara por delante hasta dar con el culpable de aquella masacre, y había tenido tiempo de planearlo todo minuciosamente mientras recogían los restos de los caídos y los quemaban en una enorme hoguera en la Plaza Central del Sector Tres, donde todos se habían retirado para abastecerse de comida y agua y ocupar el hospital para tratar las heridas más graves. Ciertamente, no habían contado con tantas amputaciones.

El problema llegó después, mucho después, cuando el Rey Talor Ereder-Darselar salió por las puertas de su fortaleza.

Primero fueron a buscar a los niños, que seguían bajo la protección de algunos de los hombres que se habían prestado a proteger el futuro de su raza. Estos, nada más ver que la batalla había finalizado, buscaron entre los supervivientes a sus respectivos familiares, en ocasiones topándose de lleno con un cadáver mutilado o destripado al que quemar.

Ese, en concreto, fue el caso de Sabek y Endor, que agarrado de las ropas de su padre observó arder el cuerpo de su progenitora, reducido a un amasijo de carne y pelo al momento de encontrarla. Sus cuatro hijos mayores atestiguaron la bravura de la mujer en la lucha, habiéndose sacrificado para salvar a una de las mellizas, Aina, de morir decapitada. Sabek simplemente asintió a las aseveraciones de sus hijos, y sin pronunciar palabra arrojó los restos de su esposa a la hoguera. Había muerto como todo padre debía: protegiendo su descendencia. No había mayor honor que ese.

Rina, a su vez, cremó a su hermano, Sul, junto a sus padres y sus hermanos menores sin nombre y el recién nacido, que dormía en los brazos de su padre ajeno a la escena. Era probable que con el olor a sangre hasta le hubiera entrado hambre. La verdad era que se sentía

rara. Nunca había estado unida con ninguno de sus hermanos, y con Sul, apenas cuatro años menor, no hubo diferencia, pero ver a su madre quebrarse en silencio, como la madera bajo las garras de un azor, no le resultó nada agradable.

Durante los momentos de silencio a lo largo de la cremación también vio a Bázil, que se mantenía erguido y sereno viendo cómo de entre todos, los cuerpos de su padre y su hermana mayor ardían en las llamas. A su lado, su otro padre y sus hermanas menores miraban, aparentando impasibilidad, el consumo de lo que quedaba de sus cuerpos.

Se perdieron muchas vidas, y casi nadie se salvó de perder a un integrante de su familia.

Diora nunca sabría que había perdido a su madre, ni Cattrina nunca que había perdido a su melliza. Olvett nunca se enteraría de que había perdido a su hermana pequeña y Talor nunca descubriría que la esposa de su mellizo había caído, luchando por el bebé que había engendrado con el decimotercer príncipe. Sus familias nunca podrían ver sus cuerpos y darles descanso, donde fuera que estuviesen.

Por eso, Rina no había tenido tiempo de pensar en otra cosa durante la cremación que no fuese venganza. No porque le importase mucho el hecho de que la gente hubiese muerto luchando, cosa que harían tarde o temprano, sino porque los que deberían de haber estado en primera fila y no estuvieron podrían haberlo retrasado. Así que ella iba a encargarse de que la Guardia sufriera tantas pérdidas como víctimas hubo aquel día.

Con lo que ella no contaba fue con que hubo un fallecido más. Uno que cambió las cosas por completo, que desestabilizó los cimientos de su arraigado sentimiento de odio hacia los supuestos defensores del territorio azor.

Talor Ereder-Darselar no cruzó las puertas de Palacio solo.

—La Reina ha muerto.

CAPÍTULO 19

Talor tenía razón. No mucho después de partir río arriba, las temperaturas empezaron a bajar y la poca luz que iluminaba el camino se extinguió sobre las aguas del río, que aumentaban la humedad y el frío glacial que empezó a extenderse por doquier.

Cattrina, medio desnuda como estaba después de que los Sibalek le destrozaran la ropa, tuvo que ser abrigada con los jirones de tela de la ropa de Talor, que tuvieron la decencia de recoger antes de marchar, y lo poco que pudieron aprovechar de las vestiduras de las dos jóvenes restantes. El frío también lo sufrían ellas, al igual que el príncipe, pero ellos sabrían sobrellevarlo mejor que su compañera inconsciente, que podía coger hipotermia.

Cuando se les cansaron los ojos y la visión nocturna empezó a volverse borrosa, pararon y se asentaron lo más lejos posible del río, rehuyendo del frío del agua. Hasta entonces las cosas se habían mantenido tranquilas, y es que no habían sentido la presencia de ningún animal o insecto; tampoco de los creadores del extraño cachivache que portaba Olvett. Para su sorpresa, el musgo que cubría los troncos de los árboles y parte del suelo comenzó a refulgir con un suave brillo verde, iluminando tenuemente la espesa oscuridad que se cernió sobre la selva.

Fue tiempo después cuando las cosas empezaron a complicarse.

Encendieron un fuego entre las raíces de uno de los enormes árboles de la zona, intentando aislarlo de la humedad del ambiente, y se acomodaron a su alrededor para entrar en calor. El metabolismo de Talor mantenía su temperatura corporal por encima de las de Diora y Olvett, así que él durmió con Cattrina, rodeado por sus otras dos compañeras, que intentaron mantener, a su vez, el calor corporal por encima del nivel crítico.

Al principio todo se mantuvo en calma. Aun con los sentidos alerta, lo único que se oía eran el viento y el río de fondo, por lo que cuando escucharon el crujir de las ramas, no les costó mucho deducir que algo los había encontrado.

Lo primero que les avisó de que se trataba de algo sustancialmente grande fue el gruñido, lento, gutural y bajo, que salió de la negrura entre los árboles que tenían enfrente. El musgo apenas relucía como para distinguirlo a varios metros de distancia. Diora y Olvett no tardaron en cubrir a Talor, que aún dándole calor a Cattrina apagó el fuego y los metió a ambos entre las raíces del árbol contra el que

habían dormido ante las órdenes de la Líder de escuadrón.

—Como esa cosa sea tan grande como parece no podréis las dos solas —Aun hablando en susurros tenían la sensación de que podían oírles.

—Tendremos que poder, he reservado mis fuerzas para emergencias como esta, al igual que tú, así que tenemos un as en la manga. Además, no podemos arriesgarnos a caer todos o Cattrina se quedará sola —Diora le arrebató la espada y se la tendió a Olvett, que a su lado se mantenía alerta ante la proximidad de la nueva amenaza.

—Si las cosas se ponen feas busca el río y sigue, te alcanzaremos si sobrevivimos, o si lo consigue alguna. Por ahora, intenta mantenerla con vida, ¿quieres? Que bastante nos ha costado que llegue hasta aquí —Olvett enarboló la espada de diamantino y se volvió a mirarle—. Intentaré devolvértela entera.

—No prometo no intervenir, pero me quedaré atrás. Y, por favor, intentad mantenernos con vida, ¿queréis? —Puede que las hubiera incluido a las dos, pero sus ojos estaban clavados en Diora.

—No tengo muchas ganas de morir todavía, así que te tomaré la palabra.

—Lo mismo digo, aunque sé que la que te importa es tu querida prometida —Diora le dio un manotazo en el brazo y la mandó a callar.

—Cállate y mira. Ya está aquí.

No le faltó razón. Aquella cosa había estado a punto de derribar los árboles para llegar hasta ellos, gruñendo y bufando. Era enorme, cegata y sin pelo. Sacudía la cabeza de un lado a otro como si intentara enfocarlos, pero sus pequeños ojos, en los laterales de su deforme cabeza, apenas eran capaces de enfocar un mismo punto. La piel era de un blanco enfermizo, con las venas, violetas, verdes y rojas, marcadas en ella como las raíces de una planta.

La bestia desprendía olor a carne muerta y sangre seca, así que no tardaron mucho en notar que no estaba allí de paso. Aquella cosa tenía hambre, y mucha.

—Si vamos de frente no nos verá —A pesar de hablar en puros susurros la bestia volvió a sacudir la cabeza, desesperada por encontrar la fuente del sonido. El olor a humo de la hoguera, ahora apagada, parecía descolocarla lo suficiente como para no encontrarles —. Distráelo y yo le clavaré la espada entre los ojos.

Diora se acuclilló, apoyando los nudillos en la tierra, preparándose para actuar. Se volvió hacia Olvett.

—Hecho. Esperemos que sea tan tonta como parece.

No lo era.

Cuando Diora se encaramó de un salto a uno de los árboles junto a la monstruosa criatura, arañando la corteza a posta para llamar su atención, Olvett fue lanzada por los aires hasta estrellarse contra un

árbol al ser golpeada con la gruesa cola del animal, cubierta por extrañas vellosidades que le cortaron la piel como cuchillas.

Diora no perdió tiempo y se lanzó contra el depredador, intentando clavar los puñales y las garras de sus pies en su lomo en un intento de herirle, pero estos rebotaron como si el bicho estuviese hecho de acero.

Al no poder aferrarse con las garras empezó a resbalar hasta que la criatura se la sacudió de encima, estrellándola contra el suelo, levantando tierra y hierba mientras rodaba hasta que consiguió frenarse con las manos.

—¡La piel es demasiado dura, las armas y las garras rebotan! —A gatas y entre saltos empezó a esquivar los pisotones que intentaban ensartarla con aquellas enormes zarpas curvas. Las cinco patas que poseía el animal destrozaron la tierra y los árboles a su alrededor en un intento de atraparla. Olvett había vuelto a lanzarse contra él, la espada rebotando a cada intento de hundirse en la carne.

—¿Y qué tal el estómago? —Olvett volvió a saltar, esta vez contra la cabeza, en un intento de mantener a la criatura lejos de Talor y Cattrina.

—Tiene una pata adicional ahí abajo, nos ensartaría con ella —Diora bloqueó un golpe de la cola con los puñales. El impacto la arrastró por tierra varios metros, y sintió los huesos de los brazos resentirse.

El animal se alzó sobre sus dos patas traseras mientras emitía un rugido chirriante y ensordecedor, mostrando la protuberancia en forma de pata que le salía del estómago. A su vez, la piel parecía protegida por ese extraño vello cortante.

—¿Y qué tal los ojos? —Una estocada desvió las zarpas de la bestia que, al caer, intentaron aplastar a las dos azores.

—No los usa, no servirá de nada, solo lo cabreará. Debe tener una zona donde no esté protegido por la piel.

Aquella monstruosidad parecía haberse cansado de dar golpes sin sentido, por lo que arañó la tierra con una pata y se preparó para lanzarse contra sus presas, que flexionaron las rodillas y se cubrieron con brazos y armas para prepararse para el impacto.

—Prepárate, esto va a doler.

Diora sonrió sarcástica y rechinó los dientes.

—Si no me lo dices no me entero.

El enorme depredador se lanzó contra ellas a una velocidad que no se esperaron. Talor ya se había alejado de la escena, acomodando el cuerpo de Cattrina a la vista para poder intervenir si la vida de su prometida corría peligro.

Diora apretó los puñales y se preparó para el impacto, intentando encontrar una forma de matar a esa bestia cuando, al abrir la boca con

la clara intención de comérselas de un bocado, se le vino una idea a la cabeza.

—¡La espada! —A Olvett no le dio tiempo a reaccionar, pues Diora ya se la había arrebatado y empujado a un lado.

Cuando la enorme mole se le vino encima, subió la espada a la altura de sus ojos en posición horizontal. La punta le entró por la boca y le salió por la nuca, haciéndola derrapar por el suelo hasta estrellarse contra uno de los árboles que seguían en pie mientras ella saltaba hacia Talor, que la atrapó al instante, amortiguando la caída.

CAPÍTULO 20

Ahora que lo veían más de cerca, la bestia parecía mucho más grande. El vello que le cubría la piel parecía un escudo invisible de agujas mortales que le protegían de los ataques enemigos, y la quinta pata que le salía del estómago descansaba aplastada bajo todo su peso.

—Ese bicho está cegato, pero parece que el resto de los sentidos los ha desarrollado bastante bien —Talor movió la cabeza de la bestia hasta dejarla de perfil, mostrando unos extraños orificios junto a los ojos—. Esto deben de ser sus oídos y esto —Señaló unas finas ranuras en el centro de su frente— deben de ser los orificios nasales.

—Vaya hocico más extraño —Olvett se adelantó y, abriéndole las fauces, intentando no pringarse de sangre y saliva, le arrancó la espada al cadáver—. Toma, te la devuelvo; me ha sido muy útil.

—Supongo que gracias —Talor restregó la hoja de la espada en el cadáver, intentando limpiarla de la saliva que la cubría.

—¿Creéis que será comestible? —Diora toqueteó la piel gruesa y pálida, buscando la forma de atravesar la barrera de púas protectoras.

—Y aunque lo fuera tardaríamos horas en conseguir atravesar esa coraza de púas. Creo que lo mejor es que sigamos, puede que haya más de donde vino este —Olvett se alejó del cadáver seguida de Diora y Talor y recogió con cuidado el aún inconsciente cuerpo de Cattrina.

—Entonces volvamos al río y sigamos avanzando.

***

Ereder tenía la sensación de que algo no iba bien. Las puertas se habían abierto, la Guardia había sido retenida en Palacio y las masas estaban nerviosas y algo desorientadas. Se suponía que todo había ido según lo planeado, que a pesar de que las cosas se habían adelantado todo había salido según el plan. Entonces, ¿por qué sentía que algo fallaba? ¿Por qué tenía esa extraña y asfixiante sensación en el pecho? ¿Por qué cada vez que la miraba, allí postrada, sentía que se le retorcían los intestinos? Tal vez era porque le faltaba una pierna, o porque donde debía de estar su corazón había un enorme y grotesco agujero del que aún goteaba sangre. Puede que incluso fuese porque el vientre donde sus catorce crías se habían gestado ahora yacía abierto y vacío de tripas, carne y hueso. Se habían llevado incluso partes de la columna y la cadera.

Sí, la verdad es que podría ser por eso. No era una vista agradable, ciertamente, y tampoco es que el olor fuese demasiado apetecible. Aunque se le ocurrió que, tal vez, era aquella cosa que faltaba lo que le hacía sentirse así. Tan… vacío. De haber sabido que su vientre estaba ocupado, que había un hijo suyo creciendo en aquel útero abierto en canal, de haber sabido que ella aún tenía razones para vivir… Ahora ya no servía de nada dejar volar la imaginación. De nada servía imaginársela con la piel del vientre endurecido, a la espera de traer al mundo un nuevo portador del apellido Darselar; uno que nacería después del Alènac, que no tendría que morir a manos de nadie de su misma sangre, y que traería vida a Palacio. Todo eso podría haber pasado si él hubiese sido más rápido y hubiese acudido a su llamado a la primera señal de peligro.

Demasiados si hubiera, se dijo.

Escuchó el pitido del monitor a sus espaldas, señal de que había llegado un nuevo mensaje:

Todo va según lo planeado. A partir de ahora seguiremos nosotros.
S.P.
05: 13

Ereder volvió a mirar el cuerpo postrado sobre su cama de matrimonio y alzó la copa en sus manos:

—Por ti, Venaria.

***

—¿No os parece que hace un día precioso?

La voz le salió pastosa, ronca y algo temblorosa debido al tiempo que llevaba sin usarla. También sonaba baja y algo amortiguada debido a que tenía la cara enterrada en el hombro de la azor de cabellos color añil, pero ellos la escucharon alto y claro.

Diora y Talor cubrieron a Olvett y corrieron a ocultarse tras el primer árbol de tronco lo bastante grueso como para cubrirlos a los cuatro mientras fijaban su vista en la otra orilla del río.

—¿Desde cuándo? —Diora ayudó a Olvett a acomodar a la recién despertada Cattrina contra el tronco del árbol mientras Talor escudriñaba el río y sus alrededores.

—Los he olido, no reconozco su esencia. No había percibido un olor como este en mi vida —Cattrina cubrió las heridas de su vientre con sus brazos, intentando controlar los espasmos de dolor que ascendían por su piel como culebras, quitándole la respiración—. Creo que le debemos una a Bázil; nunca pensé que este código tan estúpido

fuera a sernos útil.

—Y por suerte nosotros también los hemos olido, porque de otro modo habríamos pensado que te habías vuelto tonta —Diora le tocó la cara, comprobando que no tenía fiebre y que era capaz de mantenerse consciente casi sin problemas—. ¿Crees que serás capaz de aguantar a partir de ahora? Despierta eres más útil que dormida.

—¿Tengo otra opción?

—No, pero dicen que es educado preguntar primero.

—Gracias por tu consideración.

—Diora, mira eso —Talor se escudaba con la sombra que les proporcionaba el árbol mientras señalaba con la mirada un punto en concreto en la negrura de la orilla contraria.

—¿Qué es? —Diora se acercó al príncipe y este le indicó con los ojos dónde debía mirar.

—No es un qué, *amû*, es un quién. Y son unos cuantos.

Entre los árboles del otro lado del río se podían divisar unas sombras moverse con cuidado, intentando ocultarse entre el follaje. No eran animales, pues sus movimientos eran demasiado erráticos como para ser los calculadores pasos de un depredador, pero tampoco eran azores. No llevaban las vestiduras típicas: ropa ligera para mayor movilidad y sin zapatos para mayor sigilo. Sus pisadas eran ruidosas y poco cuidadas, todo lo contrario a unos pies descalzos que sabían dónde pisar. Además, sus cabellos parecían… extraños. No podían distinguir mucho por la distancia y la oscuridad que proporcionaba el follaje, pero podían afirmar que estos eran de colores oscuros e idénticos entre sí.

Esos no eran azores.

—¿Quiénes son? Y lo más importante, ¿qué son? Porque está más que claro que no son azores.

—Ni idea, pero lo que sí sé es que van armados; escucha.

Podía percibirse sobre el rugido de las aguas del río una especie de chasquido metálico. Lo escucharon un par de veces más antes de que el ruido cesara. Los vieron detenerse, mirando en su dirección, como si estuvieran a la espera de algo.

—Nos han visto —Olvett se separó de Cattrina para asomarse junto a la pareja—. Están esperando a que les demos motivos para atacar.

—¿Deberíamos dárselos? Porque no tengo ganas de pasarme aquí el resto del día esperando a que hagan el primer movimiento.

—Por mucho que odie admitirlo estoy con Talor. Además, si van armados con lo que sea que estén usando significa que hay posibilidades de que no sean muy fuertes, ¿no?

—Diora tiene razón, podríamos escalar hasta la copa y saltar hasta las ramas del otro lado. Les caeríamos encima.

—Sí, pero ¿y si las armas compensan su debilidad? No podemos

confiarnos.

Diora estaba a punto de refutar a Olvett cuando Cattrina irrumpió en la conversación con un susurro nervioso y los ojos muy abiertos.

—¡Callaos y escuchad!

Una especie de proyectil hizo un agujero del tamaño de un puño en la corteza del tronco, haciéndolos recular para cubrirse ante un segundo ataque.

—Bueno, al menos ya sabemos qué es lo que hacen sus armas —Talor le quitó un trozo de astilla a Olvett del pelo.

—No me digas, genio. Por suerte ya tenemos un motivo para atacar —Diora se giró hacia Cattrina—. Tú te quedas aquí. Cuando sea seguro vendremos a buscarte.

La Líder de lo que quedaba de escuadrón sacó las garras de manos y pies y tanteó la dureza de la madera antes de hincarlas en esta y empezar a escalar.

—Grita si estás en peligro —Talor siguió a su prometida y Olvett fue tras él.

Las copas de los árboles estaban a más de quince metros, pero no tardaron mucho en escalar gracias a la fuerza que poseían en sus garras. Durante la subida dejaron pequeñas hendiduras en la madera, lo suficientemente hondas como para que Cattrina, en caso de ser necesario, pudiera usarlas como medio de escape hacia las alturas sin necesidad de esforzarse en demasía.

Las frondosas ramas que acabaron por rodearlos estaban cubiertas de hojas tan grandes como lo eran sus palmas abiertas. Eran de un color entre verde y negro, por lo que la luz apenas era capaz de traspasarlas e iluminar el oscuro interior del bosque. Además, el color oscuro de la corteza y la cantidad de musgo que cubría la base del tronco y parte de las raíces atraían la humedad. Iban a necesitar más que una hoguera si no querían sufrir de hipotermia.

Diora se adelantó a cuatro patas, pisando con confianza las ramas y sirviéndose de las garras para guardar el equilibrio como si de un shaa se tratase. Cuando Talor avanzó hasta estar a su lado y se restregó contra ella mientras emitía lo que parecía una mezcla entre ronroneo y gruñido, le asestó un zarpazo en la oreja con las uñas retraídas y gruñó indignada.

Llegaron a las ramas más cercanas de la orilla y Olvett se acomodó, agazapada entre las ramas, junto a Diora.

—¿A la de tres?

Talor se colocó junto a ellas y Diora alternó la mirada entre los dos.

—Tres.

A pesar de la enorme distancia que había entre un extremo y otro, solo hizo falta un simple y llano esfuerzo en las pantorrillas y ya

estaban internándose entre las ramificaciones de los árboles contrarios.

Tuvieron poco tiempo para ocultarse y dispersarse, pues el enemigo no tardó en apuntar hacia las copas mientras buscaban a lo que quiera que había aterrizado por encima de sus cabezas. Mientras Olvett y Diora se dirigieron a la derecha, la parte que ascendía contra el curso del río, y a sus espaldas, para evitar que se internasen en la espesura, Talor se encargó de cortarles el paso cerca de la orilla, para que no pudieran seguir río abajo.

Una vez en posición, Diora dio la señal y los tres se lanzaron de cabeza contra el contrincante más próximo.

Al aterrizar encima de uno de ellos, este se desplomó bajo el peso de la guerrera, que no perdió tiempo en lanzarse de un salto a por su siguiente adversario. El primero se levantó con torpeza y, alzando aquella extraña arma metálica, lanzó un par de gritos en un idioma que, en un principio, no supo reconocer. Sus compañeros alzaron igualmente las armas y lanzaron aquellos extraños proyectiles que hicieron pedazos todo lo que se encontraron por delante. No eran ni una docena, pero el estridente sonido que hacían aquellos artilugios, tan de cerca, bastaba para desorientarlos y hacerles pitar los oídos.

Talor lanzó por los aires a los primeros que tuvo a mano, evitando ser alcanzado por los proyectiles, corriendo a cuatro patas entre los árboles y gruñendo como el animal que no era. Se estaba divirtiendo.

Olvett apareció a su lado, lanzándose hacia el oponente que tuvo más cerca. Este bloqueó su ataque interponiendo la cosa metálica que la peliañil mordió con ansias y un tinte burlesco. El cachivache se abolló bajo sus colmillos y el tipo chilló algo que, por mucho que Diora se esforzó por entender, se perdió en el ruido de la batalla. Solo entonces se dio cuenta de lo hambrienta que estaba.

Se abalanzó contra dos de ellos, algo más separados que el resto. Uno era corpulento y olía a sudor, mientras que el otro, más pequeño y enclenque, olía a algo que no pensó volver a oler. O por lo menos no allí. Olía a niño; como olía su hermano; como las crías de su Sector, que se agarraban de sus ropas o jugaban con sus cabellos cuando visitaba la plaza principal los días de descanso.

El fortachón apuntó hacia ella cuando la vio ir hacia ellos a toda velocidad, farfullando algo al escuchimizado, que se escondió tras su imponente figura empuñando una extraña arma, parecida a las del resto, pero más pequeña. Diora apartó de un zarpazo que hizo pedazos el cachivache metálico al hombre y saltó sobre el tipo detrás, que reculó a pasos agigantados y tambaleantes intentando huir. *Fortachón* chilló en aquel idioma tan extraño como familiar y su presa continuó reculando entre temblores.

Harta de la situación, Diora lo agarró del cuello y, oyendo un

rugido bastante comunicativo de parte de su prometido: *¿qué demonios estás haciendo, mujer?*, continuó avanzando con su presa en alto hasta salir a la luz del día, lejos de la sombra de los árboles. Quería verlo a la luz.

Siguió escuchando gritos en aquel dialecto y los rugidos que proferían Talor y Olvett para mantenerlos a raya.

Solo hicieron falta un par de pasos más para tener a menos de un metro la orilla de las furiosas aguas del río, que parecían rugir y clamar por un sacrificio. Por el niño que Diora llevaba del cuello. Porque aquella figura delgaducha y temblorosa que parecía a punto de romper a llorar como un recién nacido no era ni de lejos un adulto; no necesitaba oler para saberlo.

Se parecía a ellos en lo que a forma se refería: dos brazos, dos piernas, una cabeza… no tenía ojos de más, y por extraño que pareciera no tenía colmillos, ni siquiera los pequeños típicos de los infantes. Tenía dientes típicos de nalim, y unos diminutos incisivos. Tenía el pelo marrón oscuro, algo corto y cubierto de sudor y humedad. Y sus ojos… eran ojos normales. Sin nada especial, eran de un color marrón tierra, haciendo juego con su piel, morena por pasar horas bajo el sol. Aún alzándolo sobre las aguas bravas se giró, escrutando a los cinco hombres que yacían arrodillados, desarmados y siendo custodiados por sus dos acompañantes. Todos tenían características idénticas entre sí: mismo pelo, mismo color de piel, mismos ojos… esos no eran azores. Entonces, ¿qué eran? La mayoría, por no decir todos, eran de complexión ancha y fuerte, pero parecían ser inútiles a la hora de enfrentarse a ellos cuerpo a cuerpo.

El mismo hombre que intentó proteger al chico volvió a hablar, repitiendo lo mismo que había gritado anteriormente. Parecía desesperado y al borde del llanto, y Talor, Olvett y ella no pudieron retener la expresión de sorpresa cuando el mismo apoyó la cabeza en el suelo, suplicando porque, obviamente, dejase vivir al niño.

Solo entonces su cerebro pareció registrar las palabras que decía a gritos y entender lo que decía. Estaba hablando un idioma arcaico, de los que se presumía que se usaban en la Antigua Era.

—¡Por favor, devuélveme a mi hijo!

CAPÍTULO 21

Con la frente clavada en el suelo, volvió a repetir la plegaria, esta vez aún más desesperada si cabía:

—¡Por favor! ¡Es solo un niño, no tiene culpa de nada! Se lo suplico, no le haga daño —La voz del hombre se quebró en las últimas palabras, mostrando que estaba a punto de echarse a llorar de la histeria.

En cualquier otro momento, Diora habría encontrado la situación patética, se habría reído y, sin dudarlo, habría devorado al chico frente a los ojos de su padre. La debilidad no tenía cabida entre los azores. *Nunca*.

Sin embargo, aquella situación la descolocó tanto que no pudo evitar sentirse abrumada por la peste a temor que emanaban, no solo el hombre y el chico colgando sobre las aguas del río, sino el resto de los presentes, que miraban la escena con pavor. A la espera del veredicto final.

—Cógeme a mí en su lugar, maldita sea, ¡pero suéltale! —Ahora la ira acompañaba las palabras del padre, que seguía en posición de súplica, con la mirada fija en ella.

Sus ojos se desviaban en ocasiones al niño, como si buscara cerciorarse de que aún seguía con vida. Asustado, pero con vida.

Diora estuvo tentada de acceder a su petición, soltar al joven y dejar que las aguas lo ahogasen. Eso sin contar con que alguna bestia lo encontrase primero. Pero la mirada suplicante y desesperada de ambos, padre e hijo, tan cargada de emociones que ninguno de los tres azores llegaban a entender, la hizo relajarse lo suficiente como para respirar hondo y alejar a su presa de la orilla. Se acercó a paso lento hasta los prisioneros y, con lentitud, soltó al niño del cuello, que corrió a refugiarse en los brazos de su padre.

Como si le hubieran quitado un peso de los hombros, el hombre respiró aliviado y comprobó que su hijo no tenía, sorprendentemente, ningún rasguño, para volverse a sus atacantes cuando la mujer de cabello verde agua habló.

—¿Qué sois? —Diora se agachó hasta acuclillarse frente a padre e hijo. Se sentía la lengua torpe, falta de práctica a la hora de hablar un dialecto perdido en el tiempo.

El resto de los hombres se tensó ante la cercanía de la que parecía ser la Líder de sus captores.

—¿C…cómo? —No parecía no haber entendido la pregunta;

parecía estar sorprendido de que estuvieran haciéndola.

—¿Qué sois? —Esta vez sonó más severa, sacando a relucir lo ansiosa que estaba por conseguir una respuesta.

—Somos… —la miró a ella, miró a Olvett y miró a Talor. Luego se volvió a Diora—. Somos humanos.

***

Bázil no sabía qué estaba haciendo. No sabía qué hacía allí, ni por qué estaba fingiendo beberse una botella de safín mientras afinaba el oído. Menos aún por qué se había sentado en aquella mesa, estratégicamente cerca de la salida y de aquel grupo de siniestros psicópatas reunidos en uno de los rincones más oscuros de la posada. Aunque tal vez sí lo sabía. ¿Lo sabía? Sí, estaba claro que sabía por qué estaba allí, lo que no tenía tan claro era el por qué había hecho caso a esa estúpida vocecita en su cabeza que le decía que, aunque no le gustara, estar allí sentado era lo correcto. Hacer lo que iba a hacer era lo correcto. *Pero sigue sin gustarme*. Así que se levantó con cuidado de no arrastrar la silla, cogió la botella, y la apuró de un solo trago. Iba a necesitar de toda su agudeza mental para lo que iba a pasar en apenas un par de segundos, pero prefería ir contento y con energías para que no notaran sus verdaderas intenciones.

Estaban todos tan concentrados bebiendo, probablemente celebrando que el *proyecto* iba a llevarse a cabo, que no lo notaron hasta que este plantó de un golpe la botella en el centro de la mesa. El cabecilla fue el que habló.

—Vaya… La verdad sea dicha, nunca pensé que te atreverías. Con eso de que besas el suelo por donde pisa Saford… ¿O debería decir *pisaba*? —Las risas a su alrededor ayudaron a desviar la atención de sus puños apretados y la vena hinchada en su sien. Bázil comenzaba a arrepentirse y lo bueno ni siquiera había empezado.

—Bueno, ya ves que estoy lleno de sorpresas. De todas formas, yo que tú no dejaba que se me subieran los humos a la cabeza; después de todo, a ti te rechazó en público para irse a fornicar con Darselar.

El grupo de azores volvió a reírse, ahora de su jefe, que encapuchado apretó la copa de vidrio que tenía en la mano hasta hacerla reventar. Los trozos de cristal rotos se le clavaron en la mano.

—Basta de gilipolleces, dime a qué vienes.

—Tú mismo lo has dicho, vengo a unirme. Ya nos han masacrado lo suficiente, el Hemisferio necesita un cambio y Ereder sobra en Palacio.

—Entonces supongo que te damos la bienvenida, *amigo*.

—No te molestes, jefe, los prefiero morenos.

El encapuchado gruñó y golpeó la mesa con el puño. Las heridas se

habían cerrado y solo quedaban un par de manchas de sangre seca. Sin embargo, Kódiak no hizo amago de querer tomar represalias; en cambio, sonrió. Una sonrisa perversa.

—Bueno, pasemos a lo importante: la prueba de lealtad.

—¿Qué mierdas es eso?

—Oh, no te preocupes, estoy seguro de que para alguien como tú no será problema ninguno.

—¿A qué te refieres? —A Bázil no le gustaba cómo sonaba eso.

—Mata a Catherina Satía-Linma, fiel seguidora de la dinastía Darselar.

***

Somos humanos. Somos humanos. Somos humanos. Somos hu…

—¿Cómo has dicho? —Olvett agarró al hombre de la ropa y le hizo girarse—. Repítelo.

—¡Somos humanos! ¿Qué más queréis? —Fue otro de los hombres, el que estaba junto a padre e hijo, el que respondió gritando con desesperación. Este era mucho más joven que el padre.

Uno de sus compañeros le reprendió:

—Guarda silencio, ¿es que quieres atraer a las bestias? Los topos podrían oírte.

—¡Y qué más da! Prefiero morir devorado por topos que por ellos.

—¡Callaos de una vez! —Talor lo agarró de la cabeza y lo obligó a agacharse hasta enterrar la nariz en el lodo—. ¡Responded!

—¿Qué demonios hay que responder? Ya lo hemos dicho, somos humanos, ¿qué más queréis? —Otro de los hombres habló. El resto permanecía con la cabeza gacha y la mirada estoica. Se estaban mentalizando para morir.

Diora se incorporó en el sitio y miró a Olvett.

—Ve a por Catt, ya no hay peligro y no quiero que esté sola más de lo debido.

—Bien —Algo reticente se apartó de los rehenes, antes de coger impulso y saltar hacia la otra orilla.

Los prisioneros no pudieron esconder la expresión de sorpresa ante el despliegue de poder. Estaba claro que no les habían ganado por un golpe de suerte.

—Si es verdad lo que decís, ¿por qué nos atacasteis? Es que no visteis que no somos como los Sibalek?

—No sé qué demonios es un Sibalek, pero no estamos seguros aquí, los topos podrían encontrarnos —El padre apretó los hombros de su hijo y escrutó los alrededores—. Hay un refugio abandonado no muy lejos de aquí, llegaremos antes de que oscurezca si partimos ahora —miró a Diora con ojos suplicantes—. Llevadnos allí y os diremos todo

lo que queráis, de verdad, pero no sobreviviremos a las bestias de la noche. Os lo suplico.

Y ahí estaba otra vez, esa oleada de extrañas emociones que la abrumaban y abofeteaban sin piedad. Tenía que averiguar qué eran fuera como fuese, la curiosidad le podía.

Talor saltó sobre los hombres arrodillados y se colocó junto a su prometida.

—Tienen razón. Pronto anochecerá, y no creo que nos convenga encontrarnos con más bestias, menos aún cargando con ellos y con Catt. Además, a la vista está que son débiles, y ese cachorro no durará mucho, ya lo siento tiritar solo con la humedad del río —El príncipe se giró cuando Olvett aterrizó junto a ellos con Cattrina en brazos, que miraba curiosa y en silencio a los prisioneros—. Aprovechemos ahora y vayamos al refugio, allí los interrogaremos.

—Bien —Diora se giró a las otras dos azores—. No os separéis y manteneos cerca de ellos —Señaló al grupo de *humanos*—. Nosotros os cubrimos.

Uno de los hombres que hasta entonces había permanecido callado tomó la palabra.

—Yo puedo guiaros hasta el refugio, no está muy lejos de aquí.

—Vett, ya sabes lo que tienes que hacer.

Asintiendo, y con un movimiento de cabeza, le indicó a los arrodillados que se pusieran en pie, colocándose el guía delante de ella para liderar el camino mientras era vigilado. Cattrina no había apartado la mirada de los extraños hombres que hacía menos de quince minutos los habían atacado, pero no dijo nada. Aún estaba muy débil, y por mucho que se hubieran esforzado en mantener la suciedad lejos de las laceraciones abiertas.

Mientras, Diora se apostó con Talor al final del grupo para vigilar que ninguna bestia se acercara, aunque no habían percibido presencia alguna desde el amanecer.

—¿Puedes creértelo? —El Heredero señaló a los hombres que caminaban a unos metros delante de ambos mientras enlazaba sus dedos con los de su acompañante. Ella no se quejó.

—Aún sigo intentando asimilar que estamos aquí, no quieras meterme prisa —Hizo un amago de sonrisa que se borró en cuanto la notó sobre su cara—. ¿Crees que dicen la verdad?

—Me temo que ahora mismo no encuentro una explicación lo suficientemente lógica como para decir que no lo son pero… piénsalo. No son como nosotros, pero al mismo tiempo nos parecemos mucho: misma estructura, conocemos su dialecto… aunque ha quedado claro que ellos no tienen garras ni colmillos, menos aún nuestra fuerza o velocidad.

—Desde luego se nos dan un aire, y en algunos aspectos me

recuerdan a las historias que nos contaban cuando aún no teníamos nombre siquiera; esos sobre las extrañas apariencias de nuestros predecesores: que no tenían ojos ni cabellos únicos, como los azores. Que usaban armas de fuego y relámpago en vez de garras y colmillos. Que hablaban más de siete mil lenguas en todo el planeta, cuando ellos lo poblaban… Si es verdad, esto podría cambiar nuestra forma de ver el mundo desde sus cimientos, Talor. El Sector Cero alberga *vida inteligente* —Diora le miró con intensidad, no sabiendo muy bien cómo sentirse ante la situación que estaban viviendo.

—Lo sé, *amû*, y no sé si eso es bueno o malo —Talor volvió a mirar a los hombres y luego se giró hacia ella—. Pero lo que sí sé es que, ahora mismo, y viendo cómo están las cosas para nosotros, no tenemos nada que perder.

Diora apretó el agarre en su mano y se permitió acariciar su hombro con el enorme brazo de su prometido para luego seguir caminando, no queriendo quedarse atrás.

Marcharon siguiendo el curso del río por lo que intuyeron fueron otras tres horas. No se detuvieron en ningún momento para beber o comer, pues los azores podían aguantar varios días sin probar bocado y seguir funcionales casi sin problemas. Los supuestos humanos, en cambio, sacaron de unas extrañas bolsas que llevaban a sus espaldas lo que parecía ser comida y agua, y se la repartieron entre todos mientras caminaban. El chico, que no había abierto la boca desde antes de partir, se llevó la mayor parte muy a pesar de que intentó compartir con su padre y el resto de los adultos. Ahora que Diora se fijaba bien, el chico parecía incluso más joven, y es que su olor a infante seguía siendo fuerte a su alrededor. Lo que la extrañaba era su aspecto: era flacucho, sí, pero bastante estirado; sin embargo, sus facciones y su postura, acobardada y escondida bajo la sombra de su padre, ponían en duda cuál era su verdadera edad. ¿Tendría ya nombre? Si era así debía de tener más de cincuenta años, ¿tal vez tenía ya los cien? Eso explicaría su aspecto de niño y su comportamiento cobarde; aunque también podría deberse a que ella lo había colgado del cuello sobre las aguas embravecidas de un río. Lo más probable era que lo hubiera asustado. *Ya me encargaré de averiguarlo después*. Puede que incluso le pidiera perdón, ella no tenía nada en contra de los niños, había sido solo para verle a la luz y evitar que la atacase; no había tenido serias intenciones de hacerle daño. *No mucho, al menos*.

—¿Queda mucho para llegar a ese refugio? —La voz de Olvett la sacó de sus ensoñaciones y la devolvió al presente.

—Tenemos que estar cerca, no nos llevará más de media hora a buen paso —Esta vez respondió uno de los cinco hombres que había permanecido en silencio. Este parecía el mayor de todos debido a la

mirada hundida y a las leves manchas de la edad que se entreveían en su piel.

Un tiempo después encontraron una especie de camino labrado sin cuidado en la tierra que se adentraba en la espesura. Hasta entonces habían permanecido lejos de los árboles y cerca de las aguas.

—Este camino lleva a un edificio antiguo. Está abandonado, pero es tan resistente como el primer día; nos mantendrá protegidos del relente y de las bestias —El padre gesticuló hacia el camino de tierra y todos empezaron a caminar.

No olieron nada extraño, así que supieron que no mentían y que no intentarían nada en su contra. Sin embargo, un extraño matiz en el aire avisó a los cuatro azores de que había algo fuera de lo común en aquel sitio. Los cuatro siguieron adelante sin levantar sospechas; ya esperarían al interrogatorio para mencionar nada.

CAPÍTULO 22

No tardaron en encontrar el refugio. El edificio era considerablemente grande, perdiéndose entre las copas de los árboles, y hecho de lo que parecía ser metal y una extraña piedra gris y lisa, que más tarde descubrirían se llamaba cemento. Tenía una puerta principal grande, doble, y con un enorme candado sujeto a unas gruesas cadenas. A pesar de que se notaba que el edificio era antiguo, este aún se erguía orgulloso en pleno centro de la selva.

El mismo hombre que les avisó de la cercanía del refugio se sacó de las ropas un collar con una llave que introdujo en el candado ante la atenta mirada de humanos y azores. Las cadenas cayeron al suelo y, ante la expectante mirada de todos, dos hombres más se le unieron para empujar con gran esfuerzo las enormes puertas del fuerte, que chirriaron en sus goznes después de quién sabía cuánto tiempo sin ser utilizadas.

Haciéndoles una seña con la mano, todos entraron a paso apresurado al interior del edificio, que les brindó una apreciada sensación de seguridad nada más cerrarse las puertas. Lo hizo Diora, que solo necesitó de un empujón para devolverlas a su sitio mientras el portador de la llave volvía a poner el candado. El resto de los hombres se miraron nerviosos ante la nueva demostración de fuerza bruta. A Diora eso le gustó; si tenían ideas extrañas en la cabeza, estas ya se estaban esfumando. No los creía tan estúpidos como para intentar algo a esas alturas. Mejor para ellos que siguiesen tranquilitos y pacíficos como en el viaje, pues los cuatro azores tenían hambre y ante semejante oportunidad no se pondrían quisquillosos. La carne humana, después de casi ser devorados por una bestia salvaje, empezaba a oler bien.

Olvett rompió el silencio.

—Ya hemos llegado a vuestro refugio, ahora hablad —Su tono mordaz les hizo ponerse aún más nerviosos si cabía, juntándose entre ellos, como si permanecer juntos fuera a protegerles.

—Hablaremos como prometimos —El padre señaló al fondo de la sala, donde se habría un pasillo en la austera pared metálica, como el resto de la entrada—. Si vamos por allí daremos con una sala con comida y agua, también con botiquines —Apuntó a Cattrina con la mirada—. Tengo conocimientos sobre medicina y podría ayudarla.

Los azores eran muy conscientes de que no conocían las instalaciones, por no mencionar que la comida que les habían visto

consumir con antelación no era la que ellos necesitaban, pero si había alguna posibilidad de tratar a Cattrina no iban a desperdiciarla. Solo debían mantenerse alerta; tenían la ventaja de que sus armas habían quedado olvidadas en la zona de la pelea, además de que ellos sí llevaban las suyas. Por el momento, los cuatro llevaban el control de la situación.

Talor se pegó a ella, al igual que Olvett, cuando tomó la palabra.

—Está bien, ayudadla y hablad, no tenemos intención de haceros daño, solo queremos respuestas —No era del todo mentira: querían la ayuda médica y las respuestas, y no planeaban hacerles daño *por el momento*. Si hacían o decían algo inadecuado, tal vez se llenaran la tripa con un brazo o una pierna.

—Entonces seguidnos a la cámara principal.

Talor hizo un gesto con la cabeza, indicándoles que irían tras ellos, y emprendieron el camino.

La entrada tenía techos altos y paredes largas enteramente hechas de metal y acero, y al fondo de la estancia, en el centro de la pared, se abría un pasillo, del mismo material, que solamente se veía iluminado por unos dibujos en las paredes y suelo de un verde brillante y extraño.

El chico, que pareció notarlos mirar las extrañas cosas brillantes con curiosidad y extrañeza, olisqueando incluso pensando que era algún tipo de musgo, abrió la boca para hablar por primera vez desde el encuentro:

—Son pegatinas fluorescentes —Tenía una voz algo aniñada, señal de que estaba en pleno desarrollo hormonal. Ahora que el miedo no lo apestaba como inicialmente había hecho, el olor a pubertad era más que evidente—. Son como dibujos que se pegan en las paredes y que brillan en la oscuridad.

Cuando la mirada de los cuatro extraños se posó sobre él se encogió nervioso, pero para rebajar la tensión, Talor redujo la intensidad de su mirada y sus facciones, haciendo que el niño se relajara notablemente. Diora, Cattrina y Olvett le imitaron. Su lucha no era contra él, o por lo menos no de forma directa, pues era prácticamente inofensivo. Era contra los adultos.

El padre, que ya era claro ostentaba el puesto de Líder del grupo por el respeto y sumisión que mostraba el resto de hombres, les echó una mirada por encima del hombro, pero no azuzó a que su hijo dejara de mirarlos o de hablar; simplemente siguió caminando.

—Vosotros no parecéis necesitar guiaros de las flechas —El cambio en las auras de sus agresores pareció darle confianza para seguir hablando—. ¿Acaso veis en la oscuridad? —el niño se giró casi al completo, agarrado al brazo de su padre para no tropezar al andar de costado.

La inocencia e ingenuidad en la pregunta casi los tumbó de una bofetada, pero se repusieron de la sensación de desconocimiento ante las nuevas emociones que olían, y fue Talor quien contestó. Los niños de su especie eran calculadores y astutos, pues su día a día se centraba en sobrevivir lo suficiente como para llegar a su ceremonia de nombramiento; la inocencia les abandonaba poco después de nacer pero, por lo visto, con los humanos no ocurría lo mismo.

—Exactamente. Nuestros ojos no necesitan demasiada luz, se adaptan a la falta de claridad para que podamos ver nítidamente.

—Pero ¿y si no hay nada de luz? —le brillaban los ojos de emoción ante el descubrimiento del superpoder de aquellas personas tan peculiares.

—Entonces nuestras pupilas se expanden para absorber toda la claridad posible y delimitan los bordes del terreno u objetos. Nuestros sentidos nos ayudan a calcular distancias y localizaciones.

—Vaya… —Pareció querer añadir algo más, pero entones pareció reconocer dónde estaban y volvió a mirar al frente—. ¡Ya estamos!

En efecto el pasillo terminaba, junto con las pegatinas fluorescentes, en otra puerta con candado. El mismo hombre de la entrada sacó otra llave, esta vez más pequeña, de uno de los tantos bolsillos de su extraño abrigo, y abrió el portón a una gran sala circular.

Antes de entrar les hicieron una seña para que esperaran, y el padre sacó de la extraña bolsa que llevaba a la espalda una diminuta caja con unos palitos dentro. Al arrastrar uno contra el lateral de esta, creó una llama que llamó la atención de los habitantes del Hemisferio Este. Nunca habían visto hacer fuego de aquella manera.

El hombre se alzó de puntillas y acercó la llama a una especie de repisa que había pegada a la pared, y esta salió ardiendo e iluminando toda la habitación. Era una balda de acero que recorría la estancia entera a dos metros del suelo aproximadamente, un par de centímetros más alta que Talor. Esta debía de contener alguna sustancia inflamable, porque prendió en pocos segundos, creando llamas tan largas como brazos.

Ahora iluminada, la habitación parecía más grande. Al fondo se apilaban docenas de cajas de un extraño material negro, de gran tamaño. En la parte izquierda había una pantalla enorme que estaba apagada y posiblemente disfuncional por la falta de energía, y delante de esta, en semicírculos, había dos hileras de lo que parecían ser monitores de aspecto antiguo, mucho menos desarrollados que los que tenían en su Hemisferio. El resto de la habitación estaba vacía.

—Las cajas del final contienen comida y material sanitario. Si me seguís con vuestra compañera, intentaré ayudarla en lo que pueda — El Líder del grupo indicó a su hijo con un gesto de la mano que

ayudara al resto a abastecerse mientras él señalaba un rincón donde tratar a la herida.

Olvett, que aún tenía en brazos a su compañera, aprobó la invitación y sin mediar palabra se dirigió al sitio indicado. Cattrina seguía sin mediar palabra, pues temía vomitar sus intestinos de hacer el intento. Su situación había empeorado durante el camino y sentía el estómago a punto de salírsele por la garganta debido a las náuseas.

—Cúrala y cuéntanos, puedes hacer dos cosas a la vez —Talor y Diora fueron tras sus dos compañeras y se acomodaron junto a ellas, aún preparados para actuar en caso de que hiciesen un movimiento extraño.

Jamás habían estado en una situación como aquella, y el hecho de estar solos en terreno enemigo sin el apoyo de su gente no mejoraba la situación. El más mínimo error y cualquier oportunidad de supervivencia se iría al traste, y si aquella gente había sobrevivido en Amon-Käh por quién sabía cuánto tiempo, debían de tener algún escondite seguro. Aquella podría ser la clave para sobrevivir.

El niño se acercó a ellos con una especie de maletín de color blanco de gran tamaño y aparentemente pesado; andaba con torpeza, los brazos en tensión sujetando el asa del maletín contra su pecho y teniendo que reajustar su agarre cada pocos pasos. Se lo tendió a su padre y, aunque nervioso, se sentó junto a ellos con la clara intención de ayudar.

El hombre miró a Cattrina.

—Necesito que te quites las vendas sucias para ver cómo es de grave la situación.

Diora la ayudó a apartar los trozos de ropa empapada en sangre seca y marrón, dejando al descubierto unas horrendas laceraciones de color marrón oscuro y rojo, que a duras penas mantenían a raya la infección.

El chico abrió los ojos como platos, y se acercó curioso a ver la herida, probablemente impresionado de que la joven siguiera viva en ese estado. Su padre observó los cortes con ojo crítico y abrió el maletín, sacando instrumentos sanitarios que los cuatro azores sí conocían.

Aquello fue como un soplo de aire fresco.

Por fin algo familiar.

El hombre comenzó a hablar mientras limpiaba los cortes con alcohol y un par de gasas.

—Mi nombre es Rig, y este es mi hijo Jax —El niño saludó con la mano, aún distraído por el estado de la paciente. *Más de cincuenta años, entonces*—. Como bien he dicho antes somos humanos, por sorprendente que eso os resulte.

—¿Cómo es eso posible? —Talor se irguió en su sitio, sacándole

varios centímetros a Rig aun estando ambos sentados—. Se suponía que estabais extintos.

—Lo mismo podríamos decir de vosotros, ¿no? Sabíamos que la raza humana no era la única vida inteligente del planeta, pero nunca habíamos tenido contacto con alguien como vosotros. O por lo menos no desde hacía milenios; muchos milenios, cabe añadir —Sacó del maletín una jeringuilla que clavó en una de las laceraciones con la que empezó a extraer sangre marrón. Cattrina no se quejó—. Si me permitís, creo que sería más rápido si os cuento mi versión completa y luego vosotros contáis la vuestra, ¿os parece?

—Está bien, adelante —Su tono de voz, tan calmado y firme, denotó el porqué de su puesto de Líder. Solo por eso Diora accedió a la propuesta, y eso que no le gustaba que le dieran órdenes, pero después de dos días de muerte y hambre, cualquier resquicio de tranquilidad que se encontraran era bienvenido.

—Según lo que nos han enseñado desde que nacimos, este planeta, la Tierra, o como quiera que vosotros la llaméis, sufrió un declive natural catastrófico hace miles de millones de años, por lo que no sabemos con seguridad lo que ocurrió. Lo único de lo que estamos seguros es de que los continentes han cambiado de posición, que han desaparecido islas y han nacido otras nuevas, y que la fauna y flora ha comenzado casi de cero —De un compartimento del maletín sacó una aguja y una bobina de hilo con las que empezó a coser el vientre de Cattrina—. Lo único que tenemos de prueba son archivos y mapas rescatados por nuestros antepasados, que fueron los pocos que sobrevivieron a la caída del planeta en aquellos tiempos. A día de hoy solo tenemos la palabra de nuestros ancianos para transmitir la historia de nuestra salvación a la extinción, y algunos archivos antiguos que nadie entiende. Suponemos que contendrán información sobre el pasado.

—Y ¿qué hay de nosotros? Dijiste que sabíais que había vida inteligente, pero que hacía milenios que no avistabais a nadie —Olvett reacomodó a Cattrina en su regazo para que los puntos, de aspecto frágil, no se tensaran.

—Cierto, lo he dicho. Veréis, aunque no tengamos ni punto de comparación con los humanos de antes de la catástrofe, no somos tontos. Con el tiempo los nuestros supusieron que podría haber otras colonias de supervivientes, o que con el paso de los milenios la vida evolucionaría, así que había posibilidades de que algún tipo de criatura inteligente hubiera nacido. Ahora veo que habéis sido vosotros —Jax le pasó a su padre unas tijeras con las que cortó el hilo. Pasó al siguiente corte—. Con el tiempo se crearon leyendas de personas que veían a seres de aspecto humano en las profundidades de la selva, aunque nunca llegó a demostrarse. Nosotros éramos muy

pocos y nunca nos movimos del territorio que fundaron nuestros predecesores, por lo que deduzco que venís del este —Diora asintió; no tenía sentido negarlo—. Cuando os vimos esta mañana solo os atisbamos de lejos porque os internasteis en el bosque. Creímos que erais caníbales y abrimos fuego. Cuando vimos que no era así quisimos hablar con vosotros y detener la lucha, pero a la vista está cómo terminó la cosa —Jax se retorció levemente en su sitio, encogiendo los hombros como si volviera a sentir la mano de la mujer de cabellos rizados en torno a su cuello.

—Os escuchamos hablar, pero no os entendimos hasta que reconocimos de qué idioma se trataba. Pertenecía a la Antigua Era, cuando según nosotros los humanos aún habitaban el mundo.

—En efecto, hace mucho que se perdió su nombre, pero aún conservamos muchas escrituras con su alfabeto. Tenemos entendido que era comúnmente hablado en el que es ahora el continente norte, donde antes se asentaban nuestros antepasados, por lo que es el que se ha mantenido a lo largo de los años —Con un gesto pidió que incorporaran a la pelilila para vendarla—. Pero ¿cómo lo habláis vosotros?

—Se recuperaron documentos y objetos del pasado, por lo que con el tiempo aprendimos diferentes dialectos humanos, entre ellos el que predominaba en nuestro continente —Talor ayudó a tumbar a Cattrina otra vez, que seguía igual de pálida y sudorosa que antes, intentando no vomitar.

—Ya veo, entonces, ¿cuál es vuestra versión? —Guardó todos los utensilios en el maletín y se irguió en el sitio, dispuesto a escuchar de dónde venían aquellas personas tan extrañas.

Olvett apartó unos mechones cubiertos de sudor de la frente de Cattrina y clavó la vista en en sus vendajes antes de hablar.

—Según lo que tenemos entendido, nuestra especie surgió decenas de miles de años después de que vuestra especie supuestamente se extinguiera. Vinimos al mundo como el reemplazo de la humanidad, para volver a repoblar el planeta y no cometer los mismo errores que en el pasado. Al menos eso es lo que siempre se nos ha enseñado —Al chico empezaron a temblarle las piernas de la expectación—. Antiguamente vivíamos por todo Alpha, o como vosotros lo llamáis, el continente norte, pero terminamos por construir el Muro que divide el continente y nos asentamos en el Hemisferio Este.

—¿A qué os referís con reemplazo de la humanidad? —Rig le dio un codazo sin mucho disimulo al joven que parecía llevar un ceño fruncido pintado en la cara por su tono acusador.

—Justo lo que ha dicho —Talor tamborileó con los dedos en la rodilla de Diora, las garras cuidadosamente extendidas para no perforar la piel, dejándolas expuestas como si de una amenaza

silenciosa se tratase—. No hay muchos datos que confirmen cómo llegasteis a extinguiros, sobre todo porque la flora salvaje se ha encargado de cubrirlo todo, pero siempre nos han dicho que somos una versión mejorada, hecha para sobrevivir a toda costa. Para ser lo que vosotros no fuisteis.

Pocas cosas se sabían sobre el origen de su especie, realmente. Durante los milenios que fueron asediados por los Sibalek se perdieron incontables registros sobre las generaciones más antiguas, las primeras conocidas por caminar por el barro con un mínimo de intelecto. Muestras de escritura, herramientas, cultura e idioma; todo destruido junto con la carne de los encargados en resguardarlas. Desconocían por completo si en otro tiempo habían carecido de las características físicas tan estrafalarias que poseían en el presente, de si su idioma había sido una invención reciente o por el contrario había perdurado desde los comienzos en el habla, o siquiera si compartían costumbres tan significativas como la Ceremonia de Nombramiento o el Alènac. Todo aquello había quedado olvidado al otro lado de millones de toneladas de mármol y granito y miles de vidas perdidas.

Lo único que tenían ahora era la palabra de aquellos que representaban a su Diosa, que afirmaban que la raza azor había sido creada a su imagen y semejanza para honrarla: tanto hermosa como feroz, delicada e indestructible; como la naturaleza misma.

—¿Entonces venís de detrás de ese muro tan enorme que hay al otro lado del río? —Jax se arrastró por el suelo hasta colocarse a la par de su padre, formulando la pregunta con los ojos brillantes y la respiración acelerada por el entusiasmo.

—Exacto, lo construimos para protegernos de los Sibalek, que supongo que para vosotros son esos caníbales con los que nos confundisteis esta mañana.

—¿Y todos los azores tienen los mismos poderes que vosotros? —Cambiando por tercera vez de postura, ahora sentado sobre sus rodillas, el niño señaló con la mirada las garras de Talor, aún desenvainadas y sobre la rodilla de Diora.

—¿Consideras tú tu habilidad de saltar, o correr, como un poder extraordinario? Nosotros tampoco. Nuestra superioridad física se debe a nuestra naturaleza: nunca pensarías que una bestia que vive en el fondo del mar tiene poderes por poder respirar debajo del agua —Talor cerró los ojos por unos instantes, y cuando volvió a abrirlos, tuvo que abrir la boca para que los colmillos no le perforaran los labios. Ahora del tamaño de dedos, tanto los de la mandíbula superior como la inferior, descansaban contra la barbilla y parte de las mejillas. Tan rápido como aparecieron volvieron a su tamaño inicial, y Rig tuvo que bajarle el brazo a Jax para que este no intentara tocarlos—. En lo tocante a aspecto —Con una sonrisa socarrona se pasó la mano por el

pelo rojo bermellón y dejó que sus pupilas blancas se estrecharan hasta ser tan finas como un cabello— me temo que no tenemos ni idea. Solo sabemos que no hay dos azores iguales, así que puedes imaginarte todas las combinaciones de colores y formas que se te apetezcan.

A Jax se le iluminó la mirada y abrió la boca para, probablemente, bombardearles a preguntas sobre cómo lucían los demás miembros de su especie, pero su padre le dio un toque en el brazo y le indicó que guardara silencio.

—Entiendo —Rig bajó la mirada a sus manos, flexionando los dedos y apretando sus rodillas, como si eso fuera a ayudarle a pensar más rápido—. Parece que por lo pronto tenemos historias similares: civilizaciones creadas desde cero y conocimiento rescatado, aunque reducido. No parecíais sorprendidos al ver los monitores y la pantalla, por lo que deduzco que también tenéis de esos en vuestro territorio.

—Deduces bien. Nuestros conocimientos en tecnología son bastante avanzados, pero no queríamos arriesgarnos a pudrirnos como los humanos en su época, así que nuestros antepasados se encargaron de mantenernos en contacto con la naturaleza; para que no olvidásemos de dónde veníamos.

—Muy inteligentes que fueron. Aunque hay algo que todavía no hemos dejado claro: qué hacemos aquí. Nosotros vinimos en busca de un grupo que desapareció hace un par de semanas de nuestro asentamiento pero, ¿y vosotros?

Ante la pregunta, a Diora le llevó un par de milésimas pensar una respuesta que no revelara el estado de su pueblo. Puede que hubieran compartido información sobre el surgimiento de ambas especies, pero de ahí a revelar localizaciones exactas o situaciones sociopolíticas había un largo trecho. Optó por contar una verdad a medias.

—Se dieron una serie de casualidades que nos han llevado hasta aquí. Solo somos nosotros, y no podemos volver —No aclaró si era por decisión propia o ajena, pero ellos no tenían por qué saber que, probablemente, los habían dado por muertos o simplemente abandonado a su suerte. Lo que importaba en aquel momento era marcarse unos objetivos: encontrar un lugar seguro y sobrevivir. Y ellos eran la mejor opción hasta la fecha.

Si Rig se percató de su verdad incompleta, no dio muestras de ello. Estaban en todo su derecho, al igual que ellos, de no compartir información comprometedora.

—Cambiando de tema, me sorprende que accedierais tan pacíficamente a llegar al refugio para contestar a vuestras preguntas, más aún vuestra templanza ante la situación teniendo en cuenta que luchando casi nos hacéis pedazos.

Hacía rato que el resto de los hombres se había apostado cerca de

ellos, lo bastante como para oír la conversación, pero no lo suficiente como parecer querer intervenir en ella. Por lo visto su Líder y representante lo estaba haciendo bastante bien por todos, pues ante la mención de la lucha parecieron prestar aún más atención.

—Nos enseñan a luchar desde que nacemos, pero eso no significa que no podamos ser civilizados —la sonrisa de superioridad de Talor puso en tensión a los oyentes, probablemente por lo prominente de sus colmillos, pero no hicieron movimiento ni comentario alguno.

—Nosotros, como es más que obvio, no tenemos vuestra fuerza ni habilidades en sí, por lo que nos defendemos con las armas que usamos contra vosotros, que supongo siguen donde las dejamos tiradas —Pareció incómodo al recordar que estaban completamente desarmados—. Aun así veo que también las usáis —Señaló los dos puñales y la espada, colgando de la poca tela que aún quedaba de sus trajes de casamiento; los ropajes de Olvett y Cattrina no estaban en mejores condiciones.

—Sí, pero solo si es necesario. Que sepamos usarlos no significa que no nos guste usar nuestras propias manos —El comentario de Olvett puso en guardia a los adultos, pero el niño parecía aún más asombrado por las habilidades de los cuatro extraños.

—Oye, ¿puedo haceros una pregunta? —Otra vez esa mirada de inocencia y aquellas emociones tan extrañas que no entendían.

—Adelante —Diora se acomodó contra la pared, intentando relajar los músculos de la espalda, aunque sin bajar la guardia.

—¿Cuántos años tenéis? —la pregunta los pilló por sorpresa, pero contestaron sin dudar.

—Ciento noventa y siete —contestaron los tres al unísono.

—¡¿Ciento noventa y siete?! ¡Pero eso es imposible! —Ninguno pudo evitar la expresión de sorpresa e incredulidad que se les quedó ante semejante cifra. No aparentaban más de veinticinco.

—¿Por qué iba a ser imposible? Tú debes tener entre sesenta y ochenta años —Jax estuvo a punto de echarse a reír, teniendo que cubrirse la boca con las manos, y Diora lo miró con una ceja alzada.

—¡Pero si tengo trece! Sesenta tenían mis abuelos.

—¿Cómo? —Talor casi se atraganta con su propia saliva. Si ese chico tuviera trece años aún sería una bola de carne andante que apenas sí sabría cómo andar erguido. Aquello simplemente no tenía sentido.

—Lo que mi hijo parece querer decir es que sesenta años tienen nuestros ancianos. Un niño jamás podría ser tan longevo —Rig hizo un gesto hacia su hijo, como si su aspecto o presencia pudieran corroborar lo dicho.

—Nuestros ancianos podrían llegar al milenio, sesenta años tienen nuestros niños —Talor olisqueó el aire con disimulo, comprobando

que los olores los delataban: niño y adulto. No había error—. Solo queda suponer que nuestras diferencias también incluyen la longevidad, porque yo con trece años apenas daba dos pasos sobre mis piernas.

—Es fascinante, para qué mentir. A pesar de nuestras semejanzas en estructura, somos dos mundos completamente diferentes.

—Algo en lo que estamos completamente de acuerdo —Olvett parecía haber hecho a un lado su hostilidad para dejar paso a la templanza y la curiosidad, dejando salir su naturaleza de erudita, aunque con las garras más que preparadas para destrozar carne y huesos.

De improviso, el mismo hombre que en su momento se encontraba arrodillado junto al Líder del grupo, ahora conocido como Rig, hizo la pregunta decisiva.

—Ahora que hemos respondido a vuestras preguntas, ¿qué pensáis hacer con nosotros?

CAPÍTULO 23

La verdad era que la pregunta era más que acertada. Ya se había hablado lo que se tenía que hablar, las preguntas habían sido respondidas. Solo faltaba poner las cartas sobre la mesa: ¿qué pasaba ahora?

Diora no estaba segura de si lo que iba a proponer era lo mejor, pero era la única idea que tenían. Su única oportunidad de sobrevivir en terreno desconocido.

—No somos seres irracionales. No conocemos el terreno y no tenemos a dónde ir; vosotros, en cambio, sabéis lo que hacéis. Queremos ir con vosotros.

—¿Con nosotros? —Por el tono de su voz, al hombre de nombre aún desconocido no pareció gustarle la respuesta a su pegunta.

—¿Acaso estás sordo? —El tono de Talor, bajo y ronco, hizo que al humano se le bajasen los humos y se removiera incómodo en su sitio, aunque su desagrado no menguó en lo más mínimo.

—Calmaos todos, haced el favor —La voz de Rig desvió la atención del príncipe hacia él, dejando de lado a su nuevo y potencial enemigo. Ese tipo no le gustaba para nada—. Hablemos las cosas con la calma que hemos tenido hasta ahora —Señaló a su hijo y a él mismo—. Nosotros dos nos hemos presentado, pero aún sois desconocidos para nosotros. Demostremos que somos seres civilizados y terminemos con las presentaciones.

El tono de voz que había usado no daba lugar a negaciones, y solo por el hecho de haber ayudado a Cattrina, Diora no le partió el cuello por su atrevimiento. A ella nadie le daba órdenes.

—Yo soy Diora, la Líder de este escuadrón —No mentía del todo, solo no había mencionado que faltaban dos miembros que seguían al otro lado del Muro—. Ellos son Talor —el príncipe asintió como saludo formal—, Olvett y Cattrina —Ambas jóvenes hicieron un gesto con la cabeza, aunque la segunda con dificultad.

Jax se acercó a su padre y le susurró algo al oído con la intención de que solo lo escuchase él. No contó con el oído desarrollado de los azores.

—Qué nombres más raros tienen.

Diora no sabía si reír o pegarle. Talor pareció optar por lo primero, y Olvett simplemente sonrió divertida. Le recordaba a la reacción de los niños de su Sector cuando leían los nombres tallados en el Haya por primera vez.

El resto de los hombres comenzó a presentarse con algo de reticencia.

—Blee —Era de aspecto joven, aunque ya era un adulto con creces. Tenía el pelo marrón oscuro y el comienzo de una barba que prometía ser prominente. Bastante alto, pero no como Diora.

—Jay —Era el atrevido que se encontraba junto a Rig cuando fueron arrodillados en la orilla del río. Era corpulento y de pelo realmente oscuro, casi negro, por lo que les sorprendió que pareciera tan joven. Lo atribuyeron a otra de las tantas diferencias entre las dos razas.

—Sxei —Este era más joven que los anteriores, tal vez de su edad si fueran de la misma especie; un par de años de adultez. A simple vista parecía casi tan alto como Talor, y tenía una figura esbelta y marcada.

—Sil —Aquel era más mayor que Rig en apariencia. Parecía tener algunos cabellos blancos entre una prominente barba castaña, a juego con su cabello, que llevaba rapado por los laterales y amarrado en una gruesa trenza.

A pesar de la diferencia de fuerza, entre los suyos debían de ser de los más capaces.

Se produjo una pausa incómoda al final de las presentaciones que rompió Jax.

—Oye, ahora que nos conocemos todos, ¿podemos comer ya? Tengo hambre —No esperó a recibir respuesta, pues se levantó y se dirigió a una de las cajas que habían abierto mientras él y su padre curaban a Cattrina.

De ella sacó unos pequeños recipientes de un extraño material que desprendían olor a comida, aunque no demasiado apetecible. Rig y el resto se volvieron hacia ellos.

—Hay comida de sobra para todos. Mientras comemos podemos discutir qué hacer —el tono de voz calmado del tal Sxei tranquilizó al resto, que permanecían reacios a la presencia de los extranjeros, y procedieron a acompañar al niño en la cena improvisada.

—Gracias por la oferta, pero me temo que nuestra comida suele estar más… viva —la sonrisa escalofriante de Olvett y su mirada hambrienta fueron explicación suficiente, por lo que no volvieron a invitarlos a comer.

***

Decidieron esperar a que todos terminaran de alimentarse para discutir cómo proceder, porque por mucho que odiaran la idea de siquiera imaginar llevarlos con ellos, habían dejado las armas en el bosque, cerca de la orilla del río, así que por el momento estaban

indefensos. Por el día no solía haber vida de ningún tipo rondando por cielo, agua o tierra, pero había excepciones, y más de una vez se habían topado con algún nido de caníbales. Por no hablar de que el camino al asentamiento duraba más de una semana. Si no encontraban un refugio para pasar la noche, no sobrevivirían. Ante la falta de armas en aquel edificio viejo y obsoleto, no tenían más opción que servirse de aquellos jóvenes, sin contar a la lisiada. Podrían escoltarlos hasta el punto donde dejaron olvidadas las armas, pero no lo harían gratis. Volvían a estar ante el mismo punto: tendrían que permitirles venir.

Jay estaba que echaba humo mientras mantenían una silenciosa conversación sobre qué hacer. Bastaban un par de miradas y gestos para poner las cartas sobre la mesa: se necesitaban. Los extraños querían llegar a un lugar seguro, pues eran extranjeros en aquellas tierras, y ellos iban a necesitar de sus habilidades para sobrevivir. Además, aunque rabiaba por tener que admitirlo, si colaboraban, podrían reducir el tiempo de vuelta al asentamiento. En lugar de doce días podrían hacerlo en siete, puede que menos, y cuanto más tiempo salvaran, mejor. Y, ¿quién sabía? Los conocimientos que podrían aportar a los suyos podrían mejorar la vida de su pueblo, y Jay podría ser un bruto descerebrado en ocasiones, pero no era tonto; era una oportunidad única de aprender y mejorar su actual forma de vida.

Si el jefe daba su permiso, cuando ya no fueran necesarios, él mismo los mataría.

***

Para evitar pensar en el hambre que tenían y arriesgarse a darle un mordisco a alguno de los presentes, los cuatro guerreros decidieron alejarse del grupo de humanos y dar vueltas por la sala para distraerse. Esta vez fue Talor quien se quedó con Cattrina para que Olvett pudiera estirar las piernas y los brazos. Llevaba muchas horas llevándola cargada y empezaba a notar los músculos agarrotados.

Diora, por su parte, se puso a recorrer las hileras de monitores de la sala, admirando el diseño, aunque parecido, mucho más prehistórico que los de su tierra. Estos aún tenían botones. *Botones. El cachivache*. Metió la mano entre los pliegues del pecho de lo que quedaba de su vestido y sacó aquel aparato tan extraño que habían encontrado en el río. Lo había sentido vibrar contra su piel.

Curiosa abrió la tapa, y se encontró con que esta tenía un extraño brillo blanco que cubría la pequeña pantalla en el centro de la parte superior. El aparato siguió vibrando y fue entonces que se dio cuenta de que aquello había pasado cuando se había acercado a los monitores.

Nadie se había percatado de lo ocurrido, por lo que se tomó la libertad de comprobar las pantallas una a una en busca de la culpable, hasta que en la segunda fila, en el tercer monitor, encontró que en la esquina inferior derecha parpadeaba una especie de raya blanca que contrastaba con la negrura de la pantalla. Se suponía que el edificio no tenía energía.

—Rig —el mencionado dejó de comer y se giró a mirarla—. ¿No dijiste antes que buscabais a un grupo de los vuestros? ¿Que habían desaparecido hace unas semanas?

—Sí, exacto —se levantó, sacudiéndose las manos en el pantalón, y arrugó el entrecejo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque los hemos olido —Olvett se apresuró a posicionarse junto a su Líder—. Y esto está funcionando —Golpeó la pantalla con los nudillos, haciendo que todo aquel presente en la habitación se acercara a verlo con sus propios ojos.

Talor cogió a Cattrina en brazos.

—¡Ese es el móvil de Trek! —Sxei le arrebató el aparato a Diora, que gruñó ante el arrebato—. ¿Dónde lo habéis encontrado? —El joven se le acercó tanto que Talor se plantó frente a ella después de pasarle a Cattrina, que arrugó la nariz al sentir los puntos del estómago estirarse.

—En el río —Los tres centímetros de diferencia entre Talor y el humano se volvieron tres metros cuando el príncipe comenzó a gruñir y se le comenzó a erizar el pelo.

Sxei dio un paso atrás, amedrentado, pero sin que sus facciones lo demostraran. Una pena que Talor pudiera olerlo.

—Este móvil pertenece a uno de los nuestros, iba en el grupo que desapareció hace ya veinte días —Sil y Rig pusieron distancia entre los dos enfrentados.

—¡¿No habréis tenido vosotros nada que ver, no?! —Jay prácticamente se abalanzó contra los azores, que lejos de recular le encararon con las garras desnudas—. ¡Contestad, bestias!

—¿A quién llamas tú bestia, despojo? Debería haberte arrancado lo poco que tienes de hombre cuando chillaste como un recién nacido al caerte encima —Diora lo asió del cuello con una mano y lo estrelló contra una de las pantallas que seguían en desuso. El cristal se quebró.

—Maldita sea, ¡callaos de una vez, joder! —Blee pegó un puñetazo en la carcasa del soporte de los monitores y el sonido metálico acalló las voces—. Dejad de discutir como imbéciles y averiguad ya de una vez cómo es que todo el edificio está apagado menos ese trozo de metal. Jax, ya sabes qué hacer.

Aunque reticente, Diora soltó a Jay, que tuvo que ser ayudado por Sil y Sxei para levantarse después del golpe; Talor reculó y Jax se puso a toquetear botones y zonas de la pantalla como todo un profesional.

Sxei le dio el móvil y cuando vio la mirada entre extraña y curiosa que le daban al aparato telefónico, explicó:

—Un móvil es un aparato que nos permite comunicarnos entre nosotros a pesar de las largas distancias; es gracias a esa antena. Si no fuera por la vegetación podríamos comunicarnos con nuestro pueblo.

Si quedaron sorprendidos por la función del cachivache metálico no lo demostraron. Cattrina, que había recuperado el color, se bajó de los brazos de Diora, algo tambaleante, y se volvió a los presentes, que la miraron como si fuera un fantasma. Hacía menos de media hora ni siquiera era capaz de hablar.

—No pienso volver a dejar que me destripen en mi vida, vaya mierda —Se sobó el estómago mientras estiraba la espalda, con cuidado de los puntos de sutura—. Creo que para la próxima vez voy a tener que llevaros en brazos yo a vosotros, es lo justo, ¿no? A ver si así no soy la única a la que se le duermen las piernas y el trasero de andar meneándose de un lado a otro —Cattrina meneó las caderas—. Por si se os había olvidado, no soy una muñeca de trapo, capullos.

—Y, por si se te ha olvidado, estamos ante un momento bastante serio como para que te pongas a menear el trasero. Yo sigo mandando aquí, que quede claro —Diora le tiró de un mechón de pelo lila, que llevaba suelto desde el ataque al Hemisferio, y se giró hacia el niño, que seguía toqueteando la pantalla y los botones. Ahora se veían desfilar códigos de números y letras.

—Para que esto funcione han tenido que abrir la carcasa y redirigir los cables que van a la fuente de energía principal a una suplente, yo diría que una batería, aunque no podría afirmarlo sin comprobarlo, y entonces perderíamos el rastro de actividad registrado en el sistema — De repente parecía un par de años mayor, más maduro y centrado.

—¿Una batería? En el asentamiento apenas tenemos suficientes como para iluminar las casas, no nos sobran, ¿de dónde demonios iban a sacar una? —Jay se asomó cabreado por encima del hombro de Jax.

—Repito, no estoy seguro, tendría que mirarlo.

—¡Pues compruébalo! —Jay lo agarró del hombro y empezó a sacudirlo hasta que Jax se desasió de una sacudida y lo miró molesto.

—Acabo de decir que no puedo, capullo, se borraría lo que sea que haya hecho encenderse el móvil.

—Jay, déjalo en paz, él sabe lo que hace —Rig los apartó y se dirigió a su hijo.

—¿Puedes descubrir qué es lo que han hecho?

—Si el cavernícola ese me deja, sí.

Jay hizo ademán de lanzarse contra el chico, pero Olvett se interpuso y miró la pantalla.

—¿Cuánto te falta?

Jax se sonrojó ante la cercanía de la joven, que le sacaba más de una cabeza de altura.

—Casi nada, solo faltan los últimos dígitos.

En efecto, poco a poco los números y letras de orden inconexo comenzaron a organizarse en la pantalla hasta formar un único mensaje con fecha y hora enviado desde aquel monitor.

—Habían ligado el código de acceso al teléfono, por eso se había encendido al encontrarse en el radio de alcance del monitor. No querían que supiéramos lo que habían enviado —Los presentes miraron curiosos a Jax, que azorado se apresuró a abrir el mensaje.

Se hizo el silencio.

—¿Eso no son…? —Rig no tuvo fuerzas para continuar.

—Las coordenadas del asentamiento como localización emisora del mensaje —Jax, junto con el resto de su grupo, palidecieron ante el cambio de aura de los cuatro extraños.

De pronto el ambiente se había vuelto casi irrespirable.

—Y no solo eso —Cattrina señaló el destinatario y hora en la que fue enviado. Hizo de tripas corazón al hablar —. Lo ha recibido Palacio.

Los planes han cambiado. Abrid las puertas mañana al amanecer.
17:03

CAPÍTULO 24

Diora recorría el mensaje de izquierda a derecha y de derecha a izquierda con desesperación, tan rápido que estuvo a punto de marearse.

Abrid las puertas. Abrid las puertas. Abrid las puertas.

No había fallos, mensajes encriptados ni palabras entre líneas; lo que se veía era lo que significaba: alguien de fuera dio órdenes de abrir las puertas y condenarles a muerte. Palacio siguió órdenes de *alguien*. ¿Quién? ¿Quién podría hacer que el orgullo y los principios de un azor se desvanecieran como vapor de agua con una sola línea? ¿Y la Guardia? ¿Dónde habían estado cuando aquellas bestias, aquel *alguien* había bañado con sangre las tierras que aquellos cadáveres pisaron alguna vez en vida? Se suponía que ellos eran la primera defensa, los encargados de proteger a toda costa a los habitantes de las Tres Capitales, de los Tres Sectores, y al final habían sido ellos mismos los hacedores de la guadaña. Habían segado más de trescientas mil personas en menos de ocho horas.

Diora solo podía pensar en encontrar a ese alguien y en devorarle las entrañas mientras gritaba y suplicaba por piedad. Ella estaría encantada de no dársela.

Cattrina había tenido que buscar apoyo en Olvett, pues parecía que el mero hecho de leer lo escrito en la pantalla le estaba drenando la sangre del cuerpo. Talor pegó su pecho a la espalda de su prometida y la guerrera pudo sentir los latidos desenfrenados de su corazón.

Habían tenido que pasar cerca de un minuto completo en silencio antes de que Blee se hiciese oír por encima de la tensión inicial. El ambiente estaba tan pesado que la voz le salió pastosa, casi tambaleante, contrastando con su imponente apariencia.

—¿Qué significa eso?

Su mirada transmitía temor. Terror por averiguar la atrocidad que los suyos podrían haber cometido. Pavor por saber que ahora, más que nunca, aquellos cuatro peculiares jóvenes podían convertirse en sus verdugos.

Fue Talor el que, tras tragarse el rugido de agonía y furia por los caídos en aquel genocidio, contestó. Diora se agarró al brazo del príncipe y le clavó las garras; los surcos de sangre resbalaron por el codo hasta caer al suelo.

—Significa que el desencadenante de nuestra presencia aquí no fue una… desafortunada e impredecible coincidencia —Sus ojos

parecieron volverse blancos mientras se volvía, furioso, a mirarlos—. Estuvo planeado desde un principio —Comenzó a acercarse hacia ellos muy lentamente, como un depredador rondando a su presa, esperando el mejor momento para atacar—. Y, por lo visto, el responsable de todo esto ha sido uno de los vuestros.

Cattrina y Olvett avanzaron, gruñendo y con el cabello erizado y los colmillos necesitados de sustento detrás de su príncipe, que en un abrir y cerrar de ojos había cogido a Rig del cuello para levantarlo en vilo ante la aterrorizada mirada de sus compañeros y su hijo. Jax estaba a punto de echarse a llorar, y Jay, Sxei, Blee y Sil hicieron amago de intentar ayudar a su Líder cuando una mano con largas y afiladas zarpas se posó en el brazo del príncipe.

Diora hizo frenar en seco a sus compañeras con un gesto de la mano, y con la mirada le indicó a su prometido que soltara al hombre, que luchaba por respirar a más de treinta centímetros del suelo.

Talor lo bajó, reticente, mientras clavaba su intensa e invertida mirada en los brillantes ojos de su prometida. Estaban más apagados que nunca.

Rig se alejó de su estrangulador y retrocedió a tropezones mientras boqueaba en busca de aire y Jax le abrazaba, intentando estabilizarlo.

Diora dio unos pasos en dirección al grupo de humanos, que adoptaron una posición defensiva ante el acercamiento de la guerrera. No tenían armas con las que defenderse y luchar, pero tampoco iban a quedarse de brazos cruzados.

—Los vuestros han sido los causantes de nuestras desgracias —Señaló el monitor a su espalda—. Quien quiera que haya enviado este mensaje sabía muy bien lo que hacía, y está claro que su intención era hacernos daño —Clavó su mirada en Jax, que hizo lo que pudo para no apartarla—. Mucho daño, así que estamos en nuestro derecho de exigir sangre, ¿no es así? Queremos a los culpables y que se haga justicia, y eso es algo que gente tan civilizada como vosotros no va a quitarnos, ¿verdad? —Rig apretó a Jax contra su costado, resistiendo el impulso de limpiarse el sudor de la frente. Sentía que cualquier movimiento en falso sería reconocido como una amenaza, y estaba seguro de que nadie iba a poder salvarle si se veía colgando de las zarpas del joven pelirrojo por segunda vez—. Partiremos al amanecer; dentro de seis horas, si no me falla el olfato. Recoged todo lo que necesitéis y nosotros nos encargaremos de que lleguéis sanos y salvos a vuestro hogar. A cambio, nos ayudareis a que los culpables paguen por sus crímenes —Su expresión, estoica, asentó un nudo en la garganta de todos en la sala, incluido su escuadrón, que jamás la habían escuchado y sentido tan impasible. Como un bloque de hielo: fría y sin sentimientos.

—Pero…

—No haremos daño a nadie, no somos unos desalmados, tenemos modales. Además, no es como si tuvierais otra opción ahora mismo. Nos necesitáis para llegar vivos a vuestro hogar y nosotros os necesitamos para saber quién ha hecho esto y por qué —Diora esbozó una sonrisa tan siniestra que incluso Jay comenzó a sudar—. Y ahora preparaos y descansad. Haremos el camino de vuelta en tiempo récord.

No dio lugar a más quejas y se volvió, ondeando su interminable melena verde agua manchada de hojas, tierra y algo de sudor y sangre, para arrastrar a sus tres compañeros al otro lado de la sala. Los humanos hicieron caso y, aunque algo titubeantes, comenzaron a llenar las mochilas que llevaban con comida, agua y botiquines médicos.

Talor, Cattrina y Olvett miraron a Diora como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Qué pretendes, *amû*?

—Eso mismo digo yo —Cattrina empujó al príncipe y se encaró con Diora—. ¿Llevarlos sanos y salvos? ¿Qué somos, guardaespaldas?

—Callaos de una vez, joder —Cattrina intentó pegarle en el brazo, indignada, y Olvett tuvo que sujetarla para que no cometiera una estupidez—. Nos conviene tenerlos de nuestra parte si queremos averiguar qué está pasando, porque admitámoslo, esto nos viene grande —Los tres gruñeron nerviosos, Talor más concretamente a la pelilila por haberle empujado e intentado pegar a su prometida, y ella misma tuvo que contenerse para no dejarse llevar por sus emociones. Estaba furiosa y desorientada, y sentía que todo esa situación la estaba consumiendo—. Hay un humano, o puede que más, que ha estado planeando en nuestra contra quién sabe cuánto tiempo. Han conseguido comunicarse con Palacio y, sea como sea, o han burlado la autoridad de Ereder, o él mismo ha estado de acuerdo, y eso solo significa que un ataque Sibalek no es lo peor que vamos a sufrir —Soltó un suspiro tembloroso—. Puede que incluso estemos mejor nosotros aquí que ellos allí.

—¿Entonces? —Olvett se cruzó de brazos.

—Necesitamos un sitio seguro, y el asentamiento ese del que tanto halan parece ideal. Los llevaremos allí sanos y salvos, nos ganaremos su confianza y nos aprovecharemos de eso.

—¿Desde cuando eres tan calculadora? Déjalo, me gusta que dejes salir a la psicópata que llevas dentro —Cattrina la sujetó de los hombros—. Si vamos a hacernos los simpáticos y los caritativos, lo mejor será informarnos de ese sitio del que hablan tanto y del caminito que hay que seguir, ¿no? Además, me parece haberlos oído decir que tengo buenas caderas; pude que hasta me piense desflorar al bocazas de Jim por el bien del equipo.

—Jay.

—Eso.

Durante una hora azores y humanos estuvieron discutiendo el camino más rápido a seguir. En aquella selva la acción comenzaba por la noche, cuando depredadores y presas salían de sus madrigueras para cazar y ser cazados, por lo que tendrían que aprovechar las horas de sol para alcanzar los refugios marcados en diferentes puntos de la ruta marcada en un viejo mapa que llevaban consigo.

Primero tendrían que recorrer de vuelta el camino andado hasta el edificio abandonado para recoger las armas abandonadas allí, si es que ningún animal las había destrozado o extraviado todavía. A partir de entonces aprovecharían las diez horas de luz de las que disponían para avanzar sin descanso.

La idea era utilizar el curso del río como vía rápida de avance para no retrasarse esquivando árboles ni raíces; los humanos eran más lentos y torpes que un ciego, por lo que los dejarían atrás en cuento empezaran a correr.

Los refugios no estaban representados en el mapa, sino que eran cruces marcadas con rojo en el gastado papel que indicaban los puntos seguros en los que pasar la noche sin correr riesgo. Sil explicó que eran atalayas en las copas de los árboles, preparadas para soportar un máximo de doce personas; una plataforma de madera que los mantendría lejos del peligro hasta el amanecer.

Si lo hacían bien, llegarían a su destino en escasos ocho días. Menos si no sufrían ningún imprevisto.

—Partiremos en cinco horas. Dormid lo que podáis.

Rig dio por terminada la charla y, no sin dirigirles una mirada nerviosa a los azores, se retiró junto a su grupo para dormir. Jax les dirigió una mirada curiosa y se despidió con la mano con una pequeña sonrisa, como si el incidente anterior nunca hubiese ocurrido.

Diora no pudo evitar pensar en Endor, pero eliminó su recuerdo tan rápido como llegó. Cuando volvieran a su Hemisferio, a casa, podría permitirse pensar en su familia. Hasta entonces, lo mejor era asumir que habían muerto; eso hacía su ausencia escocer menos.

—*Amû*, vamos a dormir —Talor la condujo hasta el rincón más alejado de los humanos, donde Olvett y Cattrina ya estaban acomodadas.

—Esperemos que valga la pena hacer de niñeras, Ora. Aunque sigo sin saber qué ganamos yendo a una población repleta de… —Cattrina miró al grupo de hombres, que se había acomodado usando las cajas de suministros como apoyo—… humanos. Podrían volverse contra nosotros.

—Primero, no me llames Ora. Segundo, es cierto, podrían volverse contra nosotros, pero pensadlo bien; no tenemos a dónde ir, y si los

atacásemos tomarían represalias. Si han encontrado un lugar seguro, lejos de las bestias de este sitio, tenemos que ir allí. Además, ya habéis visto que el culpable de todo lo que nos ha pasado es de los suyos. Si alguien puede darnos respuestas, son ellos.

—Entonces preparémonos, algo me dice que van a ser tiempos difíciles —Olvett acomodó la cabeza de Cattrina en su regazo, de modo que los puntos de su estómago se mantuvieran estirados.

—No hace falta que lo digas dos veces.

Talor y Diora se acomodaron junto a la peliañil y, por primera vez desde hacía días, se permitieron relajar los músculos.

Podían escuchar rugidos y extraños sonidos que emitían las bestias amortiguados por los gruesos muros del edificio, así como golpes y arañazos en las paredes exteriores, pero ninguno de los presentes mostró preocupación alguna. Quedaban pocas horas para el amanecer, y necesitaban recuperar fuerzas para el viaje que les esperaba.

Y, sobre todo, para cazar.

CAPÍTULO 25

Cuando el amanecer iluminó las puertas del refugio, el silencio cayó sobre la selva como un muro de piedra. Fue casi doloroso el cambio que hubo en cuanto el sol asomó por el horizonte y Jay y Blee, apostados a las puertas de la entrada del refugio, escrutaban los alrededores, mientras todo animal que habitaba en Amon-Käh huía desesperado a su madriguera, aterrado ante la idea de sufrir por la brillante y peligrosa luz del sol. Acostumbrados como estaban a que la vegetación los cubriese, la más mínima exposición a la luz era capaz de cegarlos e incluso de resecar y romper su piel. Y era por eso por lo que aquella mujer de ojos diamante, junto con el hombre de los ojos invertidos habían salido por aquella puerta media hora antes de la salida del sol para cazar.

Jay tenía que admitir que aquellos tipos eran duros de roer. Había visto las heridas de la del pelo lila, que a pesar de haber sido casi destripada, seguía en pie y protestando como una niña porque quería salir a cazar. La del pelo corto se había quedado a vigilarla, a ella y al avance de sus heridas. Esas bestias se curaban a velocidades vertiginosas.

Así que allí estaba él, esperando como un mísero portero a que volvieran con algo que comer para así poder partir de una buena vez hacia su hogar. A donde tendrían que llevarlos.

Si tuviera aquí mi escopeta…

Solo con pensar en que estaban a merced de un par de aspirantes a superhombre le entraban nauseas. Era uno de los más fuertes entre su gente, por no decir de los más atractivos, y ahora venía ese tipo de dos metros a patearle las pelotas como si de un niñato hormonal se tratase. Jay no era estúpido, sabía reconocer cuando un hombre era agraciado a la vista; él mismo había tenido algún que otro encuentro con un par de jóvenes, pero aquel tipo era de otro mundo. No es que tuviera una belleza desmesurada, pero tenía algo en su presencia, en su sola persona, que te hacía verlo como si fuera algo… letalmente atractivo. Sí, si tuviera que definir lo que sentía cuando lo miraba era eso: como cuando veía a los herreros en las fraguas construir las armas que, más tarde, usaría él. Era el tipo de atractivo que le encontrabas a un arma, a algo letal. No es que le faltara razón teniendo en cuenta que eran armas blancas en potencia, pues no eran solo su fuerza, velocidad y resistencia: eran su espíritu, su mirada, su ser. Esa nueva raza parecía hecha para el combate.

Antes pensaba que su propia especie era excepcional, y es que siempre había estado orgulloso de oír en las leyendas y cuentos que contaban sus mayores que ellos eran más fuertes, rápidos y capaces que sus antepasados. Cuando la civilización aún se encontraba en pie, ningún humano habría sido capaz de levantar cinco veces su peso sin desgarrarse los músculos, de soportar caídas superiores a diez metros sin quebrarse los huesos, o de rivalizar en velocidad con un caballo. Estaba orgulloso de ser la versión mejorada de la especie dominante, de la raza inteligente. Y ahora se presentaban aquellas alimañas de irritable belleza y apabullantes habilidades.

Algo se movió entre la maleza frente a ellos, y Blee le hizo una seña para que estuviera preparado en caso de que no fueran los cazadores.

El sonido de pasos se escuchaba cada vez más cerca y, cuando ambos estaban preparados para internarse en el refugio y cerrar las puertas, Jay percibió el brillo de unos interminables rizos del color del mar que le hizo destensar los músculos y abrir las puertas sin temor. El sol ya había salido y, aunque le doliese admitirlo, las vistas no eran tan horribles después de todo.

***

—Ya era hora —Cattrina apartó de un empujón a Jay y Blee, que la miraron irritados, y se acercó a sus compañeros, que despellejaban con los puñales y la espada al extraño animal que habían cazado.

La criatura no era otra cosa que un nalim, y es que las tres cornamentas y las dos colas lo delataban. Tenía las finas patas dislocadas y le faltaban trozos de carne en el lomo, producto de los feroces mordiscos que le había propinado Talor. Aún tenía sangre en la barbilla y los labios. También le faltaba una pezuña, y el cuello colgaba en sentido contrario, con una grotesca protuberancia que evidenciaba el hueso roto.

Qué bestias.

—Calma, Catt, nosotros lo hemos cazado, así que somos los primeros en probarlo —Diora la apuntó con la espada de Talor mientras gruñía, aunque no sabría decir si el gruñido provenía de su garganta o su estómago.

Hacía mucho que no probaban bocado y empezaba a notárseles en el carácter.

—No he olvidado el código del cazador, pero que sea rápido; Vett y yo nos morimos de hambre.

—No seas tan agonías —Olvett salió seguida de Sxei y Sil mientras Rig y Jax cerraban la puerta con las cadenas—. Además, no es como si no pudiésemos aguantar un par de días más sin comida.

—¿Hola? Àzar llamando a Olvett Katasta-Ehr, ¿has olvidado que por poco no me sacan las tripas? Este cuerpo necesita carne para mantenerse a flote —Señaló a la pareja que seguía trabajando en despellejar su desayuno—. Y esa gentuza no quiere dármela.

—¿A quién llamas gentuza, loca? —Talor se encaró con ella mientras Diora los ignoraba, terminando por fin de dejar a la vista la grasa y la carne aún calientes del nalim—. Puede que estemos fuera de los terrenos del Hemisferio, pero sigo siendo tu príncipe Heredero, así que ya estás tardando en arrodillarte ante mí.

—Antes dejo que los Sibalek terminen lo que empezaron —Con esas palabras se lanzó contra el príncipe, tirándolo al suelo y rodando por la tierra mientras se mordían y gruñían.

Olvett fue a hacer el intento de separarlos, pero Diora le indicó con un gesto que eran un caso perdido y que se acercara a comer.

—¿Os lo vais a comer crudo?

Jax se había acercado hasta ellas mientras su padre y el resto de su grupo comprobaban las provisiones y repasaban el camino que seguirían con el desgastado mapa que tenían. Miraba con curiosidad a la vez que con asco y pena al pobre animal. A pesar de que ahora era solo carne, grasa y sangre, se podía ver que había sufrido antes de morir. Era una pena; los ciervos eran de las pocas criaturas medianamente pacíficas que conocía, además de que eran animales muy bonitos.

Olvett le miró y le indicó que se sentara con ellas. Era revitalizante tener un niño cerca; su inocencia les hacía relajarse, como si estuvieran en la plaza principal del Sector Dos en lugar de en el hábitat de miles de feroces depredadores, solos y a su suerte.

—Los nalim también habitan en nuestra tierra. Su carne tiene muchas proteínas, y sus huesos nos aportan calcio y hierro, como muchos otros animales, por esos hasta que cumplimos cierta edad debemos comerlos crudos.

—¿Nalim? —De todo lo que Olvett le había explicado, el término con el que se referían al animal era lo único que le había llamado la atención—. Nosotros los llamamos ciervos, aunque en realidad llamamos por sus nombres originales a todos los animales que hay. ¿Vosotros tenéis nombres diferentes para todos?

—Supongo que sí, sobre todo porque nosotros no conocemos los nombres con los que los denominaban los humanos antiguamente.

Diora llamó con un grito a Talor y a Cattrina, que hasta entonces seguían peleándose, y ambos se separaron y se sentaron alrededor del ciervo a comer.

Jax no hizo amago de alejarse, y ellos no lo echaron de su lado. Talor incluso se prestó a contestar todas las preguntas que el chico le iba haciendo mientras comía. En alguna ocasión, el niño tuvo que

apartar la mirada, sobre todo cuando llegaron a las tripas y los huesos, que comenzaron a astillar con los colmillos para afilárselos. Ciertamente, eran seres de lo más interesantes.

No tardaron mucho en reducir a la presa a un par de huesos y tres enormes cornamentas, y es que habían aprovechado hasta la última gota de sangre en caso de que tuvieran que pasar otro par de días sin comer. Para cuando partieron, apenas había pasado una hora desde la salida del sol.

Tal y como planearon, su primera parada fue el punto en el que habían dejado las armas, al que llegaron apenas unas horas después. Los azores se llevaron una grata sorpresa al ver que los humanos eran rápidos. No tan rápidos como ellos, pero desde luego no eran lentos, así que pudieron ceñirse al horario pactado: pararían a descansar y comer dos veces al día, pues debían aprovechar hasta el último minuto de sol si querían llegar pronto a Origen, como Rig y los suyos les habían dicho que se llamaba su hogar.

Cuando llegaron al lugar en el que humanos y azores se encontraron por primera vez, Jay, Sxei y Blee fueron los primeros en gemir de decepción al ver lo que quedaba de sus armas y recordar que, durante la pelea, algunas habían sufrido grandes daños. Solo quedaban tres de las escopetas mayores y la pistola que usaba Jax, y tampoco es que les quedara mucha munición, así que tuvieron que repartirla entre los que portarían las armas. Los tres guerreros más jóvenes se quedaron con las escopetas, así como Rig con la pistola para cuidar de Jax. Ni él ni el Sil se quejaron, pues el primero estaba demasiado entretenido examinando los puñales y la espada bajo el escrutinio de los azores, y el segundo era lo bastante viejo como para no querer pasarse una semana entera escuchando a los más jóvenes quejarse, así que se contentó con servirse de sus masivos músculos.

A Talor ese hombre le intrigaba bastante, no solo por su aspecto, sino porque apenas hablaba y tenía esa presencia intimidante que le recordaba a su propio padre. La diferencia era que, de haberse tratado de Ereder, Talor ya le habría arrancado la nuez de un mordisco.

Quedaban cuatro horas para el anochecer cuando abandonaron la senda del río para internarse en el bosque. La primera atalaya la alcanzaron cuando el sol se ponía por encima de las copas de los árboles. Debido a la densidad del follaje tuvieron que guiarse por el olfato de los azores, que detectaron el casi imperceptible olor a humedad que indicaba el descenso de las temperaturas, hasta que dieron con un árbol con grandes ramificaciones que sostenían, a varios metros del suelo, una plataforma de madera.

Rig y Jax subieron primero, este último por encima de su padre, que cuidaba de mantenerse a una distancia suficiente como para atraparlo en caso de que cayera. Luego siguió Sil, que se encontraba

desarmado, y luego siguieron Sxei, Blee y Jay, que tuvieron dificultades para subir con los enormes trozos de metal a cuestas. El hecho de que los cuatro azores subieran de un salto a la plataforma le arrancó un par de maldiciones a Jay, que cabreado se apoyó contra el tronco del árbol mientras escrutaba los alrededores a la espera de que la oscuridad se cerniera sobre ellos.

Encendieron un pequeño farolillo que traían en una de las mochilas que, lejos de atraer a las bestias, las mantendría alejadas por el resplandor de la luz, y se acomodaron como pudieron para dormir; al ser Jax el único al que los forasteros soportaban, fue él el que se colocó junto a ellos y mantuvo a ambos grupos separados.

Diora fue la primera en hacer guardia, y Jax intentó mantenerse despierto para hacerle preguntas sobre sus habilidades de visión nocturna.

Fue un par de horas después, cuando a Diora volvió a tocarle vigilar los alrededores, cuando Rig habló.

—Siento mucho si mi hijo os molesta, siempre ha sido muy curioso y, bueno… vosotros no sois como nada que hayamos visto nunca —Tenía una pequeña sonrisa plasmada en el rostro, y aunque a Diora volvió a golpearla una oleada de aquellas extrañas emociones que emanaban aquellos hombres, escondió su desconcierto y se permitió contestarle.

—Me recuerda a las crías de mi tierra, así que no molesta.

—La verdad es que no puedo imaginarme cómo serán los niños de tu especie. Yo no puedo imaginarme a mi hijo tan longevo como decís y siendo un niño.

—Supongo que es cuestión de costumbres. Además, si Jax fuera un azor, preferiría pasarse el rato mordisqueándome las manos y tirándome del pelo a hacer preguntas sobre mis supuestos poderes mágicos —Diora bajó la mirada a su regazo, donde descansaba el chico acurrucado contra ella, probablemente buscando su calor.

—La verdad es que no entiendo cómo es que se siente tan inclinado por vosotros, sobre todo después de que estuvieras a punto de arrojarlo a un río —No había reproche en su voz, solo curiosidad.

—Aún es joven, y los niños sin madre tienden a buscar refugio en cualquiera que parezca medianamente apto para protegerles.

Diora atisbó un brillo de dolor y melancolía en los ojos del humano.

—¿Cómo lo has sabido?

—A pesar de que su sangre tiene matices diferentes a los tuyos que pertenecen a la mujer que le dio a luz, en su ropa y en su piel solo hay retazos de tu olor. Las crías tienen impregnado el olor de los padres siempre, por débil que sea el rastro. Jay solo huele a ti, por lo que deduzco que su madre murió al darle a luz y que ninguna otra mujer

lo acogió como suyo —Se denotó un tono amargo en la última frase, como si estuviera echándoselo en cara a alguien. De haber sido uno de los de su especie, familias se habrían peleado por acogerle; era raro encontrar a alguna pareja que no hubiera perdido un hijo en algún momento de su vida, y un niño ya nacido tenía más probabilidades de sobrevivir que uno aún por nacer. Los embarazos azores no eran sencillos.

—Estáis llenos de sorpresas —Rig ahora tenía una sonrisa triste y amarga, y Diora no consiguió parar de pensar en lo extraños que eran aquellos hombres. ¿Emanarían todos los humanos aquel cúmulo de emociones tan confusas?

—¿Y ahora vas a decirme el verdadero motivo de esta conversación? Porque como ya habrás notado, tonta no soy.

—Eso lo doy por sentado.

—¿Entonces?

—¿La verdad? No lo sé. Tal vez es porque esta situación es tan extraña que siento que nos la estamos tomando demasiado bien. Nos habéis dado muchos datos a pesar de que os mostráis desconfiados, y aun así aún no sabemos qué os ha pasado realmente; solo sabemos con certeza que lo que quiera que hayan hecho los nuestros es imperdonable y que parece que ambos bandos hemos sufrido traición de su parte.

—En ese aspecto tienes razón. Tarde o temprano veréis cómo somos realmente, además de que no es como si pudierais usarlo en nuestra contra porque, además de ser mejores que vosotros, olemos las emociones y sentimos las mentiras: si rompierais el trato, os destriparíamos antes de que pudierais hacer nada en nuestra contra —Rig soltó una carcajada que intentó cubrir con una tos mal fingida ante el despliegue de orgullo de la joven—. Y en lo tocante a la situación, creo que mientras no nos matemos entre nosotros, el analizar cómo la sobrellevemos puede esperar. Lo que los vuestros nos han hecho es imperdonable, y son tan culpables como los nuestros que se han visto implicados, pero no somos unos completos salvajes: no podemos culpar a toda una especie por lo que han hecho unos pocos, así que solo queremos vuestra ayuda para que paguen por sus crímenes.

—La verdad es que me sorprende tu sabiduría para ser tan joven. Si mis suposiciones son acertadas, no hace mucho que alcanzasteis la mayoría de edad.

—En realidad aún me faltan tres años para poder considerarme una adulta como tal. Y aunque no lo parezca ellos tampoco son unos completos inútiles —Miró con una mezcla de reproche a sus tres acompañantes, en concreto a Talor, pues se había pegado a ella como si fuera a escaparse en medio de la noche mientras fingía que

continuaba durmiendo. Diora se guardó el último dato para sí misma mientras volvía a mirar a Rig —Aunque en ocasiones parecen cachorros en lugar de los casi adultos que son.

—Supongo que a pesar de todo no sois las estatuas insensibles que parecíais en un principio.

—No sé qué entenderéis por insensibles, porque aquí los raros sois vosotros —Diora arrugó la nariz mientras olisqueaba en su dirección —. Sé distinguir entre emociones y olores normales, y vosotros desprendéis unos sentimientos bastante extraños. Jamás había visto nada parecido.

—¿Emociones, dices?

—Sí, muchas las tenemos en común, pero hay otras que, aunque sé que no son negativas, no logro discernir.

—A lo mejor en un futuro acabáis por entenderlas, porque algo me dice que vais a pasar mucho tiempo entre nosotros, así que deberíamos intentar soportarnos un poquito —El padre le extendió una mano mientras señalaba con la mira a Jay, haciendo que Diora bufara divertida.

Ella le estrechó la mano y tuvo que medir su fuerza para no partirle los dedos.

—En eso estamos de acuerdo.

—Tu guardia ya ha acabado, puedes dormir si quieres, yo te relevo.

Diora no se negó. Se reclinó contra el tronco del árbol y estiró las piernas con cuidado de no despertar al chico. Talor afianzó su brazo en su cintura y ella apoyó la cabeza en su hombro.

Antes de permitirse dormir, al igual que el príncipe, sintió el aura de Cattrina y se relajó. Ella se encargaría de vigilar que los humanos siguieran tan pacíficos como hasta el momento se habían mostrado.

CAPÍTULO 26

El Hemisferio Este era grande. Muy grande, a decir verdad. Las Tres Ciudades Capital eran meras aldeas, apostadas a los pies de una gigantesca muralla, que tenían a sus espaldas kilómetros y kilómetros de bosques, llanuras, lagos, valles e incluso zonas desérticas. Tenían una fauna y flora envidiables, pues a pesar de no mantener contacto con la otra mitad del planeta la vida se había abierto camino y tenían de todas las especies imaginables conviviendo con ellos.

Durante sus ciento noventa y siete años de vida, Diora no había tenido motivos para pensar lo contrario, pero ahora que tenía una inmensidad tan azul como su cabello ante sus ojos, no podía evitar sentirse como una ermitaña que salía de su cueva por primera vez desde su nacimiento.

Sabía que al vivir en Alpha, el primer continente, este era tocado por las aguas en todos y cada uno de sus bordes pero, a pesar de aquello, nunca había presenciado el mar hasta ahora. Había demasiados miles de kilómetros desde su ciudad hacia cualquiera de los accesos que conducían a las playas o acantilados que daban paso al infinito manto de agua salada, y tenía cosas más importantes que hacer que andar pensando en sueños imposibles.

Y ahora lo tenía allí, a sus pies. Tan infinito, imponente y arrollador como se lo había imaginado. Puede que incluso más.

—Por Eissha, esto es… —La voz de Olvett la sacó de sus ensoñaciones y la trajo al presente.

—Increíble. Simplemente increíble —Talor entrelazó su dedo meñique con el de ella muy discretamente mientras plasmaba con palabras lo que ella sentía dentro. No sabía dónde, pero era *dentro*.

Cattrina ni siquiera era capaz de pronunciar palabra, y ella menos aún. Jamás habían visto nada igual.

—¿Nunca habíais visto el mar? —Jax se agarró al brazo libre de Talor y se asomó al borde del acantilado. Mientras, este le sujetaba de la cinturilla de los pantalones para que no cayera a las aguas que rompían contra las afiladas rocas, varios metros más abajo—. Nosotros lo vemos siempre que venimos al Punto de Choque entre los continentes. Aquí el pescado está muy rico.

—Jax tiene razón, ¿nunca lo habíais visto? —Rig estaba encendiendo los candiles que llevaban en las mochilas mientras el resto comprobaba cuánta comida les quedaba para el viaje.

Habían recorrido en casi la mitad de tiempo la distancia desde el

edificio abandonado hasta el borde del continente, y es que después de tres días recorriendo la selva sin descanso, por fin habían llegado al conocido Punto de Choque, que consistía en un abismo de apenas tres kilómetros entre ambas masas de tierra.

Para cruzar de un extremo al otro había que atravesar unos puentes colgantes que estaban anclados a unas torres de piedra que se erguían en las aguas marinas. La distancia entre cada una de ellas era de varias decenas de metros y estas llegaban hasta el acantilado correspondiente al segundo continente, Beta, que había en el planeta. Desde donde estaban podían ver tierra al otro lado del abismo a pesar de que estuviera anocheciendo.

—Nosotros vivimos alejados de las costas, a miles de kilómetros de ellas, así que nos era prácticamente imposible pensar siquiera en venir a verlo —Diora inspiró profundamente y la salinidad del agua y el aire frío parecieron limpiarle los pulmones—. Nos habían hablado de él, y hemos visto dibujos, e incluso fotos antiguas que se salvaron a la Gran Catástrofe, pero verlo en persona… es algo completamente diferente.

—La verdad es que es impresionante, sí, aunque no por ello menos letal. Supongo que eso es lo que lo hace bello —Por primera vez en días escucharon a Sxei hablarles directamente, y a juzgar por la suavidad de su tono, el mar debía de encantarle.

—No es por interrumpir, pero se está haciendo de noche y aún nos quedan tres kilómetros para llegar a Origen, así que si no os importa, dejemos el patetismo de estos aparcado y crucemos ya.

Jay se había adelantado y, cogiendo uno de los candiles, avanzaba por sobre las resbaladizas tablas que llevaban a la primera de las torres. Diora estuvo tentada de saltar contra él y tirarlo del puente, pero entonces rompería el trato y las cosas se pondrían difíciles con los humanos. Optó por esperar a llegar a tierra y chocarse *accidentalmente* con él cerca de algún charco de barro.

Rig y Sil parecieron leerle la mente, pero en lugar de protestar, rieron sin mucho disimulo y mencionaron algo sobre llamar a la enfermería cuando llegaran al poblado.

Talor tiró de Jax para alejarlo del borde y le dio un empujoncito al chico para que anduviera por delante de él mientras este le hablaba sobre los peces que pescaba con su padre cuando este no tenía trabajo.

Olvett y Cattrina agarraron a su vez un candil y alumbraron el camino mientras, de dos en dos, cruzaban el puente.

Las tablas de madera, a pesar de ser resistentes, estaban húmedas y resbalosas debido al agua salada y el viento frío que subía desde el mar, por lo que tuvieron que usar las garras de los pies para evitar deslizarse al vacío entre tabla y tabla. Los humanos parecían tener la misma precaución, pues las suelas de sus zapatos tenían pequeñas y afiladas púas que se clavaban en la madera e impedían que se

precipitaran al vacío.

La cuerda del puente, a pesar de tener aspecto antiguo, parecía tan sólida como el primer día, así que ni Diora ni Talor, Olvett o Cattrina temió usar sus zarpas para sujetarse a ella.

Estar a tanta altura sobre aquella enorme masa de agua sin ninguna forma de volver a tierra en caso de caer le transmitió a Diora una extraña sensación en el estómago que no supo describir como buena o mala, y Talor, que iba delante vigilando al niño, pareció percatarse de su aparente incomodidad, porque la miró por encima del hombro y soltó una risita tan irritante que a Diora le dieron ganas de romperle los colmillos de una patada en la boca.

El camino continuó en completo silencio durante lo que parecieron horas. Se había levantado viento y el grupo avanzaba empapado en mitad de la noche por un puente oscilante y resbaladizo, así que decidieron apurar la marcha antes de que el verdadero vendaval llegara a tirarlos al mar. En una de las paradas que hicieron en una de las torres antes de seguir, Rig les informó de que ya solo quedaba un último puente para llegar a su destino: Origen.

Les había explicado vagamente que se encontrarían con llanuras de hierba y tierra únicamente habitadas por el ganado que ellos criaban y otros animales salvajes, por lo que aún les quedaban aproximadamente cinco días de viaje antes de llegar a las cordilleras en las que se encontraba el centro de Origen, nombre que le habían dado al terreno libre de peligros que habían proclamado como suyo dentro de Beta.

Allí ya no había peligro por las noches, y los depredadores que habitaban en los terrenos colindantes no eran una amenaza. A Diora y le costó imaginarse una llanura libre de maleza como en Amon-Käh después de días de no ver más que árboles y vegetación.

Fue tiempo después, cuando ya habían llegado a la última torreta de piedra, que se dieron cuenta de que no estaban solos.

En lo que al principio pareció un arrebato, Cattrina abrió su candil y esparció la sustancia pegajosa que mantenía la llama viva sobre el suelo, justo frente al puente por el que habían venido para a continuación estrellar el candil contra esta y que el líquido comenzara a arder.

En la negrura de la noche se vieron unos ojos rojos que se abrieron con espanto y se retiraron, colgándose de las cuerdas y tablillas. Huyendo de la luz.

—¿¡Caníbales!? —Jay apuntó con la escopeta hacia el abismo negro que apenas era iluminado por las pocas llamas que quedaban en pie ante el viento.

—Debieron de vernos cruzar y han aprovechado la noche para seguirnos —Diora cogió los puñales y Talor la espada.

—¡Tenemos que correr! Solo queda un tramo y esas llamas no durarán. ¡Nos defenderemos desde tierra!

Olvett empujó a Jax y lo instó a seguir caminando mientras aquellos que tenían armas se quedaban en la retaguardia para cubrir. Sil, Rig y Cattrina se colocaron junto a ella y avanzaron lo más rápido posible para llegar al otro extremo. Cuando todos estuvieron en el puente, las llamas sucumbieron al agua y, tras unos instantes de vacilación por parte de las bestias, se lanzaron a por ellos.

Talor rebanó los brazos del primero que aterrizó en las tablas de madera, y sin poder agarrarse a nada, el animal cayó al mar entre chillidos de dolor. No eran más de una docena, pero ante la poca estabilidad del puente, el agua y la oscuridad, los humanos dependían enteramente del instinto y de los ojos de los azores.

Los Sibalek se arrastraron por las cuerdas y tablillas como insectos, y Talor tuvo que empalar la espada entre los huecos de las tablas para evitar que avanzasen bajo sus pies y les zarandeasen hasta tirarles al vacío. Diora, junto a él, comenzó a rebanar carne con sus puñales para mantenerlos a raya. El viento y el agua le pegaban los rizos a la cara y le dificultaban el enfocar la vista.

Tropezó hacia atrás cuando uno de ellos le saltó encima y el ensordecedor estruendo de un disparo le reventó la cabeza a la bestia y a ella le taponó los oídos. Trozos de sesos y sangre le cayeron encima mientras se sujetaba de las cuerdas para intentar recuperar el equilibrio.

—¡Disparad! ¡El ruido los confunde! —Sxei la agarró del brazo para ayudarla a incorporarse y Talor y Jay se colocaron junto a ella.

Las bestias habían reculado mientras sacudían la cabeza, intentando eliminar el pitido en sus oídos, y Blee disparó otra vez. No dio en el blanco, pero los asustó, y estos volvieron a sacudirse y a chillar mientras, de nuevo, retrocedían.

—¡Seguid avanzando, vamos! ¡Ya queda poco!

Aún algo desorientada, Diora cogió a Talor del brazo y tiró de él mientras seguían al diminuto punto de luz que había al otro extremo de la pasarela.

—¡Ellos ya han llegado, seguid la luz! —Una mano se enroscó en su codo y tiró de ella hacia la izquierda. Un Sibalek pasó a su lado y calló al vacío mientras agitaba los brazos intentando aferrarse a las rocas del acantilado sin éxito.

Solo les quedaban un par de metros antes de llegar a tierra firme, pero el movimiento de las cuerdas los balanceaba a un lado a otro y la lluvia que había empezado a caer entorpecía aún más la visión y el avance.

Diora solo olía agua y apenas percibía la luz de los candiles, y mientras que ella trataba de no caer y de dislocarse un tobillo

mientras corría a ciegas, aquellas criaturas reptaban y saltaban sin cuidado ni consideración ninguna. A ellos no les preocupaba caer.

—¡Saltad!

Nadie distinguió entre el furor de la lluvia y los gruñidos de los Sibalek quién dio la orden, pero Diora sujetó a Talor del brazo y ambos se lanzaron con todas sus fuerzas hacia adelante justo antes de sentir una ola de estruendosas explosiones bajo sus pies. Aterrizaron con un golpe sordo en una superficie dura y cortante y no pudieron evitar separarse al rodar por la piedra mojada.

Un cuerpo chocó contra ella y sintió que otro aterrizaba a su lado mientras trataba de enfocar la mirada en el puente, justo a tiempo para notar cómo Jay resbalaba por la roca con un Sibalek destrozándole el hombro a mordiscos.

No se lo pensó dos veces y, desenvainando sus garras, se lanzó hacia el borde del acantilado para agarrar al humano del brazo y clavarle los dedos en los ojos a la bestia. Esta soltó a su presa con un chillido, arañó su brazo con sus zarpas, y calló golpeándose contra la pared de piedra en su descenso. Diora tiró de Jay, que gritaba de dolor, a la vez que sentía que un par de brazos agarrarla hasta alejarla del precipicio.

Entrevió cómo Talor se colocaba frente a ella y le apartaba el cabello de la cara. No se dio cuenta de que era eso lo que le entorpecía la visión hasta que vio los ojos del príncipe nada más sentir su rostro libre le rizos húmedos.

—¡Diora! ¿Te encuentras bien? —El pitido en los oídos disminuyó y por fin pudo hablar sabiendo que escucharía su propia voz.

—Estoy bien —Hizo el ademán de levantarse y entrevió por el rabillo del ojo que Olvett y Cattrina se acercaban a ayudarles. En el puente solo quedaba el cadáver descabezado de un Sibalek.

—Alejaos del puente, rápido —Olvett la levantó de un tirón y fue entonces que notaron que no estaban solos.

Ahora había mucha más luz, pues unos grandes farolillos iluminaban la escena en la que se encontraban. Jay estaba siendo atendido por Rig y Sil, que tuvieron que amordazarle para amortiguar sus gritos y, rodeándoles, se encontraban más de diez figuras armadas con grandes escopetas que les apuntaban a la cabeza.

El viento menguó, pero la lluvia seguía cayendo con fuerza sobre ellos, repiqueteando sobre el metal de las armas.

—¡Bajad las armas! ¡Vienen con nosotros! ¡Bajad las armas! —Sxei y Blee se interpusieron entre los azores, que ya se encontraban en posición de ataque, y el grupo de humanos armados.

—¡Bajad las armas de una maldita vez! ¡Vienen con nosotros y Jay necesita ayuda!

Todos los presentes se volvieron a Rig, que portaba un profundo

ceño fruncido y los ojos hundidos en las cuencas. Jax estaba a su lado, ayudándole a detener la hemorragia mientras trataban de evitar que el barro manchara la herida.

Poco a poco, las figuras caminaron a la luz de los farolillos colocados en el suelo y dejaron ver el rostro de hombres y mujeres con las mismas características que aquellos a los que habían acompañado.

Uno de ellos se adelantó un paso y bajó lentamente el arma mientras el resto le imitaba, aún reticentes. El hombre bajó la mirada al brazo de Diora, que tenía cuatro enormes marcas de garras que sangraban hasta hacer desaparecer el color blanco de su piel, y luego dirigió su mirada al joven herido al que intentaban salvar. Una mujer armada corrió a ayudar a salvar a Jay y, solo entonces, el hombre les dedicó una sonrisa y un asentimiento. Había visto cómo Diora salvaba a Jay, y mientras el resto de los humanos mantenía las armas preparadas para abrir fuego, él abrió los brazos y su sonrisa se expandió hasta cubrirle toda la cara.

—Bienvenidos a Origen.

Epílogo

Un gemido lastimero y el crujir de las hojas rebotaron en las paredes de la cueva. Con paso lento, arrastrando una pierna, y manchando de sangre el musgo que cubría el suelo de piedra, una forma famélica y pálida se adentró en el angosto túnel, recubierto de enredaderas y verdina, usando las garras de lo que parecían ser dos manos, algo deformes y huesudas, para avanzar.

Las hojas que cubrían el suelo se pegaron a su piel, cubierta de sangre, sudor y tierra, haciendo que la herida abierta en su pierna ardiera de forma desagradable; había un muñón sangrante, con trozos de piel y hueso colgando libremente a su alrededor, donde antes debería de haber ido un pie deforme, con garras curvas y punzantes. La criatura soltó otro gemido lastimero, este más prolongado y agudo, que avanzó por el sinuoso camino de piedra hasta perderse en las profundidades de la cueva, y de nuevo el silencio la recibió; ni cuerpos reptantes deslizándose por el musgo, ni diminutas patas escalando la roca, acompañadas de un zumbido característico.

Olisqueando sus alrededores, cada vez más estrechos, continuó arrastrándose por el túnel, que comenzaba a ganar inclinación, forzándole a clavar las garras de sus manos, y de la pierna que le quedaba, en el suelo de roca para evitar caer de cabeza a la oscuridad de la galería, que parecía adentrarse en el centro de la tierra como una garganta sin fin. La luz, aunque escasa, de la luna que entraba por la boca de la cueva ya no le alcanzaba, dejándolo a merced de su visión nocturna, algo nublada por el dolor y el hambre. Esta última siendo la razón de su desesperado intento de supervivencia; a pesar de carecer de intelecto, la criatura era capaz de comprender los conceptos básicos hasta para la forma más ínfima de vida: el movimiento significa vida, y la vida significa comer.

Y había un olor muy apetecible que lo había guiado desde el claro donde ahora descansaba su mutilado apéndice hasta lo que parecía ser el fondo de aquel pasadizo oscuro y húmedo. Con los músculos temblándole por el esfuerzo y el hambre nublándole la vista, continuó avanzando con torpeza por el pasadizo oscuro, más estrecho y húmedo a cada tramo. Aún había verdina y musgo cubriendo las paredes del túnel, y gracias a la humedad habían vuelto la roca resbaladiza, haciendo difícil el descenso en picado.

Cansada de arrastrarse como una larva, la criatura perdió agarre y cayó de cabeza, golpeándose con las paredes de la galería y chillando, tratando en vano de agarrarse a algo y frenar su caída. Clavó las garras en la roca, tratando de buscar un punto de apoyo, pero la pendiente la arrastró con fuerza, dejando una de sus garras clavada en la roca mientras seguía cayendo, rebotando contra las paredes. El olor de su sangre lo desorientó, y como la bestia que era, comenzó a dar dentelladas al aire, intentando atrapar aquello que olía a muerte y le había abierto el apetito.

Finalmente, el tamaño del túnel menguó lo bastante como para detener la caída, dejándolo atrapado en posición fetal, con los miembros retorcidos y el muñón aplastado contra el suelo, clavándose las piedras y la arenisca embarrada que lo cubría. Movida por el hambre, la alimaña se retorció, despellejándose la piel de la espalda y la cabeza carente de pelo, para lanzarse en busca del olor que prometía calmar su estómago, aquel aroma que la había guiado hasta allí.

Arrastrándose con los codos con energía renovada, avanzó el último trecho hasta que el suelo se terminó y la gravedad lo estampó de cara con las roca que cubrían el fondo de la nueva estancia, destrozándole la boca y la nariz. Seguía habiendo tanta oscuridad como dentro del túnel, y la humedad era tan sofocante e intensa que, sumado a la nariz rota y hundida en el cráneo, la bestia apenas podía respirar. Con torpeza intentó lamerse la sangre de la cara, tragándose los dientes que no se habían quedado incrustados en la piedra, y a ciegas comenzó a palpar sus alrededores, intentando encontrar la fuente de ese olor que tanto lo desorientaba. Tenía hambre, tanta que el dolor había pasado a una mera molestia en un rincón de su cabeza, y aunque no era capaz de diferenciar su propio olor a podredumbre del de una presa, comerse a sí misma era un último recurso; para cuando ya no le quedaran fuerzas para cazar.

Continuó dando manotazos al aire, gateando por el suelo rocoso y embarrado hasta que palpó algo suave y con forma alargada con las manos. Pegando la cara, deforme y sangrienta, contra su nuevo descubrimiento consiguió atisbar un nuevo olor, no sin dificultad gracias a sus fosas nasales hundidas; olor a madera y a sabia. Las raíces de un árbol. Continuó avanzando, topándose con más extensiones de madera y verdina, cada vez más robustas y sin un fin aparente, hasta escuchar un chasquido. Detuvo su avance y se quedó estática, casi petrificada, y el chasquido se repitió, esta vez seguido de una especie de gorjeo agudo y cantarín. *Comida*.

Con una agilidad impropia de un animal moribundo, la bestia se lanzó contra la fuente del sonido, atrapando entre sus garras al pequeño pájaro de colores oscuros que, hasta entonces, había estado

tan tranquilo en su nido. A pesar de tener los dientes destrozados, muchos de ellos faltantes, consiguió arrancarle las cuatro alas a mordiscos y retorcerle la cabeza hasta tragársela, sorbiendo sangre, vísceras e incluso huesos.

Tan concentrada estaba comiendo que no notó el tenue brillo que apareció a sus espaldas, extendiéndose por el musgo que cubría las raíces que la rodeaban hasta otorgar a la estancia de un leve y casi imperceptible resplandor. Tampoco escuchó el crujido de la tierra siendo revuelta y las piedras rodando por el suelo rocoso hasta acabar en el fango, que por momentos comenzaba a adquirir un color rojizo muy poco característico. Para cuando sus instintos intentaron advertirle de que algo iba mal, de que había pasado de ser cazador a ser cazado, ya era tarde. Las raíces se abalanzaron sobre la bestia, envolviéndolo en sus bobinas como una repta de dos cabezas a su presa, y apretaron. Sus chillidos de dolor quedaron en el olvido cuando una raíz, algo más delgada que las demás, se forzó a través de su garganta, seguida de otras gemelas que ocuparon todos los orificios restantes que pudieron encontrar, moliendo a su paso huesos y órganos hasta convertirlo todo en una masa espesa.

Se hizo el silencio, y las raíces arrastraron los restos por la tierra hasta llegar al epicentro de la estancia, donde un tronco podrido y agujereado esperaba impaciente, deseoso por algo de sustento. Dejando un rastro de sangre y otros fluidos, las raíces volvieron a enterrarse junto con la masa espesa, absorbiéndola hasta adquirir el tono oscuro de su sangre.

Volviendo a asentarse, las raíces adoptaron su postura original, dejando que las palpitaciones que partían desde el tronco las adormecieran de nuevo.

Agradecimientos

Nunca he sido buena dando las gracias por algo cuando se ha tratado de un momento sentimental, siempre se me ha hecho incómodo, sobre todo cuando es cara a cara y tengo que mirar a esa persona a los ojos. Siempre he sentido que se me da mejor demostrar cosas como el agradecimiento y el perdón con actos más que con palabras; y más de uno ya se habrá dado cuenta de ello.

Así que ahora que no tengo la presión de miraros a la cara, voy a aprovechar el momento para deciros lo que nunca diré con palabras: Gracias.

A mis padres, porque sin ellos yo no existiría, y entonces no podría haber escrito este libro —además de que, literalmente, cada cosa por la que me he interesado en mis 20 años de vida la han apoyado como si fuera a hacerme rica—.

A mi hermano por darle vida a uno de mis personajes.

A mis abuelos, porque aunque normalmente no lo diga con palabras, no conteste los mensajes de WhatsApp, o me ponga a leer y escuchar música mientras los ignoro, ellos saben que en realidad estoy más presente de lo que parece y no se quejan.

A mi Dani por animarme a escribir a su peculiar y contradictoria manera.

A mi Mary Koala por haber aparecido, por acompañarme durante todo este proceso, que me ha traído tanto quebraderos de cabeza como alegrías. Eres mi persona azul, aunque a ti te guste más el rosa.

A Guillermo, Víctor, José María, Ana Vega, Raquel y Juan Carlos, que aguantan mis locuras y vómitos verbales sobre psicología, amor/odio a las matemáticas, libros, relatos de terror y series y películas americanas.

A todo aquel que le ha dado, está dando, o va a dar una oportunidad a mi primer bebé.

Y, por supuesto, a todo aquel que alguna vez me dijo: *hostia, pues qué chulo*; cuando se enteró de que iba a escribir un libro.